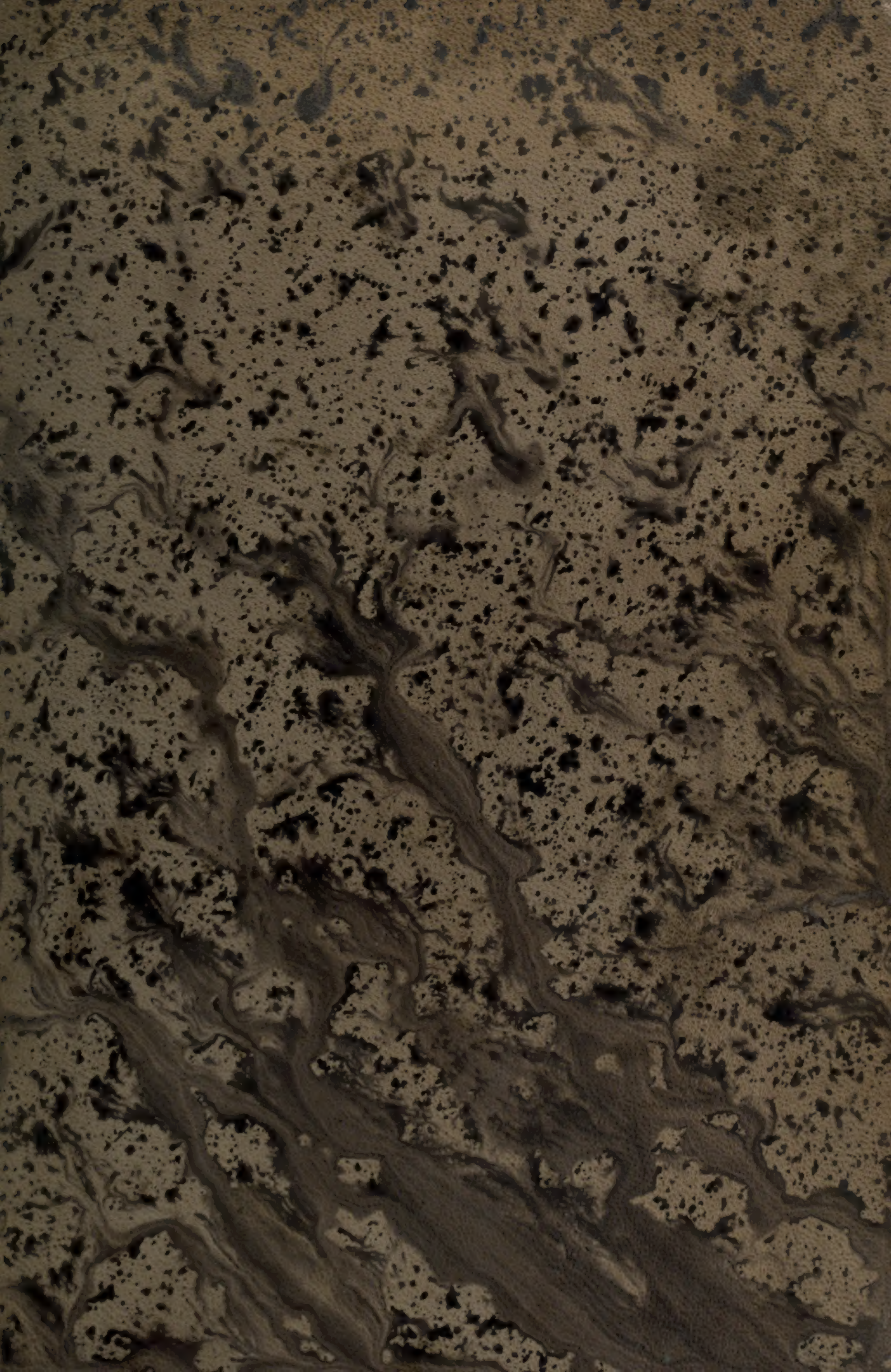
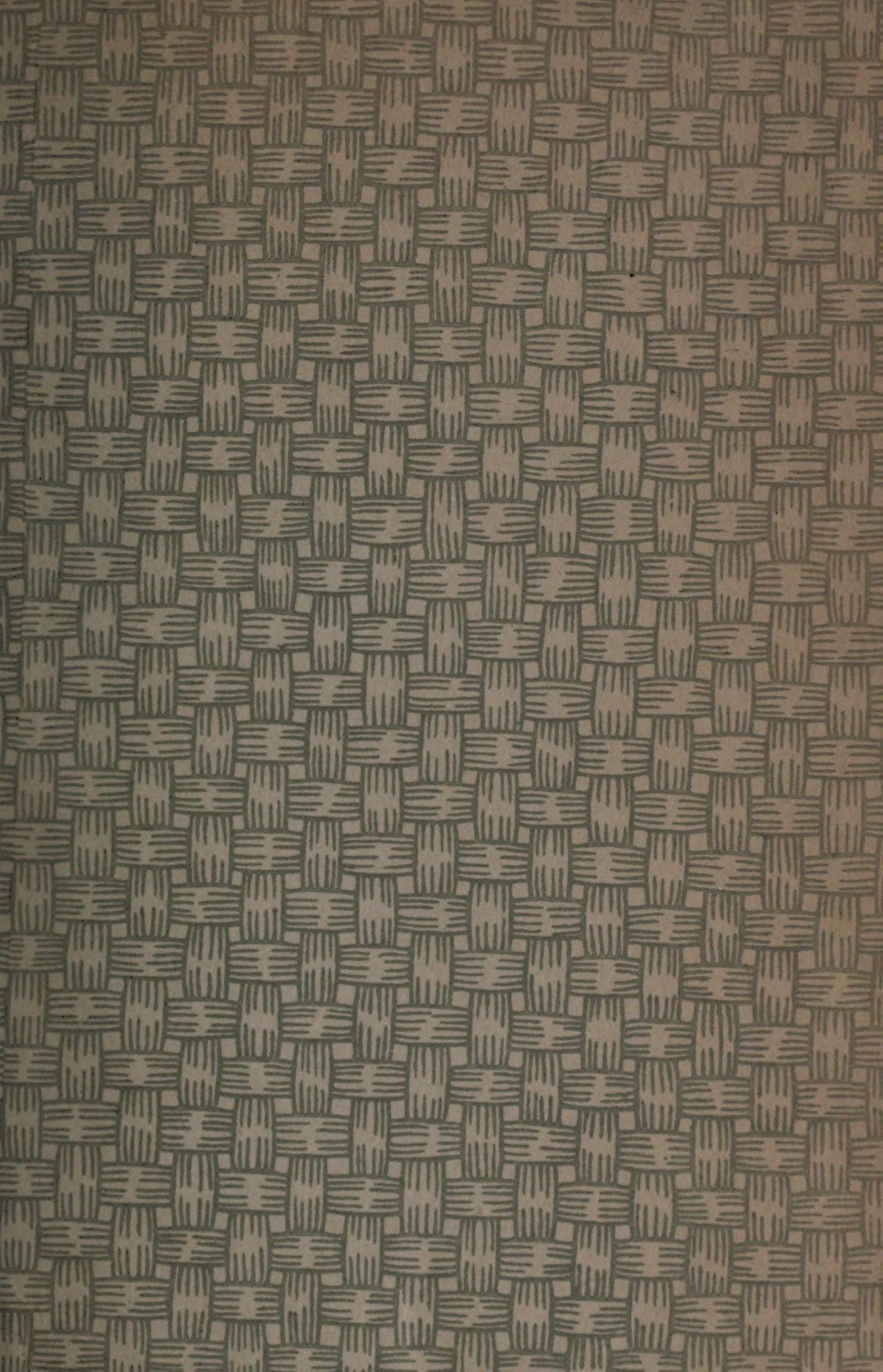






LA MARIÑANA

IMPRESO EN LOS TALLERES DE
EL NOROESTE
REAL, 26-LA CORUÑA-GALERA, 21

J. G. ACUÑA

LA MARIÑANA

NOVELA



MADRID
EDITORIAL ATLÁNTIDA
Santa Engracia, 125
1923

I

Farruco Tenreiro llegaba de su primer viaje de fogonero embarcado en un trasatlántico de la carrera de Nueva-York. Año y medio durara su ausencia; año y medio sepultado en la sima ardiente de aquel monstruo de hierro, que se alimentaba de fuego, como un volcán inextinguible, en cuyas plutónicas entrañas multitud de hombres, condenados, como los cíclopes, a un anticipo del infierno, realizaban el mito de la incombustibilidad de la salamandra. De su penoso oficio, semejante a un atroz castigo a fuego lento, mostraba en la arrebolada tumidez de sus mejillas y en la aspereza coriácea de sus manazas los indelebles estigmas de esta moderna forma de la pena de galeras. Mas, por debajo de aquella piel resecada y puesta al temple como una armadura de combate, latía un corazón juvenil, que una pasión casta, ingenua, tímida y religiosa, había invadido totalmente, como una infección emocional incoercible, que llenaba todos sus sentidos con el ansia de la posesión del objeto de su cariño.

El cual objeto era Sabela, la hija de la señora Andrea "la del batel", viuda del batelero del Pasaje del Pedrido. Fuco y Sabela habían nacido, pared por medio, en la misma chavola, junto a la ostrera, con pocos meses de diferencia. La madre de Fuco perdió, al dársela a éste, la poca y triste vida que le dejaran la vergüenza de ser madre sin tener marido y el duro oficio de sardinera, que exigía una salud y un vigor físico de que nunca disfrutara la malpocada. Recorrer a escape, en la pugna y porfía de llegar y vender más pronto su lote de pescado fresco, de tres a cuatro leguas al día, con la enorme banasta sobre la cabeza, afianzados los brazos en arco sobre las manos incrustadas en la cintura, en la que se arrollaba la saya de bayeta, como un salvavidas, jadeante, sudorosa aun cuando el cierzo azotara su rostro, desafiando impávida el tórrido sol de los días caniculares, lo mismo que la lluvia torrencial de los largos días del cruel invierno, en que la miseria del pobre que vive de lo que da la mar es la más horrenda de todas las miserias; vivir esta vida sin sosiego, de bárbaro ajetreo, siempre corriendo y gritando siempre *¡sardiñas bulindooo!*, sin dejar de correr, como víctima de algún mal ambulatorio o de una maldición como la de Ahsverus, en perenne fatiga y desgaste muscular y pulmonar espantoso, y, sin embargo, tener tiempo todavía para experimentar todas las ansias, todos los espasmos y las angustias del amor, del deleite, de los celos, de la maternidad, del abandono y de la desesperación, y emplear, en fin, las últimas fuerzas de su organismo triturado por todos los trabajos y todas las ignominias, en lanzar a la vida, con su último aliento, el fruto de un amor traicionero y maldito, en un supremo esfuerzo

de renunciación y sacrificio..., tal fué, en síntesis, la vida, pasión y muerte de la hermosa sardinera, malograda "Sotileza" del Pasaje del Pedrido, madre del argonauta Fuco.

Recogióle, al nacer, su vecina la señora Andrea, "la del batel", llamada así porque su marido, el señor Marcos, era el concesionario del servicio del Pasaje de una a otra ribera del Mandeo; y al recibirle en sus brazos, juró a la moribunda tenerle y guardarle por hijo suyo, aunque Dios fuera servido dárselos a ella, tal como se lo venía pidiendo después de tres años de estéril matrimonio con el batelero. Y como tenía hecha promesa a la Virgen de la Pastoriza del Burgo, de un niño de cera, un ferrado de centeno y tres misas de a medio peso, al cumplirse justamente el año de la orfandad de Fuco, vino al mundo Sabela, más festejada que hijo de rey, y fuéronse todos juntos en romería a pagar con creces la deuda contraída con la milagrosa Virgen, en cuanto la señora Andrea se halló en estado de soportar las molestias del viaje, realizado a todo lujo, en el cupé de la diligencia de Sada a La Coruña.

Crecieron juntos los dos rapaces al aire libre, sobre la fina arena de la playa del Pasaje, libres y revoltosos como las gaviotas y mazaricos que anidaban en los peñascos junto a la barra, alegres y robustos como los cachorros de una deidad marina, protegidos por el genio benéfico de Anfitrite. Más que en la chavola paterna, mejorada y embellecida merced a las ganancias del tráfico, vivían en el batel, que les sirvió sucesivamente de cuna, de juguete, de refugio y de nido de unos amores mudos e insospechados, que brotaron al amparo del candor, aliado de la timidez.

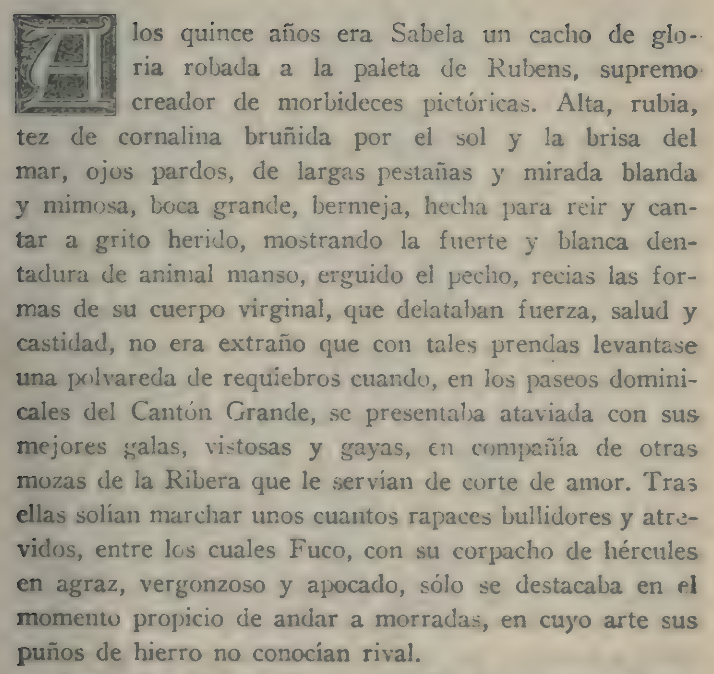
Cuando Fuco se halló en edad y condiciones de coger

el remo, el señor Marcos delegó en él buena parte de sus faenas. Bien necesitaba este alivio el pobre batelero, atacado de terrible mal, que tanta compasión inspiraba a quienes le veían argüellarse y enflaquecer de día en día, *yéndose del pecho,* entre toses y esputos sanguinolentos. Y se fué un otoño, con las últimas hojas, dejando a la señora Andrea con los dos arrapiezos, abandonados a su triste suerte, una vez rescindida la contrata por la muerte del batelero, cuyos ahorros desaparecieran también entre médicos, potingues costosos y cuidados y atenciones nunca regateadas.

Decidióse la viuda a abandonar la aldea, donde nada más que la miseria le aguardaba, yéndose a vivir a la vecina ciudad brigantina, que ofrecía más ancho campo a su actividad, estimulada por la obligación de pensar en el porvenir de Sabela y Fuco, confundidos ambos en un mismo sentimiento de maternidad. Hizo, pues, almoneda de sus cuatro trastos, y mientras enviaba a la escuela a los dos mocosos, consagró el producto de aquélla al comercio de ropavejería, logrando tal éxito, que en los "primeros" y "mediados" de cada mes, en que se celebran los populares mercados brigantinos, el puesto de la señora Andrea "la del batel" era el más concurrido de los aficionados a apurar la infinita utilidad de las cosas más inútiles, esparcidas al azar sobre arpilleras y lonas harapientas, y constituyendo la más pintoresca y variada exposición del "bric-a-brac" de la miseria. Con los patacones, tozudamente ganados, uno a uno, en lucha homérica con los regateadores y capciosos palurdos, fué sacando adelante su hacienda la señora Andrea y ayudando a la transformación estética de los dos

rapaces, que en toda la Ribera y sus aledaños, desde las verdes y risueñas praderas de los Caneiros a las frondosas huertas del Carregal, eran la admiración y la envidia de mozos y mozas, tanto de las costureras del taller de Pepa la ferrolana—la Paquín brigantina—y de las señoritas del Cantón Pequeño, como de los artesanos que jugaban al tute en el Café de Madrid y los pollos elegantes que daban tacazos en el billar de la Tertulia-Circo.

II



A los quince años era Sabela un cacho de gloria robada a la paleta de Rubens, supremo creador de morbideces pictóricas. Alta, rubia, tez de cornalina bruñida por el sol y la brisa del mar, ojos pardos, de largas pestañas y mirada blanda y mimosa, boca grande, bermeja, hecha para reir y cantar a grito herido, mostrando la fuerte y blanca dentadura de animal manso, erguido el pecho, recias las formas de su cuerpo virginal, que delataban fuerza, salud y castidad, no era extraño que con tales prendas levantase una polvareda de requiebros cuando, en los paseos dominicales del Cantón Grande, se presentaba ataviada con sus mejores galas, vistosas y gayas, en compañía de otras mozas de la Ribera que le servían de corte de amor. Tras ellas solían marchar unos cuantos rapaces bullidores y atrevidos, entre los cuales Fuco, con su corpacho de hércules en agraz, vergonzoso y apocado, sólo se destacaba en el momento propicio de andar a morradas, en cuyo arte sus puños de hierro no conocían rival.

La inclinación de Fuco hacia Sabela era cosa tácita-

mente sabida y hasta respetada de todos. Estaban hechos, según el común sentir y decir, el uno para el otro. Era un valor entendido, puesto en circulación, sin que los interesados lo supiesen ni aun lo supusiesen. La intimidad que desde la cuna y el regazo común de la señora Andrea les unía, era profundamente fraternal; esto no obstante, jamás pasó por la mente de Fuco la idea de que Sabela pudiese llegar a sentir por otro el mismo afecto que por él sentía, ni que hombre alguno viniese a suplantarle en la intimidad de la moza garrida y a ocupar a su lado el puesto que la fortuna le había deparado desde que ambos vinieron al mundo. Los galanteos, más o menos indiscretos y rústicos de los otros mozos, algunos de los cuales bebían los vientos por la hermosa mariñana, no causaban a Fuco la menor desazón, seguro, sin fatuidad, de su ascendiente sobre ella y de la fortaleza de sus manazas, que habían hinchado más de un carrillo, enseñando prácticamente a moscones insolentes cuántas son cinco y a qué sabían las cinco colas de aquel látigo de carne y hueso que pendía en la extremidad de un brazo duro y flexible como el acero.

Hubo un momento, sin embargo, en que cruzó fugaz por su imaginación, como un chispazo, el temor de una separación inevitable. Entrara en quintas Fuco y por el número que le había correspondido en el sorteo, su ingreso en filas era seguro. Pero la señora Andrea, debidamente asesorada de personas peritas e influyentes, logró librarlo como sostén de familia, interpretando la ley con harta benevolencia, porque, en realidad, hasta entonces quien subvenía a las necesidades del hogar, en el que se advertía cierta holgura y bienestar, era la señora Andrea,

cuyo comercio de ropavejería se hallaba en plena prosperidad.

Esta favorable solución, que si privó al ejército de un arrogante soldado, que se habrían disputado las comisiones reclutadoras de cada cuerpo, calmó en cambio la naciente zozobra despertada en el ánimo de Fuco por las perspectivas de un doloroso y forzado apartamiento, fué causa de que un hecho transcendental viniese a influir de un modo decisivo en el porvenir del mozo. El secretario del Ayuntamiento, cuya manga ancha tanta eficacia había tenido en la resolución del expediente, creyó de su deber, por escrúpulo de conciencia, llamar a capítulo a la señora Andrea y a su ahijado para decirles:

—Si queréis que en la revisión del año que viene se acepte de nuevo la excepción legal que libra a Fuco de ir al servicio, es menester que en vez de andar por ahí en parrandas y ruadas, se aplique a trabajar en algo serio.

—Ya le anda en el bote del "Salero" a cargar "estrume" y a pescar el pancho y la faneca—contestó la señora Andrea.

—Sí, cuando no va de merendola o de mozas con otros que tal bailan, a Paderne o a Souto o a la ostrera del Pasaje. Vaya, dejémonos de lerias. Que busque una ocupación fija, y si fuera lejos de aquí, mejor. Aquí hay demasiados perillanes, sin oficio ni beneficio, que debieran estar sachando o buscándose la vida por las Américas. Si el año que viene no demuestra que tiene un oficio y que gana la vida como Dios manda, así El me salve como va de cabeza al servicio.

Vueltos a casa, examinaron detenidamente la situación

entre los tres, la señora Andrea, Sabela y Fuco. Este se inclinaba a marchar a Fontán a ver si un fomentador le daba colocación en una trainera. Sabela propuso que aprendiese un oficio, como carpintero, albañil o tornero, y que fuese a la Academia municipal de música a que le enseñaran a tocar el bombardino, el trombón o el bombo y poder luego lucir sus habilidades, vestido de uniforme, con el kepis engalanado de un plumero rojo, los días de fiesta, en el palco de la música. Pero la señora Andrea, sospechando las escasas disposiciones filarmónicas de su ahijado y lo talludito que estaba para ponerse a aprender un oficio, puso fin al debate diciendo que más adelante proveería a lo que hubiese lugar.

Y, en efecto, a los pocos días notificó a Fuco que le había hallado una plaza de marinero en una de las lanchas del Ferrol. La solución pareció de perlas a todos, porque sin alejarse demasiado, pudiendo pasarse Fuco media semana en la ciudad mariñana y la otra media embarcado o en el Ferrol, el oficio convenía a las aptitudes y gustos del mozo, y aunque la soldada era escasa, el trabajo tampoco era mucho y en cambio vería tierras nuevas y se sacudiría la morriña, que, al decir de la señora Andrea, tenía metida en el cuerpo.

III

YENDO y viniendo entre el Ferrol y la ciudad brigantina, tirando del remo en un lanchón de a ocho por banda, pasó Fuco dos años monótonos y grises, mientras Sabela, hecha una moza bien plantada, más guapa y más alegre cada día, no cesaba de reir y parlotear en el taller de costura del que su garbo, más que su habilidad, le había franqueado la entrada. Pronto se inició, con el ejemplo de las demás oficialas, veteranas en el oficio, en el arte de la coquetería y del acicalamiento, merced al que, independizándose de la manera de ser, de vestir y de hablar aldeanos, diferenciábase del señorío en la ausencia del sombrero, compensada con cierto atildamiento en el vestido, menos rico pero mejor hecho y mejor llevado que solían las señoritingas del Cantón Pequeño. Ya la chambra y el pañuelo de talle cedieran su puesto al corpiño entallado y al abrigo de moda; ya las gruesas y doradas trenzas que, medio cubiertas por el pañuelo anudado al cuello, caían abundantes hasta más abajo del talle, se encaramaban so-

bre la cabeza formando un moño más o menos griego, y ya, en vez de la dulce y agarimosa habla regional, que tan bien sonaba en aquella boca fresca, de la que manaban las palabras lentas y mimosas como impregnadas en la miel de sus labios bermejos, había dado ahora Sabela en la flor de emplear un castellano grotesco, que el esfuerzo de pronunciarlo con toda propiedad y finura, al modo señoril, enarcando las cejas y frunciendo los labios, hacía más ridículo todavía, como si en una gaita gallega se pretendiese interpretar música alemana.

A tan radical transformación estética, siguió fatalmente la transformación psicológica de Sabela. El inextinguible caudal de su alegría, fluyendo libre y sin trabas, degeneró en inmoderado afán de burlas, diversiones y toda clase de regocijos bulliciosos. La pasión desenfrenada por trapos y moños prendió rápidamente en tan abonado terreno, dominándola con su cohorte de aviesos sentimientos de envidia, orgullo, zumba y descaro. Quiso ser, y llegó a lograrlo, entre todas sus compañeras de taller, la más embarulladora, lenguaraz y atrevida, que imponía pavor con sus bromas pesadas, sus réplicas oportunas y sus ocurrencias disparatadas. Y aunque parecía la más loca, la más dicharachera y procaz de las costurerillas brigantinas, su castidad era, sin duda por arraigado instinto y no por cálculo, perfecta e inmaculada. Algunos mozos y más de un señorito que, engañados por la aparente frivolidad y desenvoltura de Sabela, acercáronse a ella con propósitos manifiestamente inverecundos, pronto se convencieron a su costa de que la moza tenía las manos tan ligeras como la lengua y sabía manejar unas y otra con destreza insuperable, no

sólo en despellejar al prójimo, sino también en defender su decoro.

—Hace cara a todos, pero no tiene ley a ninguno—decía la señora Andrea a sus vecinas, comentando la poca formalidad de la rapaza que, entre todas las mozas casaderas de la Ribera, era la única que jamás iba acompañada de su novio.

—Guárdale bien las ausencias a Fuco—aventuró una comadre, incitando a la confidencia.

—Eso sábenlo ellos—replicó la ropavejera, cerrando el camino a toda indiscreción.

Lo cierto era que, en punto a las relaciones que pudiera haber entre Sabela y Fuco, no andaba allá muy enterada la señora Andrea. Su mayor anhelo, la ilusión de toda su vida consistía precisamente en que los rapaces se entendieran de una vez, se casasen en gracia de Dios y le dieran dos o tres nietos, rollizos y hermosos, que anduvieran en torno de ella, ya jubilada de su traperil oficio, tirándole de las faldas y berreando:

—Bolita, deme una perriña para mercar minchas.

Fija en este propósito, se propuso un día salir de dudas.

—Sabeliña, hija mía, hasme de hablar claramente. ¿Tú quiéreste o no te quieres con Fuco?

—Como querer, quiérole bien. ¿Por qué me pregunta eso, mi madre?

—Te lo pregunto porque ya es tiempo de que sientes la cabeza y no tolees más, que ya estás dando que decir con esa fachenda de señorita "feita aprisa", más presumida que la "mómara" de San Roque. Piensa que puedo morir y que te quedarás sola, sin más arrimo que Fuco, que no

es nada tuyo, ni tan siquiera pariente... Y no estaría ni medio bien que, si yo muriera, él y tú siguierais viviendo así, juntos, como dos animales fuera el alma, sin la bendición de Dios. Ya mismo ahora hay malas lenguas que dicen lo que no deben...

Sabela, dando rienda suelta a su genio zumbón y estrepitoso, rompió a reir y a cantar desaforadamente:

Solimán y veneno,
agua de ruda,
para las malas lenguas
que me murmuran...

—No me vengas con músicas, Sabela. Sé que pareces mismamente tola. Responde, condanada. ¿Quiéreste casar con Fuco, sí o no?

El rostro de Sabela se ensombreció un momento, agitáronse nerviosos los labios, dispuestos a lanzar, rotundo y categórico, un monosílabo—¿sí? ¿no?—; mas de pronto, acometida del diablo de la risa, rió a carcajada tendida, a borbotones, como una tinaja rota que se desagua.

—¿Es que le corre prisa que me case, madre? Pues yo no tengo ninguna, ni falta! Ya sabe aquel cantar:

Eu caseime e apedreime,
mais que nunca me casara,
de solteira roupa nova,
de casada remendada.

—¿Pues a cuándo aguardas, rapaza? Es que no encuentras tu comenencia? Mira, nena, no la busques fuera de aquí, de tu pueblo y de tu clase, ni te dé por el señorio ni esperes que venga el hijo del rey, con sus manos lavadas,

a llevarte a la corte de los Madriles... Depréndete bien aquello de *o que lonxe vay casar, tacha leva ou vay buscar.*

—Pues porque no hay tacha no hay prisa. Casaréme o no, y será cuando a mí me pete y con quien me pete.

—¿Y Fuco?

—Ese... que aguarde. Lo que haya entre él y yo, yo y él lo sabemos.

Y dando una rabotada, salió de la habitación cantando a voz en cuello:

Ten Betanzos dous espellos
onde se ven as suas nenas:
o río da Ponte Nova
e o río da Ponte Vella...

La señora Andrea, cada día más embobada con su hija "meiga", dejábala decir y hacer cuanto apetecía su santa voluntad. Rapaza más consentida jamás se vió. Para ella los mimos, las caricias, los halagos. No había capricho que en el acto no fuera satisfecho. Las galas, los prendidos, las cajas de polvos de arroz, las botellas de agua florida, los frascos de perfume que vendía el boticario de la Rúa Nueva, importados directamente de París de Francia, los pañuelos de seda, los lazos y faralaes y todo cuanto se antojaba a la muchacha para su adorno y recreo, amontonábanse en los cajones de la panzuda cómoda de caoba, sobre la que había instalado todo un arsenal de menjurjes y potingues olorosos, que ella diputaba el colmo del refinamiento y señorío. A alimentar este inmoderado afán de acicalarse, enharinando, como un payaso, la cara sana y fresca, cuya esmaltada tersura repelía el injurioso contacto del vil

albayalde disfrazado de velutina, o pringando de aceite rancio la áurea maravilla de la leonada cabellera, contribuía no poco el manso y profundo arrobamiento de Fuco, que en las frecuentes paradas y descansos que le permitía su oficio marinero, aprovechaba ansioso los fugaces momentos en que podía disfrutar de la compañía de Sabela para quedarse extático ante ella, deslumbrado y entontecido. Como un devoto que esperase ganar el cielo a fuerza de dádivas y ofrendas, traía del Ferrol cuanto él creía que podía ser grato a la soberbia deidad de que se sentía cada vez más esclavo. Peinecillos, jabones, frascos de agua de olor y otras mil chucherías, adquiridas en baratillos y tenderetes de feria, solían constituir el presente de cada viaje. En una ocasión, habiendo llegado al parecer con las manos vacías, aguardó, semioculto en un rincón, a que Sabela se dignase interrogarle.

—Desta vez los comercios del Ferrol han debido hacer quiebra.

—¿Por qué lo dices, Sabeliña?

—Dígotelo porque en toda la lancha no ha debido quedar un curruncho en que meter lo que pensabas traerme.

—Pos mira, engáñaste, te traigo aquí una cosa... más bonita... Adivina.

—Déjame de adivinanzas. Siempre será alguna basura mercada en algún puesto de hierro viejo.

Conviene advertir que Sabela sentía el más profundo desprecio, desde que se había enseñoritado, por el comercio que ejercía su madre y merced al cual podía la propia Sabela echar roncas, darla de persona fina y permitirse el gesto que

solía hacer, poniendo cara de *chéirañ'o tempo* para expresar su displicencia y disgusto por tales vulgaridades.

—Pues te engañas—dijo Fuco—. No lo merqué en ninguna tienda. Es un choyo que un amigo me facilitó y que me costó tres buenos pesos.

—¿A ver? ¿A ver?—gritó la codiciosa rapaza, abalanzándose a Fuco, toda agarimosa y sobona.

Sacó Fuco del bolsillo del pantalón un paquetito, y después de embromarla un poco, levantándolo en alto para ponerlo fuera de su alcance, se lo dejó arrebatar, gozando por anticipado del placer que iba a causar a Sabela.

Abrió ésta el paquete, intrigada al conocer el valor del regalo, y extrajo de él un pequeño estuche.

—¡Unos pendientes!

—Sí, unos zarcillos que me vendió un amigo que está en la Maestranza del arsenal, al que le costaron lo menos el doble. Mira, son de oro.

Cogió Sabela los pendientes de filigrana de oro y después de darles vueltas, mirándolos y remirándolos, indecisa y no muy satisfecha, se decidió a probárselos, colgándoselos de las orejas menudas y corretas. Se contempló un momento en el espejo colgado encima de la cómoda, y de pronto, quitándoselos con viveza y arrojándolos sobre la mesa, exclamó con arrogancia:

—¡Guárdate esa porquería! Pues regalárselos a la Chosca o a cualquier otra artesana de la Fuente de Unta. Mis orejas sirven para algo mejor que para colgarse esos pendientes de aldeana.

Quedóse Fuco de una pieza, sin saber qué hacer, qué decir ni qué pensar.

¡La muy orgullosa! ¿Qué quería? ¿Pedruscos y abalorios caros, como los que él había visto en algún escaparate de la calle Real ferrolana? ¿Y con qué dinero?

Por primera vez experimentó en sus nervios la sacudida de la ira, y agarrando el estuche y los zarcillos de un puñado, se precipitó a la ventana, la abrió de golpe, y el regalo, con tanto fervor adquirido y ofrendado, salió volando hasta el tejado de enfrente. Luego, encarándose con la moza, que le miraba serena y despectiva, distendidas las aletas de la nariz y enarcadas las cejas en actitud de Juno ofendida, exclamó, adelantando hacia ella los férreos puños:

—Mira, Sabela, acuérdate de lo que te digo. Por buenas soy un can; por malas... ¡Haga Dios que nunca llegues a saber de lo que es capaz Fuco puesto a malas!

Sabela le miró fijamente, sin pestañear. Después, haciendo un mohín, giró sobre sus talones y desapareció en el interior de la vivienda.

IV

Los innumerables caprichos de Sabela, su afán de vestir siempre maja y enseñoritada, de mercar cuanta baratija, cintajo, randa y bujería veían sus ojos, no podían menos de causar grave quebranto a la parva hacienda, apañada, a costa de mil privaciones, por la ordenada y previsora señora Andrea. Ciega de cariño, mismamente embrujada por su hija, si alguna vez se resistía a sus ridículas pretensiones, acababa por ceder, allanándose a cuanto le pedía su "meiga" entre zalamerías y rabotadas. Fuco, por su parte, arrepentido de su inverosimil pronto, de aquel arrebato de cólera que no cesaba de reprocharse, dándose de coscorrones en castigo de su bárbaro proceder, se propuso rescatar la benevolencia de Sabela, atendiendo solícito a sus menores deseos, si bien absteniéndose de toda iniciativa, escarmentado de una vez para siempre por el episodio de los zarcillos. Los unos gastando lo que no tenían y la otra pidiendo sin tasa ni medida, vinieron a parar en un laberinto de deudas, del que, por más que discurrían, no atinaban a salir.

Para colmo de males, la señora Andrea, que andaba,

de algún tiempo atrás, descaecida y ensimismada, cayó enferma. Interrumpido el negocio de ropa vieja, no quedaban otras rentas ni recursos que la mezquina soldada de Fuco y los intermitentes gajes de Sabela, que seguía en su oficio costurenil más por el fuero que por el huevo. Llegó un día en que no pudo encenderse la lumbre por no haber qué echar en la olla. El viejo pote de hierro plomizo, muy orondo sobre sus tres pies, cómodamente hundidos en el tibio rescoldo, en un rincón del lar, yacía silencioso, sin dar señales de vida. La caridad de las vecinas suplió por algún tiempo la creciente penuria de aquel hogar, que ya no vibraba alegre al estrépito de las risotadas de Sabela, ahora abatida y llorosa, sin ánimos de lucha, incapaz de habérselas con la miseria. Cobarde en grado sumo para el dolor, sin pretender rebelarse y menos aun sobreponerse al infortunio que allí buscara albergue, acaso momentáneo, la orgullosa moza, lejos de resignarse y aceptar su suerte como una expiación merecida o como un doloroso escarmiento, disimulaba su ira, a duras penas contenida, impacientándose a veces con la pobre enferma y con las caritativas vecinas, culpando a todos, en su fuero interno, de situación tan desesperada, en la que se adjudicaba el papel de víctima principal, por no decir única. Mas por quien su inquina y rabia reconcentrada sintieron especial predilección y afán de ensañamiento, fué Fuco, que en su humildad perruna y en la muda adoración que no cesaba de mostrar por Sabela, no sabía hallar explicación ni forma de protesta contra semejante injusticia.

A humillarse más y a hacerle sentir con mayor pesadumbre el despego y antipatía de Sabela, contribuyó la fa-

talidad que en él vino a ensayarse de un modo despiadado, porque agobiado de deudas y poco satisfecho el patrón de la lancha del proceder de Fuco, cuyos servicios venían siendo prestados con visible apatía y dejadez, consecuencia de su estado de ánimo, fuéle notificado el despido en forma perentoria, después de una liquidación de haberes en extremo desastrosa para los intereses del pobre muchacho, que tuvo que volver a casa de su madrina, mohino, avergonzado y sin blanca.

El recibimiento que con tal motivo le dispensó Sabela, no es para descrito. Ni un reproche, ni un solo vituperio brotaron de los labios de la arisca moza, pero la expresión de su rostro fué tal, al escuchar el relato que le hizo Fuco de sus desventuras, que el pobre muchacho quedóse cortado, tartamudeó unas palabras deprecatorias que no sirvieron sino para acentuar el rictus de amargo desdén con que le escuchaba Sabela, y cogiendo futivamente su gorra, se precipitó escalera abajo, huyendo del abismo a que le empujaba la torva mirada de la arriscada y provocativa rapaza.

Al llegar a la calle quedóse perplejo, como barco sin rumbo, sin saber adónde y a qué encaminar sus pasos. Anochecía. La calle de la Ribera hervía de gente, en su mayor parte formando corrillos y aspirando la grata frescura de la prima noche de un hermoso día de verano. El bullicio y algazara, que por instantes iban cobrando auge y extensión, lograron arrancarle algún tanto de su ensimismamiento, el cual vino a desaparecer del todo al oir a lo lejos los alegres compases de una jota trompeteada por la banda municipal, que recorría las calles invitando al vecin-

dario al holgorio de la verbena. Recordó entonces Fuco que era la noche de San Juan. A pocos metros del lugar en que se hallaba todavía indeciso y sin voluntad, brotó una llamarada, que el estallido de la leña verde hizo avivar, coreada por el júbilo de la rapacería congregada en torno a la hoguera. Más allá, en tácita competencia, apoyada por los vecinos de la acera de enfrente, surgió otra fogata de mayores proporciones, y no transcurrió mucho tiempo sin que, en todo el ámbito que abarcaban sus ojos, asistiese Fuco, interesado ya en el espectáculo, a la aparición sucesiva de otras hogueras, saludadas por el vocerío, las risotadas y los aplausos del público atraído por la curiosidad, la alegría y la innegable belleza del popular festejo. Rasgó la atmósfera serena un cohete, que subió recto hasta perderse en el tachonado firmamento, salpicándolo de fugaces estrellas de colores. Tras él, subieron otros, disparados por mano experta, que sabía alternar los cohetes de tres truenos con los de lamparillas, y aun entre éstos, combinar los de un solo color con las ensaladas pirotécnicas y los maravillosos cohetes de campamento, que al estallar, con breve y sordo estampido, deshacíanse en brillantísima cascada de luz que inunda el cielo con dorado fulgor de aurora. No tardaron en aparecer, inquietos y luminosos, multitud de farolillos de colores, dispuestos en coruscantes festones de sobrepuertas y alféizares, y dominando a ratos el zumbido de la multitud que invadía la calle, percibíanse gangosas notas de acordeón, vivaces rasgueos de bandurria y armoniosos punteados de guitarra, tañida con destreza. Mas por encima de esta desconcertada batahola, alzábase impetuoso el estruendo de la banda municipal, ensañada en los alegres

compases de la jota clásica, a cuyo son hacía el recorrido de las principales calles brigantinas, enfoscándose en el dédalo formado por su abigarrado caserío, imbuído de señoril gravedad y rancia nobleza. Las viejas y aparatosas portaladas, sobre las que campea enorme escudo heráldico, y los entornados balcones saledizos, de historiados antepechos, abríanse de par en par, dando paso a aquellos ecos evocadores de añejos recuerdos bélicos, nostálgicas reminiscencias de un glorioso pasado caballeresco.

Al cruzar la banda, precedida de una nube zumbadora de arrapiezos y rodeada de bullicioso gentío, sintió Fuco a su espalda dos manos vigorosas que se apoyaban en sus hombros.

—Fuco, ¿qué haces, hom? Anda, vente con nosotros.

Un grupo de rapaces del barrio se apoderó de él, arrastrándole hasta fundirse en el torbellino levantado a su paso por la banda bullanguera. En el estado de atonía y desfallecimiento en que se hallaba, se dejó conducir sin dificultad alguna. Siguiendo a la música, llegaron a la Plaza del Campo, en la que el holgorio se hallaba en su apogeo. El ruído ensordecedor producido por la alegre muchedumbre, unido a las destempladas notas de la música callejera, al estampido de los cohetes y al oscilante reflejo multicolor de los farolillos, causó en el ánimo del conturbado mozo la desazón del mareo. Para no aparecer ridículo ante sus compañeros, aprovechó el tumulto para separarse de ellos y dirigirse a la Alameda, oscura y desierta a la sazón. Allí se dejó caer sobre un banco y con la cabeza entre las manos, apoyados los codos en las rodillas, dejó pasar las horas, inmóvil como un faquir, sin ideas, sin voluntad, sin

fuerzas ni deseos de cambiar de postura por no cambiar de dolor. Sólo el silencio profundo que siguió al término de la fiesta, cuyos lejanos ecos de oleaje favorecieran el sopor lúcido en que había yacido por largo tiempo, le despertó súbitamente, e incorporándose, echó a andar de nuevo sin rumbo, a impulsos de un inconsciente automatismo. Cruzó la plaza en dirección a los soportales, atraído por una línea de luz filtrada a través de la rendija de una puerta entreabierta, detrás de la que, un confuso rumor de acompasado arrastre de pies, dejando apenas percibir los apagados sones de un piano mecánico, delataba el fervor con que se consagraban al culto de Terpsícore unas cuantas parejas transnochadoras. Sin darse cuenta de ello, guiado su pensamiento por aquel hilo luminoso, aproximóse a la entrada del improvisado salón de baile, instalado en el vetusto local del Café Imperial, reputado en la crónica de la ciudad como el antro protervo, a que convergían y en él hallaban su adecuado centro, todos los vicios de la Suburra brigantina. El sereno que custodiaba la puerta, desempeñando con socarrona filosofía su papel de cancerbero, rodeado de varios noctámbulos impenitentes e inofensivos, sonrió al ver a Fuco y deteniéndole al pasar, le advirtió con aire zumbón y al mismo tiempo precavido:

—¡Cuidadiño, Fuco, no vayamos a tener leria!

Sin hacer mayor reparo de la prevención amistosa de la autoridad noctívaga ni de la expectación que su presencia despertara en los que con aquélla se hallaban de animado palique, empujó la puerta maquinalmente y colóse dentro. Durante un buen rato, sus ojos acostumbrados a la oscuridad, no atinaron a distinguir, en la masa amorfa del

público danzante, ni una sola fisonomía conocida. Vistos a través de la neblina polvorienta que inundaba el local, y enmedio de la que, las luces suspendidas del techo, oscilaban como péndulos rojizos envueltos en un halo difuso y opalino, los bailarines, con sus saltos y contorsiones, parecían grotescos ejemplares de un acuario, agitándose en el agua turbia, movida por una mano juguetona e invisible. Lanzaba el piano de manubrio las notas rápidas y secas, arrancadas a martillazos, de una estrambótica polca, bailada al "estilo de Madrid", meneándose las parejas con exagerado contoneo de caderas y persuadidas de la absoluta autenticidad de su flamenquismo. Hombres y mujeres, incrustados a la manera de los hermanos siameses, sudorosos, desgreñados, las ropas en desorden, los ojos desorbitados y a flor de cara, las bocas contraídas por la risa procaz y sin medida, las manos inquietas y atacadas de un villano prurito prehensil, los pies torpes e insensibles y los cuerpos rendidos y flojos, con más ganas de tumbarse y echar las extremidades por alto que de seguir restregándose con delectación animal, el espectáculo que ofrecían, contemplado a través de aquella atmósfera hialina y pegajosa, saturada de densos olores de mofeta y cordobán, no podía ser más repugnante y lastimoso. ¡Qué contraste el de aquel soez "agarradiño", grotesca parodia de los espurios bailes madrileños de la Bombilla, y las graciosas danzas de las "foliadas", la clásica y garbosa "muiñeira", llena de arte y de honesta y plácida serenidad!

Cesó el artefacto mecánico en su musical martilleo y desenlazadas las parejas, no sin esfuerzo, pusiéronse unas a pasear a lo largo de la sala, tomaron otras asiento, donde

fué posible hallarlo, en las banquetas dispuestas alrededor del local, y desaparecieron las más por una puerta lateral que daba acceso a una habitación destinada normalmente a pieza reservada del café, ya utilizada como "sala del crimen", ya para cuchipandas y merendolas subrepticias, y a la sazón convertida en "ambigú", bien provisto de boliches de gaseosa, rubia cerveza indígena y diversas mescolanzas de ponzoñoso amílico, que ocultaba su aviesa índole tras pomposas etiquetas de rom de Jaimaica, cognac de cuantas estrellas se desearan y otras denominaciones exóticas y ridículas.

Siguiendo la compacta fila que abandonaba el salón dedicado a Terpsícore para estrujarse en el cuchitril en que se rendía culto a Sileno, con disparos de gaseosa que repercutían lo mismo que si fueran de champaña, entró Fuco en el "ambigú", solicitado por un punzante deseo morboso de ahogar sus penas en alcohol. Acercóse al improvisado mostrador y pidió una copa de aguardiente, que vació de un trago. Como llevaba más de doce horas sin probar alimento, cayó el alcohol en su estómago como la chispa en la pólvora, congestionándolo y enardeciéndole con inusitada rapidez y violencia. Perdida la brújula, repitió la dosis, e iba a consumir la tercera, cuando... ¡santo Dios!, ella, Sabela en carne y hueso, Sabela vestida con sus mejores galas, faldellín de percal rameado, blusa de seda chiné, al brazo un abriguito de vueltas de raso, una flor en el pecho, muy peripuesta, un poco sofocada y alborotado el cabello, pasó junto a él, rozándole el cuerpo sin verle, ajena en absoluto a su intempestiva presencia. Pero lo inaudito, lo que en la conturbada imaginación de Fuco

adquirió forma y proporciones de catástrofe, fué el advertir, con la rápida intuición de los celos, que el brazo de Sabela se apoyaba descansadamente, con afectuosa dejadez, en otro brazo que pertenecía a un hombre joven, de buen parecer y correcta indumentaria, a un señorito, en suma. Haciendo un esfuerzo de atención y de memoria, pudo al fin reconocer vagamente al que ya diputaba su afortunado rival. Era el señorito de Otero, el pollo más distinguido de la ciudad, un tenoriete veraniego, que no bastando a su reputación de conquistador los laureles discernidos por la opinión escolar compostelana que le había bautizado con el merecido remoquete de "el oso tierno", aprovechaba las vacaciones para cortejar a aquellas de sus paisanas que conceptuaba dignas de tal honor, y en especial a las costurerillas brigantinas. Sin su evidente cursilería y afán de exagerar las modas, lo que le valiera entre sus compatriotas el disfrutar de otro apodo, no menos apropiado que el que había refrendado la autoridad académica, designándole "la moda elegante e ilustrada", es lo cierto que el joven Otero reunía numerosas ventajas y atractivos personales, que era lástima se malograsen y desapareciesen bajo la máscara de su vanidad y presunción.

Refugióse la amartelada pareja en un rincón de la estancia, atestada de bebedores y mozas alegres, instalándose junto a un velador que hallaron vacío, y mientras el pollo Otero, con la desenvoltura de un veterano en tales lides y la autoridad de su posición social y de su indumentaria, daba órdenes al mozo que había acudido solícito al estrépito de sus palmadas, atendía Sabela a su tocado, alisándose el cabello y reparando en lo posible el desorden

de su traje. Fuco, que se había quedado de una pieza, siguiéndoles con la mirada fija y sin pestañear, como un alucinado, hizo dos involuntarias genuflexiones de beodo, dejó caer la copa que sostenía entre sus dedos temblorosos y se abalanzó como un tigre sobre la descuidada pareja.

—¡En el baile tú, condenada, mala hija, mientras tu madre estará dando las boqueadas!—gritó frenético Fuco, con voz tartajosa, entrecortada por la ira, trabada la lengua por efecto del alcohol, dirigiéndose a Sabela, que un poco pálida y sorprendida, retiraba su rostro, huyendo más que del gesto de amenaza, del nauseabundo olor en que salían envueltos los improperios.

Repuesto el pollo Otero de la sorpresa que le causara la aparición de Fuco, juzgó que correspondía a su calidad de *cavalier servant* sacar la cara en defensa de su pareja, sin prever el riesgo que aquélla, tan sonrosada y de mírame y no me toques, podía correr si la contienda pasase a mayores, e irguiendo el busto, engallado como un pollanco en su primera pendencia de gallinero, interpeló al importuno:

—¿Con qué derecho viene usted a molestar a esta joven, que nada tiene que ver con usted? Retírese, hágame el favor, retírese, si no quiere exponerse a las consecuencias de su atrevimiento.

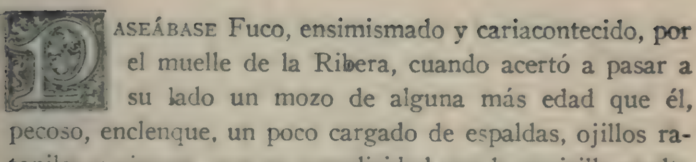
Miróle Fuco del mismo modo como miraría un gañán a un gozquejo ladrador que osase morderle la pantorrilla, y ciego de rabia, con la inconsciencia de un beodo agresivo, alzó la encallecida manopla, que se agitó un momento en el aire para abatirse como un gavilán sobre su presa, y la descargó en la tersa mejilla del pollo temerario, que en

aquel instante cursó y se doctoró en toda la ciencia astronómica, de improviso revelada merced a tan contundente conjuro. En un abrir y cerrar de ojos, cuantos se hallaban en la habitación, corrieron a interponerse entre Fuco y su víctima, que del rebote había salido disparada, con silla, velador y cuanto sobre éste había a algunos pasos de distancia. Rodearon varias mozas a Sabela, que había retrocedido instintivamente, sin acobardarse, manteniéndose en actitud que el despecho hacía visiblemente provocativa, mientras la mayoría de los circunstantes sujetaban a Fuco, forcejeando con él para llevárselo a fuera. Atraídos por el tumulto, acudieron no sólo los que habían quedado en el salón de baile, sino también los que estaban en la calle y al frente de ellos el sereno, que encarándose con Fuco, le increpó furioso:

—¿No te había dicho que mucho cuidadiño con lo que hacías, condanado? ¡Me caso con Mahoma! Hala, hala, anda conmigo, pasarás la noche en el cuarto "dos ratos". Así deprenderás a no meterte con quien no debes.

Y empujando a Fuco, que no intentó resistirse y recobrar su libertad, lo que hubiera logrado al menor esfuerzo, sacóle del local y desapareció con él entre las sombras de la plaza.

V



PASEÁBASE Fuco, ensimismado y cariacontecido, por el muelle de la Ribera, cuando acertó a pasar a su lado un mozo de alguna más edad que él, pecoso, enclenque, un poco cargado de espaldas, ojillos ratoniles y vivaces, que en complicidad con la naricilla vuelta hacia ellos, prestaban a su fisonomía un aire desenfadado y atrayente.

—Hola, Fuco, ¿qué? ¿estamos al pairo?

—Estoy, Goros, ya lo ves.

—¿Es que ya no navegas en las lanchas del Ferrol?

—Despidiéronme hace cosa de una semana.

—¿Y entonces, qué vas a hacer?

Fuco se encogió de hombros, con un gesto de resignación e impotencia.

—¡Boh! Yo en tu caso me embarcaba para América.

—¿Para Buenos Aires?

—¡Calla, tonto! ¡A Buenos Aires! ¿A sachar la tierra o de changador en el muelle? Para eso no hace falta salir de aquí. Yo que tú me embarcaría para Nueva York.

—¿Para Nueva York? ¿Y cómo?

—Verás, Fuquiño, verás. Descuida en mí que soy perro viejo. Yo tengo contrata para embarcar en La Coruña el día del Carmen. Voy de fogonero hasta Liverpool, y de allí ¡hala! a Nueva York en otro barco que es mismamente un palacio, con música y salones más grandes que los del Liceo. Pagan en oro, en buenas libras esterlinas, que relumbran como las perras "noviñas do trinque". Yo ya es la tercera vez que me embarco, y así Dios me salve como pienso hacerlo tantas más veces como sea preciso hasta que tenga reunidos trescientos pesos como trescientos soles, que son los que me hacen falta para mercar la taberna de la "Cañota" y llevar de tabernera a mi Ruperta, la hija de Antón el hornero, ya sabes. Sólo que con el aquel de vivir tanto tiempo junto a las calderas, que no tienen comparanza con las del mismo infierno, es mal oficio el de tabernero, porque la costumbre de darle de aquí para calmar la sed, te hace que te aficiones a levantar el codo y tengas al fin que poner el ramo por dentro de la tienda y acabes por ser tú mismo tu mejor parroquiano, ¡ja! ¡ja! ¡ja!

La tentadora proposición de Goros dejó pensativo a Fuco. Justamente su situación se había hecho intolerable. Errante los más de los días, como un perro sin amo, sólo permanecía en casa el tiempo indispensable para probar un bocado, dormir con un ojo abierto y esquivar por los medios posible todo encuentro con Sabela. Por fortuna, la salud de la señora Andrea había mejorado bastante, de tal suerte que, si bien débil y desmarrida, podía dedicar algunos momentos a los cuidados del hogar, aunque no todavía a su comercio. Sabela, solicitada por las obligaciones de su

oficio, pasaba los días fuera de casa atendiendo a las prisas del taller, en plena actividad a la sazón, por hallarse cercanas las tradicionales fiestas de San Roque, Patrono de la hidalga ciudad. Por eso Fuco, comprendiendo lo falso de su situación, avergonzado de su forzada holganza, huía de las miradas de Sabela tanto como de la compañía de su madre, alegando, para justificar su alojamiento y desvío ante las reiteradas instancias de la señora Andrea para que viviese más sosegado y parase más en casa, que andaba en busca de trabajo en el muelle, confiando en hallar bien pronto una colocación en alguno de los botes dedicados al tráfico veraniego por el poético Mandeo. No tardó en hallar, según sus deseos, colocación adventicia, que le facilitó el popular "Salero", el más reputado entre los bravos marinos de agua dulce, que con admirable tino y diligencia transportaban a las vecinas playas de Sada, del Pasaje y de la Puente del Porco, las familias brigantinas que a ellas solían trasladarse en busca de la frescura del mar, llevando consigo aquellas piezas del ajuar doméstico que requería el deficiente confort de las casuchas en que el señorío de la vieja corte de Suevia veíase obligado a pasar su *villeggiatura* estival. Mas estando ya bastante avanzada la estación y siendo por lo tanto cada vez más raros los transportes fluviales exigidos por la intermitente balneoterapia de los brigantinos, las ocasiones de ganar una peseta disminuían en la misma proporción, por lo que no tardó Fuco en hallarse de nuevo obligado a un vergonzoso barzoneo, tanto más depresivo para su dignidad cuanto que contrastaba con la actividad fructífera de Sabela, cuyas habilidades de aguja y tijera, que comenzaban a ser regularmente retribuídas, causaban la admira-

ción de la señora Andrea, cada día más embobada y cautiva de la gracia y donaire de su meiga. Ya volvieran, con la salud de la madre y las asiduas y prolongadas tareas en el taller, la risa y la jovialidad de antaño a llenar, con sus alegres ecos, la vivienda de que era Sabela el más hermoso y bullanguero de los tiranos. Los pocos momentos que en ella permanecía, pasábalos cantando a voz en cuello, gozosa y satisfecha como jamás lo estuviera. Y en su comunicativa alegría, necesitada de expansión, olvidada al parecer de toda pena y resquemor, no tuvo reparo en hacer partícipe a Fuco de su exaltación jubilosa, gastándole bromas y abandonándose con él a chanceras y mimosas confianzas como en los mejores tiempos de su mocedad y de su tácito noviazgo.

En tales circunstancias sorprendió a Fuco la proposición de su amigo Goros. El tentador señuelo de un porvenir, que vislumbraba risueño y venturoso, preñado de esperanzas, merced a la favorable mudanza en el humor de Sabela, despertó en su ánimo la ambición, el irrefrenable deseo de ser rico y poderoso, de lanzarse al mar para robarle el secreto de la fortuna y tornar luego, poderoso y rico, revolviendo en su bolsillo las monedas de oro con que encadenaría para siempre la voluntad y la gratitud de la gallarda mariñana. En su optimismo, todo lo halló fácil y seguro. Iría con Goros a La Coruña, se contrataría como fogonero, a ser posible en el mismo buque que él, y al cabo de un año o cosa así, volvería con un buen puñado de pesos ahorrados, que servirían de pedestal a su futuro poderío; alcanzaría fácilmente de Sabela el compromiso formal de ser su mujer, y al cabo de dos o tres provechosas campañas

ultramarinas, reunido un capitalete que, en sus cuentas de la lechera, estimaba alrededor de mil pesos, se casarían, pondría un taller de costura del que Sabela sería el ama, la reina y la diosa misma, y él compraría un buen bote de cuatro remos para ganarse cómodamente la vida, paseando por las tranquilas aguas del Mandeo, sin más temores ni preocupaciones que las que no dejaría de causarle la prole, pues hasta a pensar en ella llegó en sus ensueños y desvaríos el inocente Fuco.

Puesto de acuerdo con el aventurero Goros, una mañana, sin decir nada a la señora Andrea ni a Sabela, tomaron el tren y se plantaron en la ciudad herculina. Goros, buen baqueano, sirvió de guía, inteligente y travieso, al zanguango Fuco, que no tenía ojos bastantes para admirar la ostentosa riqueza de que, en cafés y escaparates, hace gala la alegre capital gallega.

Después de un animado biltroteo por las calles más céntricas y por los frondosos y animados paseos de la ciudad, recalaron en la oficina del consignatario del buque en que Goros había sido enrolado como fogonero, para informarse si podría hacerse otro tanto con Fuco. No fué difícil entenderse, porque la demanda de fogoneros mariñanes, por lo sobrios, diligentes y disciplinados, fué siempre considerable. Entregaron a Fuco una nota de los documentos que debía presentar para obtener el necesario permiso de embarque, y una vez convenido todo lo relativo a salario, fecha de presentación y demás pormenores del asunto, salieron de la casa consignataria los dos compinches, gozosos y satisfechos en extremo. Como se acercara la hora de hacer por la vida, propuso el travieso Goros, como lugar

más adecuado, una taberna del barrio de Santa Lucía, en la que guisaban el rodaballo, según él, que ni en la misma gloria.

Al entrar Goros en la taberna, llevando a remolque a su corpulento paisano y compañero de futuras fatigas, estalló en su honor la más estruendosa y efusiva de las ovaciones. Era, en efecto, Goros sumamente popular en el barrio marinero de la ciudad herculina. Su dicacidad y buen humor habíanle granjeado las simpatías de aquellos bravos y recios pescadores, de poblada sotabarba, alguno de los cuales llevaba todavía pendiente de la oreja el típico arete de los viejos corsarios.

—¡Ei, Goriños, cuánto tiempo sin verte por aquí! ¿Has estado carenando?—gritó uno de los pescadores que, apoyado en el mostrador, paladeaba entre chasquidos de lengua y carraspeos, un vaso de "perrita", cáustica como el mismo fuego.

—¿Eu? ¿Quedarme yo en seco? ¡Vamos, hombre! Anduve corriendo mundo, ¿qué vos creedes? Para coger miñocas y pescar panchos, bastades vosotros. A mí me gusta la mar salada, la de la otra banda.

—¡Ay, miñoquiña garela, lo que tú sabes! Tú siempre de bolina y buscando con que estibar la gambuza.

—Cía, hombre, que te vas al garete, ¡me caso en la mar! Lo que tú buscas es que te dé remolque pagándote otro puchero de caña. Pues lo siento, hombre, ya no me quedan más cabos que largar. Aquí traigo este patache, que hoy se ha abanderado. ¡Ey!, vamos a celebrar la botadura. Patrona: ¡venga caña, rediela!

—¡Vaite, vaite, Goros! Eres más malo que "xuncras". Bien dicen que "home pequeno, fol de veneno".

—Cala, larpeiro, lo que tú tienes es envidia, sí, envidia de que todas las rapazas bonitas de Santa Lucía me hacen cara...

—Te hacen la cruz como al mismo diablo, lacazán. Ya conocen tus mañas. Que lo diga Micaela, la hija del lagüeiro de Vilaboa.

—¡Boh! ¡Lerias! Ya sabes que nada de eso es cierto.

—¿Que no es cierto, pirata? Y lo de Chinta, la de Oleiros, ¿tampoco es cierto? ¿A que va a resultar que todas las mozas con que tú hablas se van a pique solo con verte, sin que tú las empujes? Anda, ladrón, el mejor día embarrancas de una vez y te vas a fondo sin remedio.

Siguieron las bromas sobre la merecida reputación de mujeriego del deslavado Goros, que suplía con creces lo esmirriado y contrahecho de su físico, con una osadía a prueba de sofiones y zurribandas, mientras él y Fuco se instalaban en una mesa que la tabernera les dispuso en un rincón de la tienda, y atacaban con furia canina tamaña tartera, en cuyo fondo hervía aun a borbotones el sabroso condumio marinero. Alternando los bocados con los tragos de tinto de Castilla, de áspero sabor a pez de la inflada corambre, puesta en evidencia para mayor garantía, pronto dieron fin los voraces comensales a su tarea, y sacando a relucir los paquetes de picadura, liaron concienzudamente sendos pitillos. Desperezóse Fuco con descomunal crujido de tendones y huesos de atleta, e interrogó a su compinche:

—¿Quiérese decir, por lo visto, que tú y Ruperta...?

—Claro, hombre, claro. Sólo que, de esta vez, echo el

risón, cío y al muelle para siempre. Créeme, Fuco, la mujer es como la gaita: para que toque a gusto, ha de tener el fol hinchado. Es mi sistema, lo mismo en Coirós que en Broquilín, ¿sabes? Broquilín es un barrio de Nueva York, al otro lado de un puente grandísimo, tan alto, tan alto que los vapores pasan por debajo con tanta comodidad como una canoa por el arco más grande del Puente viejo. ¡Allí sí que hay mujeres! ¡condrio, qué mujeres! Italianas, irlandesas, blancas, mulatas y negras y de todos los colores. La flor del Bauri, como si dijéramos, del barrio del Orzán.

El tema de la mujer, desarrollado con pintoresco cinismo, parecía inagotable en la boca inmunda de Goros, que se complacía en aderezarlo de toda clase de detalles obscenos, empleando una jerga bárbara, en la que se juntaban las sucias interjecciones españolas con las asquerosas blasfemias calabrosas. Oíale Fuco entretenido, pero sin gusto, hallando poco interesantes las proezas de aquel mico, sin envidiarlas ni, en su mayor parte, comprenderlas. Su naturaleza vigorosa, equilibrada, dotada de un temple orgánico admirable, mostrábase refractaria a la curiosidad carnal, no despertada aún por la ocasión ni estimulada por el hábito. Por eso recibió indiferente la propuesta que le hizo Goros de ir a matar el tiempo, hasta la hora del tren en que habían de regresar a las Mariñas, en cierta casa de antiguo frecuentada por él y otros de su pelaje.

VI

Al anunciar Fuco a Sabela y a su madre su próximo viaje a América, quedáronse una y otra estupefactas. No contaba Sabela con aquel rasgo de voluntad, ni la señora Andrea con semejante resolución, que juzgó impremeditada. Pronto se convencieron de que el propósito de Fuco era formal e inquebrantable, a juzgar por las cartas de la casa consignataria citándole para embarcarse dentro de unos días. Como nada hasta entonces dejara traslucir de su proyecto, ningún preparativo de viaje se había hecho, por lo que las dos mujeres consagráronse con cariñoso afán a disponerle un pequeño equipo, surtido de cuanto pudiera necesitar durante su ausencia. Sabela, cuyo buen humor y excelente disposición de ánimo en favor de Fuco no habían sufrido el menor eclipse desde hacía tiempo, mostróse previsora y diligente en su tarea, atendiendo a todo con afectuosa solicitud de mujer hacendosa. Con sus mismas manos cosió camisas, dobladilló pañuelos, marcó la ropa blanca, planchó pantalones y fué colocando todo, con mucho esmero, en un baulito de tapa abombada,

muy claveteado y flamante, forrado en su interior de vistoso papel floreado. Con tal motivo, las veladas en la casa de la Ribera prolongáronse hasta las altas horas de la noche, consagrándose las dos mujeres a su labor de aguja, casi juntas las cabezas inclinadas bajo la pantalla de la lámpara que iluminaba el breve espacio ocupado por la mesita dispuesta entre las dos diligentes costureras, mientras allá en la sombra, sentado en un rincón, pasábase Fuco las horas muertas pensando, soñando...

La jovialidad de Sabela, siempre necesitada de expansión, lejos de contagiarle, infundíale secreto y supersticioso pavor, que iba minando su optimismo hasta el punto de hacerle vacilar en el cumplimiento de su propósito. ¿Por qué marcharse ahora y abandonar esta vida sosegada y fácil, trocándola por la que preveía llena de sobresaltos y penalidades, sólo con sus cavilaciones y amarguras, sin disfrutar a lo menos del consuelo de contemplar de cerca a la que era causa de ellas? Si estando él presente, con el espíritu alerta, aguijoneado por los celos, sufría de éstos en tal medida que necesitaba de toda su voluntad, asistida del milagro, para sobreponerse a tan horrible padecimiento, ¿qué no sería al alejarse por tanto tiempo y a tal distancia, cuando al torcedor de la duda se uniesen la rabia y el dolor de la impotencia? Asaltado por tan sombríos pensamientos, a punto estuvo de anunciar a las dos mujeres su desistimiento, aun calculando la sorpresa que les causaría y el pobre juicio que habría de merecerles su versatilidad, que nada sabría justificar; pero su propia inercia, su irresolución ingénita, le contuvo. Pensó luego que, quedándose, nada resolvía, puesto que mientras no pudiese plantear de un

modo firme y radical el problema de su unión con Sabela sobre la base de una posición social, por modesta que fuese, que pudiera ofrecerle, el peligro, no sólo no se alejaba, sino que permanecía en pie, más amenazador cada día, debiendo conformarse con el triste papel del perro del hortelano, presto a enseñar los dientes a todo el que se acercara a Sabela, y convirtiéndose en desairado guardador de aquella rica manzana de oro, más apetitosa que las del jardín de las Hespérides y que, al fin, otro brazo más fuerte o más audaz, habría de llevarse algún día. Persuadido de que aplazar no es resolver, comenzó a dar vueltas en su magín a la idea de tener con Sabela una explicación que aclarase sus dudas y le marcase el camino que debería seguir, juzgando que, de todas suertes, necesitaba, antes de emprender el viaje, recabar de Sabela una promesa de fidelidad y confiada espera, o llevarse consigo el desengaño cruel que justificaría, y hasta vendría a convertir en prudente y deseable, aquel alejamiento.

Ocurriósele a la señora Andrea que, tratándose de ausencia tan larga y sujeta a imprevistos lances y caprichos de la suerte, debía Fuco dejarles, con su retrato, el consuelo de tenerle en efigie allí, sobre la cómoda, participando en cierto modo de la vida de las dos mujeres y prolongando espiritualmente su estancia en el hogar, en señal de posesión y prenda de retorno. Acogió Sabela la idea con entusiasmo y propuso que sin pérdida de momento se llevase a ejecución. Fuco, sin oponerse, formuló tímidamente un deseo: retratarse en grupo Sabela y él. La pretensión de Fuco, calurosamente apoyada por la señora Andrea, tropezó con la seca y terminante negativa de Sabela.

—No, de ninguna manera, nada de grupos.

Mas comprendiendo el efecto desastroso que su brusquedad causaba en el ánimo del mozo y deseando mostrarse afectuosa y conciliadora en aquellas circunstancias, añadió:

—Haremos un retrato tuyo y otro mío, y así podremos cambiarlos.

Aceptada la fórmula de transacción, salieron a la mañana siguiente Sabela y Fuco y encamináronse al taller fotográfico instalado en una de las huertas del Camino Nuevo, a gran altura sobre la carretera, como un jardín colgante de Babilonia, y a cuya puerta había dibujado el artista, en historiados caracteres, como irresistible señuelo, el título de "Fotografía de París". Habíase emperejilado Sabela con lo mejor de su ropero: vaporoso vestido de rameada batista, un poco escotado, según la moda, lo suficiente para poder apreciar, por la muestra, la espléndida carnación de la garganta, que una atrevida cinta de terciopelo truncaba a cercén, dejando caer sobre el nacimiento del pecho, donde la línea se inflexiona graciosamente, destacándose encima de tersuras y morbideces de raso, una higa de coral, roja como una gota de sangre. También Fuco se había acicalado, aprisionando el recio corpachón dentro de un traje flamante, que le obligaba a caminar envarado, y midiendo los pasos, a compás del chirrido de sus zapatos, estrenados en tan solemne ocasión.

Recibióles el fotógrafo con tanto júbilo como si le tocara el premio gordo de la lotería. Verdadero bohemio, había caído por allí sin saber cómo, armado de su trípode bajo el brazo, y después de vagar por las enrevesadas y cos-

taneras calles brigantinas, seguido de una turba de mocosos que no cesaban de gritarle:—¡sáqueme a mí! ¡sáqueme a mí!—cada vez que le veían preparar el tinglado y taparse la cabeza para enfocar, ya un esbelto pórtico románico, ya un arco apuntado de graciosa traza, ya algún pintoresco conjunto de irresistible encanto para un alma artista, sentó sus reales en aquel huerto, de aspecto selvático, al que se ascendía por empinada escalera, de desgastados peldaños, flanqueada de espesos muros cubiertos de madreselva. Los primeros días de su instalación fueron para el andariego artista la época feliz de las vacas gordas. Por delante del objetivo de su máquina desfiló todo el señorío brigantino y buena parte de la población artesana, ansiosos de ver reproducida su imagen, adornada de sus mejores galas y en las más estudiadas posturas. Mas ¡ay! bien pronto experimentó a su costa el iluso artista la triste realidad del sabio aforismo hipocrático: "ars longa, vita brevis". Tras las vacas gordas, llegaron las vacas flacas, y con ellas los atrasos, las miserias, las citaciones judiciales y la inminente amenaza de desahucio y embargo. Ya que no la vida, la fortuna no pudo ser más efímera.

Pensando estaba en la manera de resolver el grave conflicto que le anunciaba una hoja de papel sellado que tenía entre las manos, sin saber qué hacer de ella, cuando llegaron Sabela y Fuco a la puerta del cobertizo transformado en galería fotográfica. Al verlos tan peripuestos, galanes y risueños, supuso el artista que se trataba de una amorosa pareja, que antes de fondear en la sacristía, hacía breve escala en su taller para cumplir un rito o fórmula esponsalicia.

—¿Un grupo, verdad?

—No—se apresuró a decir Sabela ruborizándose intensamente.

—Fuco, creyendo llegada la ocasión de mostrar mayor decisión y audacia, a lo que le invitaba la actitud expectante del fotógrafo, exclamó:

—¿Por qué no, si al fin tú y yo...?

La mirada fulgurante de Sabela, azotándole el rostro hasta enrojecérsele, hízole enmudecer. Sabela, volviéndose hacia el artista, repuso:

—Nos retrataremos por separado.

—Muy bien, muy bien, elija usted los modelos.

Lo mejor y más granado de la sociedad brigantina, la que pudiera incluirse en la categoría administrativa de "mayores contribuyentes", exhibíase en efigie sobre sendos tableros colgados en la pared y cubiertos de fotografías de todas clases, tamaños y formas. Mejor que en los carteles del portal del Consistorio, podía consultarse allí, el padrón municipal de la noble y vetusta ciudad, circunscrito a la más elevada categoría social o brazo aristocrático de la misma, con la ventaja de que su identidad se completaba y adquiría mayor realce merced a la reproducción artística de la fisonomía de cada uno, ya gozando de completa autonomía fotográfica, ya formando grupos, más o menos numerosos, que reflejaban la ventura y placidez reinantes en los afortunados hogares brigantinos.

Al pasar la vista, distraídamente, por las fotografías, reparó Sabela en una, de mayor tamaño que las demás, destacándose en el centro del tablero como el sol entre los demás astros de menor cuantía, y que representaba un joven de aspecto distinguido, muy retocado y alisado de pelo y

bigotillo enhiesto, guapo y sonriente, con enorme flor, repelluda y pomposa, en el ojal de la americana. Era el pollo Otero, el "oso tierno", en su papel de "moda elegante e ilustrada", y de quien tan grato recuerdo conservaba Sabela, desde el trágico incidente de la noche de San Juan.

Hasta entonces, los sentimientos de Sabela hacia el tenoriete relamido y presuntuoso, distaban mucho de serle propicios. Considerado en el gremio costureril como un tipo de buen humor, aceptábase su compañía por las ninfas del dedal, a título de tránsfuga de la clase señoril a que pertenecía, para divertirse con él, admitiendo regocijadas sus libertades de fauno precoz, inofensivo y alegre. Como nunca se había formalizado en amores con ninguna, creíanle incapaz de nada serio, juzgándole útil tan sólo para amenizar paseos, bailes y romerías con su labia estudiantil, plagada de retruécanos y chistes de almanaque y de café con dominó, que le granjearon fama de "pavero" y ocurrente en los cotarros que frecuentaba. Mas, a partir de la noche aquella en que, después de haber agotado su abundante repertorio de chistosas gansadas en ganar la simpatía de Sabela, un inicuo y bárbaro soplamocos, propinado por el celoso Fuco, puso lamentable epílogo a la inolvidable fiesta verbenera, sintióse la bella mariñana atraída por la conmiseración y la amistad hacia su vapuleado adorador de un momento, experimentando por él viva inclinación amistosa, por reacción y contraste de la aversión y pesadumbre que le causara la torpe e impremeditada acción de Fuco.

VII

Absorta en la contemplación del retrato, no advirtió que Fuco y el fotógrafo aguardaban su decisión para proceder en consecuencia. Impacientóse aquél, y dirigiéndose hacia el lugar donde Sabela permanecía en éxtasis, le increpó vivamente:

—Vamos, mujer, ¿no has elegido aún?

Volvióse Sabela rápidamente, mirándole de hito en hito para cerciorarse de si había o no caído en la cuenta de lo que motivaba su actitud contemplativa, y con toda tranquilidad contestó, mientras se dirigía a examinar el otro tablero, asimismo abrumado de fotografías individuales y colectivas:

—Mira, Fuco, mira quién está aquí.

Para despitarle completamente, mostrábale con el dedo el retrato de un hombre patilludo, que aparecía en traje y actitud bizarras, en mangas de camisa, pantalón de dril blanco, boina colorada de la que pendía enorme borla de seda, faja del mismo color, un atadijo de cintas de vivos y variados tonos sujeto al brazo izquierdo, teniendo en la

mano derecha un sable corvo tirando a alfanje, cubierto el pecho de broches, dijes, cadenas, collares y otros prendidos y adornos de dudosa autenticidad, a manera de rajah indio, y ofreciendo el conjunto la más pintoresca amalgama de típico y grotesco, tradicional y fantástico.

—¡Condrio! ¡Pues si es el "Salero" en el traje de la danza de los marineros!

—Efectivamente—se apresuró a decir el obsequioso artista—. Es el "Salero" vestido talmente como saldrá el día de San Roque al frente de la danza. Pero no es él solo; tengo aquí también los retratos de algunos de sus compañeros, el "Laroucas", el "Matapitos", entre otros, y además los que dirigen las danzas de los labradores y de los zapateros, con sus trajes de peregrinos. Tengo la colección completa de las comparsas de este año.

Impaciente Fuco, intervino para poner coto a la facundia del artista, que en el terreno folklórico se desbordaba impetuosa. Molestábale además la pegajosa asiduidad con que atendía exclusivamente a Sabela, prescindiendo de él en absoluto, como si advertido ya de que los lazos que unían a sus clientes eran bastantes más flojos de lo que él pensara, hallase especial placer en demostrar a la garrida moza hasta qué punto era sensible a sus hechizos. Al fin, tras largos y prolijos preparativos, arrastrando un fondo, corriendo una cortina, ensayando una postura, llevando y trayendo la máquina, un golpecito aquí, un toquecito allá, pretexto todo ello, a juicio de Fuco, para furtivos sobos y caricias, quedó la graciosa imagen de Sabela presa en la gelatina de la placa.

—Está que ni hablando—declaró el artista al cabo de breve encerrona en el cuart ooscuro.

Su afán de congraciarse y acaso un secreto impulso de simpatía y admiración artística, le sugirió una idea.

—Ahora vamos a hacer otro a mi gusto, con sabor local, en traje del país. Justamente tengo aquí un mantelo, un dengue y una saya de grana que le van a estar que ni pintados.

Vaciló un poco Sabela, más aficionada a la híbrida indumentaria señoril que a las galas y arreos vistosísimos e incomparables que prestan a las mozas mariñanas el poético encanto de Baucis o Galatea, pero cediendo a las instancias del artista, que logró poner a Fuco de su parte, con la promesa de regalarle un ejemplar del retrato, aceptó la propuesta y después de rápida transformación al amparo de telones y cortinas, colocóse de nuevo Sabela frente al objetivo, causando su aparición, tanto en Fuco como en el fotógrafo, el efecto de una visión sorprendente por lo bella. Estaba realmente hermosa Sabela con el traje mariñán: dengue de vivo escarlata, orlado de negro terciopelo y sujeto atrás con broche de plata; el gracioso justillo de cuadrado escote, ciñendo el busto y comprimiendo suavemente firmes turgencias, que la delgadez de la cintura, realzada por el brío de la cadera, ponía más en evidencia; rico mantelo de paño negro, franjeado de panilla y anudado al talle por ancha cinta de encendido color; saya de grana, airosa y volandera, que dejaba asomar, incitante, el nacimiento de la pierna, firme y robusta; deshecho el moño para entretejer el leonaao cabello de cobrizos reflejos, en espesas trenzas unidas por las puntas, dejando al aire el bruñido casco sur-

cado por la raya del liso peinado, tendida desde la frente al occipucio, y mostrando en su singular atavío toda la gracia y el aroma saludable, dulce y balsámico de la encantadora tierra mariñana.

—¡ Bravo! ¡ Magnífico!—gritó alborozado, palmoteando, el artista—. Es usted el símbolo animado de su tierra. ¡Viva La Mariña!

Esponjábase Sabela, henchida de vanidad, mientras el fotógrafo, solícito y entusiasmado, iba y venía de la máquina a ella, para corregir un defecto de la postura o del traje, daba unos pasos atrás, frunciendo el entrecejo para mejor apreciar el conjunto, tornaba a su máquina y cubriendo la cabeza, alargaba y encogía el fuelle, hasta que al fin pronunció satisfecho la frase sacramental:

—¡Ya está!

Mientras Sabela cambiaba el traje mariñán por el de calle, con la vaga melancolía del artista que al fin de la representación se despoja del coturno para recobrar el plebeyo atavío, sin carácter ni visualidad, despachó el fotógrafo su tarea con Fuco, sin tantos roquilorios, cosa a la que tampoco se habría prestado el impaciente mozo, cargado ya de la oficiosidad excesiva que aquél mostraba con Sabela.

Terminada la sesión fotográfica y convenida la fecha inmediata en que los retratos estarían listos para la entrega, despidióse Sabela del bohemio con mucha afabilidad, mostrándose agradecida a sus ponderativas lisonjas.

—No me falte usted. Vendré yo misma a recogerlas.

—¡Oh!—exclamó el artista relamiéndose—; con usted vendrá toda la alegría y la hermosura de la incomparable Mariña. Este retrato hará mi reputación. Ya verá usted.

Lo enviaré a un concurso de belleza y ganará el primer premio ¡ya lo creo!

En la calle dió Fuco rienda suelta a su mal humor, excitado por los celos.

—A ese grandísimo lacazán paréceme que no he de irme de aquí sin darle dos lapotes.

—Ya te guardarás, Fuquiño, pues ¿qué mal te ha hecho?

—Como hacer... no hizo más que lo que le dejaron. No tiene él toda la culpa.

—¿Quieres decir que la tengo yo?

—Mira, Sabela—dijo al fin, lanzando un suspiro, deteniéndose, con acento de decisión, emocionado y tembloroso, poniendo en sus palabras cuanta sinceridad cabía en aquel enorme pecho.—Tú sabes lo que yo te quiero y te quise toda la vida, desde que éramos así de cativos y jugábamos en la playa del Pasaje. Y si nunca te lo dije así, cara a cara, como hoy te lo digo, es porque siempre tuve miedo de que te burlaras de mí, que me despreciaras y creyeras que, por vivir en tu misma casa y comer tu mismo pan, tenía tan poca vergüenza en la cara que iba a aprovecharme de eso... No, Sabeliña, no. Mientras tú y yo nos criábamos juntos, como dos hermanos, acariciados por las mismas manos de tu madre, que en ley de caridad lo es mía también, nunca pude atreverme a decirte lo que hoy te digo. Parecíame que ofendía a Dios, que faltaba a la caridad que tu madre tuvo conmigo, que escupía en la mano que me daba pan y agarimo. Pensaba que, si estaba de Dios, algún día había de poder hablarte como te hablo hoy, cuando voy a marcharme lejos, muy lejos, para volver si tú quieres, o para no volver nunca...

La amargura con que Fuco pronunciara las últimas palabras, balbuceando y con voz empañada por el llanto, sofocado y contenido heroicamente, impresionó a Sabela como un augurio de fatales desdichas que su desamor habría de acarrearle, al conjuro del desairado mozo. Comprendiendo sin embargo la delicadeza de su proceder, aquella hidalguía de sentimientos que contrastaba con la tosquedad de sus maneras y lo proceroso de su humanidad, experimentó cierta complacencia, sintiéndose lisonjeada en su vanidad, mezclada a un vago temor que le impulsaba a mostrarse amable y afectuosa.

—Sí, sí, Fuquiño, ya lo sé. Ya sé que tú me quieres mucho, que eres muy bueno para mí, que siempre lo fuiste...

—No, no es eso—gritó furioso Fuco, exaltándose—. No me entiendes o yo no sé, no sé explicarme. No quiero que de hoy en adelante veas en mí un hermano nada más; no quiero que otro que no sea yo pueda acercarse a tí para hablarte con palabras que te hagan rebrincar la sangre en las venas y te den ganas de saltarle al cuello y llenarle la cara de besos... Hasme de querer a mí, a mí solo, y prometerme ahora mismo, antes de que me vaya, jurándomelo por tu salud, que me esperarás, que a mi vuelta serás mi mujer, mía sola, y que ya no nos separaremos nunca, nunca, y seremos felices...

—Sí, comiendo perdices...—agregó sarcásticamente Sabela, echando a broma la atropellada declaración de su acompañante.

Reanudaron la marcha en dirección a la Ribera, en silencio, agobiados bajo el peso de mil encontrados pensamientos y sombrías cavilaciones. De pronto Sabela, acome-

tida de súbito deseo de ser, a su vez, sincera y categórica, exclamó:

—Te diré la verdad, Fuco, la verdad entera, y así Dios me salve como no te he de mentir. Quiérote bien, Fuquiño, pero yo no te estoy por el contigo pan y cebolla. Yo he de casarme con un hombre que me saque de pobre, que además del cariño que me debe, me dé todo el acomodo que me pide el cuerpo. Vete a la América, gana cuanto más dinero puedas, y cuando vuelvas, si no has cambiado de idea, hablaremos. ¿No te parece bien?

Por la atormentada imaginación de Fuco cruzó, como un relámpago, la visión luminosa de su porvenir, ligado a la codicia de aquella mujer hermosa e implacable. A partir de aquel momento, su suerte estaba echada. Para ser feliz, habría de ser antes rico. Se lanzaría al mar, acometería las más arduas empresas y trabajos, ahorraría una a una las monedas ganadas a costa de los más inuditos esfuerzos, y volvería a ser feliz junto a Sabela...

Cerca ya de su casa, en las inmediaciones del Puente nuevo, cruzáronse con un grupo de alegres rapazas. Eran las compañeras de Sabela, que salían del taller.

—Sabeliña, ¿no sabes? Vamos a tener la gran fiesta el día del Carmen. Hay asalto en el Liceo, que te va a estar la mar de bien. ¿Vendrás? El pavero del "oso tierno" es el que lo está organizando. ¿Contamos contigo?

Sabela no respondió. Fuco apretó los puños, y miró al cielo como poniéndole por testigo de alguna truculenta promesa que bullía en su mag:n, imprecisa y revuelta con otros propósitos, cavilaciones y presentimientos.

VIII

SONANDO las doce en punto de la mañana un repique general de campanas, veintiuna bombas reales y multitud de cohetes y voladores, anunciaron al público brigantino el comienzo de los festejos, según la estereotipada y precisa fraseología del programa oficial. La banda del Municipio, provista de instrumental flamante, regalo de un generoso indiano, y ataviada con el uniforme de gala que acababa de ser confeccionado conforme al patrón de la indumentaria de la famosa banda de Yildiz-Kiosk, aquella que bajo la batuta de Torres-Pachá, paisano del director de la banda brigantina, endulzaba las melancólicas horas del Sultán de Turquía, echóse a la calle, recorriendo las principales vías de la vieja metrópoli del gran Rechiario el suevo, al son de alegre pasodoble, cuyos ecos repercutían en el ámbito de la escarpada y costanera ciudad, despertándola una vez al año de su legendaria y gloriosa murria. Con este ruidoso y bullanguero prólogo, daban comienzo las renombradas fiestas de San Roque, con que, en cumplimiento de un voto solemne, conmemora la ciudad mariñana

el especial y visible amparo y favor que el Santo peregrino de Montpellier hubo de concederle, librándola del azote de la peste en una memorable y terrible visita que a mediados del siglo XIX hizo a Galicia el fatídico "huésped del Ganges".

En los cuatro días que suelen durar las tradicionales fiestas brigantinas, la fisonomía de la vetusta y mohina ciudad se transforma completamente. Por sus desiertas y tortuosas calles, empedradas de agudos guijarros festoneados de yerba, circula ahora una multitud alegre y decidida a rescatar, en los breves días de holgorio y regocijo, los largos meses de tediosa quietud y marasmo arqueológico. Las viejas casonas, que la humedad y el tiempo han ennegrecido, prestándoles un tono de austeridad conventual y cubriendo sus muros de fino musgo amarillento, se orean y acicalan, tendiendo en sus balcones, de herrumbrosos y artísticos herrajes, vistosas y coruscantes colgaduras, que flamean al vivo reflejo del sol de Agosto. Y la gran plaza del Campo, que el snobismo de la política local rebautizó heréticamente dándole el nombre de un general, malogrado Boulanger de nuestras andanzas políticas, luce en estos días fantástica decoración, mixta de kermesse flamenca, gynkhana nipona y verbena madrileña. A lo largo de las amplias aceras o cantones que cierran dos de los costados de la anchurosa plaza, cubierta de mástiles como un oquedal, apretújanse los paseantes y curiosos, que en las veladas músico-pirotécnicas del día de la Asunción, de San Roque grande y de San Roque pequeño, disfrutan del espectáculo, cautivante por lo ameno, variado y jocundo, que ofrece la espléndida iluminación a la veneciana, simétricamente dis-

tribuída en festones de luz que contornean las aceras y avenidas, cuyo eje lo forma la fuente de Diana cazadora, presidiendo la fiesta desde lo alto de su pedestal, en la graciosa actitud dinámica de la Artemisa agrótera del Louvre; y unido a esto, el fantástico reverberar de los farolillos de colores; el aleteo de las oriflamas y gallardetes; el estrépito vibrante y marcial de la banda del Municipio, ejecutando a conciencia "La batalla de los Castillejos" o algún otro trozo de música descriptiva y castrense; la profusión deslumbradora de los artificios pirotécnicos que allí alcanzan su máxima variedad y riqueza cromática; la vistosa colección de globos grotescos, que atraen y suspenden la vista con las vicisitudes de su ascensión y sus caprichosos voltijeos luminosos, destacándose sobre la honda y serena cavidad de la noche; la solemnidad litúrgica con que se procede a hinchar, encender y botar el globo grande, el montgolfier coloso, cuya iluminada panza suele ofrecer a la pública admiración y comentario una colección humorística de caricaturas populares, y como fin de fiesta, a manera de apoteosis neroniana, la explosión y abrasamiento de la monumental "fachada", que representa las armas de la ciudad, refulgiendo y titilando esplendorosas por los millares de rubíes, esmeraldas, topacios, zafiros y brillantes que esmaltan su superficie y perfilan sus rasgos arquitectónicos sobre el fondo de las tinieblas, resplandecen un instante y se apagan y esfuman entre sonoros estampidos de arcabucería.

Entre tanto, haciendo curioso y singular contraste a tanta luz y alegría, concentradas en la anchurosa plaza, que, como el ágora ateniense, recoge todas las palpitaciones y estímulos vitales de la ciudad, el resto de ella yace sombría

y acurrucada, dormitando en los negros recodos, junto a los macizos contrafuertes de sus templos románicos, sin que en el dédalo de callejones tortuosos y escarpados, en el confuso hacinamiento de su caserío, que se encoge y apila en las estrecheces de su legendario perímetro, precipitándose por agudísimas cuestas, abiertas a pico, como las aristas de un poliedro, hasta el manso río, tendido a sus pies, se escuche otro rumor que la triste salmodia que entonan las cosas viejas y mugrientas, los desportillados muros, los balcones derrengados y las construcciones desniveladas y reblandecidas de puro achacosas y caducas, evocando melancólicos recuerdos de pasadas grandezas, rancias tradiciones siempre obedecidas, seculares hábitos cuidadosamente guardados y costumbres caseras, prosaicas y a ras de tierra, transmitidas de una en otra progenie como un estigma hereditario de lenta y fatal degeneración y ruina.

Si en todos los hogares brigantinos la apertura del período de las fiestas del Santo Patrono era motivo de inusitada actividad y tema inagotable de conversaciones y proyectos, ninguno llegó a los extremos de obsesión y entusiasmo que alcanzó el alegre taller de Pepa "la Ferrolana", la costurera de más renombre en la ciudad y sus aledaños. Era Pepa una mujer plantada en los treinta y tantos, cifra sobre la cual había escrito la heroica divisa del "non plus ultra", hallándose dispuesta a mantenerla con todas sus armas, que no eran pocas ni despreciables, en especial su acerada lengua y sus ágiles manos, que andaban siempre en fogosa competencia con aquella en el arte de cortar un sayo al prójimo con la menor equidad y aseo posibles. Nacida en "el quinto reino de Andalucía", plantel de bellezas

de indiscutible fama, una lamentable aventura amorosa, en la que hizo de Lovelace un apuesto y libertino condestable de la Armada, la impulsó a cambiar los revueltos mares ferrolanos, plagados de corsarios de la "Asturias" y de la escuadra de instrucción, por el tranquilo remanso brigantino, refugio de achacosos veteranos de la escala de reserva. Habíase traído consigo a su madre, viuda de un oficial de Infantería de Marina, y con la exigua pensión de viudedad, ayudada de las primorosas manos de Pepa, adiestradas en los mejores talleres costureriles del Ferrol, logró abrirse pronto camino y ponerse a la cabeza del gremio, desde luego poco numeroso, dedicado a emperifollar los menudos y rollizos cuerpos de la mejor mitad de la aristocracia mariñana. El triste desenlace de su novela de amor, vivida en los paseos de la calle Real, Plaza de Armas y Alameda ferrolanas, en vez de cohibir sus arrestos y aplacar su carácter levantisco, produjo en su ánimo el efecto de un revulsivo, experimentando desde entonces un odio tan violento contra el género humano en general y el masculino en particular, que era cosa digna de oir sus homilías y paulinas en materia amorosa, cuando hacía uso de la palabra en el taller para llevar al espíritu insustancial y voluble de sus oficialas la convicción de que no había en el mundo un solo hombre que, solo por serlo, no mereciese estar colgado, y ella tirándole de las piernas.

Más por incitarla y gozar de su pintoresca elocuencia, que por participar de sus opiniones sobre tema tan dulce y goloso para la curiosidad femenina, estimulada por la juventud, procuraban sus alumnas tirarle de la lengua, en lo que no experimentaban la menor dificultad por tenerla la

maestra sobrado larga y despierta, trayendo al taller, para su oportuna disección y comentario, las historietas de la calle. Y a pesar de la virulencia de sus anatemas contra el amor, aun en sus más castas y legítimas manifestaciones, más de una de aquellas cabecitas inquietas que la escuchaban regocijadas y burlonas, hacía un ligero y disimulado movimiento de incredulidad, inclinándose más de lo regular sobre la labor para reprimir una sonrisilla de persona avisada y al cabo de la calle. Porque conviene advertir que la arisca Pepa, la terrible detractora del sexo feo, tenía para su uso particular y, a su parecer, reservado, más de un ferviente admirador, no siempre platónico, entre ellos uno que no la dejaba ni a sol ni a sombra, pasándose el día entero, cuando no a su lado, lo más cerca de ella. Y en cuanto a las noches... más vale no hablar para no incurrir en las iras de la ferrolana y tener que sufrir las terribles represalias de su viperina lengua.

Esta proximidad diurna del adorador de Pepa era posible gracias a la afortunada circunstancia de hallarse el Café de Madrid frente por frente a la morada de la modista ferrolana, de tal suerte que los balcones de la sala de billar, instalada en el primer piso del edificio, cuya planta baja ocupaba el café, mantenían el más agradable "tête-à-tête", como decía el pollo Otero, con las ventanas del taller costureril, para mutuo provecho y regocijo de carambolistas y costureras. Llamábase el adorador y apaño de Pepa "la Ferrolana", Don Rodrigo Cacho, y tanto por su manifiesta propensión a servirla de constante compañero y arrimo, como por su procerosa estatura, dieron en apodarle "Rodrigón", añadiendo el determinativo de "el patatero", por su

calidad de oficial de la escala de reserva, procedente de la clase de tropa. Don Rodrigo, que allá en sus mocedades, cuando era sacristán del convento de las Madres Agustinas, no soñaba con el don ni nada que lo barruntase, había cumplido denodadamente sus deberes militares en la isla de Cuba, y ganado a pulso todos sus galones y un buen mogote de relucientes centenes, de los que ya sólo se ven en los escaparates de los cambistas. Y al tornar a la ciudad natal con tan merecido don y tan codiciable din, todos sus deseos y ambiciones se cifraron en dos arriesgados propósitos: hacer veinte carambolas sin perder la mano, y ganar el corazón de la arriscada y montaraz modista. Para lograr uno y otro empeño, la fortuna le deparó la sala de billar del Café de Madrid, que él convirtió, poniendo en juego sus reconocidas dotes estratégicas, en formidable reducto, desde el que, activando los aproches y enfilando las baterías, no tardó en expugnar la vecina fortaleza, en la que entró al asalto, con lamentable pérdida de algunos centenes, que quedaron prisioneros en poder del enemigo, o por mejor decir la enemiga...

IX

No obstante su blasonada misogamia de boquilla, que ciertos misteriosos trapicheos desmentían en absoluto, toleraba Pepa y aun veía con gusto que algunos pollos de buena casa y modales finos frecuentasen el taller y diesen conversación a sus obreras, bajo la estricta y severa vigilancia de la maestra. La afición desmedida al tijereteo de que adolecía, influía no poco en su actitud tolerante. Con lo único que no transigía Pepa era con el matrimonio. Noviazgos, amoríos y floreos de poco momento, bueno; casamiento, no. En rigor, su doctrina y dígase muy bajito, su práctica, era la tan sabida del amor libre. Generalmente las visitas de la pollería brigantina se verificaban a última hora, cuando la labor del día estaba a punto de rematarse y las costurerillas requerían el abriguito o la toquilla para dirigirse a sus hogares, escoltadas por sus respectivos cortejos.

Aunque el número de oficialas de que Pepa disponía variaba según las alternativas del trabajo y las prisas de la clientela, contaba siempre con un grupo permanente de cin-

co costureras, que venían a formar la plana mayor de aquella belicosa patrulla. Llamábanse Anita, Rosario, Emilia, Rosa y la sin par Sabela, que había consolidado su reputación de habilidosa costurera y ganado la confianza de la maestra. Todas, excepto Sabela, tenían novio. Anita, una morena regordeta y dicharachera, hablaba con un escribiente del Registro de la Propiedad, llamado Domingo, muchacho seriote y formal, y a quien Pepa había negado la entrada en el taller por no ser señorito y estar dispuesto a aceptar la coyunda en cuanto consiguiera el prometido ascenso a oficial primero de su oficina. Rosarito, que era roja, pecosa, de facciones regulares y un poco pánfila, de puro infeliz, se había enamoriscado de un tagarote, Romualdo de nombre, que después de haber acreditado cumplidamente su incurable insuficiencia en cuantos ejercicios de ingreso en Academias militares y escuelas especiales osó presentarse, había echado por fin el ancla en el puerto universitario de Compostela, refugio de tránsfugas de los mares académicos de Galicia. Emilia, como María de Betania, había elegido la mejor parte, enamorándose de Juanito Carballo, el más interesante de la juvenil pandilla. Hacían una cumplida pareja. Para que el parecido bíblico de aquélla con la hermana de Lázaro fuese completo, su tipo mórbido y nada ascético, asemejábase extraordinariamente al de la Magdalena de Carrache, desmayada en brazos de los ángeles que la rodean. Juanito, estudiante de la Escuela de Comercio herculina, era además un artista de indudable mérito, cuyas fantasías pictóricas se habían exhibido alguna vez en la panza del globo grande de San Roque. Por su parte Rosa traía sorbido el seso a "Nachiño" el de

la imprenta, hijo del dueño de la "Tipografía Brigantina", en la que se confeccionaba el espiritual semanario "El Eco del Mandeo", órgano liberal, defensor de los intereses morales y materiales del Valle de Las Mariñas. A estos cuatro galanes solían unirse otros de su cuerda y pelaje, como Germán, el mancebo de la botica de la plaza, un cadete de la Academia toledana llamado Rogelio, un perdulario conocido por el remoquete de "Sindbad el marino", a causa de sus repetidas excursiones ultramarinas, de las que había regresado al terruño con tan pocas ganas de trabajar como las que le llevaran a la emigración, y algunos otros pollos de buena casa, todos de la devoción de Pepa, figurando al frente de la colección el guapo Otero, el "oso tierno", heraldo permanente de la "moda elegante e ilustrada". El centro de reunión y pasatiempo de esta alborotadora cáfila, era la sala de billar del Café de Madrid, lugar preferido a los salones del Liceo Recreativo y de la Tetulia-Circo, reservados a la gente grave y provecta, silenciosos jugadores de tresillo y ajedrez, o misteriosos sectarios del ínclito Jorge, el de la consabida oreja. En aquella sala pasaban generalmente parte de la tarde, discurriendo toda clase de diabluras, hasta que, al aproximarse la hora de retirada de las costurerillas del taller de Pepa, bajaban a esperarlas a la puerta, para acompañarlas a sus casas, dando a menudo un largo rodeo por los suburbios brigantinos.

El mismo día en que dieron comienzo las fiestas de San Roque, cayó de sopetón en medio de la juvenil tertulia, que estaba "au grand complet", según Otero, el políglota de la ciudad, un mozo de alguna más edad que la mayoría de los que la formaban, de mediana estatura, mirada viva y audaz,

aspecto sumamente inteligente y reflexivo, fornido de cuerpo, tez morena, pronunciado perfil y ojos tan grandes y expresivos que la palidez mate del semblante hacíalos aparecer aún más rasgados y profundos, llenos de ensoñación y misterio. Su cabeza, digna del pincel de Correggio o de Van-Dyck, tenía una expresión soñadora y romántica, a la que lo enérgico del perfil añadía vigor y carácter. Gran algarabía produjo su aparición en la sala.

—Hola, Luis, ¿desde cuándo por aquí?—le interrogó Juanito, abrazándole.

—Llego ahora de Bergondo, de junto a mi madre.

—¿Y de Madrid, cuándo llegaste?

—¡Oh! hace ya más de dos meses.

—¿Y todo este tiempo lo pasaste metido en la aldea sin dejarte ver de los amigos?

—¡Qué quieres! Todo me parece poco para dedicárselo a mis dos amores: mi madre y mi aldea.

—¡Vaya un cursi que vienes de Madrid!—exclamó el bárbaro de Romualdo—. A éste le ha dado también por el regionalismo como a Juanito. Ya sé que andas metido en eso de las sociedades agrícolas. Si fueras tan buen regionalista como blasonas, no te pasarías la vida en Madrid.

—Me paso la vida en Madrid porque, ante todo, tengo necesidad de hacerlo, puesto que solo allí hay una Escuela de Arquitectura, en la que he seguido mi carrera, y además porque, cuanto más vivo en Madrid, más regionalista me siento, y aun creo que si viviera fuera de España, me sentiría infinitamente más regionalista de lo que ahora soy.

—¡Boh! ¡boh!—rezongó el eterno aspirante de todas las academias preparatorias del reino—, eso no es más que

un nuevo modo de darse pisto y buscar por ese camino un poco torcido lo que otros buscan yendo por el camino derecho. Ya te veo echando discursos a los aldeanos, organizando sociedades agrarias y presentando tu candidatura para diputado provincial. ¡A lo que estamos, tuerta!

—¡Qué entiendes tú de eso, grandísimo zopenco, ni de otras muchísimas cosas, que jamás podrán arraigar en tu meollo!—contestó Luis en tono de broma, sin dejar de ser severo. Ya sé que tú vas por mejor camino que yo, puesto que tienes el padre alcalde y llegarás, no hay duda, a graduarte en la única facultad para lo que no necesitas preparación alguna, ni quemarte las cejas, ni presentarte a exámenes, ni ganar un título académico, por fácil que sea el alcanzarlo. Yo sí que ya te estoy viendo de muñidor electoral y caciqueando por todo lo alto. De casta te viene, Romualdo.

Habíase formado corro alrededor de los contendientes, ávidos los circunstantes de oir a Luis, cuya palabra cálida y persuasiva arrastraba los corazones antes que las inteligencias. Se trataba además de un asunto que apasionaba en aquellos días a la población mariñana a causa de cierto proceso que el caciquismo local había urdido contra unas cuantas personalidades, más sinceras que cautas, complicadas en el movimiento agrario gallego.

—Vaya, vaya, dejarse de política—dijo Domingo, siempre conciliador e indiferente a todo lo que no se relacionase con la ley hipotecaria, única cosa verdaderamente seria y digna del mayor respeto para él—. Creedme: eso es tema de vividores. Para mí tanto da una cosa como otra, liberal como carlista, regionalista como republicano. La cuestión

es turnar, y que a cada uno le llegue su vez. Eso de que no haya más que dos partidos, el que está arriba mandando, y el que está abajo aguardando a que el otro caiga para ponerse él, me parece un abuso. Debería haber muchos, muchísimos partidos para que fuesen turnando por orden de antigüedad, y cuando hubiesen acabado todos de gobernar por turno, vuelta a empezar...

—Pero eso no es política ni Cristo que lo fundó—exclamó "Nachiño" el de la imprenta—; eso es una noria o la ronda de pan y huevo. No debería haber más que un solo partido, uno solo, con cargos inamovibles, como sucede en todas las carreras bien organizadas, y así no habría aquello de quítate tú para ponerme yo, y los que no ingresaran en la carrera política, se dedicarían a otra cosa, y en paz.

—Hablas como un sabio—dijo Juanito al impresor y poeta en canuto—, sólo que asomas la punta de la oreja paterna, ya que todos sabemos que tu padre aspira a la concejalía vitalicia.

La reunión tomó el aspecto de una sesión de Cortes en día de marejada política. Toda la facundia y las artes charlamentarias mostrábanse allí, en aquella sala de café provinciano, como en una almáciga de futuros padres, tíos y primos de la patria, de la provincia o del municipio. Dominando esta algarabía se alzó la voz clara y bien timbrada de Luis, imponiéndose al auditorio con su espontánea elocuencia.

—Ya veis—dijo, tratando de resumir el debate—, ya veis cómo el concepto que tenéis de la política local es el mismo que tienen en Madrid los que dirigen la política general del país. Tenéis que desengañaros: mientras en nues-

tras casas, en los lugares que frecuentamos, en este café en que nos reunimos y en el pueblo que habitamos se nos obligue a respirar artificialmente, y en vez de lanzarnos a campo traviesa en busca de aire sano y puro, nos obstinemos en no ver la realidad de la vida, sino las ficciones que nos dan hechas los que alimentaron nuestra inteligencia y formaron nuestro carácter, seguiremos siendo burros de reata, con albarda conservadora, liberal o republicana, y sin más aspiraciones que el santo pesebre. Yo al menos, cuando apetezca la yerba, la alfalfa más o menos espiritual de la política, la comeré a mis anchas, en el prado que yo elija y en el que pueda echar los pies por alto, riéndome de caciques, alquiladores y demás gente de tralla, y dispuesto a largarles, si se acercaran al prado donde yo me refocile, un par de coces en plena barriga para ver, si al menos, les estropeo la digestión.

La gracia y buen humor con que Luis había pronunciado estas palabras cautivaron a todos los que en la sala había, a excepción del corpulento Rodrigón, el cual, suspendiendo su interminable partida de carambolas y apoyándose en el taco, en actitud, tan lógica en él, de "en su lugar descansen", encarándose con el recién llegado, a quien veía por primera vez, le increpó de esta manera:

—De modo que, según usted, todo el que no tenga ideas regionalistas es un burro de reata, el presupuesto un pesebre y los políticos gente de tralla. Muy bien. Y los militares, los que hemos derramado nuestra sangre por la patria y estamos dispuestos a derramarla cuantas veces sea menester, ¿qué somos?

—Una calamidad nacional. No se enfade usted y déje-

me seguir. Una calamidad inevitable por ahora, pero una calamidad al fin. Y tanto mayor cuanto que se han arrogado o se les discierne por quienes han hecho dejación en sus manos de los atributos de la autoridad, la representación genuína de la patria única. Yo creo que la represento, yo mismo, siendo paisano, tan dignamente como usted por ser militar. Lo que hay es que los políticos cucos que viven y medran a costa de ese concepto quiritario de Patria, les echan a ustedes por delante, adulándolos con esa investidura simoniaca, para que amparen un régimen caduco de tralla, reata y pesebre, permítame que lo repita, porque es gráfico y preciso. Los que amamos la Patria grande a través de la Patria chica, que es, créalo usted, amarla doblemente, consideramos al Ejército como lo que debe ser: el brazo armado de la Patria para defenderse del enemigo exterior, no el organismo pretoriano, guardador de regímenes y sectas políticas, que confunden la tranquilidad pública con la digestiva.

—En el fondo todos los regionalistas son separatistas. No me venga usted con cuentos, que sé dónde me aprieta el zapato. También en Cuba, los autonomistas la daban de patriotas, y mire usted de lo que nos sirvió tanto patriotismo.

—Usted, más que yo y que todos los que no somos militares de oficio, está obligado a reconocer y confesar el tremendo disparate que acaba de pronunciar y que refleja, por desgracia, el pensamiento de una parte considerable del pueblo español. Precisamente por haberse empeñado España, o mejor dicho, esa parte numerosa del pueblo español, en que rabiara el perro, tuvo que rabiar, y a fuerza de tratar a los autonomistas como separatistas, acabaron por

serlo. Y la víctima principal de este crimen fué precisamente el Ejército, enviado a padecer y morir por una causa irremisiblemente perdida y que no debió haberse suscitado nunca. Aparte de que no hay paridad posible entre el autonomismo cubano y el regionalismo o autonomismo de las regiones españolas. Cuba era, al fin y al cabo y pese a las fantasías asimilistas, una colonia situada a miles de kilómetros de la metrópoli, en otro continente, con otro clima, otras costumbres, en una palabra, en un medio geográfico e ideológico y en gran parte etnográfico radicalmente distinto del nuestro. No creo que los políticos de Madrid piensen otro tanto de nosotros los gallegos. Y en resumidas cuentas: creo que pasó ya la época de las palabras y llegó el de las obras. El que, como decía el manifiesto de "Solidaridad Gallega", sienta un nudo en la garganta al escuchar "Negra sombra" y energía en el alma al oir un ¡viva Galicia", calle y haga. Yo cada día tengo menos ganas de hablar.

Aquel puñado de muchachos, contagiados del ardoroso sentimiento de amor regional, de que era vivo y admirable ejemplo el orador, inteligente, culto y pletórico de voluntad, experimentaron una sensación de epifanía, como si el resuelto ademán con que puso término a sus palabras fuese más bien un hábil movimiento de la mano de un sembrador de energías, arrojando al viento un puñado de ideas que hallaron en el espíritu de sus oyentes terreno virgen y propicio para recibir la simiente regionalista. Tan sólo el pedregoso cerebro de Romualdo, de evidente formación y estructura caciquiles, y la coriácea inteligencia de Rodrigón, bataneada por el procedimiento de la antigua disciplina

cuartelera de "palo y tente tieso", fueron refractarios al entusiasmo que las fervorosas expresiones de Luis promovieron en la sala. Y al verlos juntos, formando grupo aparte de los que rodeaban al simpático propagandista, no pudo menos de decir éste, señalándolos con el dedo:

—He ahí la representación del feudalismo contemporáneo: la horca caciquil y el cuchillo militarista.

—Faltan el pendón y la caldera para completar el símbolo—objetó "Nachiño".

—Ahí los tienes—repuso Juanito, extendiendo el brazo hacia la ventana e indicando a dos personas que casualmente cruzaban la calle. En aquel momento Pepa "la Ferrolana" y su madre penetraban en el portal de su casa.

Por fortuna para él, tanto el gesto como las palabras, harto aventuradas y despectivas, pasaron inadvertidas para Rodrigón, que de haberlas recogido, habría armado allí la de San Quintín.

X

AQUELLA misma noche, en el paseo, fué Luis presentado a Sabela. Ofició de introductor de embajadores Juanito, que sentía viva simpatía por la garrida mariñana, tanta como admiración y fraternal cariño hacia el joven arquitecto, su amigo de toda la vida. Deseó éste la presentación por una circunstancia que le impulsó a solicitarla, y fué que, siendo amigo del bohemio artista de la "Fotografía de París", y hallándose en su rústica galería, vió allí, en una magnífica ampliación, el retrato de Sabela, vestida del precioso traje mariñán. Ningún aliciente más poderoso podía haber para que Luis ardiese en deseos de conocer el original de aquel retrato, que, a su modo de ver, simbolizaba la hermosura de la tierra mariñana. Y así, en cuanto hizo a Juanito una ligera indicación, apresuróse éste a satisfacer el gusto de su amigo, previendo un posible enamoramiento que le convertiría en camarada más asiduo y propicio a devaneos y noviazgos efímeros y divertidos.

Harto de pasear arriba y abajo, a lo largo del Cantón

Grande, mezclados en la confusa multitud que oscilaba lentamente, arrastrando los pies y meciéndose al flojo impulso de la humana marea que invadía todo el ámbito de la anchurosa plaza, propuso Luis abandonar aquellos lugares bulliciosos, lanzarse a recorrer los oscuros suburbios y salir, pasado el Puente nuevo, a solazarse y respirar a pulmón abierto, en plena campiña mariñana, el puro ambiente de la noche cálida, que el pálido reverberar de la luna en su cénit, impregnaba de dulce poesía. Aceptada con entusiasmo la idea, partieron todos los que formaban la alegre pandilla, ellas emparejadas con sus novios y galanes, y de ellos, los que no poseían títulos bastantes para reivindicar el exclusivo regalo de alguna alegre rapaza, agregándose a una u otras parejas, según la mayor o menor condescendencia que éstas mostraban en recibirles en su compañía. Formando pelotón, un tanto indisciplinado, marchaban Emilia y Juanito, Rosarito y Romualdo, Anita y Domingo, Rosa y "Nachiño", y algo distanciados, Sabela y Luis, que deliberadamente procurara este aparte. Y mezclados con estas parejas, iban y venían Rogelio el cadete, "Sindbad el marino", otros contertulios del Café de Madrid, y al frente de ellos el infatigable Otero, radiante y vistoso, llevando entre todos a remolque a varias jovencillas, de medio pelaje, entre artesano y señoril, pizpiretas y embarulladoras.

En el largo rodeo que dieron antes de trasponer el amplio perímetro de la ciudad, no hallaron los noctámbulos ánima viviente. La augusta soledad del conticinio invitaba a los apartes e intimidades efusivas. Luis y Sabela, mientras caminaban un poco alejados del grueso de la pandilla,

hablaron al principio de cosas indiferentes, inocentes tanteos, precursores de gratas confidencias. Poco a poco fué animándose la conversación, que en los labios de Luis adquiría un tono de ávida curiosidad por penetrar en el alma de Sabela, y en los de ésta cierto dejo burlón, muy de la tierra y de su personal idiosincrasia, a lo que le incitaba la manera singular que aquél tenía de expresarse, envolviendo en las galas de un lenguaje culto y aristocrático, sentimientos netamente gallegos, con inflexiones melosas y lentas, que plasmaban y embellecían la enérgica expresión del habla castellana.

Era Luis orador por esencia y potencia, dotado de todos los atributos que le definen como el "vir bonus dicendi peritus" de la máxima catoniana. Hablaba sin énfasis, con tan suave y cautivante elocuencia, que, aun sin persuadir, deleitaba. Eran sus expresiones una música nueva, de irresistible embeleso, cantada en tono familiar, íntimo, impregnado de aromas campesinos, de conocidos e inolvidables ecos saudosos, blandas notas de cántiga, agarimoso dejo de "alalá", suaves cadencias de "arrolo", mimoso y sedante.

Parecía sentir Sabela aquella música, diluída y latente en todo su sér, que solo aguardaba, como el arpa de la rima becqueriana, la mano del artista para vibrar estremecida y responder, obediente, desatando el caudal de sus recónditas armonías, al impulso mágico de la inspiración poética. Aquellos mismos conceptos, aquellas mismas voces habíalas oído mil veces, sin sospechar que encerraran tanta poesía, tan dulce y misterioso encanto; suponía que para expresar los más hondos y nobles sentimientos del alma, era menester traducirlos, no sólo al habla, sino también al modo

de sentir exótico de que hacían gala cuantos juzgaban vulgar y depresivo poseer, más aun que el verbo, el alma gallega. En su larga perorata, espontánea y difusa, propia de su carácter iluso y soñador, vació Luis todo el acervo de sus quimeras, considerando a Sabela más bien como símbolo y representación muda y estática de su ideal, que como objeto directo de sus inflamadas expresiones. Todo su discurso se enderezaba al propósito de demostrar que la causa del descaecimiento y atonía de que adolece la gente galaica, radica, más que en el corazón, en el cerebro de los hijos de esta olvidada tierra.

—No existe—exclamaba en alta voz, como si se dirigiera a un público congregado en torno suyo—, no existe el alma gallega, o, por lo menos, emigró hace tiempo y anda ahora rodando por esos mundos como la de Garibay, aguardando el día feliz en que pueda de nuevo habitar este maravilloso rincón de España, infundiéndole nueva vida, nuevos alientos, nueva sangre, bullente y roja, oxigenada por los aires de fuera, de allá lejos, donde el errabundo espíritu de Galicia se impregna de todas las ansias, de todas las quimeras, de todos los entusiasmos de la humanidad que piensa, trabaja y sueña, asimilándoselos y fundiéndolos en su propio sér y sustancia, y atisbando impaciente la hora propicia de echarse a volar, abandonando los lugares por los que penó desasosegada y melancólica, y aparecer, en actitud paraclética, en este cielo que nos cobija, derramando sobre la tierra gallega los dones de la sabiduría, la riqueza y la salud, atesorados en su larga peregrinación por toda la redondez del mundo.

Atraídos por la magia de su palabra, rodeábanle varios

de sus amigos, pendientes de sus labios. Y recordando la controversia de aquella tarde en el café, recogiendo ligeras objeciones de alguno de sus compañeros de paseo, arrebatado por la impetuosa corriente de sus ideas, gritó más que dijo:

—Todo el problema regionalista se cifra y compendia en esto: en pensar en alta voz y cara al mundo, en experimentar todas las inquietudes de nuestra edad y de nuestro siglo, en proclamar a voz en cuello la solidaridad de todos los sentimientos y de todos los problemas que agitan a la humanidad, pero vaciándolos en el *alma gallega,* naturalizándolos en Galicia y circunscribiéndolos no sólo a los límites geográficos de nuestra región y a las fronteras filológicas de nuestra lengua, sino también a los confines espirituales de nuestro peculiar sentido de la vida, de nuestras costumbres, de nuestras tradiciones, de nuestros amores y de nuestras penas. Por no haber sido hasta aquí los regionalistas gallegos más que sentimentales, han perdido lastimosamente el tiempo. Han cantado las cosas muertas o inertes, han ponderado las bellezas y dulzuras de la vida regional en estrofas y períodos vacuos y sonoros, han derramado flores sobre la tumba del alma gallega, sin recordar el apólogo que Lesage puso a la cabeza de su "Gil Blas de Santillana", ni presumir que, el mejor día, un estudiante curioso y desaprensivo, vendría a averiguar que el alma de Galicia, como la del licenciado García, había volado en busca de más gloriosas y positivas aventuras. Oidlo bien: el alma de Galicia volverá a su cuerpo natural cuando la idea de los precursores y el sentimiento de los vates y propagan-

distas que siguieron sus huellas, cristalicen en el carácter de los gallegos, cuando haya verdaderamente un carácter gallego. Nada importa hablar, vestir, cantar y aun vivir en gallego; hay que sentirse gallego, aunque no se hable ni se vista, ni se cante ni se viva en Galicia. Los menos gallegos son los que hoy pueblan a Galicia.

Habíanse detenido todos, formando apretado grupo en cuyo centro se hallaban Luis y Sabela, junto al pretil del Puente nuevo, en uno de los refugios angulares que avanzaba sobre el río, como gigantesca cuña, acariciada en su base por el suave y callado lengüeteo de la corriente. A pocos pasos de allí los dos ríos mariñanes, el Mandeo y el Mendo, juntaban sus aguas claras y tersas, en las que se hundían silenciosas las rígidas siluetas de los hórreos esparcidos a la orilla, magnificadas y deformadas al reflejo tembloroso de la luna.

—¿Veis?—continuó Luis, exaltado, señalando la graciosa axila formada por los dos ríos al enlazarse amorosamente bajo la adusta mirada de la ciudad envuelta en sombras—; si es cierto que nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, no lo es que la mar sea el morir, sino el vivir, porque ese abrazo es vida, es un pacto de amor que los ríos mariñanes sellan junto a los viejos muros de la arcaica metrópolis suevia, renovándolo cada vez que la marea, al crecer y fluir por el ancho cauce de la ría, hincha y vigoriza los dos brazos que ciñen el talle de esta noble y adusta dama, nutre sus dormidas fuerzas con la sal vivificante de sus ondas y refrigera y tonifica el ambiente mohoso y pútrido que la rodea y en la que parece hundirse poco a poco, con lento y fatal abandono. La mar, al llegar aquí,

trayendo en sus ondas amansadas por las mil caricias de la campiña que fertiliza y refresca, convierte las charcas legamosas en que chapotean los patos y en donde hierven enjambres de mosquitos, en el bruñido espejo que reflejará algún día la imagen de nuestra querida ciudad, embellecida y remozada por el arte de aquellos de sus hijos que fueron a buscar lejos la inspiración, la cultura y el gusto, desaparecidos de esta triste y hermosa tierra. Sueño con verla en día no lejano sin los horribles disfraces que profanan la rica originalidad de sus líneas y la augusta serenidad de su semblante hermoso y severo. Sueño contemplándola resucitada y limpia de esta podredumbre que la cerca y va anegándola lentamente, envuelta en su arcaica vestidura nobiliaria, a la moda del siglo XIII, restauradas las señoriales viviendas de esta ciudad de caballeros, raspados los pintarrajeados pórticos de sus iglesias románicas, limpias de broza y de basura sus umbrías arcadas, sus venerables puertas de arco rebajado, los graciosos ventanales y rosetones de sus ruinosos monumentos. Sueño admirándola convertida en otra Nuremberg la rediviva, en Brujas la maga, en Carcasona la hidalga, en Mont-Saint-Michel el prodigioso, coronado por la maravilla de su fastuosa abadía. Y en medio de mi alucinación y desvarío, forjo planes, invento sistemas, promulgo pragmáticas como las que rigen en la portentosa Nuremberg, que someten toda reedificación al inalterable estilo de la ciudad, respetando la originalidad fecunda, la eterna vida del arte, la perenne frescura de las casas viejas y bellas. Vida nueva en casas viejas, no vida vieja en casas nuevas, en grilleras ridículas y vanidosas, cubiertas de colorines y chafarinones, que imitan el barniz

de la cultura exótica, para ocultar la pátina roñosa de la barbarie indígena; eso es lo que yo deseo con toda mi alma. He aquí un buen programa de política municipal que te ofrezco, Romualdo, para cuando te hagan alcalde de la Mariña.

Mientras esto decía, exaltándose como un iluminado, en el ánimo de sus oyentes causaban sus palabras las más diversas y contrapuestas impresiones. En Juanito y su novia, eran evidentes la conformidad y el entusiasmo. En Sabela, la sorpresa y la duda entre si tomarlo a broma o rendirse, avasallada, a la sugestión que sobre ella ejercían, tanto las miradas como la elocuencia de Luis, fluctuaban combatiéndose y armando un revoltijo tal, que la moza, asombrada y perpleja, sentíase a un tiempo mareada, divertida, sobresaltada y con unas ganas de reir, de gritar y de alborotar invencibles. De los demás, algunas muchachas no ocultaban la viva simpatía que despertaba en ellas más bien la persona del apóstol que sus elucubraciones; otros, como Domingo y "Nachiño", admiraban su talento y su cultura, pero el resto no pudo reprimir, quien, como Romualdo, la ingénita rusticidad ancestral, quien la estulta impertinencia que de sus viajes guardaba, por todo lastre cerebral, el vagabundo "Sindbad el marino", quien, por último, la desconcertante frivolidad y jocoso desdén con que el pollo Otero acogía estas "latas" y fantasías.

—¡Pero hombre!—exclamó el "Oso tierno" encarándose con Luis y empleando un tono festivo y amistoso—, ¿para qué nos vienes con tales monsergas, corrompiéndonos las oraciones y estropeándonos la noche, creada exclusivamente para amar y adorarse "soli e senza alcun sos-

petto"? Tú, que vives en Madrid desde hace tantos años, que la has corrido en París, en Londres y en Bruselas, que has visto tanto y sabes tanto, ¿cómo nos quieres hacer creer que Galicia debe seguir siendo gallega y que este pequeño paraíso... perdido de las Mariñas no debe aspirar a imitar en lo posible la manera de vivir que ha hecho ricas, envidiables y universalmente conocidas aquellas regiones que, como Donostia la bella, Biarritz la coqueta y Niza la "charmante" (ya ves que diquelo el gabacho), no poseen encantos superiores a los que este país ofrece? En vez de estar aquí papando moscas y echando discursos a la luna, que maldito el caso que nos hace, ¿no estaríamos mejor en algún alegre "beuglant" (¡chúpate esa!) o dándonos cuatro pataditas en los salones del Liceo? ¿Qué te parece, Sabela? Biarritz ¿eh? Trouville ¿eh? ¡Qué bien y a gusto la correríamos tú y yo por aquellos andurriales! ¿no es cierto, *miña xoya?* Desengáñate, chico, aunque nos divirtamos a la francesa, nos vistamos a la inglesa y pensemos a la turca, no dejamos de ser "garelos" hasta la punta de los pelos, ¿no es así, Sabeliña?

—Ese es el error, Otero, y créeme que en tí ese lenguaje me produce mayor pena que en boca de cualquier otro de mis amigos, porque tú tienes todas las condiciones que se requieren para ser un buen hijo de tu tierra, y sin embargo te esfuerzas en hacerle daño y renegar de ella por todos los medios posibles. Y lo que es peor, reniegas y maldices empleando su propio idioma y aprovechándote de una porción de ventajas que tú felizmente posees y que utilizas malamente en perjudicarle más aún que los mismos que descaradamente proclaman su desamor a la pequeña pa-

tria en que nacieron. Tú, Otero, con tu carácter, con tus ideas y propósitos de imitación y descastamiento, causarás a tu país daños incalculables. Dada tu posición social, las relaciones de tu familia y tus propias y envidiables dotes, harás carrera, te largarás a Madrid, serás pasante en algún famoso bufete, donde hallarás fácilmente el acta que cualquier cacique gallego tiene siempre disponible para estos casos, irás al Congreso, te afiliarás a un partido, pronunciarás discursos sobre la emigración, la importación del maíz, la redención de foros y otros temas regionales de igual visualidad y transcendencia, y al retirarte a tu casa, después de haber alcanzado uno de esos éxitos parlamentarios que la prensa regional bombea y proclama con inconsciencia suicida, te acostarás muy satisfecho, creyendo haber ganado el día y hecho méritos para que pongan tu nombre a la Ruatraviesa o te levanten una estatua en la Feria nueva. Ese es tu galleguismo, Otero, como el de casi todos los que te precedieron en esa ancha y trillada senda por la que han llegado tantos gallegos a ser ministros y hasta a constituir un famoso gabinete de *la muiñeira,* sin que Galicia lo haya advertido como no sea a la hora de pagar las hechuras. Una cosa ha quedado así plenamente demostrada, y es que nuestro galleguismo, fuera de Galicia es parasitismo; dentro de Galicia es puro y brutal y parricida egoísmo.

—Pues mira, Luis, si es egoísmo, mejor, que la caridad bien ordenada... ya sabes. Yo no soy de madera de redentores, que en Galicia es madera de vidueiro. Y acuérdate de que en nuestra tierra no ha habido redentor que

no haya sido crucificado. ¡Como que vivimos donde Cristo dió las tres voces!

—¡Qué gracioso!

—¡Qué pavero!

Luis se encogió de hombros y echó a andar sin preocuparse de si le seguían o no. Otero se acercó a Sabela y sin andarse con más requilorios, le pasó el brazo por el talle y murmuró al oído de la garrida moza:

—Sabeliña, estás preciosa y yo estoy mismamente tolo por tí. ¿Me quieres, nenifia?

—¡Ay, Jesús, y qué de pronto le entró! No vaya tan *axiña, que ainda non hay lume na casa.*

Y luego, Sabela, ¿qué te creías? Rabiaba por hablar contigo desde la noche de San Juan, ¿te acuerdas? Pues desde aquella noche hay *lume*...

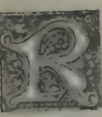
—Pues ya sabe lo que dicen en el juego de las cuatro esquinas : *na outra que hay fume.*

—Aquí no hay otra más que tú, Sabela, que eres para mí la única *lume* que me quema y si no me socorres con un bico, cree que me abraso todo.

—¡Bulron! ¡Mintireiro!

—¡Meiga! ¡Meigona!

XI

EHICIÉRONSE las parejas, aunque suplantando esta vez Otero a Luis junto a Sabela, y volvieron pasos atrás, por el mismo camino que habían traído. Al llegar a la plaza, la velada estaba a punto de acabarse. En las hileras de farolillos de papel, el tenue airecillo de la media noche había producido numerosas bajas, contribuyendo asimismo a acelerar la desbandada del público, un tanto fatigado y soñoliento al cabo de tres horas largas de trompetazos, detonaciones y algazara. Tocó con desmayo la banda los últimos compases de una lánguida habanera, estallaron en el aire los postreros voladores y el trueno gordo de fin de fiesta, y la plaza se vació enteramente, alejándose los paseantes más premisos y cansinos, en dirección a los desiertos hogares, produciendo al cruzar por las tortuosas callejas, un apagado rumor procesional, interrumpido por algún prolongado bostezo.

Como quiera que Luis vivía accidentalmente, como siempre que venía a la ciudad, en el mismo barrio que

Sabela, prestóse a acompañarla hasta la puerta de su casa. Idéntica oferta le hizo Otero, no obstante hallarse su domicilio mucho más alejado, por lo que, no teniendo motivo para preferir ni desairar a uno u otro, aceptó Sabela la compañía de ambos, y después de despedirse de sus amigos, emprendió la vuelta a su casa, entre los dos presuntos rivales. Mientras caminaban, enfoscados en las tenebrosas callejuelas que descendían hacia el barrio de la Ribera, preguntó Luis a Sabela:

—Siendo tan garrida como lo es usted, me choca que no tenga novio. ¿Es por orgullo?

—Sí lo tiene—apresuróse a contestar Otero—, y bien bruto por cierto. Como buen mozo lo es, no se puede negar, muy forzudo y en el fondo un buen muchacho, ¡pero más celoso!

—No le haga usted caso—dijo Sabela—; ese que él dice mi novio no le es tal; es un rapaz que recogió mi madre y nos hemos criado juntos, como hermanos. Ahora va en América.

—¿Emigrado en la Argentina?—inquirió Luis.

—No, embarcado como fogonero en un barco que va de Inglaterra a Nueva-York.

—¡Pobre muchacho! Dura vida la suya. ¿Y cuándo vuelve?

—¡Ah, eso...! ¡quién lo sabe! Díjome, al marchar, que tendría para dos años o cosa así.

Advertía Luis, con pena, el poco agrado que tenía Sabela en hablar de aquel que todos suponían destinado a ser su marido. Avergonzábase de él, aludiendo despectivamente a su oficio y tratando de llevar al ánimo de sus acompa-

ñantes la convicción de que ningún lazo le unía con aquel pobre fogonero, indigno de aspirar a la posesión de la moza más bonita de la Mariña.

—Pero entre tanto que vuelve—manifestó Otero, bromeando—, como no vas a estarle esperando como un pipiolo, debías aceptar otra conveniencia.

—Usted, por ejemplo.

—Claro que sí. ¿Es que no te gusto?

—¡Tanto como gustar...! Le distingo, ya lo sabe. Pero no me toque tanto que no soy vihuela. Tenga más formalidad. Bien sabe usted que le tengo ley y que somos buenos amigos, nada más. Como es usted un señorito de pompona y futraque, si hablara conmigo sería para hacer burla y por pasar el tiempo.

—Tiene usted razón, Sabela, más le vale hablar con el otro, que es de su clase, y además le querrá de veras y con buen fin—dijo Luis gravemente—. Otero está llamado a más altas empresas en Madrid...

—Pero si ella misma dice que no tiene nada que ver con ese muchacho, que es como si fuera su hermano, que no hay ningún compromiso entre los dos.

—Ninguno, abofé.

—Pues entonces, ¿por qué no te decides, Sabeliña? Diga lo que quiera Luis, nada más que para hacerte rabiar, yo te quiero con tan buen fin como el que más. No sería el primer caso de casarse una costurera con un señorito. Mira Manuela, la hija del sillero: ¿no se casó con Arturo Mazaira y no está de registradora en Corcubión? Si me quieres, Sabeliña, te prometo formalmente casarme contigo, llevarte a Madrid, vestirte de señorita con gorrito y

todo, que te estará la mar de bien, y pasearnos de ganchete por la calle de Alcalá para que todo el mundo nos vea y nos señale con el dedo diciendo:—¡ Ahí va el pillabán de Otero con la reina de la Mariña! Y tú te pondrás muy hueca, te darás mucho aire con el abanico y te remangarás la cola, enseñando los bajos de seda para que vean... cómo una costureriña mariñana puede dar lecciones de señorío a todas las duquesas y marquesas de los madriles. ¿No te parece?

Sabela se echó a reir, sintiéndose halagada en sus vanidosos deseos y pasioncillas de muchacha que se sabe hermosa y sueña con trapos y moños que den mayor realce a su hermosura.

—¡ Qué tontería!—exclamó Luis, poniendo un grano de severidad en sus palabras. Si como está usted más linda, más encantadora es con el traje mariñán, como le ha retratado el fotógrafo del Camino Nuevo, que es un artista forrado de pícaro y buscavidas. ¿No lo cree usted así? ¡ Parece mentira, Sabela! Pues le aseguro que no he visto en mi vida, en ninguno de los países que he recorrido, entre las muchachas que conocí, ninguna que pueda compararse con usted vestida de mariñana. Con este traje, original y gracioso como no hay otro, sería usted única, la hermosa Sabela, la flor, la verdadera reina de la Mariña; pero póngase usted un vestido de moda, con faralaes y prendidos y un chapirolete de plumas, embadúrnese usted la cara, empolvando ese cutis de manzana tabardilla, aprisione usted sus manos rollizas dentro de unos guantes y cálcese usted medias caladas y botinas altas como zancos y ¡ vamos! ¡ Sí que la señalarían con el dedo...! Sabela, por Dios, no

le dé nunca la tentación de vestirse de mamarracho pudiendo estar tan bonita vestida de mariñana.

La moza, vivamente ofendida en su vanidad, creyéndose humillada al juzgarla indigna del atavío señoril, se plantó en seco en medio del arroyo, y encarándose con Luis, dijo, con voz temblorosa por el despecho:

—No creo que le he dado pie para que así se burle usted de mi. Esas cosas que usted se trae de esas tierras por donde anduvo, dándose pisto y sin acordarse para nada de ésta en que usted nació, le parecerán muy bien para divertirse a costa de una pobre garela, una costureriña de tres al cuarto como yo, pero a mí no me peta oírselas, ni le he dado a usted confianza para ello. Con que así, hágame el favor de dejarme ir a mi casa, sola o con quien no me desprecie ni tenga ganas de burlas, porque aunque visto de lana no soy cordero...

Quedóse Luis cortado y pesaroso de su inconveniencia, pero aunque abrió la boca para deshacerse en excusas, no le dió tiempo Sabela, que, furiosa y descompuesta, echó a andar a toda prisa, sin querer escucharle. Tras ella siguió Otero, muy solícito y satisfecho interiormente del éxito afortunado que le deparaba la torpeza de su rival, que se quedó en medio de la calle pesaroso y contrariado.

Al reunirse a Sabela el pollo Otero, tomóle del brazo confianzudamente y le dijo con zalamería:

—No te enfades, Sabeliña, no le hagas caso; está insoportable con sus majaderías regionalistas y armas al hombro. Desengáñate, no hay quien te quiera como yo. No lo dudes, encantiño; no sabes tú bien cuánto te quiero, hasta qué punto deseaba yo que se presentase esta ocasión

para decírtelo así, juntitos, con mis labios tan cerca de esa cara de rosa y aguardando recoger de los tuyos, tan rojos, tan meigos, un sí envuelto en un beso. Sabeliña, vida mía, ya sabes que me debes una compensación desde la noche de San Juan, en que me atropellaron antes de que pudiera defenderme... Aquel cachete que me dieron por causa tuya, bien vale un beso. Estás obligada a curarme de aquel ultraje. Dime, Sabeliña, encantiño, ¿me quieres? Rula, ruliña, ¡cuánto te quiero! ¿Y tú? ¿Y tú?

Llegaban a la casa de Sabela, cuya puerta, sin pestillo, empujaron suavemente, penetrando los dos, estrechamente cogidos de las manos, en las negruras del portal. Durante un rato, en el silencio profundo que la densa oscuridad hacía más íntimo y solemne, oyéronse breves chasquidos de besos apresurados y furtivos, rumor de apretada y sorda refriega, protestas tímidas al principio, más firmes y enérgicas luego, promesas musitadas al oído, un beso largo, muy largo, impregnado de languidez y amoroso abandono, y por fin breves palabras de cariñosa y rápida despedida.

—Hasta mañana, ¿verdad?

—Sí, adiós, hasta mañana.

—¿Vendrás, vidiña?

—Iré, tontiño.

Subió Sabela de dos en dos las enrevesadas escaleras y al llegar al último piso, llamó tímidamente, con cierta vacilación y cortedad. A poco apareció en el dintel la señora Andrea, muy tapada, ceñida la frente con un pañuelo, cuyas dobleces disimulaban dos rodajas de patata aplicadas a las sienes.

—¡Asús, filliña! ¡Cuánto has tardado!

—Entretuviéronme ellas, las chicas, ya sabe.

—¡Ay, mujer! No sé que me da que andes por ahí tan tarde de la noche. Eso no te está bien. ¿Y si te pasara algo?

—¡Calle, calle, madriña! ¿Qué me puede pasar? No me van a comer como yo no me deje, y por ahora... ¡inda están verdes!

—¡Boh!, ríete, ríete. Pues tú no traes muy buena cara que digamos. ¿Te pasó algo? ¡Vaya un color que tienes! Estás que echas lume por los ojos.

—Eso es... de venir corriendo. ¡Subí las escaleras tan aprisa! Boberías, madriña.

—Anda, anda a la cama. ¡Estas rapazas! No hacen más que tolerías. Ay, ¿no sabes? Vino carta de Fuco; escribe de Nueva York. Dice que está muy triste, ¡pobriño! por no tener carta tuya. Cuenta que cuando fué para allá, tuvieron muy mal tiempo, que estaba la mar muy mala, y que va a embarcar otra vez para Inglaterra. ¡Malpocado! Nuestra Señora de las Angustias le guarde de todo mal! ¿Y tú qué dices, nena? ¿No le vas a escribir? Haslo, mujer, haslo. Aprovecha un día de estos de fiesta para ponerle dos renglones. Mujer, dale ese gusto. ¡El pobre es tan bueno!

—Sí, sí, ya le daré... ¡memorias! ¡Que descanse!

Y diciendo esto, desapareció en su habitación, y desnudándose apresuradamente y nerviosa, se metió en la cama y se puso a soñar con los ojos abiertos.

XII

Del chato caserón enjalbegado, que sólo el mezquino fastigio, en cuyo hueco bailoteaba alegre la esquila, daba a conocer su religioso destino, como Capilla del Santo Patrono, salía la procesión solemne y acompasada, a la que abrían calle los gigantones y cabezudos, acosados por la pillería, que les rodeaba como un enjambre de moscas revoltosas. A continuación marchaba la "danza" de los labradores, formando dos hileras. Era la cofradía más antigua de la ciudad, la que encarnaba, mejor que cualquier otra, las tradiciones devotas y humildes del pueblo mariñán. Desfilaban los cofrades en mangas de camisa, luciendo el clásico calzón de pana azul con botones dorados, media blanca, zapato bajo de cuero, descubierta la redonda testa, de lasos cabellos caídos sobre la frente, habiendo dejado en la sacristía los estrafalarios sombreros de copa con que se cubrían al hacer sus danzas, y cerrando las filas por medio de viejos sables que el uno tenía por el puño y el que le precedía por la contera. En medio de esta original comitiva, que traía a la memoria las archicofradías medioevales, con sus privilegios y franquicias de

hombres libres, adscritos a añejas behetrias amparadas por la munificencia de los Andrades, marchaba el abanderado, conduciendo el gonfalón de damasco, rematado en aguda lanza y ostentando las armas de la ciudad; a su lado, escoltándole, otros dos labradores marcaban el paso con la contera de sus alabardas, antecedidos del gaitero y del tamborilero, muy ufanos y vistosos.

La danza de los marineros venía después. Formando bóveda con los arcos pintarrajeados y sostenidos en alto, desfilaban, en dos hileras también, los bravos marinos de agua dulce, con su pulquérrimo atavío de almidonadas pecheras y calzones de extremada blancura sobre la que se destacaban los gayos colorines de las cintas y pañuelos pendientes de brazos y cinturas, adornado el pecho de cadenillas y preseas, capitaneados por el popular "Salero", que exhibía en la diestra, muy orondo y poseído de su papel, como signo de autoridad, el corvo alfanje morisco, y llevando en medio, entre la gaita y el tamboril, la bandera nacional, que al ondear sobre los arcos irisados y entrelazados en pintoresca simetría, evocaban gloriosos fastos de bélicas andanzas y correrías al son de la céltica cornamusa.

Otra hermandad o cofradía, seguía a la de los marineros, si bien carecía, como otras que a veces se organizaron con el fin de dar mayor variedad y animación a las fiestas, del sabor tradicional que poseen las dos indicadas. Era la danza de los zapateros. Vestían de peregrinos, a la usanza de los que, por riscos y vericuetos, y entonando el himno ¡Ultreja! venían de lueñes tierras a postrarse ante el sepulcro de Santiago Matamoros, con esclavina y

sombrero de hule, adornados de las clásicas conchas de peregrino. Al danzar, hacíanlo al son de pífano y tambor, acompañados de castañuelas, mezclando así, en híbrido y anacrónico revoltijo, trajes y danzas que se daban de cachetes. Luego venía el grupo puramente canónico de la comitiva: las cruces parroquiales, los ciriales, estandartes de cofradías religiosas y el Santo Patrono, San Roque bendito, llevado en andas, bajo un arco de flores de papel, mostrando la úlcera milagrosa con seráfica conformidad, luciendo flamante esclavina llena de conchas y teniendo en la mano el bordón con la colgante calabaza y junto a ella, atado con una cintita de colores—¡oh santa ingenuidad del pueblo mariñán, manso y limpio de corazón!—un fresco racimo de uvas, el primero de la cosecha de las parras del Mandeo, que recordaba los racimos bíblicos que presentaron a Josué sus emisarios al llegar a la tierra de promisión. Junto al santo peregrino veíase el gracioso can con tamaña hogaza en la boca, ofreciendo el religioso grupo, alzado sobre el pavés, y admirado por la devota multitud, una curiosa semejanza, en lo profano y meramente artístico, con el otro grupo de Diana cazadora y su antílope, que preside desde lo alto de la fuente del Campo, los públicos regocijos. Detrás de la imagen veneranda seguía el clero con sus turíbulos, sus dalmáticas, sobrepellices, capas pluviales y roquetes, sus corambovis y su cancamurria.

Dejando un buen espacio, cual corresponde a su jerarquía y alta representación en aquel acto, aparecía el Consistorio en pleno, acompañado de las demás autoridades locales, formando un amplio cuadrilátero, cuyos costados refulgían con los galones y cruces de los oficiales de la

zona de reserva, vestidos de gala y que mezclados con los concejales, desfilaban garbosos y marciales, lanzando miradas conquistadoras a los balcones repletos de endomingado mujerío; en el centro, el guión consistorial, de rojo terciopelo, sobre el que campeaba el argentado escudo heráldico de la noble ciudad, siendo portador de la insignia municipal el síndico, precedido de dos veedores o alguaciles, de ropilla negra, a estilo de cuadrilleros de la Santa Hermandad, y escoltado por los maceros, con sus rojas dalmáticas franjeadas de oro, chambergo de roja pana con pluma a la valona, caído sobre la espalda, dejando descubierta la blanca peluca de retorcidos bucles, llevando al hombro la refulgente maza de armas, y cerrando el cuadro, la presidencia, formada por el alcalde, vestido de rigurosa etiqueta, ostentando sobre la pulcra pechera la medalla concejil y apoyándose con cierta aristocrática indolencia sobre el bastón de caña de doradas bellotitas, símbolo de su autoridad, y rodeado de sus tenientes, del veterano coronel de la zona, con el ancho pecho convertido en escaparate de cruces, medallas y placas, del gallardo capitán de la Guardia civil, con su airoso uniforme de gala, blanco calzón de punto y altas polainas granaderas, el juez de primera instancia embutido en un levitón del tiempo de Fernando VII y el registrador de la Propiedad luciendo un levitín romántico de la época del Estatuto. Y por último, tras la escolta de guardias municipales, la banda de música, llevando al frente a su majestuoso director, el émulo y paisano de Torres-pachá, seguido de la caterva de músicos zangolotinos, meciendo sus cansados huesos al compás de la marcha triunfal, interpretada al modo heroico, con intercadentes

golpes de bombo y vibrante chinchín de cimbales y platillos. Detrás, formando larguísima cola, el pueblo mariñán, mostrando aquella piedad tan risueña, tan expansiva, tan humana, que presta a las solemnidades del culto el aspecto de fiesta pagana y campestre, evocador del druidismo ancestral.

Recorría la procesión las principales calles de la ciudad, en la que penetraba desde la plaza del Campo, por la puerta de la Villa, y siguiendo la gloriosa trayectoria que los historiados escudos de sus casas nobiliarias van marcando en derredor de la colina que le sirve de acrópolis, saludaba a su paso los blasones de los Andrades, prodigados en portaladas y ábsides, de los Bendañas, Macedas, Piñeiros, Taboadas y Figueroas, para descender por la cuesta de la plaza Consistorial, dejando a su espalda el Consistorio y la iglesia matriz de Santiago, de adusto y grave perfil románico, y tornar por la misma puerta de la Villa a encerrarse y disolverse en la vulgar capilla del Cantón pequeño. Por calles y plazas, en balcones saledizos y en ridículas galerías de cristales, colgadas como grilleras, apiñábase la población brigantina, ávida de tributar al Santo Patrono el homenaje de su devoción, en forma un tanto campechana y jaranera, y de lucir las galas estrenadas con tan alegre y plausible motivo.

Nada más pintoresco que el golpe de vista que ofrecía la extensa plaza del Campo a aquella hora de la tarde, en que, al recogerse la procesión, inundaba el gentío, no sólo las aceras y cantones, sino el centro mismo de la extensa planicie adoquinada de duros guijarros, en torno a la fuente de Diana cazadora, donde las criadas, sentadas encima de las

"sellas" o herradas, solían aguardar su vez para llenarlas bajo los caños por los que manaba límpida el agua cristalina, aromatizada por todas las fragancias de la campiña mariñana.

A la puerta del estanco de la plaza, arrimado al quicio, hallábase Luis departiendo agradablemente con la estanquera y sus hijas. Era aquélla una mujer agudísima, de singular perspicacia y pintoresca labia, a la que las palabras gallegas, alternando con las castellanas, en graciosa y expresiva mescolanza, prestaban con sus inflexiones mimosas y su perenne inquirir, particular atractivo y fuerza aglutinante. Por estas cualidades, la tertulia del estanco hallábase siempre favorecida por la gente forastera y recién llegada a la ciudad, que en su afán de saber noticias, acudían a la pródiga información de la simpática estanquera, sin advertir, incautos, que por cada informe suministrado, no siempre exacto ni verídico, sonsacaba astutamente cuantas noticias llevaban entre pecho y espalda los postulantes. De ahí la sorda rivalidad y encono que existía entre las dos tertulias vecinas, la del estanco y la de la botica. Aquélla frecuentada por la gente moza, los advenedizos y trashumantes, ansiosos de novedades y noticias escuetas y precisas; ésta, formada por personas graves, ociosas y atrabiliarias, que desdeñaban la inventiva y cultivaban el comentario. Lo que aquélla investigaba y descubría con arte sutil y siempre ameno y sin hiel, la exégesis de la botica lo desmenuzaba y convertía en pieza de análisis, llevado a sus últimas causas y apurando hasta el más inofensivo de los efectos, para descubrir en él, con insana porfía, el

germen morboso de todo acto y de todo pensamiento sometido a su disección.

Juanito Carballo, que odiaba a muerte a los tertulianos de la botica, a cuya trastienda había dado el título espeluznante del "huerto del francés", era en cambio asiduo concurrente al confesionario del estanco, complaciéndose en asistir al cotidiano desfile de los numerosos penitentes que acudían solícitos a confesarse de los pecados ajenos, sometiéndose gustosos al hábil interrogatorio de la estanquera. No teniendo ya nada que confesar y sintiéndose absolutamente incapaz de sentir el prurito de escudriñar y menos aún de revelar el fondo de la conciencia ajena, ejercía su papel de espectador con el regocijo y desinterés de un sibarita. Luis, llevado por él, se aficionó desde el primer momento a la amenísima charla de la estanquera y de sus hijas, y después de dejarse registrar hasta los últimos repliegues del pensamiento, sin que este examen reportase a la sutil estanquera el menor provecho, aprendió en breves horas todo un curso de mundología aplicada y de chismología topográfica circunscrita a la región mariñana. Allí conoció hasta en sus menores detalles, magnificados por la ponderativa fantasía de la "confesora", toda la vida y milagros de las personas conocidas y de muchísimas más que le eran completamente desconocidas o le tenían en absoluto sin cuidado. Allí le describieron el taller de Pepa la ferrolana como un vivero, cuidadosamente explotado por la habilidosa maestra y doctora en tercería, que utilizaba el espantajo de Rodrigón para rehuir responsabilidades sobrevenidas por esquilmos y trasplantes, más o menos productivos y escandalosos. Allí supo que los sospechados amores

de Sabela y Fuco, amparados por la señora Andrea, fracasaron por las artes de Pepa, que siguiendo un plan diabólico, nunca contrariaba los impulsos afectivos de sus discípulas, pero procuraba encauzarlos por el camino que más convenía a sus particulares designios. Infiltrando en el ánimo inocente y desprevenido de sus protegidas, vagas aspiraciones de lujo y riqueza, rodeándolas de una atmósfera de sensualidad alimentada por conversaciones y comentarios en tertulias y cuchipandas de aspecto familiar, y amparando y favoreciendo sus devaneos y preludios de mayores trances, siempre que los favorecidos perteneciesen a la clase pudiente y adinerada de la ciudad, iba empujándolas suavemente hacia el despeñadero por el que ella misma se había precipitado en sus tiempos heroicos de modistilla ferrolana.

—Le es un escándalo—decía la estanquera, mostrando gran indignación—, le es mismamente una cosa que clama al cielo, el ver a esas rapazas, tan bonitiñas, tan frescas y coitadiñas, escurriéndose poco a poco por la cuesta abajo, bien untada de jabón por las manos de esa gafona, que vino del Ferrol con tanta podre en el cuerpo como en el alma. ¡Y que no se da poca maña para prepararles la gayola cuando y con quien le conviene, y si es caso darles salida, como fruta picada, para que le metan el diente fuera de aquí, por aquello de que ojos que no ven...!

—Pero esa mujer malvada—preguntó Luis espantado ante la brutal revelación—, ¿no teme que cualquier día un padre, un hermano o un novio inicuamente burlado, le den un disgusto merecido?

—Para eso tiene al lacazán de Rodrigón, que le guarda

las espaldas. Como es un bruto, más fuerte que un buey cornudo, no hay quien se le atreva. Cuando la desgracia de Pepiña, la hija del cerero de la puerta de la Villa, ¿a qué no sabe usted lo que pasó? Pues verá. Pepiña tuvo un hijo de un comisionista catalán, amigo de la bribona de Pepa, que le prestó su casa para el negocio. Un hermano de Pepiña, mozo guapo, derecho como un pino y más bueno que el rezar a Dios, cuando supo lo de su hermana, perdió la cabeza, se plantó en el taller y allí le dijo... ¡San Roquiño bendito, lo que allí le dijo a aquella tunanta! Y eso que el rapaz estudiaba para cura y era incapaz de tener una voz más alta que otra. Pues tanto fué el rebumbio y tan gordo el escándalo que le armó, que, ¿a qué no sabe usted qué hizo esa grandísima raposa? Pues fué y lo denunció al Juzgado por injuria y calumnia. ¡Mire que calumniar a esa! La gran alcatifa estaba segura de ganar el pleito, porque tenía de su parte al escribano Rañeiro, que es otro tal que bien baila al son que le toquen en habiendo música de aquí, pero el pichón del cura, que ya había criado más hiel que un toro, no se mamó el dedo. ¿Quieres calumnia? Pues toma pruebas, y vengan declaraciones y trapos sucios. Todo salió a la colada, y más le valiera haberse callado y aguantado la filípica del *creguiño*, en vez de exponerse a que anden escritas sus aventuras en papel sellado. Perdió el pleito la lagarta, dejándose el rabo entre las uñas de la curia; pero ¿a que no sabe usted que le pasó después al pobre *creguiño?* Pues que una noche, conforme iba a entrar en su casa, a la hora de cenar, Rodrigón, que le estaba aguardando detrás de una esquina, armado de una "moca", le pegó tal palo en mitad del pecho que le dejó tumbado y sin

conocimiento, echando sangre por la boca. A los tres meses murió tísico. Y todo quedó así: Pepiña deshonrada, su hermano en el Camposanto, el pobre cerero sin levantar cabeza, la cerera baldada de las piernas y más muerta que viva, Rodrigón tan campante, y su pingarrona socia, más.

—Sí que es gente de pro. Pero ¿cómo siendo así y siendo público y notorio lo que usted me cuenta, trabaja tanto, según se dice, y tiene la mejor clientela de la ciudad?

—Ahí verá lo que son las cosas. Aquí le hay más miedo que vergüenza. Mucho murmurar, mucho secretear, mucho arrancarse tiras de pellejo en la mayor intimidad, pero no le hay quien ponga el cascabel al gato. Además de que la justicia es justicia, y hay que confesar que, en su oficio, Pepa trabaja que es un primor y saca los vestidos, los de tela, no los otros, tan bien hechos que mismamente parecen pintados. Luego, en cuestión de cobrar, es más considerada que ninguna otra de la clase. Nunca le corre prisa, y así tiene cogida a la gente fachendosa y amiga de lucir, por la trabilla de la faltriquera.

—¿Y nadie se la ha plantado y le ha soltado cuatro frescas?

—¡Bah! ¡Mucho le importa! Si uno le chilla, ella chilla más, si la insultan, muerde, si la amenazan, Rodrigón se encarga de adelantarse a los acontecimientos. No le tiene ni pizca de vergüenza. Una vez le cantaron una copla, ¿la sabe usted? Pues verá: con la p te llaman Paula, con la u Urbana, con la t Teresa y con la a Ana, júntame estas cuatro letras y sabrás cómo te llamas.

—Tanto como verso, no me parece, pero por lo visto es verdad.

—Pues otra vez, disputando con otra tan lercha como ella, le dijo su temeraria contrincante:—¡Cuidado, Pepa, guárdate de mi lengua, que es como un cuchillo de dos filos! ¿Y sabe usted lo que contestó la muy pesca? Pues... señalando así, con perdón, y dándose una nalgada, díjole:—Con que un cuchillo ¿eh? Pues mira, ¡cátame este melón!

XIII

ONFORME avanzaba la noche, crecía la animación en la plaza, espléndidamente iluminada con profusión de farolillos, distribuídos en hilos convergentes al foco luminoso formado por la fuente de Diana cazadora, encerrada en un templete de encendidos vasos de colores. Vista en su conjunto la luminosa red parecía tejida por una araña monumental que hubiese tendido su tela polícroma y reverberante sobre la confusa multitud, que acudía al festival de prima noche. Desde su bien orientada atalaya, contemplaba Luis el lento fluir del gentío que por las calles circunvecinas venía a remansarse en aquel lugar, propicio a las expansiones ruidosas y populares. Por la puerta de la Villa el chorro humano revestía proporciones de inundación. Llegaban portentosas matronas, cargadas de oropeles, azabaches y abalorios, recubiertas de terciopelos y sedas, proclamando su desmedida afición a lo barroco y pomposo, rodeadas de su prole femenina, muchachitas de talle redondeado, hechas ya mujeres apetitosas a los quince abriles; pollas casaderas, de abultadas formas, sa-

broso tipo de feminidad exuberante, de hombros rectos, caderas onduladas, flores de salud y robustez; solteronas resecas, de aspecto mojil, dadas al beaterio, supremo recurso en países de superabundante población femenina, que entregan a la emigración lo más florido e idóneo de su juventud masculina, y mezclados con unas y otras, pollastres encajados entre los duros pliegues de sus trajes flamantes y tiesos; alguno que otro gomoso, exagerando la moda provinciana de los chaqués de cola de pichón y de los pantalones de campana, remangados a la moda inglesa, que según una gráfica expresión popular, parecen "que se va de pesca", y todos ellos chanceros, la nariz al viento, con risa de hombre descarado y ducho en mundología, fumando cigarrillos de boquilla dorada; militares de la zona de reserva, pechisacados y de aire conquistador; retirados de Ultramar, renqueando por el reuma o encorvados por el asma; indianos de costoso panamá, macizo calabrote en el chaleco y porte afectado y decorativo; gentes, en fin, vulgares, endomingadas, sin carácter, sin una nota ni un detalle típico que les diferenciara del resto de la inmensa edición en rústica que la civilización ha lanzado e impuesto al mundo al uniformar la mentalidad y los hábitos contemporáneos. Tan sólo, desperdigadas aquí y allá, veíanse algunas aldeanas, ataviadas con sus mejores galas, abrumadas de colorines en refajos y pañolones, que seguían con la boca abierta la línea fulgurante de un cohete, que después de trazar en el cielo un surco de luz, se disolvía en lágrimas de oro y fulgente pedrería.

Juntando recuerdos y computando datos archivados en su magín de hombre observador y andariego, traíale este

espectáculo a la memoria la de alguna de aquellas kermeses flamencas que había presenciado en Bélgica, inmortalizadas por el pincel de Teniers. Las mismas formas bastas y sensuales de regocijos públicos, los mismos viejos y tradicionales juegos populares, cucañas y concursos: el palo de la merienda, la moneda pegada en el fondo de una sartén llena de tizne, los huevos colgados de una cuerda y que había que derribar, vendados los ojos y a tientas, a estacazo, no limpio, sino sucio, porque espachurrados por el golpe, salpicaban y ensuciaban a los concurrentes, y otra porción de artificios y pasatiempos, generalmente nada ingeniosos ni decentes. Allí como aquí, las mismas banderolas, trapitos, guirnaldas, transparentes, mástiles, gallardetes y farolillos venecianos; la misma alegría mansa, socarrona y pedestre; la misma bulla y algazara de campanas, música ramplona de las zarzuelas en boga; papanatas embobados ante el globo que sube o el cohete que estalla; las mismas comilonas de empanadas, rociadas con el vinillo del país, como en tierra flamenca las hartazgas de "gaufre" y de pescado frito, junto a los toneles de rubia cerveza, engullida en cantidad infinita de "choppes", y todo ello espeso, zafio, material, grasiento. Estas fiestas urbanas, burguesas, caricaturescas lupercales sin carácter ni ambiente local, fiestas mánceres, fruto de un cosmopolitismo gastronómico, sin el menor aliciente espiritual, causaban a Luis un asco enorme, atacándole el estómago antes que el cerebro. ¡Cuán diferentes de aquellas otras campestres y típicas, de aquellas romerías en torno a la humilde ermita, en la espesa robleda o en el castañar umbroso y de afelpado césped, donde las mozas, ataviadas con los bizarros y pintorescos arreos al-

aldeanos, salen a bailar la tradicional "muiñeira", entornados los ojos, inclinada, con natural humildad, la hermosa cabeza de alisados cabellos castaños, moviendo el cuerpo garboso con honesto y airoso vaivén y cadencioso girar, rozando suavemente las yemas de los dedos, adelantando el pie con espontáneo recato, en actitud a un tiempo modesta y jovial, llena de majestad y gracia, mientras los mozos danzan enfrente, briosos, robustos, arrogantes sin jactancia, ágiles y varoniles, respirando salud y fortaleza física y moral por todos los poros de sus cuerpos vigorosos y recios, y la gaita céltica va desgranando sus notas melancólicas y agrestes, envueltas en el grave murmullo del roncón y acompañada de los golpes secos y retumbantes del tamboril! Venían a la memoria de Luis viejas descripciones de famosas romerías gallegas, de tradicionales ferias celebradas en ciudades, como la de Pontevedra, donde a la agreste y serena majestad céltica uníase la gracia helénica, infiltrada en la sangre doria de los moradores de la bella Helenes. Y experimentaba hondo pesar y desencanto al notar cómo desaparecen lentamente, esfumándose en las lejanías del recuerdo, trajes, danzas, costumbres, tradiciones, sentimientos, todo lo que constituye el caudal histórico de un pueblo, dilapidado en cuchipandas plebeyas y mestizas, en juergas villanescas de descastados y rufianes.

Arrancóle de su ensimismamiento la voz afectuosa y simpática de Juanito Carballo que llegó en aquel instante.

—Chico, me alegro de verte. Te traigo dos noticias.

—¿Cómo es eso de te traigo?—interrumpió la estanquera. Aquí las noticias son de todos o de ninguno.

—Cierto. ¡Viva el comunalismo reporteril! De hoy más

se llamará al estanco de la plaza el mentidero comunista. Y se comprende: tras la confesión, la comunión.

—¡Arrenegado sea! No blasfeme, Juanito. Aquí las cosas santas se tratan santamente, como dice Don Justo el capellán de las Monjas.

—Tan santamente que a mí no hay quien me quite de la cabeza que cuando usted se muera, no tarda un año en ser canonizada. Santa Engracia, estanquera y confesora.

—Pero, hombre—dijo Luis impaciente—, acaba de una vez, vengan esas noticias.

—Son dos, a saber: primera, que contamos contigo para la fiesta de los Caneiros. Es la única cosa original que nos queda. ¿Se acepta? Silencio. Queda aceptado.

—Pero...

—No hay pero que valga. Segunda: Sabela y Otero se entienden. Lo supe esta mañana y acabo de verlo confirmado esta tarde. Están en plena luna de miel, en pleno paraíso, con su serpiente y todo.

—¿Y a mí qué me importa?—exclamó Luis fingiendo indiferencia.

—¡Hombre, hombre...! Ya sé que no te importa afectivamente, pero sí estéticamente, vamos al decir. Y a mí también. Porque para mí Sabeliña es algo así como la representación plástica de la Mariña, a semejanza de la celtíbera Lucila, de los Episodios Nacionales del maestro Galdós. ¿Cómo no voy a deplorar que nuestra musa mariñana se deje camelar y seducir por un títere adulterado por la lectura de la prensa piernográfica madrileña y para el cual el Cantón pequeño es una especie de calle de Alcalá, los Caneiros, la Bombi, el Café de Madrid, la "Maisón

Dorée", la Mariña la pradera de San Isidro, él un sportman que bebe whisky con soda, tú un catalanista traducido al gallego y Sabela una golfa de las asiduas al merendero de Juan?

—Tienes razón, es una porquería todo eso. No hay símbolo que resista a la estupidez ambiente.

Y despidiéndose de Juanito y de la gente del estanco, se alejó mohino y estomagado, perdiéndose entre el gentío.

XIV

En los muelles de la Ribera y del Puente viejo apretujábanse los excursionistas en acecho de la embarcación que había de conducirles, remontando la suave corriente del Mandeo, al pintoresco campo de los Caneiros. Más aún que la aglomeración de la gente, siempre ansiosa de ponerse en primera fila, dificultaba el atraque de los botes y falúas y el regular embarque y distribución de los pasajeros, la enorme impedimenta que la alegre caravana necesitaba llevar consigo. Cestas colmadas de vituallas, botas y cántaros de vino, hondos cuévanos repletos de odoríficas frutas del próvido valle mariñán, serones conteniendo utensilios y trebejos de cocina, nutridos haces de voladores y otra porción de chismes y adminículos gastronómicos, culinarios, pirotécnicos y de recreo y fantasía, surgían acá y allá, ocupando la mayor parte de los muelles y formando apetitosas barricadas que incitaban al asalto y al saqueo. Embarcado el copioso arsenal gastrológico, que evocaba el recuerdo de las bodas de Camacho, del viaje de Pantagruel a la isla de las linternas y del éxodo

de Tartarín y de los colonizadores tarasconeses dirigiéndose a Port-Tarascon, pudo al fin organizarse la flota, llevando al frente la lancha capitana, mandada por el infatigable "Salero", profusamente adornada de banderolas y transparentes alegóricos y conduciendo la banda municipal con todo su repertorio de jotas, habaneras y schotis.

Lentamente, a fuerza de remos, iban los caneironautas avanzando río arriba, favorecidos por la marea, que empujaba las embarcaciones con el suave flujo de la corriente. En uno de los botes de vanguardia, engalanado de mástiles y gallardetes, habíanse acomodado Juanito Carballo con su novia Emilia, Rosa, Nachiño, las familias de las dos costurerillas, y Luis, en junto, ocho pasajeros y tres tripulantes, patroneados por el lobo de río "Laroucas". Desde la popa, donde se había instalado, gozaba Luis de la agradable perspectiva que el espléndido panorama ofrecía a sus ojos. El río, terso como una lámina de plata, sobre la que las empavesadas embarcaciones parecían resbalar y deslizarse, arañando el agua con sus largas patas de cangrejo, reflejaba en su seno el intenso azul del firmamento. El sol, próximo a su cénit, nimbaba de oro los altos pinos que cerraban el horizonte como un espeso y aromoso tapiz, proyectando su sombra inmóvil sobre el cristal del río, sereno y profundo. Quedaba a la espalda el Puente viejo, de adusta traza, con su apuntado arco central, tendido triunfalmente sobre los recios estribos y coronado por la cruz de piedra que se erguía protectora en lo más alto del pretil; a la derecha, el revuelto caserío de la ciudad, vista por su lado más torvo y vetusto, surgiendo por encima de los parduzcos muros enrejados del Convento de las Agus-

tinas y de las frondosas huertas ribereñas, cuyo tupido arbolado rebasaba de las tapias, inclinándose sus ramas, cuajadas de fruto en sazón, hasta tocar la superficie del agua; a la izquierda, la empinada gradería de los parrales, abrumados bajo la opulencia de la verde hojarasca de la vid, tendida como un dosel, del que pendían los dorados racimos, asomándose incitantes, entre los rizados pámpanos, y enfrente, el claro espejo del río, encerrado en un marco de sin igual hermosura, al que servían de historiado copete las agudas escarpas de los lejanos montes, de cuyo seno brota el Mandeo.

Los botes y falúas, abarrotados de excursionistas, avanzaban revueltos, sin orden ni concierto, adelantándose unos y rezagándose otros, según la pericia de los tripulantes o los caprichos del pasaje, cuya ruidosa alegría diluíase sin eco en la inmensa paz de la naturaleza en reposo. Al tender la vista sobre la dispersa escuadrilla, advirtió Luis la presencia de algunos semblantes conocidos. A su lado pasó veloz un esquife, propiedad de un rico indiano, que concurría al festival, llevando consigo al pollo Otero, ufano de tamaña distinción. A lo lejos, en una de las embarcaciones que rompían la marcha, divisó a Sabela y Rosarito, chaperonadas por Pepa la ferrolana, y su madre, a quienes servía de otañez el elefantiaco Rodrigón, escoltadas por Romualdo y Rogelio el cadete y acompañadas de varios mozalbetes de la alta sociedad mariñana. En otras vió a Anita y Domingo, a las discretas hijas de la simpática estanquera de la plaza, a "Sindbad el marino" y a otros concurrentes a la tertulia del estanco y a las reuniones del Café de Madrid, en compañía de parientes y amigos, co-

partícipes de los beneficios y cargas de la alegre excursión. Multitud de forasteros procedentes en su mayoría de la capital herculina, habían acudido también atraídos por la merecida fama y renombre de que goza la fiesta en toda la comarca mariñana y sus aledaños, todos ellos bien pertrechados de municiones de boca y guerra, incluyendo en esta categoría no sólo el material pirotécnico con que se proponían deslumbrar a los mozos brigantinos, sino también las miradas incendiarias y los arrebatadores chicoleos con que pensaban rendir las ariscas voluntades de las rapazas garelás.

El río, que en las inmediaciones de la ciudad adquiría proporciones de brazo de mar, gracias al valioso concurso de la marea viva, iba estrechándose gradualmente, conforme ascendía hacia sus fuentes, describiendo caprichosas curvas y deteniéndose en oscuros remansos, bajo la umbría de los castaños, como un enredador pilluelo que retrasase adrede la vuelta a su casa, embebecido en la contemplación de los pájaros que revoloteaban piando y persiguiéndose entre los árboles, y de las truchas y "reos" que brincaban en el agua a caza de mosquitos. Obligada por la estrechez del cauce, marchaba ahora la escuadrilla a la deshilada, entrechocándose las embarcaciones por sus costados, con no pequeño susto y algazara del pasaje femenino. Las carcajadas y los apóstrofes cruzados entre una y otra embarcación, resonaban con mayor intensidad en el angosto recinto formado por las laderas abrumadas de follaje con tal exuberancia que el río, encogido y mudo, desaparecía hundiéndose en la fronda como una anguila perseguida entre los guijos. Todos los colores, todos los matices

del paisaje se concretaban y reducían a una sola nota de color, absorbidos por la avalancha de verdura que desprendiéndose de los altos montes coronados de pinos, caía espesa y avasalladora, cegando el cauce pedregoso y profundo y envolvía tierra y cielo en una gigantesca ola de intenso tono de bronce fundido. De pronto el súbito fulgor de un cohete, seguido de un seco estampido, rompió el encanto de la floresta, despertando a la bella durmiente que aquí aguardaba el homenaje bucólico que, una vez al año, le tributan los árcades brigantinos. Y por si no bastase aquel modo harto brusco de romper hechizos, desatóse la banda municipal en notas y arpegios capaces de despertar al mismísimo Morfeo en el profundo Averno, acometiendo un aire de jota muy apropiado a las circunstancias. Habían llegado a los Caneiros.

Comenzó el desembarque con extremada dificultad y barullo, no sólo por las malas condiciones del terreno, sino también por el apresuramiento que mostraban todos en poner el pie en aquel rincón del paraíso. Luis, más flemático o más observador, prefería contemplar desde cierta distancia aquella escena preliminar o prótasis de la comedia pastoril que iba a representarse en tan espléndido escenario. Poetizando el cuadro, visto a través de su fantasía quijotesca, antojósele pensar que asistía a una fiesta bucólica del género de "La Galatea" o "Pastor fido", en que hidalgos y doncellas alcurniadas, de sangre noble y principal, disfrazados de pastores y zagalas reuníanse, en algún escondido y ameno lugar, para representar églogas y romances y holgarse en la traza y ejercicio de otras honestas distracciones. Veía, como el andante caballero man-

chego, llegar al prado, cubierto de césped menudo y fragante, las enamoradas parejas, ataviadas las zagalas con pellicos que no eran tales, sino de rico brocado y faldellines de tabí de oro y con gregüescos y ropilla de finísima tela los mancebos, tañendo caramillos y panderos, y luego de discurrir formando armoniosos grupos, por la extensa pradera, cantando madrigales, acogíanse a la paz de algún apartado sotillo, a hacer honor a las viandas dispuestas sobre la verde yerba, solazándose con el ágape fraternal y rústico, mientras ocultas y concertadas músicas regalábanles el oído, y el blando céfiro acariciaba sus semblantes, llenos de regocijada paz y contento. Creía asistir, como en un cuento de hadas, a algunas principescas bodas celebradas al aire libre, en el seno de la naturaleza maternal y esplendorosa, teniendo por templo y tálamo a la vez una encantada floresta, que mostraba sus tesoros y lucía sus galas para mejor contribuir a la gloriosa fiesta epitalámica. Todo respiraba amor, deleite, dulce embriaguez, producida por el zumo de mágicas yerbas o por el perfume de extrañas flores, lánguido decaimiento provocado por la tibia caricia del aire balsámico, e irresistible prurito y comezón despertada por el burbujeo de la sangre agolpada a las sienes y tiñendo las mejillas de arrebol. Y como los faunos y las ninfas triscaban y retozaban mientras los enamorados príncipes yacían entrelazados en el tálamo nupcial, apresurábanse todos a participar del amoroso rito, descorriendo el velo que cubre el divino arcano de los jardines de Citerea.

—Pero Luis, ¿qué haces?—exclamó Juanito, viéndole permanecer ensimismado, mientras los demás pasajeros

habían saltado a tierra y ayudado a los marineros a desembarcar las provisiones.—Sueñas, ¿eh? Pues... *arcades ambo,* amado Tirsis. Vamos a recorrer esta Arcadia feliz y a gozar y dar vado a nuestros amorosos pensamientos, ejercitándonos en el pastoril y virtuoso oficio que tanto encomió Don Quijote después de su vencimiento. Tú, andante caballero de la Dulcinea mariñana, te llamarás el pastor Miodeliz, nombre altisonante y apropiado a tu calidad de vecino del renombrado lugar de Miodelo, en la manchega Mariña. Yo, que si no soy Sansón, no dejo de tener algo de Carrasco y bastante de bachiller, te acompañaré y compondré versos pastoriles o cortesanos, como más viniere a cuento, y se los daré a Nachiño para que los publique en "El Eco del Mandeo", firmados por el pastor Juncaliz, por ser en el juncal del Penso donde radica mi nobleza. Vamos andando, que la música, la alegría y el vino empiezan a hacer de las suyas. Por caramillos no quedará, tenlo por seguro.

Entráronse los dos amigos campo adelante, dejando a sus compañeros de excursión acomodarse en el lugar convenido de antemano para hacer juntos el debido honor a la clásica empanada y a otros relieves y melindres preparados por la solícita habilidad de la madre de Emilia.

La pradera, que en tiempos normales y sin el enojoso aditamento de tan numeroso contingente caneirístico, era, sin la menor duda, un lindísimo paraje, capaz tan sólo para que una veintena de personas, de uno y otro sexo, naturalmente, triscasen a sus anchas sin temor a tropezones e indiscretas vecindades, resultaba angosta e insuficiente para que, dentro de su recinto, pudieran moverse con re-

lativo desembarazo los centenares de excursionistas que en ella pretendían acampar y divertirse. A pesar de esto y contrariando la sabida ley física de la impenetrabilidad de los cuerpos, no solamente cupieron en tan reducido espacio, sino que hasta hubo lugar para que las vendedoras de rosquillas, caramelos y resolio y los cantineros de las sociedades de recreo y del Café de Madrid, armaran sus tinglados y chibaletes, en los que ofrecían a la voracidad e intemperancia de su escogida clientela, largas ristras de embutidos y artísticas pirámides de latas de conservas, que alternaban con los frascos de exóticas mescolanzas alcohólicas, boliches de gaseosa y botellas de cerveza indígena, tras cumplida batería de vasos de grueso vidrio que amparaban la fragilidad de los azucarillos. Tampoco faltaban detalles verbeneros, importados por la cursimanía epidémica, como algún piano de manubrio y el ridículo "agarradiño", con que al son machacante y molesto del mecánico artilugio, se zarandeaban algunas parejas, marcándose con un estilo ¡válgame Dios! que provocaba la sonrisa compasiva de Luis y el jocoso comentario de Juanito:

—Míralas, míralas. ¡Vaya un meneo saleroso! ¡Están para comerlas... con cachelos!

XV

Después de dar una vuelta en redondo por todo el campo, saludando a las personas conocidas, sin detenerse con ninguna, determináronse a seguir el ejemplo que por doquier les daban, sentadas en el suelo "more turquesco", en torno a la oronda empanada rezumante de churre. Tan sólo los excursionistas herculinos, habituados a los refinamientos urbanos, habíanse agenciado una mesa y dos bancos, en los que se acomodaran, no sin apreturas, renegando acaso más de uno de las incomodidades y molestias que suele acarrear el culto de la naturaleza practicado sin las debidas precauciones y con ropa nueva y manchadiza. En un rincón, un tanto apartado y discreto, había armado el indiano del esquife su tienda de campaña, que conservaba adherida la etiqueta de un conocido "magasín" parisino, y dispuesto una mesa y asientos de tijera, que los invitados se apresuraron a ocupar, deslumbrados por la opulencia del anfitrión, que allá en Chile se había enriquecido vendiendo guano. Sentábanse con él el registrador de la Propiedad, un capitán de la reserva, un diputado pro-

vincial por el distrito y el pollo Otero, tipo representativo de la juventud aristocrática brigantina.

—¿No le conoces?—preguntó Juanito a Luis, señalándoselo con disimulo. Sí, hombre, sí; sólo que no te acuerdas. Es el "Repolo", el hijo de Gregorio el matachín. ¡Pocas veces que le habrás visto sujetando al cerdo contra el banco, mientras su padre se entregaba, al aire libre, a la artística disección del animalito! El rapaz salió listo y con pretensiones. Cuando se organizó aquella compañía de aficionados que puso "La peste de Otranto" y "El puñal del godo" en las cuadras del Liceo, convertidas en sala de espectáculos, al "Repolo" solían repartirle el papel de galán joven. Una noche que representaba una pieza, no recuerdo cuál, en que el galán se envenena echándose al coleto un terrible tósigo, tocóle al "Repolo" hacer de amante desesperado, y después de embaularse la mortífera pócima, se puso a retorcerse y a lanzar lastimeros ayes que propiamente parecían de veras. En esto entró en escena un médico, sin duda prevenido por la familia, y al verle, el desventurado suicida exclamó con acento doloroso:—Doctor, me muero. Siento aquí—y señalaba el estómago—un ardor, un no sé qué...

—¡Es el "repolo" que se le ha indigestado!—gritó un chusco desde el fondo de la sala. Imagínate cómo acabó aquello. Fué un colosal éxito de risa.

—Renunciaría desde aquel momento a la amistad de Melpómene.

—Desde luego, y en brazos de Neptuno se lanzó al mar, emigró y a los dos años volvió aquí, muy bien trajeado y hablando en gringo. Cuentan que al llegar, trope-

zó en la calle con la comitiva del arzobispo, que estaba de visita pastoral, y mientras todos se descubrían y muchos se prosternaban ante el prelado para besarle el anillo, nuestro "Repolo" se quedó plantado mirándole altanero, calado el chapeo y retorciéndose el bigotilio. Mirade—decían unas mujeres que estaban cerca de él—, ¡arrenegado sea! Non quer ni tan siquera saludar o señor obispo!—¿Yo?—exclamó el "Repolo" despectivamente—, ¡si habré visto "ebispes" y "arcebispes" en mi vida! ¡Puah!

—¡Es gracioso!

—Pues no fué esto solo. Dándose importancia, como si hiciera más de veinte o treinta años que faltase de aquí, cuando llegó a la calleja donde vivía su padre, preguntó a una vecina:—¿A onde está la casa de mi pa?—¡Ay, que condanado!—le contestó la mujer, espantada de tan rápida transformación—; ¿pois non ven falando andalús e ainda non fai dous anos que se embarcou para América? Con estos antecedentes, el señor Gregorio, que era un buen hombre, trabajador y honrado a carta cabal, en cuanto le vió llegar tan pulido y sin dos pesetas en el bolsillo, le puso de cara a la puerta, abierta de par en par, y atizándole un soberano puntapié, le echó de casa, diciéndole:—Fora daqui, lacazán! Ya que tan pronto olvidaste dónde está la casa de *teu pai,* anda y olvídala de una vez, y no vuelvas hasta que puedas hacerme otra mejor que esta en que vivo.

—¿Cumplió el deseo paterno?

—Y tanto como lo cumplió. ¿No viste en la Ruatraviesa una casa de merengue con balconcillos de guirlache y una galería pintarrajeada que parece la cristalera de una con-

fitería? Pues allí vive el "Repolo" ahora, y allí vivió el señor Gregorio hasta que se murió, hará poco más de un año. No la disfrutó mucho tiempo el pobre. Cuando su hijo le redimió de su sanguinario oficio, preguntábase el jubilado matachín:—¿Qué vou facer eu si non mato porcos?—Pues mate el tiempo—le contestaba su hijo, sin pensar que el tiempo se adelantaría a matarle a él.

Reunidos por fin a los suyos, al socaire de un bravádigo, tumbáronse Luis y Juanito en la grata compañía de Emilia, Rosa, Nachiño y sus apreciables familias. Salieron a relucir la tortilla de patatas, la empanada de lomo, el queso de tetilla, las peras urracas y barburiñas, los pejigos sabrosos, los abruños y las pavías borrachas, pulposas y abotargadas de zumo y de miel. El claro y áspero vinillo de la tierra corrió abundante y juguetón, como un inocente gatito sin uñas apenas, incapaz de saltar a la garganta e hincar sus garras hasta la estrangulación, como la bestia felina de los delirios alcohólicos. Luis, que estaba de humor alegre y expansivo, más dispuesto a hacer de Eutrapelio que de Aristarco, gustó sin tasa del aguado aloque, que contribuía a arrebolar sus ideas, sin enardecerlas ni sobreexcitarlas.

—Este vinillo es vino santo—decíale Juanito incitándole a gustarlo sin reparo—, zumo de jacintos de Compostela, el vino más gallego que has probado en tu vida. Agrio para el gusto, sano para el estómago, fresco para la sangre e inofensivo para la cabeza. Vino socarrón, de romería, la musa de la "regueifa", incapaz de prostituirse y descender al burdel para alternar con el inmundo peleón, que lleva siempre la navaja empalmada. Mientras en romerías

y foliadas no se bebió más vino que este de la tierra, eran desconocidos la navaja y el revólver; el genio belicoso de los rapaces hallaba en la "moca" o en el "fungueiro" el arma adecuada a sus varoniles arrestos. El alcohol, arteramente escondido en los vinos encabezados que nos vienen de Castilla, y en los brevajes espirituosos que nos traen los viajantes andaluces, han hecho brotar las navajas y desarrollado la afición a las armas de fuego. Ahora no hallarás en toda la pradera un muchacho que no lleve en el bolsillo la de Albacete o una browning. No hace mucho tiempo una pareja de la Guardia civil bastaba para mantener el orden e imponer respeto a toda una romería, por numerosa que fuera; hoy, cuando hay barruntos de que va a haber "paus", tienen que movilizarse y concentrarse una compañía o un escuadrón. Como ves, si no nos europeizamos, por lo menos nos achulamos, y ya no hay miedo de que se crea verosimil el cuento aquel de los segadores gallegos que se dejaron robar por un salteador de caminos "porque iban solos".

—Amigo mío—contestó Luis—, la guapeza nacional es uno de los atributos de nuestra personalidad en el mundo. Si dijeras en Madrid que un solo "policeman" disolvió una manifestación en una calle de Londres, detuvo a los que iban a la cabeza y los condujo a la estación de policía sin el menor inconveniente ni protesta, en medio de un gentío enorme, los cultivadores de nuestro carácter nacional, los que cultivan sólo sus vicios y defectos, se sonreirían maliciosamente, pensando:—¡Valientes maricas están los ingleses! ¡Y eso que reconocen que Inglaterra es el país de la libertad! ¡que si no lo fuera!

En estas y otras pláticas dejaron transcurrir las horas, aislándose espiritualmente de la bullanga infernal que se había desencadenado en todo el campo de los Caneiros. Además de la incansable banda municipal, que después de cuatro días de incesante brega, ofrecía un ejemplo admirable de resistencia melómana, viniendo a ser en el mundo de la música algo así como los numantinos de la armonía, habían acudido a la fiesta otras no menos famosas entidades musicales, entre ellas la renombrada murga del "Panchón", que en materia de polcas de dos pasos ponía el mingo en todas las romerías mariñanas. Lanzadas en competencia y a chorro libre, la algarabía desatada por aquellas máquinas musicales, resonando en la cavidad acolchada y umbrosa, había transformado en épico lo que naciera bucólico. ¡Adiós, alegres arpegios de los verderones, jilgueros y pinzones, que en estas mismas arboledas saludáis la aurora, que llega presurosa por entre los pinos, dejando prendidas en sus hojas puntiagudas, luminosas hebras de su cabellera! ¡Adiós, dulce alborada de la calandria madrugadora, notas valientes del mirlo alborotador, sostenidos cantos del tordo coplero, melancólico gemido de la amante "rula", solemnes trinos del ruiseñor enardecido, que en el silencio de la noche desgrana su canción de amor voluptuoso, coreada por el murmullo de las hojas y aplaudida por el blando rumor del río! Huísteis avergonzados, llenos de terror y sobresalto, acaso roídos por la envidia, a ocultaros en lo más recóndito de los ingentes pinares, al amparo de los inaccesibles tojales y bravádigos, cediendo el campo a la invasión avasalladora de cornetines, trombones, requintos, bombos, platillos, acordeones y hasta de

pianos de manubrio, reunidos y conjurados para obsequiar con la más descomunal cencerrada a la madre naturaleza. Aun si la gaita gangosa y lánguida, o la zampoña pastoril, o la vihuela mendicante fuesen los instrumentos competidores de la medrosa orquesta volátil, a buen seguro que ésta osaría alternar con ellos, como suelen hacerlo en romerías y foliadas los alegres pájaros que pían y gorjean entre los árboles, gozosos de participar del rústico concierto.

En estas y otras cosas parecidas iba pensando Luis conforme se abría camino, con suma dificultad, entre músicos y danzantes. El baile más concurrido era el que se había organizado en torno a la banda municipal, instalada en el centro del prado, convertido en yermo polvoriento. Tenía esta banda la especialidad de las habaneras y danzones, ejecutándolos con meticuloso refinamiento, a un tiempo voluptuoso y enervante. Entre las numerosas parejas que se mecían con todo el estilo del más clásico guateque, vió Luis a Sabela y a Otero, ambos muy sofocados y pegajosos. Al pasar junto a él, ruborizóse intensamente Sabela y saludóle Otero secamente. Luis, de buen humor, contestó con una sonrisa. A poco cesó la banda, y varias parejas, obedeciendo al impulso adquirido, dieron unos cuantos saltos sin música; las demás, después de vacilar un momento, sacudieron el sopor y la fatiga causados por el soñoliento compás y cogiéndose del brazo, pusiéronse a pasear, haciendo las damiselas los mismos arrumacos que si se hallaran en los lujosos y aristocráticos salones de la Tertulia-Circo. En una de estas vueltas acertó a pasar por delante de él la hermosa Sabela del brazo del cadete Rogelio. Luis se acercó a la pareja.

—Buenas tardes, Sabela. Hola, Rogelio.

—Hola, Luis. ¿Te diviertes mucho?—preguntó el cadete.

—No tanto como vosotros, según se ve.

—Será porque usted no quiere—dijo a su vez Sabela irónicamente—, pues chicas no faltan.

—Lo que falta es el humor y el deseo.

—¡Bah! pues el humor se hace con mucha facilidad. En habiendo mujeres bonitas y vino... Yo una vez en la romería de San Servando, en Toledo...

El futuro Napoleón solía colocar, siempre que venía a pelo, una anécdota que él suponía muy interesante, de sus aventuras toledanas. Luis, que conocía la tecla, evitó hábilmente que le diese otro toque, cortando el relato en flor y poniéndose a hablar con Sabela. Comprendiendo que estorbaba y no teniendo el menor interés en mantener su derecho a ser escuchado, aprovechó Rogelio la coyuntura que se le ofrecía para ir a refrescar y suavizarse el gaznate, enronquecido de tanto reir y barbarizar, empinando el codo por enésima vez, según su cadetil fraseología.

—Oye, Sabela, te dejo con Luis un ratito, nada más, pero vuelvo ¿eh? Ya sabes que bailaremos lo que toquen ahora.

Agradeció Luis mentalmente y con una sonrisa la discreción del militarete, y ofreciendo su brazo a la gentil mariñana, le dijo:

—Esperaba con ansia esta ocasión, Sabela, para suplicarle me perdonase lo del otro día. Reconozco que fué una inconveniencia, que me dejé llevar más lejos de lo que debiera en mis comparaciones y apologías. Pero conste que

jamás se me pasó por la cabeza la idea de ofenderla. Siento por usted sobrada simpatía para ello. ¿Me perdona usted, Sabela?

Sintió temblar bajo su brazo el de la guapa moza, que estaba visiblemente emocionada. Reponiéndose un tanto, contestó con voz tenue:

—No tengo nada de qué perdonarle. Es que yo soy una tonta y tengo unos pronto así que... Vaya, más vale no hablar. Dígame usted, ¿le han gustado los Caneiros?

—¡Oh! muchísimo. El sitio es maravilloso. Apenas le conocía. ¡Hace tantos años que falto de aquí! Salí tan niño de esta tierra meiga...

—Pues ahora viene usted para quedarse en ella, ¿no es cierto? Y la mejor manera de verse obligado a quedarse es... ¿a ver si lo acierta?

—No, no sé.

—Pues... enamorándose.

—¿Y de quién, Sabela? Porque por más que miro...

—¡Uy! Pues apenas si le hay chicas bonitas que enamorar en gracia de Dios! A no ser que sea usted muy descontentadizo! Y si no, vaya usted contando.

—A ver.

—Dejemos aparte las que tienen novio; no es cosa de ponernos a infernar desde ahora futuros matrimonios. Vamos con las que se ven desde aquí, paseando por el campo. Amalita Teijeiro, Enriqueta Taboada, Pepita la del juez...

—¡Ya! la aristocracia. No me convienen ni yo les convengo. Tienen aspiraciones más elevadas. Mírelas cómo se timan con los pollos herculinos. Su ideal se cifra en pa-

searse por el Relleno y en vivir en cualquiera de las grilleras monumentales de la calle Real o del Cantón Grande. Yo no podría ofrecerles más que mi casucha de Bergondo.

—Y alguna cosa más también. No sea usted demasiado modesto. Bueno, dejemos al señorío y vamos con las artesanas. Ahí tiene usted a Mariquiña la del hornero, Juanita la de la calle de Noas, Milagros la frutera...

—No conozco a ninguna. Mire, Sabela, no se canse. No hay más que una que pudiera convenirme y esa... no me quiere.

—¡Ay, qué pícara! ¿Y ella lo sabe?

—Pchs... no del todo, porque hasta ahora no tuve ocasión de decírselo.

—Y luego, ¿cómo quiere que ella lo sepa si no se lo dice?

—Pues... por muchas razones, entre otras porque ella parece que está ya comprometida.

—¿Está usted seguro? Porque a veces las apariencias engañan.

—Entonces, manos a la obra. Vamos a hacer un trato: yo se lo diré a usted para que usted se lo diga a ella.

—¿Tiénele miedo, entonces?

—Un poco, a fe, porque a mal genio no hay quien la gane.

—¿Conózcola yo?

—Bastante, aunque no mucho. Nadie se conoce a sí mismo, con que figúrese usted...

—Sí, si conocerá a los otros. Pero, en fin, vaya diciendo lo que tengo yo que contar a ella de su parte. Pero mejor sería que comenzase usted por decirme el nombre.

—No, es mejor que dejemos el nombre para lo último.

—Pues empecemos. A la una, a las dos, a las...

Distraídos con la conversación, íbanse alejando poco a poco, internándose en el soto. Luis oprimía bajo el suyo el brazo mórbido de la garrida mariñana, experimentando singular delectación al contacto de aquel cuerpo lleno de encantos, de líneas ondulantes y armoniosas, que exhalaba una gracia misteriosa y vibrante, pletórico de vida y salud, que embriagaba como el aroma de una flor mágica de corola esplendente y turbadora, y que se abandonaba instintivamente, dejándose conducir, más que guiar, apoyado en el firme sostén que el joven arquitecto le ofrecía caballerosamente y sin la menor malicia. No obstante llevarla tan cerca de sí, aspirando el recio perfume de salud que exhalaba cuando, al inclinarse para hablarle, ponía al descubierto su garganta, de una transparencia y solidez maravillosas, el placer que esta intimidad causaba a Luis, era profundamente casto, como inspirado por un puro y glorioso sentimiento estético, hermanado a un cariño protector y familiar. No se daba Luis cuenta muy clara y precisa de sus sentimientos hacia Sabela. Embelesado ante ella, no se contentaba con la belleza tangible y humana, y aspiraba a descubrir otra hermosura espiritual que justificase la exaltación cordial, sin mezcla de apetito bajo e impuro, lleno de idealidad y simbolismo, que sentía latir en el fondo de su alma.

En esta actitud, ajenos a cuanto les rodeaba, no advirtieron al pronto la presencia de Otero, que pálido y descompuesto, se abalanzó a Sabela y agarrándola violentamente de un brazo, le apostrofó diciendo:

—¿Qué haces aquí con ese...? No te dije que te prohibía terminantemente tener más tratos con él?

Luis, ante la brusca acometida del pollastre, se detuvo un instante indeciso, mas, adelantando el brazo, sujetó a Otero, que continuaba zarandeando a la moza, toda corrida y roja de vergüenza.

—¡Cuidadito con eso! Así no se trata a una mujer. ¿Con qué derecho?

—¡Con el que me da le requetepijotera gana!—gritó fuera de sí el elegante pollo, a quien indudablemente se habían subido a la cabeza los licores de marca con que le había obsequiado el indiano. Y hazme el favor de no meterte en mis asuntos en lo sucesivo, porque si no, nos veremos las caras.

—Ya no las estamos viendo, tontín—exclamó burlón y pacífico Luis—; anda, anda, más vale que vuelvas por donde has venido, a dormir la mona...

Por la cabeza de chorlito de Otero debió cruzar de pronto un soplo trágico, que avivó bruscamente las energías prestadas momentáneamente por el alcohol, porque zafándose de un tirón de la mano de Luis, que le sujetaba vigorosamente, alzó el puño y fué a descargarlo con ímpetu sobre la mejilla de su rival. Este, esquivando con serenidad el golpe, se arrojó sobre el temerario pollastre, le agarró por las solapas del elegante chaqué y en un abrir y cerrar de ojos lo derribó al suelo, poniéndole una rodilla en el pecho, mientras le apretaba las muñecas con sus manos vigorosas. A los gritos de Sabela acudieron varias personas, entre ellas Rodrigón, las cuales, interponiéndose entre los combatientes, lograron separarlos sin gran esfuer-

zo. Irguióse Otero, magullado y dolorido, con el flamante traje perdido de barro, saltado el botón de la camisa, la corbata torcida y las greñas por la cara, en la más grotesca facha de vencido que puede imaginarse. A pesar de ello, lejos de apagarse sus instintos belicosos y sintiéndose atacado de súbita decisión caballeresca para quedar como todo un hombre delante de los testigos de aquella escena, volviéndose hacia Luis, exclamó con voz aflautada, que él creyó ronca y vibrante de indignación y gallardía:

—Esto no puede quedar así. Si eres hombre, espérame esta noche a las diez en la Alameda.

—Descuida, no faltaré.

XVI


pesar de lo molesto del incidente, cuyas consecuencias no le preocupaban lo más mínimo, siguió Luis disfrutando sin rebozo de los atractivos de la fiesta, que en aquellos momentos, los últimos del día, comenzaba a decaer a compás del crepúsculo. El sol, sin duda satisfecho del brillante concurso que había prestado a los excursionistas, obsequiándoles con uno de los más hermosos días que guarda en su almanaque, daba discreto ejemplo de retirada, precediéndoles en su camino que habían de seguir en su retorno a la ciudad mariñana. Después de salpicar de oro la corriente del Mandeo, dejando un rastro de luz para marcar la huella de sus pasos, besó amorosamente las lejanas cumbres de la ciudad, que centellearon jubilosas un instante, arrebujóse entre nubes de amatista y rosa, y envuelto en ellas fué a tenderse más allá, tras las lomas que ocultan el mar; palideció el cielo estremecido de placer, esfumándose gradualmente los matices hasta desvanecerse diluídos en la penumbra, y a poco, por

la alta bóveda extendióse un manto de terciopelo negro, glaseado por el fulgor de las estrellas.

Encendieron los botes sus farolillos y transparentes, que difundían suave claridad de lámpara votiva en el ámbito solemne de aquel prodigioso santuario, de imponente grandiosidad, y poco a poco, en silencio, con gravedad litúrgica, fueron apartándose de la orilla, para ganar la corriente, palpando las aguas con medrosa atención y parsimonia. La maravillosa serenidad de la noche estrellada y sin luna, imponía en el ánimo de todos cuantos formaban parte de aquella fantástica comitiva, misterioso temor, aparejado de inefable sensación de paz y recogimiento.

Luis, sentado en el mismo lugar que había ocupado en el bote al venir a la fiesta, experimentaba la emoción más grata e intensa de su vida. Por una ilusión antropocéntrica figurábase que él era el eje, la clave de aquella fiesta de magia que se ofrecía a sus ojos y más aún a su imaginación como un ensueño lleno de gracia y poesía. Bullían en su mente, halagada por la pompa y magnificencia del espectáculo, gratas reminiscencias de poemas maravillosos, de rimadas quimeras, de cuentos de hadas, de fantásticas comedias y pantomimas. Como en el "Sueño de una noche de verano", imaginábase ser el héroe de la comedia shakespiriana, el duque Teseo, viviendo dormido y soñando despierto y persiguiendo el amor de Hipólita a través de bosques mitológicos, poblados de hadas y silfos, ninfas y sátiros. Prestando fisonomías a las creaciones del poeta, para dar plasticidad a sus quimeras, veía a Leandro encarnado en Juanito, a Hermia en Emilia, a Demetrio en Nachiño, a Helena en Rosa, a Oberón en Otero y a Titania

en Sabela, si bien esta última ostentaba doble personalidad, siendo Titania mientras amaba al celoso Oberón y convirtiéndose en Hipólita para casarse con Teseo. También Otero se metamorfoseaba unas veces en el bello y maldiciente Oberón y otras en el pendenciero Botom, representando el papel de Piramo en la farsa poética imaginada por Shakespeare, y al cual Teseo aconsejaba se ahorcase con la liga de Tisbe, en vez de matarse con su espada a la vista de los ensangrentados restos del velo de su amada. Y toda esta intrincada y deliciosa pantomima se desarrollaba ante él como animadas escenas de un prodigioso bajo relieve, esculpidas en un friso ideal, suspendido en el espacio cual sutilísima pantalla, iluminada por las caprichosas irisaciones de las linternas policromas, suavemente mecidas al impulso del lento resbalar del río.

No se saciaban los ojos de Luis de admirar la prodigiosa escena. Sólo ella le compensaba con creces de las decepciones experimentadas durante el día, transcurrido en alternadas emociones de sorpresa y disgusto, de admiración y repugnancia, al comparar la hermosura insuperable del paisaje con la deplorable propensión del paisanaje a prostituir la naturaleza en vez de gozarla con alma de artista y con pasión de amante.

Deslizábase la fantástica flotilla con tan suave y moderado paso que producía el efecto de un maravilloso diorama, cortadas las figuras por el cristal del agua, que se entretenía en rizarlas y prolongarlas hasta desleir sus colores y absorberlos en el misterio de su cauce. Desvanecida algún tanto la primera impresión de asombro y recogimiento, fueron alzándose paulatinamente voces y risas, a las

que no tardaron en hacer coro las músicas y los orfeones improvisados. Uno de éstos logró dominar la confusa algarabía, por lo bien acordado de sus voces y lo bello y atractivo de sus cantares. Eran cantares gallegos. De un bote inmediato partió un prolongado ¡chisss! reclamando silencio. Discretamente, cesaron las músicas y quedó solo y dueño de la atención general el afinado grupo de cantores. Entonaban briosos la "Foliada" de Chané, en sus primeros compases, llenos de gracia y movimiento. El ritmo, los incisos, los períodos y frases musicales de la encantadora melodía, exuberante, pletórica de verdad y belleza, adquirían en aquel escenario incomparable, en medio de la diáfana serenidad de una atmósfera embalsamada por todos los aromas y fragancias de la naturaleza dormida en los brazos de una noche de estío, una sonoridad portentosa, un acento tal de sinceridad y energía, que hizo estremecerse hasta lo más profundo el espíritu de Luis, absorto y conmovido ante aquella espontánea y maravillosa manifestación del instinto musical del pueblo gallego. En aquellas notas, que a veces tenían la brillantez de oboe y otras la pureza celeste de un órgano de iglesia, tan pronto melancólicas como gallardas o picarescas, sentía palpitar el eco de la voz amada del alma de Galicia, con sus arrullos, sus lamentos, sus ironías, sus chuscadas y sus estentóreos "aturuxos". Y cuando al final, una sola voz, prodigiosamente sonora, lanzó al aire la prolongada queja del "alalá", como un gemido que exprcsara la milenaria orfandad de esta tierra olvidada y triste, un escalofrío supersticioso agitó su cuerpo, sintiendo a un tiempo mismo el irremediable abatimiento y desencanto terrenal del creyente que escucha

la plegaria cantada a los cuatro vientos, desde lo alto del minarete, por la voz fatalista y resignada del muezin, y el terror angustioso, suscitado por el mitológico canto del cisne. Quedó flotando en el espacio por largo rato el triste lamento, renovándose en ecos que iban muriendo poco a poco en el seno de la noche, y Luis, nervioso y desasosegado, inclinó la cabeza sobre el pecho, mientras bullían en su imaginación batalladoras quimeras que, como los ecos del "alalá", se disolvían lentamente en las tinieblas de su espíritu.

La fiesta de los Caneiros tocaba a su fin. Cuando la luminosa caravana, después de haber paseado su pompa y su algazara por las sinuosidades del río y acariciado con sus tornasolados reflejos el ondulante perfil de las márgenes profundamente dormidas, desembocó en la ancha planicie que forma el Mandeo como un glacis abierto al pie de los vetutos muros de la ciudad, un estruendoso aplauso brotó unánime de todas las embarcaciones ante la decoración mirífica que ostentaba el Puente viejo, para festejar el regreso de los excursionistas. Sobre el fondo impreciso del horizonte, vagamente iluminado por la luz difusa de las estrellas, se destacaba la silueta del puente, coronada por una diadema de vistosas linternas, transparentes y bambalinas. En los machones, a escasa altura del río, potentes bengalas inundaban de luz la extensa llanura, en que se aglomeraban las embarcaciones, suspensas ante la magnificencia del espectáculo. De las dos cabezas del puente ascendían oblicuos, curvándose en la altura, multitud de voladores de esplendente cauda, que al trabarse y entretejerse en fantástica red de nervios serpeantes, forma-

ban caprichoso dosel esmaltado de rutilantes arabescos, que se derretían en lágrimas de oro y carmín. El griterío era ensordecedor. Las músicas, el estampido de los cohetes, las canciones desacompasadas y a grito herido y la desenfrenada jovialidad de la muchedumbre, que despedía el breve ciclo de los festejos patronales, dándose cita en el mismo sitio y para el año siguiente, formaban indescriptible batahola, que la hermosura del escenario, lo feliz de la representación y lo venturoso del éxito alcanzado justificaban ampliamente.

Desembarcaron los excursionistas, dirigiéndose a sus sombríos y modestos hogares, más deseosos de entregarse al sueño reparador y sedante, que de entretenerse en gustar la parva colación que venía a recordarles cuán breves y fugaces son las alegrías y glorias de este mundo. Luis, después de acompañar un rato a Emilia y a su madre, a cuya amable invitación debía las inolvidables horas transcurridas a su lado y el recuerdo imperecedero de aquella jornada, despidióse de ellas y de Juanito, con ánimo de aguardar en su casa, descansado y sereno, la hora de la cita y del posible choque a que la bravuconería circunstancial de Otero le había provocado.

Mientras llevaba a cabo este propósito, su provocador, mucho más preocupado que él por el lance pendiente, encaminábase con Sabela a casa de Pepa la ferrolana, en compañía de ésta, su madre y Rodrigón, el cual se sentía como nunca poseído de su papel de mameluco. Deseosa de hacer olvidar al pollo Otero el disgusto a que la imprudente asiduidad de Luis cerca de Sabela diera motivo, invitó Pepa a la amartelada pareja a participar con Rodrigón

de la cena dispuesta para ella y su madre, so pretexto de celebrar el término feliz de las fiestas del Santo Patrono. Aceptada por Sabela y Otero la invitación de la modista, cuidó la madre de Pepa de preparar con mucho esmero la colación, ampliándola a la categoría de banquete, que en los designios de la taimada ferrolana ofrecía acaso indicios y barruntos epitalámicos.

La cena fué copiosa, excesivamente sazonada, cual correspondía a la habilidad culinaria de la madre de Pepa, ducha en el arte que dió fama a ciertos bodegones de Ferrol viejo que poseen la receta de las almejas a la ferrolana, constituyendo un irresistible aliciente para pedir al vino, escanciado sin medida, el necesario calmante a la irritación causada por las especies. Estimulado por el ejemplo de Rodrigón, que tragaba y trasegaba con verdadero furor, y aun por la misma Pepa, que también mostraba disfrutar de excelente apetito, se lanzó Otero a devorar con un afán que denotaba su origen exclusivamente nervioso. Sin cesar de masticar y besuquear el vaso, siempre colmado de vino por la diligencia de Pepa, revolvíase intranquilo en la silla, avizorando con creciente inquietud las manecillas del reloj de pesas, que se erguía en un costado de la estancia, hierático y solemne como un ataúd puesto de pie. Sabela, colocada enfrente de Otero, miraba con espanto su faz lívida, sus brillantes pupilas, el pelo lacio y caído sobre la frente y los visajes que hacía al farfullar sus enrevesadas expresiones. Rodrigón cayó también en la cuenta de la nerviosidad del pollo y se creyó en el caso de interpelarle brutalmente:

—¿Qué le pasa, hom? ¿Tiene miedo o qué?

—¿Yo miedo?—exclamó Otero, engallándose.

—¡Hombre! ¡Si está temblando como un azogado!

—Es verdad—añadió Sabela—, está dando diente con diente.

Pepa miró a Otero, que en aquel momento masticaba, nervioso, sin parar, y lanzando una estrepitosa carcajada, exclamó:

—Ya lo veo. No tiene mal temblor de dientes. Dios se lo conserve.

Otero, para justificar su intranquilidad, declaró:

—Son las diez menos cuarto y a las diez en punto tengo que estar en la Alameda.

—No lo piense usted—repuso Pepa—; usted no sale de aquí hasta que yo lo permita.

—¿Cómo? Eso no puede ser. Van ustedes a hacerme pasar por un cobarde.

—No se apure, hom—manifestó Rodrigón—; ese asunto corre de mi cuenta. Yo lo arreglaré, vaya si lo arreglaré.

—De ningún modo—insistió el pollo, sintiendo renacer sus energías al calor de la laboriosa digestión. Este es un asunto que a nadie más que a mí importa ventilar, y el diablo me lleve si no lo ventilo esta noche, de una vez para siempre, ¿verdad, Sabela?

La moza no contestó. Mirábale fijamente, con obsesión de espíritu irresoluto e impresionable, que no atina a discernir donde acaba el atractivo y comienzan la repulsión y el asco. Pepa, siempre sonriente, plegando los labios con un gesto cínico, puso fin a la discusión declarando autoritariamente:

—He dicho que no y no. Usted no sale de aquí hasta que yo lo diga. Rodrigo le acompañará a su casa más tarde, y yo llevaré a Sabela a la suya cuando hayamos reposado un poco la cena. Ahora vamos a tomar café. Mamá, prepare el chinguirito para Rodrigo.

—Bien cargado de caña, ¿eh? Hoy no hay que reparar ¡rediela! ¡Un día es un día!

Aproximó Pepa su silla a la de Otero, y poniendo su rostro, todavía gracioso y terso, junto al pálido y desencajado del joven, se dedicó a convencerle, con toda suerte de arrumacos y carantoñas, que excitaban la imaginación del pollastre, cómo lejos de ser un acto de cobardía el dejar de acudir a la cita que él mismo, en un momento de irreflexión y acaloro, había dado a su contrario, constituía un merecido desprecio y motivo de risa el pensar en el plantón que se estaría dando el fantasmón de Luis, aguardándole en la Alameda.

—Y además—continuaba la modista, zalamera y sobona, empleando el argumento decisivo—, ¿quién le dice a usted que no va armado y le coge a traición o lleva consigo a Juanito o algún otro amigote suyo, quizá uno de sus caseros de Bergondo, para darle entre todos una paliza?

La perspectiva que las palabras de Pepa ofrecieron a su imaginación, viéndose ya bárbaramente apaleado por dos o tres aldeanotes capitaneados por Luis, o acaso vilmente apuñalado o traspasado de parte a parte por un estoque o una bala, causó tal espanto en el ánimo de Otero que no osó balbucear siquiera una tímida protesta para cohonestar su conducta, ni justificar su situación, nada airosa ni gallarda, delante de Sabela. Esta seguía mirándole obstina-

damente, como alucinada, con cierta vaguedad en la expresión de su semblante, en un estado de semi-inconsciencia, de autosugestión rayana en desvarío. Por sus grandes ojos serenos resbalaba, no obstante, una leve sonrisa de complacencia sensual. Dábase en la mente de Sabela un curioso fenómeno de duplicidad, de desdoblamiento imaginativo, como si su pensamiento tuviese ante sí un cliché fotográfico impresionado por dos imágenes diferentes y superpuestas. Bajo los rasgos fisionómicos de Otero, estéticamente perfectos y atrayentes, percibía otras facciones más pronunciadas y enérgicas, animadas de un singular atractivo de lealtad y nobleza. Uno y otro perfil se destacaban y se desvanecían alternativamente, a medida que la fantasía de Sabela, en su incesante mariposeo, se posaba en una y otra imagen, para libar, golosa y ávida, la miel de su recuerdo. Debatiéndose en un piélago de confusiones y vaguedades, su espíritu errabundo y frágil flotaba sin rumbo, atraído por contrarias fuerzas, que no obstante venir en opuestas direcciones, amenazándola con estrujarla en su choque inevitable, ambas obedecían a un mismo impulso avasallador y misterioso. Veía su propia imagen, airosa y gallarda, ofreciéndose a uno y otro rival como premio de la victoria, alcanzada solamente por la mayor rapidez del que primero llegase a estrecharla entre sus brazos. Este pensamiento le causaba un gozo íntimo mezclado a un infantil temor de lo desconocido. Sintió en la nuca un agudo afilerazo que la obligó a sacudir su cabeza, presa del vértigo, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Se llevó la mano a la frente y la retiró espantada de su frialdad de mármol.

—¿Te sientes mal, vidiña?—le preguntó Pepa, atenta a todo cuanto sucedía a su alrededor.

—Sí, no sé que tengo. Me ha dado algo así como un vahído.

—Anda, ven, te acostarás un rato y después de que hayas descansado, te llevaré a tu casa.

La tomó de la mano, atrayéndola cariñosamente hacia sí, y sosteniéndola por el talle, la condujo a la alcoba vecina, cuya puerta de cristales, cubiertos con visillos, se recortaba en el fondo de la sala. Sabela se dejó caer sobre la cama, presa de gran agitación. Pepa le aflojó el vestido, la descalzó con mimo maternal y la obligó a cubrirse con las mantas.

—Estás helada, mi vida. Lo que debes hacer es quitarte la ropa y meterte bajo las sábanas.

Sabela se resistía, alegando que tenía que irse, porque estaría su madre intranquila aguardándola por momentos.

—Por eso no te apures. Ahora mismo va Rodrigo a prevenirla de que te quedas a dormir aquí.

Quieras que no, impuso Pepa su voluntad, y Sabela, desfallecida, inconsciente, acometida de extraña languidez y dominada por un sentimiento de abandono y dejación absoluta, obedeció sumisa. Después de dejarla bien arropada y tranquila, bajo la impresión acariciadora de las sábanas, volvió Pepa al comedor y llamando a Rodrigón, cuchichearon ambos un rato, asintiendo el mameluco con grandes cabezadas.

—Conformes. Voy en un salto. El tiempo de coger el sombrero y el bastón.

Desapareció un momento en la obscuridad del pasillo

y volvió con el chapeo encasquetado hasta los ojos y en la mano un nudoso garrote. Parecía un conspirador a la antigua usanza. A cierta distancia sería difícil reconocerle.

—Usted no se mueva de aquí hasta que yo vuelva—exclamó dirigiéndose a Otero, que despatarrado en una silla y la mirada fija en el techo, fumaba con la despreocupación de un estómago satisfecho.

En esta postura permaneció Otero largo rato. Profundo silencio reinaba en la estancia, sin que de la calle ni del resto de la casa llegase el más ligero rumor a perturbar la repentina quietud ni a distraerle de la soledad en que había quedado. Sorprendido, paseó la mirada en torno suyo, esperando ver reaparecer a Pepa. Luego, instintivamente, sus ojos se fijaron en la puerta entreabierta de la alcoba. Se levantó de la silla y avanzando con paso de lobo, con infinita cautela, se aproximó a la puerta. La obscuridad era completa. Oyó el respirar tranquilo y mesurado de Sabela, que dormía en calma. Adivinó las formas de su cuerpo adorable, destacándose soberbias e incitantes bajo las ropas que le envolvían, aspiró la impresión sofocante del deseo y sin titubear, penetró en la alcoba atropelladamente...

XVII

Solía parar Luis, siempre que venía a la vieja ciudad brigantina, en casa de una anciana señora, prima carnal de su madre y de nombre Doña Mariquita. Era una viejecita muy flaca y sutil, toda espíritu, arrugadita como una pasa y viva y alegre como un pájaro-mosca. Vivía sola, atenida a su pensión de montepío civil, como viuda de un jefe de Telégrafos, D. Martín Gayoso, fallecido años atrás al cabo de una larga y laboriosa vida consagrada al estudio y a la enseñanza de las ciencias naturales en el Instituto municipal brigantino. Sentía Luis profunda veneración por la memoria de don Martín el "de los alambres", como le designaban gráficamente sus conterráneos, que había sido su primer maestro, su iniciador en la vida del espíritu, su amadísimo Aristóteles, que había vertido en su alma juvenil la semilla del saber al estilo peripatético. ¡Oh dulces recuerdos de aquellos días de la infancia en que, juntos D. Martín y él, recorrían el valle mariñán, con paso mesurado y uniforme,

deteniéndose a cada instante para examinar una flor, un arroyo, una piedra, un árbol, una vetusta casucha, una nube fugitiva, una puesta de sol, un ingerto, un cerezo en flor, una mariposa revoloteando por encima de los gladiolos y los lirios, al borde de un estero, entre los juncos olorosos, y escuchar la sabia y minuciosa disertación que fluía de los labios del maestro, abundante y pintoresca, acompañada de la expresiva mímica del índice de su mano derecha, siempre levantado como el de San Juan, en peremne actitud didáctica. ¡Oh inolvidables paseos y caminatas pedagógicas, en las que, según la frase favorita de D. Martín, "trazaban el mapa con los pies", renovando así, a la orilla del apacible Mandeo, los métodos, la disciplina y las enseñanzas fecundas, realistas, enciclopédicas, que las aguas del Iliso escucharon de los propios labios del Maestro estagirita!

Vivía Doña Mariquita entre flores, pájaros y morrongos de enarcado lomo y copudo hopo, en una linda casita del Camino Nuevo, de blanquísimos muros tapizados de pasionarias y glicinias. Allí, en una escondida habitación, que lucía en sus paredes viejos grabados de la historia de Mazzepa el cosaco, encuadrados en doradas molduras cubiertas de tul y suspendidas encima de repletas estanterías, humilde asilo de la varia y sustanciosa biblioteca de D. Martín, descansaba Luis de sus afanosas cavilaciones y andantes fantasías, todas las veces que venía a la ciudad mariñana, gustando de la dulce paz de una mansión socrática, en la que flotaba el manso espíritu del difunto maestro, protegiéndola, con el índice siempre levantado, como un lar apacible y doméstico.

Al regresar de la grata excursión que acababa de hacer a los incomparables Caneiros, halló a Doña Mariquita, siempre vivaracha y risueña, aguardándole rodeada de sus mininos, apelotonados a sus pies y rindiéndole pleitesía.

—¡ Qué alegre vienes, Luisín ! ¿ Te has divertido mucho ?

—Extraordinariamente, titiña. Nunca soñé nada más bello.

—¿ Cenarás ahora ?

—Tomaré un casi nada, para sentar el estómago, porque tengo que salir.

—¿ Esta noche ? Harás mal. Después de un día de campo, con tanta bulla y tantos excesos, la cama es una bendición de Dios ; tranquiliza y conforta.

—Indudablemente, titiña, pero tengo un negocio urgente...

—¡ Uy ! ¡ uy ! ¡ Malo, Luisiño, malo ! ¿ Negocio de noche y después de los Caneiros... ? ¡ Cuidadito, Luis, cuidadito ! No vayas a naufragar en agua dulce después de haber corrido tantas borrascas en Madriles y Parises y otras tierras de perdición. No te fíes de las poblaciones viejas ni de los caracteres mansos.

—Va usted descaminada, titiña. No es ningún negocio de faldas. Un amigo que me tiene citado a las diez.

—Andate con cuidado, muchacho, sobre todo en noches como la de hoy, de despedida de fiestas. No faltarán borrachos pendencieros. ¡ Ay ! cada año que pasa, más se ve cómo vamos perdiendo lo bueno que teníamos y ganando lo mucho malo que de fuera nos viene.

—Eso no lo dirá usted por mí, que de fuera vengo.

—Ya sabes que no, bobiño ; tú. aunque vienes de fuera,

haces lo contrario de los que aquí quedan. Traes lo bueno de allá y conservas lo bueno de aquí, al revés de toda esa pandilla de señoritos vagos que desprecian y olvidan, sin salir de aquí, lo bueno que sus padres les enseñaron, sin querer marcharse, como tú, a aprender fuera algo de lo mucho bueno que por el mundo hay.

—Tiene usted más razón que un santo ¡y a santa no hay quien la gane!

Después de abrazarla cariñosamente, con filial ternura, pasaron ambos al comedor. Una refacción ligerísima, espiritualmente sazonada por las agudas observaciones y consejos de la viejecita, entonó el organismo y vigorizó los fatigados nervios de Luis, infundiéndole un dulce sentimiento de equilibrio y ataraxia.

Pocos minutos antes de las diez, salió Luis en dirección a la Alameda. Fué entonces cuando por primera vez se detuvo a reflexionar un poco en lo necio y ridículo del motivo que le impelía acudir a una cita, tan impremeditadamente propuesta como ciegamente aceptada. Sabía muy bien, que al retarle Otero—pues la cita no podía tener otro carácter que el de reto—, lo había hecho bajo la influencia del alcohol y arrastrado por un irreflexivo alarde de valor que estaba muy lejos de sentir. Pero entonces, ¿por qué había aceptado él semejante propuesta, descendiendo al mismo nivel mental en que se colocara su adversario? Más bien que razones, fueron excusas y paliativos de orden sentimental las que se dió a sí mismo. El estrambótico concepto del honor, tan puntilloso y quebradizo y que no obstante se satisface con los más villanos procedimientos de vindicación, fué el que acalló gran parte de sus escrú-

pulos. Pensó luego si no se le tendería alguna celada, a la que se encaminaba ciego e inerme. No llevaba consigo arma de ninguna clase, ni siquiera un bastón. A pesar de ello, siguió su camino sereno y decidido a evitar un estúpido encuentro a lo gañán y a dar a Otero una lección de delicadeza y buen sentido.

Estaba la Alameda sumida en la más profunda oscuridad. Después de recorrerla toda, escudriñando rincones y recovecos con prudente cautela, sin hallar ánima viviente, se sentó a esperar con toda calma, en uno de los bancos del centro del paseo, bajo las acacias, la llegada de su adversario. En el reloj de la vecina iglesia de Santo Domingo dieron las diez. Pasó el tiempo. Transcurrieron los minutos con lentitud abrumadora, sin que nadie, absolutamente nadie, aportase por allí. El tedio de la espera comenzó a parecerle insoportable. No siendo fumador y hallándose en completa oscuridad, no contaba con recurso alguno para distraer su aburrimiento. Sonaron con espaciosa gravedad las campanas del cuarto, de la media, de los tres cuartos; por último dieron las once con áspero chirriar de cadenas y retumbar de martillazos. Luis no aguantó más. Su ingénita actividad y el disgusto que experimentaba en hallarse allí, le determinaron a poner término al estúpido plantón que venía sufriendo. Su primer impulso fué regresar a su casa y acostarse tranquilamente. Pero el puntillo de honor, la comezón de valentía y el despecho de verse burlado y acaso puesto en ridículo, comenzaron a atormentarle, burlándose de sus conceptos acomodaticios y de su dúctil filosofía en cuestión tan sutil y delicada como la que el incidente con Otero le había planteado.

—Sí, sí—decíale el revoltoso diablillo rojo, inspirador de la ira, encaramado en su hombro y metiéndole por el oído su hociquillo de garduña sanguinaria—; dala de despreocupado y de espíritu superior, que desdeña estas tonterías y triquiñuelas. Por mucho que intentaras vindicarte delante de los que fueron testigos de la provocación de Otero y de tu aceptación, siempre te tendrían como un miedoso y un cobarde. ¿Cómo justificarías que acudiste tú a la cita y no tu contrario? Mañana será la comidilla de las tertulias del Café de Madrid, del estanco y hasta de la botica, tu defección. Acaso hubo quien espió tus movimientos, quizá hay testigos ocultos en las sombras que han seguido tus pasos con el propósito de ponerte en berlina, negando que hayas estado aquí. ¿Cómo podrías probar lo contrario, esto es, que fuiste tú el que acudió a la cita y que el abstenido fué Otero? Te calumniarán y te señalarán con el dedo. Has sido poco previsor. Debiste traer a algún amigo, mejor dos, que hubiesen servido de testigos... ¿Y Sabela? Ella será la primera en creer en tu pusilanimidad. Otero le contará lo que le dé la gana y tú no podrás desmentirlo. Esta, esta es la mejor ocasión para ponerle en ridículo delante de ella. Si no la aprovechas...

Sin titubear, atento al diabólico consejo, decidió buscar a Otero, fuese donde fuese, y tener con él una explicación, haciendo constar lo formal y caballeroso de su proceder. Y más que nada, ganoso de realzar su prestigio a los ojos de Sabela, se propuso lograr que la explicación se verificase delante de ella. Apresuró el paso y se dirigió a la Ribera.

Mientras Luis emprendía el descenso de la empinada

cuesta que de la plaza conduce al Puente nuevo, camino de la casa de Sabela, por el lado opuesto descendía también la cuesta de los Plateros, con la misma dirección, un hombre corpulento, de aspecto siniestro, cubierta la mayor parte de la cara con el ala del sombrero, subido hasta las orejas el cuello de la americana y enarbolando un roten formidable. La marcha apresurada de aquellos dos hombres, convergiendo a un mismo punto, tenía algo de fatal, como si obedeciese a inspiración del Destino o a una ineluctable ley que rigiese la mecánica de los sentimientos con el mismo tiránico poder que la que gobierna la mecánica de los cuerpos. Diríase que una doble voluntad contradictoria, como la que preside las concepciones maniqueístas, les empujaba hacia el mismo fin, hacia el choque violento e inevitable, que había de realizarse en un lugar determinado, en el punto de intersección de sus respectivas trayectorias, con precisión matemática.

Al llegar frente a la casa de Sabela el hombre corpulento y mal fachado vió venir por la acera opuesta un individuo que por su porte y desenvoltura llamó vivamente su atención. Se detuvo en acecho y aguardó a que pasase cerca del farol que salpicaba de claridad mortecina un pedazo de muro de la casa contigua, súbitamente halagado por la certeza de reconocerle.

No le engañó su deseo. Era Luis, que harto de esperar inútilmente en la Alameda la llegada de su provocador, y furioso por el chasco que la cobardía de éste le había deparado, se decidiera a ir a buscarlo, con la vaga esperanza de hallarle rondando las cercanías de la vivienda de la hermosa mariñana, o tal vez en amoroso palique junto a

la puerta, como es uso en tierra brigantina. Inconsciente del peligro y ajeno en absoluto a toda sospecha de espionaje, atravesaba Luis la calle, fija la mirada, ya en el portal, ya en los balcones de la casa de Sabela, los cuales hallábanse, por su altura, a cubierto de un examen eficaz desde el arroyo. Para mejor cerciorarse de si había o no luces en el interior de la estancia, pasó a la otra acera, en la que se había detenido el hombre del garrote, el cual se apresurara a ocultarse en el quicio de una puerta, cuyo profundo vano, cubierto por las sombras, ofrecíasele propicio con la seguridad alevosa de un refugio para herir a mansalva. Retrocedía Luis lentamente, marchando de espaldas, elevándose sobre las puntas de los pies y estirando los músculos para alcanzar con la mirada escudriñadora los entornados y silenciosos balcones, cuando al tropezar con el talón en la empinada acera, sintió un golpe terrible en la cabeza, apenas amortiguado por el flexible sombrero, y al caer desplomado y sin conocimiento, creyó oir, como en sueños, una fiera interjección seguida de estas palabras:

—¡Toma, ladrón! Así aprenderás a no meterte en lo que no te importa.

La escena se desarrolló con la rapidez del relámpago. El bárbaro apaleador, que de manera tan cobarde y traidora había perpetrado un infame asesinato, se encasquetó aún más el chapeo, hundió su cabezota repugnante entre el cuello y las solapas de la chaqueta, levantadas hasta cubrirle las orejas, y manejando la criminal cachava con el aire de un pacífico paseante, se alejó del lugar de su hazaña con paso apresurado y sin volver la cabeza.

Transcurrieron varios minutos sin que Luis volviera en

sí ni acertara a pasar un alma caritativa que acudiera en su auxilio. Al cabo de un rato, un rezagado de la fiesta caneirística que no había creído poder dormir tranquilo sin haber visitado detenidamente todas las tabernas de la ciudad, cruzaba la calle dando bordadas como un buque sin gobierno. En uno de sus vaivenes tropezó con el cuerpo inanimado de Luis, tumbado al borde de la acera.

—¡Brrr... compadre!—gruñó manteniendo a duras penas el equilibrio para no desplomarse sobre el caído.—¡Buena la cogiste, buena! Ni tiempo te ha dado para llegar a casa. Debe de ser de caña, de cochina perrita, que mata como una centella. ¡Brrr...! ¡Y que no has soltado poco de tu cuerpo! ¡Arrenegado sea! ¡Vaya un baño de perrita que le estás dando a la testa, compadriño! ¡Xuncras, qué charco! Parece más bien vino... Vino de Castilla, con pimiento y rayos colorados! ¡Ey, viciño, amiguiño, írgase! ¡Vaya o diaño! Parece morto... ¡Corcio! ¡recorcio! ¡Esto es sangre como hay Dios! ¡Un home morto...! ¡A testa esmagada! ¡Morto e ben morto...! ¡Ey! socorro, viciños, socorro!

A los gritos desaforados del borracho, abriéronse varias ventana y balcones. Gentes sorprendidas en el sueño, algunas desveladas por el ansia de la espera, corrían a asomarse, impulsadas por la caridad o la inquietud, sin preocuparse de lo somero de su indumentaria. Uno de los primeros balcones, quizá el primero, que apareció iluminado y apresuradamente abierto de par en par, fué el de la vivienda de Sabela. En lo alto de la balaustrada, que la claridad de la estancia diseñaba en parte, surgió la figura borrosa y agitada de la señora Andrea, gritando:

—¿Qué es? ¿Qué pasa? ¿Quién pide auxilio?

El borracho, súbitamente serenado ante la perspectiva de una catástrofe, no cesaba de aullar:

—Vinde, vinde... Un home morto... A testa esmagada...

En pocos instantes numerosos vecinos rodearon el grupo trágico, formado por el compasivo beodo y el infeliz caído, cuya cabeza, empapada en sangre, sostenía sobre su rodilla.

—¡Es un señorito! ¿Estará muerto?

—No lo conozco. No debe ser de aquí. Será de La Coruña.

—Está bien vestido. Ten anillos nas maus.

—Vamos, vamos, menos conversación—vociferó un hombre alto y fornido, que llegaba en aquel momento a medio vestir, en mangas de camisa y pantalón militar de ancha franja roja, abriéndose paso a codazos y apartando las comadres que se inclinaban sobre el grupo, más curiosas que útiles.—Dejarme a mí. Aquí no hay más autoridad que yo. A ver, tú, neno, hala, a casa del médico Pernas, ahí a la vuelta, que venga a escape. Tú, zopenco, quítate esos dedos de las narices, vete en un vuelo a la botica de la plaza y avisa que hay aquí un hombre muerto, al parecer cadáver. Tú, zampatortas, corriendo al Consistorio a ver si hay allí un sereno que avise al juez. Andando todo Dios. ¡Me caso en Chinto! Aquí nadie sabe más que estorbar. Otro cualquiera, tú, papamoscas, ve en un brinco al cuartel de la Ribera y dí al cabo López de parte del carabinero Maroño que venga corriendo con dos números. Eh, con dos números, no te olvides. ¡Con dos guardias, bárbaro! ¡Estos

paisanos no sirven para nada! Pero señor, ¿para qué habrá paisanos en el mundo?

La señora Andrea, que había acudido solícita y apesadumbrada, trayendo una jofaina y toallas, apartó al borracho compasivo y a las comadres cotarreras, y tomando en su regazo la cabeza del caído, le limpió la sangre que en espesos cuajarones cubría su rostro y se apelmazaba formando costra al mezclarse con el cabello. A la luz de un farolillo que otra vecina sostenía cerca de la cara del desdichado, fueron apareciendo las facciones vigorosas y exangües de Luis.

—¡Qué guapo es! ¡Malpocado!—murmuró sollozando la señora Andrea.

Un rapazuelo, metiendo las narices hasta casi tocar las del presunto cadáver, exclamó:

—¡Anda! ¡Si es el sobrino de Doña Mariquita, el señorito de Miodelo!

—Non é de Miodelo—corrigió otro que a su vez había practicado la misma investigación—, es un señorito de Madrid. ¡Si lo sabré yo que vivo enfrente de la casa de las flores!

—Pues ya que sabes quién es—dijo el carabinero—, ya estás echando a correr a avisar a la familia. Pero, oye, no seas badulaque, avisa primero a la criada, con precauciones, ¿oyes? no vayas a hacer alguna barbaridad de las gordas.

La acción refrigerante del agua, aplicada, si no con arte, al menos con admirable instinto maternal, operó en el mísero una reacción saludable, volviéndole momentáneamen-

te a la vida. Su pecho se alzó en vigorosa inspiración y sus entornados párpados se agitaron ligeramente.

—¡ Vive!—exclamó gozosa la caritativa señora Andrea, llorando ya de franca alegría.

Por entre el grupo avanzó la alta y recia silueta de un hombre, armado de garrote y echado el sombrero sobre los ojos.

—Señora Andrea—gruñó con voz áspera y cierto dejo vacilante—, vengo de parte de la señora Pepa, la modista, a decirle que Sabela se queda a dormir en su casa, porque está un poco mareada, pero no le es de cuidado.

—¡ Dios mío! ¡ Mi Sabeliña...! ¿ Qué ten? ¿ qué ten?

—Nada, señora, nada, no pase cuidado, ya le digo que no es nada. Un vahído, ¡ recondrio! ¡ Cosas de rapazas! Y ese herido, ¿ quién es? ¿ Qué le pasó? ¡ Caneiradas! ¡ Vaya! ¡ Cosas de rapaces! ¡ Después de fiesta, apesta!

Sea por el brusco movimiento que instintivamente hizo la señora Andrea al escuchar al recadero de Pepa la ferrolana, sea por lo extraño de la voz y lo cínico del comentario que acompañó al recado, el caso es que el herido abrió los ojos desmesuradamente y clavando su mirada, preñada de angustia, dolor y rabia, en la faz esquiva y semioculta del hombrachón del garrote, murmuró unas palabras ininteligibles, alzó iracundo la mano y antes de poder rematar el ademán, respondiendo a la muda interrogación de los circunstantes, que adivinaban la clave del misterioso atentado en la presencia del grosero comentarista, dobló la cabeza y se abatió de nuevo en el regazo de la caritativa mujer, que en su postura y en su aflicción remedaba pasmosamente a Nuestra Señora de las Angustias, su Patrona.

XVIII

La herida de Luis alarmó vivamente al médico Pernas, ante el temor de que el feroz traumatismo llegase a acarrear trastornos cerebrales. Del examen de la herida dedujo, sin embargo, como síntoma consolador, que no existía fractura, aunque sí extensa contusión que abarcaba el temporal izquierdo y parte del parietal, con terrible desgarramiento del cuero cabelludo. La pérdida de sangre y la conmoción ocasionaron el síncope, que fué largo y tenaz, como lúgubre anticipo del definitivo colapso precursor de la muerte.

Cuando llegó el herido a la casita de las flores, Doña Mariquita, despertada de su sueño de pájaro, quedóse, al verle, tan acongojada, que el médico Pernas, que dirigía el transporte de aquél, realizado en un colchón y con los mayores miramientos, tuvo que acudir en auxilio de la viejecita, temeroso de que se le fuera de entre las manos como una pavesa. Por fortuna iba provisto de éter y de otros antiespasmódicos, logrando al cabo reanimar y poner de nuevo en marcha aquel corazón, nimio como un piñoncito

y frágil como una pompa de jabón. Vuelta en sí y héchose cargo puntualmente de la magnitud de la catástrofe, la viejecita se transfiguró con rapidez maravillosa. Bajo el imperio de su voluntad de diamante, adquirieron sus músculos elasticidad de acero. Inteligente, serena, con lucidez pasmosa, viósele ir y venir, subir y bajar, proveer a todo y disponerlo todo con ligereza, exactitud, orden y precisión incomparables. El colibrí se había transformado en fénix.

A indicación del médico Pernas, se avisó, además del forense, al doctor Limón, hombre extraño, de proverbiales rarezas, que sólo por devoción y desinteresadamente ejercía el arte de curar, con la inteligencia y devoción de un cumplido filiatra. Reunidos los tres médicos, practicaron, luego de levantado el apósito provisional, una cura minuciosa y científica, procurando obtener una herida regular, que trataron por los procedimientos listerianos, suturando la enorme brecha y aplicándole después compresas frigoríficas, que ayudadas de un cordial, propinado amorosamente por las sutiles manos de Doña Mariquita, hicieron el milagro de volver completamente a la lucidez y al equilibrio el maltratado cerebro del herido.

Prevenidas por Doña Mariquita con las naturales precauciones, no tardaron en acudir la madre y la mayor de las tres hermanas de Luis, quedando en la finca de Bergondo las otras dos, atentas a los menesteres de las últimas labores de la recolección y cobro de rentas, y llenas de angustia y zozobra por la salud del único varón de aquella familia, que ponía en él sus ilusiones y esperanzas de recobro de un bienestar comprometido por desafortunadas especulaciones y empresas del que había sido su jefe. El

propósito de la madre de Luis era, naturalmente, llevarse a su hijo para cuidarle en su propio hogar, rodeado de todos los cariños y solicitudes familiares. Mas, aun antes de escuchar la opinión adversa del doctor Limón, que alternaba con el médico Pernas a la cabecera del herido, comprendió la imposibilidad de realizar por el momento su deseo. El ágil espíritu de Doña Mariquita dió rápida solución a todas las dificultades, de las cuales era la mayor la exigüidad de aquella casita, tan invadida por la naturaleza que apenas quedaba sitio entre los variados y alegres ejemplares de la fauna y de la flora brigantinas, en ella acumulados, para la vida desembarazada de los otros ejemplares de la especie humana que la habitaban. Halló sin embargo medio de habilitar para la madre de Luis una habitación contigua a la alcoba en que éste yacía, refugiándose en el rinconcito que le servía propiamente de nido acolchado, entre almohadones y cojines de finísimo plumón, como una gallinita cochinchina en medio de sus polluelos. Se convino además que cada una de las hermanas permaneciese dos días con el enfermo, turnando en este amoroso menester sin desatender sus obligaciones de allá abajo.

Aunque la cicatrización fué rápida, la convalecencia experimentó variadas y alarmantes alternativas, cuya mayor o menor importancia sabía leer Doña Mariquita en el de ordinario adusto semblante del doctor Limón. Carácter más sincero, fisonomía que mejor respondiese a los diversos estados del espíritu, no hubo jamás. Por eso practicaba apenas la medicina.

—¿Cómo quiere usted—decía, espontaneándose con Doña Mariquita—, que yo, que no sé, que no puedo men-

tir, porque el disimulo es sustancialmente opuesto a mi carácter, visite a nadie con esta cara que parece un espejo de mis propios pensamientos? Tanto valdría como si le visitase el pregonero.

Así, en cuanto veía que la cosa tomaba mal aspecto y el estado del enfermo declinaba ostensiblemente hacia el lado inquietante y sombrío, no volvía a aparecer a su cabecera, aunque se lo pidieran, no digamos frailes descalzos, porque el bueno de Limón cojeaba de la pata anticlerical que es naturalmente la izquierda, pero ni aun la propia diosa Razón, de coturno y tonelete para mayor propiedad.

—Sería como si la familia delegase en mí la tarea de notificar al enfermo que se preparase a liar el petate. Y entre engañar al enfermo y engañarme a mí mismo, prefiero esto. No hay más grato desengaño que el del desahuciado que da un mentís al médico curándose. Y como la verdad sólo la posee la naturaleza, dejo a ella el cuidado de revelársela al enfermo y a la familia, si lo cree conveniente. Yo me abstengo y me aparto cuando se acerca la fiera, y que toree el que tenga facultades. No sirvo para puntillero.

Durante varios días el doctor Limón no cesó de mostrar su mal humor de manera persistente y significativa. Temía complicaciones originadas por la depresión del temporal, que presentaba una ligera abolladura, y sospechaba, dados los antecedentes psicológicos de Luis, que bien podría resultar gravemente afectado su carácter, con tendencia a la melancolía. Ligeros indicios de torpeza de percepción, de titubeo y afasia, hacían concebir el temor de que el centro de la memoria visual de las palabras hubiese experimentado alguna pequeña lesión, con proyecciones sobre los

centros vecinos. Llegó hasta vislumbrar un comienzo de apraxia, de incoherencia imaginativa, algo así como debió ocurrirle al hidalgo manchego cuando tomaba a las ventas por castillos y a las labradoras por princesas. Mas no tardó en tranquilizarse casi del todo al observar que los fenómenos disfásicos disminuían en intensidad y frecuencia. Y para favorecer la reacción cerebral contra la incipiente lalopatía, que estimaba de índole transitoria y leve, debida sin duda a un trastorno circulatorio pasajero, aconsejó, cuando ya la herida se halló del todo cicatrizada y las fuerzas del enfermo habían adquirido suficiente vigor, su traslado al campo, contando con la doble influencia fisiológica y anímica del cambio de ambiente y la acción acópica de la mayor densidad y fragancia del aire que se respira en las jugosas praderas sobre las que el alegre y disperso caserío de Bergondo parece triscar y jugar al escondite entre cerezos, manzanos y cuantos frutales crió Dios para regalo de ojos, narices y boca.

Una hermosa mañana del mes de Septiembre, tibia y perfumada con los aromas de la vendimia y del heno fresco y apilado en los campos bajo la dulce caricia de un sol sin llamas, una curiosa caravana desfiló por el camino de Sada, para detenerse en una finca, de altos tapiales y frondoso aspecto, sita entre Miodelo y Sayoso. En un viejo tílburi, agenciado por el doctor Limón, se acomodaron éste y el convaleciente; detrás, en un ómnibus desvencijado, tomaron asiento la madre y la hermana mayor de Luis, Doña Mariquita y dos criadas, cargadas con sendos cestos abarrotados de provisiones, como si en vez de hallarse Bergondo a pocos kilómetros de la capital mariñana,

estuviese en los mismísimos antípodas. Y caballeros en recios y pacíficos rocines de alquiler, el médico Pernas y Juanito Carballo, por tantos títulos acreedor al afecto e intimidad de todos, daban escolta a los vehículos.

El camino que festonea la margen izquierda del Mandeo hacia su desembocadura, hallábase a la sazón lleno de gentes que acudían al mercado. Pasaban las aldeanas con enormes cestas a la cabeza, colmadas de frutas, huevos y pellas de fresca y olorosa mantequilla; un rapaz descalzo y despechugado, de tostada piel rojiza y ojos verdes, típico ejemplar de la rapacería mariñana, conducía dos becerrillos que no cesaban de berrear reclamando la ubre materna; un labriego corría de acá para allá poniendo orden en una piara de lechoncillos rosados y gruñones, que se desmandaban a cada rato; una vieja trajinanta arrastraba del ronzal a un caballejo del país, estrujado entre dos enormes serones repletos de hortalizas, y, unos tras otros, desfilaban bueyes lucidos y robustos, cerdos fofos y remolones, alborotadoras gallinas amarradas por las patas, cuyas crestas asomaban al borde de las cestas que las aldeanas conducían sobre la cabeza, manteniendo el equilibrio con extraordinario meneo de caderas y brazos; algún recental balando lastimero, yeguas y potrancos de lana áspera y desmedrada talla, y mezclados con ellos aldeanos y aldeanas de facciones serenas, redondeadas y graciosas, modestos en el vestir y recatados en el mirar, de apostura humilde y grave, y que al cruzarse con los señoritos de la comitiva saludaban diciendo invariablemente:

—Buenos días nos dé Dios y la Virgen.

Luis asistía a esta exposición ambulante del valle mari-

ñán experimentando íntimo goce al pensar en la holgura que todo aquello representaba para el sufrido y humilde aldeano. Halagado su espíritu por aquellas ideas optimistas, saboreadas con callada delectación, no cesó de rumiarlas y de darles vueltas en el magín, abandonándose al prurito de considerar todas las cosas por su lado brillante y apetecible.

En tan favorable disposición de ánimo llegó a su finca, recibiéndole sus hermanas y criados a la puerta con grandes demostraciones de alegría. La pintoresca comitiva penetró en la huerta, dejando fuera vehículos y cabalgaduras para efectuar en ellos el regreso las personas que sólo habían tomado parte en la excursión con el propósito de no permanecer en Bergondo más que breves horas, empleadas en disfrutar, en torno al convaleciente, de los atractivos que ofrecía la hermosa finca patrimonial de los Patiños en Miodelo.

A riesgo de fatigarse, si bien bajo la diligente mirada del doctor Limón y la férula del médico Pernas, se lanzó Luis a recorrer sus dominios, parándose a cada momento a contemplar, entre exclamaciones de alegría, la jugosa exuberancia de los maizales y patatales, las orondas calabazas atrailladas, las coles y berzas arrebujadas en sus hojas carnosas y nervudas, los arriates y platabandas, orladas de reseda y clavellinas, alfombradas de césped y cubiertas de minutisas y heliotropo en flor, y los bosquecillos de camelios y limoneros, abrumados de hojarasca lustrosa y rígida, sobre cuyo barniz perenne resbalaba la luz solar, nimbando suavemente sus contornos regulares y armónicos. En una abrigada glorieta, tapizada de jazmines y cubierta

de tupido emparrado, del que pendían, como de churrigueresco artesonado, gruesos racimos de redondas amatistas, se instaló una larga mesa, improvisada con tablones, en torno a la cual tomaron asiento una docena de personas, entre familiares e invitados de la madre de Luis, discreta castellana de aquella mansión de reposo horaciano. Mientras hacían honor a la sabrosa comida campestre, dispuesta de modo que resaltase, como plato principal, el clásico "lacón con grelos", la conversación, iniciada por Doña Mariquita, con agudeza y volubilidad de picaflor, fué adquiriendo poco a poco mayores vuelos, merced a la intervención ocurrente de Juanito, la franca verbosidad del médico Pernas y las áticas observaciones y réplicas del doctor Limón. Tan sólo Luis permanecía, si no mudo enteramente, al menos parco y distraído, como si atendiera más bien a sus propios pensamientos que a cuanto decían sus comensales, sin dejar por eso de sentirse a gusto y de buen humor. De cuando en cuando, y como si respondiera a íntimas interrogaciones, aventuraba una frase, que solía ser en el acto recogida y utilizada por el doctor Limón para despertar en el ánimo de Luis ideas de acción y movimiento, que contrarrestasen la tendencia morbosa, cada vez más acentuada, que en él observaba, hacia la contemplación y el sosiego. Como aludiese Luis a la prosperidad relativa que había entrevisto al pasar los labriegos conduciendo al mercado tan rica y variada colección de productos de la campiña mariñana, el médico Pernas juzgó prudente hacer una sutil observación:

—No lo crea, no es indicio de riqueza la abundancia de artículos que concurren al mercado brigantino. Más bien

es exceso de producción y necesidad de vender, con la consiguiente baja del valor de los productos. Nuestros labriegos se ven obligados a hacer producir lo más posible a sus tierras, esquilmándolas, para dar de comer a las tres sanguijuelas que les chupan el jugo de su trabajo: el fisco, el cacique y el usurero.

—Tres pies para un banco—interrumpió jocosamente Juanito.

—O los tres clavos que tienen clavado al labrador gallego en la cruz de su miseria, que parece irremisible—añadió el doctor Limón.

—El fisco, aun con las contribuciones bestiales y con ese atraco permanente del arancel que grava el maíz hasta convertir la borona en artículo de lujo, es la menos peligrosa de las sanguijuelas. Las peores son los otros dos. El cacique, con los repartos de consumos y la guerra a muerte a los sindicatos agrícolas, y el usurero, que unas veces esquilma solapadamente al aparcero por medio del contrato de "gando posto", y otras cae como un buitre sobre la propiedad, las tierras, los aperos y el ajuar del deudor que ha tenido que buscar dinero con pacto de retro a interés usurario y amparado de todas las tretas y garantías legales.

—Pero esos sindicatos ¿no son una fuerza?—preguntó Luis.

—Enorme, pero latente y dispersa. Además, mientras no haya crédito agrícola, vegetarán los sindicatos con más o menos dificultad, pero no vivirán. Por suerte han arraigado, y convencidos los caciques y monterillas de que ya no

es posible estrangularlos en la cuna, porque ya son mayorcitos y andan solos, se dedican a meter en ellos paniaguados suyos con la esperanza de tenerlos propicios y poder manejarlos algún día, utilizándolos como resortes electorales.

—Si esta tierra vive y hasta prospera—dijo sentenciosamente el doctor Limón—, es gracias a la emigración. El gallego, que es, entre todos los pueblos y razas que conviven dentro de la Península, el que mejor conoce el sentido de la vida, ha transformado la emigración, que es un mal porque es una sangría suelta, un agente patógeno, una causa procatártica de anemia, en un manantial de vida, de regeneración y de salud. Otras razas emigrantes, aunque ganen y se seleccionen por el trasplante, degeneran espiritualmente y, o rompen los lazos que les unían con el suelo aborigen para mejorar su propia vida, o constituyen una causa permanente de debilidad para el tronco que les dió el sér. Los gallegos hemos arreglado las cosas de otra manera, dando realidad tangible a un fenómeno biológico sumamente raro, quizá único, de metabolismo a un tiempo integral y diferencial, que consiste en actuar a distancia sobre la evolución biológica de la raza, sin que desaparezca la unidad, el tipo metabólico. El gallego, para ser más y mejor gallego, ha de salir de su país, y Galicia, para vivir, necesita de ese equilibrio biológico, que más parece teratológico, entre el cuerpo que está aquí y el alma que anda por esos mundos de Dios. Claro es que la suma salud, el ideal de perfección sólo podrá alcanzarse cuando alma y cuerpo se reúnan en unión hipostática, pero mientras ese día llegue, vivimos en plena "simbiosis", alimentados, los

que permanecemos aquí, por medio de ese bendito cordón umbilical que se llama "giro de América".

—Así lo he creído yo siempre—dijo Luis, rompiendo momentáneamente el cerco de sus propias cavilaciones y asiendo el cable que le tendía intencionadamente el sabio filiatra. Y esta fe nació en mí justamente un día en que topé en Madrid con uno de estos bravos y andariegos hijos de Bergondo, que recorren España y gran parte del mundo, vendiendo y comprando oro, plata y galones.

—Vamos, tu musa fué "Vidiña"—exclamó Juanito festivamente.

—Exacto. "Vidiña" fué, con su cara cetrina, orlada de patillas, su pantalón y chaleco de pana, dejando asomar la revuelta faja ahuecada a la altura del vientre como un bolsillo el más cómodo y seguro, con su chaqueta remontada y luciendo botones de filigrana de plata, su sombrero de fieltro peludo y su cabás en bandolera, repleto de monedas de oro y demás artículos de su comercio de metales preciosos. "Vidiña" me reveló el secreto de la fuerza espiritual de esta tierra de Bergondo, vivero de caracteres, que recorren el mundo sin descastarse jamás, sin que les arredren las molestias ni los peligros de su profesión de buscadores de oro... viejo, amonedado, en pasta o como sea, sin necesidad de arañar la tierra.

—Son los "ginoveses" de ahora—añadió Juanito—, los modernos cambistas ambulantes, capaces de dar la vuelta al mundo detrás de una moneda de oro echada a rodar.

—No es broma, no—prosiguió el doctor Limón—, son verdaderos profesores de energía, y así comprendo muy bien la revelación que experimentó Luis al ver a "Vidiña"

en traje mariñán campando por los Madriles como Pedro por su casa. Y lo mismo digo de los afiladores orensanos, que van tocando el caramillo por toda Europa, empujando su rueda con natural desenvoltura e indiferentes a la admiración que despierta el ambulante artilugio por donde quiera que pasa. Esa despreocupación espontánea, que revela plena conciencia de su valer y entera posesión de sí mismo, es el gran preventivo contra el descastamiento y el mimetismo.

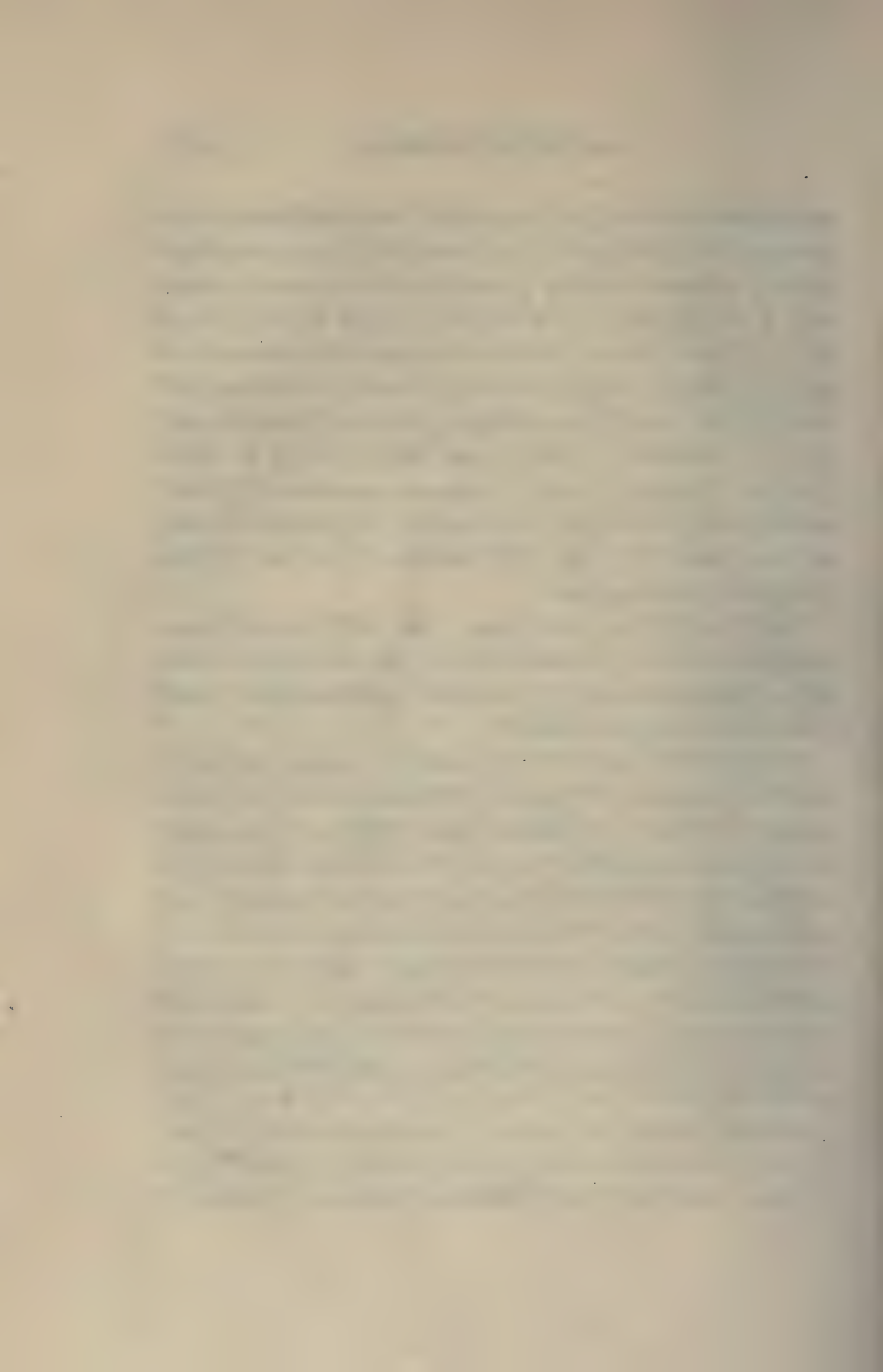
—De modo que, según usted—dijo a su vez el médico Pernas—, para ser buen gallego hay que emigrar, ¿no es así?

—Emigrar para volver. Y volver sólo cuando se esté en condiciones de ser positivamente útil a Galicia dentro de ella. Habrá usted observado en todo lo bueno que por ahí se hace, se edifica, se organiza o se crea, la mano del indiano; es decir, no sólo la mano abierta, soltando pesos, sino la mano dirigida por una idea, impregnada siempre de amor a Galicia. Asilos, escuelas, bibliotecas, hospitales, instituciones de beneficencia o de enseñanza, sin contar las empresas industriales que, no obstante su carácter lucrativo, significan verdadero amor a Galicia, obra son de gallegos que emigraron y volvieron en sazón y momento de hacer patria gallega. Mientras no se hallen en condiciones de hacer esto, mejor están allá lejos, ejercitando sus aptitudes y manteniendo y acrecentando el fervor del sentimiento regional en el seno de aquellos portentosos Centros Gallegos, que proporcionan socorro, instrucción, beneficencia y trabajo a los que van de aquí, organizando comités de auxilio y protección a las sociedades agrícolas de acá;

fomentando la creación de aquellas interesantísimas asociaciones de naturales de cada comarca gallega para establecer y sostener escuelas primarias en la comarca respectiva. Y cuando todos estos esfuerzos hayan cristalizado en un organismo director, capaz de proveer a la nueva cruzada, a la empresa de liberación de Galicia por los emigrados gallegos, y surja por ahí algún Pedro el Ermitaño que lance por montes y collados, por valles y rías, el sacro grito de "Galicia lo quiere", entonces asistiremos al verdadero resurgir de esta tierra nuestra, de nuevo invadida por los suevos del siglo XX, nuestros hijos, en gloriosa avalancha de reconquista.

—De modo que...—exclamó Luis, visiblemente emocionado—dado mi temperamento y las circunstancias en que actualmente me hallo, ¿cree usted que debo marcharme y no volver en algún tiempo?

—¿Quién lo duda? Como médico y como gallego te debo este consejo. Sé que con él hiero familiares sentimientos, afectos muy hondos, quizá intereses personales, *sed magis amica veritas*. Soy así, sin poderlo remediar, ya lo saben todos. Ese es mi consejo: vete y no vuelvas hasta que te sientas capaz de hacer algo de provecho por tu país y en tu país. Entre tanto viaja y lucha fuera de aquí; si permanecieras entre nosotros, sobre todo en el estado de ánimo en que te hallas, desfallecerías y te adocenarías en medio de la dulce tranquilidad que te enerva y te aniquila.



XIX

EL noviazgo de Sabela y Otero duró poco. Mejor se diría que no hubo tal amor, sino algo semejante a aquello que dijo Chamfort al definirlo: el cambio de dos fantasías y el contacto de dos epidermis. La repugnancia intermitente de Sabela por el niño gótico, se convirtió, a partir de la noche triste que pasó en casa de Pepa la ferrolana, en odio profundo, que la desesperación y la vergüenza teñían de un tono trágico. A pesar de ello, sus relaciones no se interrumpieron, ni en realidad Sabela se hallaba con fuerzas bastantes para interrumpirlas. Por el contrario, su nativa honradez y el ambiente de moralidad que no había cesado de respirar desde la cuna, le impulsaban a mantener y proseguir aquellas relaciones como un castigo expiatorio al que debería ir aparejada la natural y legítima reparación que le era debida. Además, Pepa la ferrolana, su única confidente, conocedora—¡y algo más!—de su desdichada aventura, y a cuyo consejo y consuelo abandonó su alma atribulada, no cesaba de acallar sus temores y de tranquilizar su concien-

cia, asegurándole que aquello no podía menos de acabar en boda. Fiaba Pepa en la caballerosidad del seductor y en el escándalo que no podía menos de producir su conducta si no se ajustase a lo que aquella supuesta caballerosidad exigía.

Cuidó sin embargo Sabela de evitar toda nueva ocasión de sorpresa. Si sus sentidos se habían despertado súbitamente al latigazo de la voluptuosidad, su clara inteligencia le reprochó con amarga porfía su debilidad y su torpeza. Pero aun más que su razón, fué su orgullo, herido y ultrajado, el que se rebeló furioso contra la emboscada de que había sido objeto y en la que tan neciamente cayera en un minuto de alucinación y de abandono. En lo sucesivo, las entrevistas fueron públicas y en condiciones de absoluta seguridad y pleno dominio de los sentidos. Comenzó, pues, la época de las relaciones oficiales, del noviazgo paladinamente declarado. Ya toda la plana mayor del taller de Pepa la ferrolana se hallaba en situación de servicio activo y en disfrute del destino correspondiente. Ya no había ninguna vacante. Las cinco costureras tenían su apaño cada una y de ello hicieron solemne manifestación el día de Nuestra Señora de los Remedios, acudiendo en pandilla, con sus cinco coeficientes amorosos, a la romería del Puente Viejo.

El estado de ánimo de Otero era el que corresponde a un chisgarabís que ha hecho una hombrada, sin medir ni preocuparle las consecuencias. La breve historia erótica del barbilindo no encerraba más episodios que los adocenados y vulgarísimos de sus nocturnas hazañas estudiantiles, al alcance de las más modestas bolsas y de los más triviales

arrestos. Al hallarse metido de hoz y coz en una aventura de tan sabroso comienzo como arriesgado término y oscuro e incierto desenlace, si su amor propio se sentía halagado y satisfecho, en cambio su instinto adivinaba complicaciones y compromisos harto desagradables. Fluctuando entre el deseo y el temor, optó por dejar al tiempo el cuidado de procurarle la solución del conflicto y abandonarse en manos de la fortuna, aprovechando sus favores por todo el tiempo que le pluguiere concedérselos.

Vióse desde entonces a Sabela y Otero constantemente juntos en paseos y diversiones, procurando ella, aún más que él, hacer ostentación de su noviazgo. Dejábase Otero guiar sin voluntad aparente, dominado por la fiera resolución mostrada por Sabela de dirigirle a su antojo y sin tolerarle la menor protesta ni rebeldía. El, entre tanto, acechaba la ocasión de renovar íntimas expansiones y confidencias, dulces placeres apenas entrevistos y gustados en un momento de relativa inconsciencia y desvarío, de los que conservaba el borroso recuerdo de un agitado sueño, producido por la embriaguez y la fiebre del repentino deseo, empleando para lograr su renovación la porfía, el disimulo y la humildad suplicante del niño goloso y mal criado. Fué una lucha singular y de refinada habilidad y estrategia la que se entabló entre ambos. Sabela, cauta, rencorosa y soberbia, procuraba comprometer ante el público y sujetar con las fuertes ligaduras del qué dirán, a su astuto galancete, más menospreciado que temido, evitando cuidadosamente, al hallarse a solas con él, toda ocasión de libertades y confianza excesiva. En cambio Otero, sin prestar mayor atención a la táctica de la moza y decidido a no

ir más allá de lo que le conviniere, a despecho de toda murmuración y público anatema, concretaba sus esfuerzos y empleaba todas sus artes y recursos en granjearse la confianza de Sabela y en persuadirla de la sinceridad de unos propósitos que estaba muy lejos de sentir.

Ya la hidalga ciudad brigantina había vuelto a caer en su marasmo habitual, remitida la altísima fiebre causada por el holgorio y la alegría de las fiestas de San Roque. A la sedación subsiguiente a aquel período álgido de entusiasmo y placer, contribuía el plácido descenso de los días, cada vez más cortos y grises, meciéndose al melancólico arrullo de la otoñada. Extinguiéronse los ecos de los cohetes y músicas de las últimas verbenas y recobraron sus dominios la paz y el silencio característicos de la enfurruñada ciudad y que parecía más grave y más solemne cuando, a la caída de la tarde, al agonizar el sol entre celajes de amaranto, la campana de la iglesia de Santa María tocaba lentamente el Angelus. La languidez del ambiente trascendía a los hogares y sus moradores. Pasada la vendimia, el campo yacía triste y dormido, y los árboles, compasivos, iban desnudándose de su follaje, mustio y ajado, para cubrirle y amparar su desnudez y su ensueño. En el taller de Pepa la ferrolana no había prisas ni se velaba; los encargos, escasos y sin premuras, ejecutábanse con lentitud, entreteniéndose las obreras en contar las puntadas, dejando descansar largo rato la labor sobre el regazo para alisarse el cabello, mirar al techo y suspirar de puro fastidio y aburrimiento. A la salida del taller esperábanlas sus cortejos. Sin saber por qué, parecía que pesaba sobre las expansiones y confidencias amorosas de las cinco parejas una sombría preocupa-

ción, un vago e indefinible sentimiento de inquietud, que ponía un grano de acíbar en los labios y una angustiosa opresión en el pecho. Ya no era Sabela la alegre muchacha de antes, la que alborotaba con sus risotadas el taller y el barrio entero, suspendiendo en sus tareas a los jugadores de billar y de dominó del vecino café, que se quedaban con el taco inmóvil o la ficha en alto, mientras el eco musical de la risa exuberante y ruidosa de la bella mariñana, se desgranaba en notas matizadas de luz y alegría. Altiva, infatuada, plegando desdeñosamente los labios al escuchar las bromas de sus compañeras y desafiando con la mirada las insinuaciones malévolas de los novios de aquéllas, solo por un colosal esfuerzo de voluntad contenía sus arrebatados deseos de arañar y abofetear al pollo Otero cada vez que se le acercaba meloso y ronroneando, con la pretensión de apartarla del grupo de sus amigas y entretenerse en secreteos y amorosas pláticas. A todas sus súplicas encaminadas a lograr la concesión de una cita en el portal de su casa o en algún apartado rincón, en pleno campo, o paseando a lo largo de las enrevesadas y oscuras callejas del suburbio brigantino, oponía Sabela un enérgico y rotundo no, inapelable e irrebatible. Acaso más que otra cosa contribuía a hacer más ostensible y apremiante la asiduidad de Otero esta conducta tiránica de Sabela, que instintivamente conocía y practicaba el consejo táctico de la galantería: hacerse temer para hacerse amar, mientras él mismo seguía ciegamente, sin sospecharlo, la máxima de Montesquieu: la espera es una cadena que une todos nuestros placeres.

A estos motivos de sorda y a duras penas disimulada

malquerencia, uníase otro no menos poderoso y excitante. Sospechaba Sabela que la bárbara agresión de que había sido víctima Luis, aunque ejecutada por el brazo mercenario de Rodrigón, fuera urdida por Otero, que de esta manera vil se había zafado del compromiso que él mismo se impusiera al citar a su rival para aquella noche en la Alameda. Tenía la certidumbre de que la idea de no acudir a la cita y delegar en Rodrigón el cuidado de entenderse con Luis, era exclusivamente de Otero, cuya cobardía y pusilaminidad parecíanle evidentes. En aquella tenebrosa trama, de la que salió ella sin honor y Luis casi sin vida, adjudicó a Otero y a Rodrigón los únicos papeles. Y aunque experimentó al principio viva sospecha de la parcialidad y tercería de Pepa, cuidó ésta muy bien de sincerarse, protestando a voz en cuello contra semejante insinuación, y llamando a capítulo a Otero, le reprochó amargamente, delante de Sabela, el mal uso que había hecho de su hospitalidad y confianza.

Por su parte Juanito, llevado de su interés en poner en claro quién había sido el brutal acometedor de Luis y las circunstancias en que la agresión se realizara, apremió a Sabela para que disipase sus dudas y le ayudase en sus investigaciones. Pero más pudo en ella el deseo de que no llegase a trascender lo más mínimo de lo acontecido en casa de Pepa aquella noche fatal e inolvidable, que el gusto de favorecer los propósitos de Juanito, con los que simpatizaba sin duda alguna, pero considerándolos por tantos motivos opuestos a los suyos propios. Que ella poseyese la certidumbre de la bajeza moral de Otero y de la villanía de Rodrigón, bueno era; así se forjaba un arma que, ma-

manejada con destreza, habría de serle utilísima; pero desenmascarar en público a Otero equivaldría a romper con él y a entregar el secreto de su deshonra al pasto de corrillos y tertulias, ávidas de escándalo. En el reducido ideario de Sabela, compuesto de media docena de tópicos y prejuicios, que ofrecían sin embargo el más sólido fundamento moral, no cabía otra solución al terrible problema planteado por su caída que la de casarse con Otero. El casamiento era la reparación, el agua lustral, la ceremonia purificadora del sacrilegio con ella cometido. Considerábalo como una expiación, el ananké inexorable, la redención de la culpa por el sacramento. Lo demás: amor, bienestar, sueños de felicidad, anhelos de un hogar bendecido por la dicha cifrada en la prole, no entraba en sus cálculos, ni siquiera en sus ilusiones. Casarse para ocultar la falta, para borrar el rastro del pecado y emplear todos los recursos de su ingenio y todas las energías de su voluntad en lograrlo, tal era el único y decidido propósito de Sabela.

Cuando salían del taller, en las primeras horas de la noche, íbanse las costureras, acompañadas de sus novios, a pasear un rato por los soportales de la plaza antes de regresar a sus hogares. Alguna vez, al cruzar por delante del estanco, deteníalas la estanquera, invitándolas a entrar en el "confesionario", sobre todo a Sabela, en cuyo ceño adivinaba algún pecado gordo que era lástima no fuese descargado allí, en el seno de la confianza. Pero todas las habilidades inquisitoriales de la astuta estanquera estrellábanse ante el mutismo obstinado y la altivez taciturna de la buena moza.

Una noche la sutil y sagaz confesora le espetó, al pasar, estas palabras:

—Adiós, Sabeliña, miña xoya, ¿por qué no saludas? Ven acá, que no te comemos, nena.

—Le soy dura de roer, señora. Dispénseme que llevo prisa.

—¡Bah! No por mucho madrugar... Todo llega, neniña, todo llega, un mes después de otro, así por los dedos, dos, cuatro, seis, hasta nueve, si quieres... Pero antes te casarás, ¿no es así, Oteriño?

Los ojos de Sabela echaban chispas; Otero permanecía mudo y desdeñoso.

—No te enfades, mujer, dígotelo por tu bien. Es un hablar. Ya sé que son murmuraciones; ¡te hay tan malas lenguas!

—¿Y a mí qué me cuenta, señora? Pedríqueme frade, por un oído me entra, por otro me sale.

—Sí, sí, ya saldrá, ya saldrá... con el tiempo. Pero no me mires así, rapaza, que nada malo te digo. Yo te pregunto nada más, sin intención, porque te quiero bien y me alegraría que todo saliese según tu deseo. ¡Ay! no todas te son como yo, nena! A veces, las que parecen más amigas, te son más falsas que Judas. Alguna conozco yo que anda por ahí contando que si al volver de los Caneiros, después de una cena... que si patatín, que si patatán...

—Pues mire, señora—replicó Sabela, roja de ira y tartamudeando por la indignación que rebosaba de sus labios—, a la que le haya contado esas cosas dígale de mi parte que malas meigas le piquen la lengua y malos diablos se la lleven al infierno con todas las que le hacen caso.

—Pero ven acá, bobiña, si tal cosa pasase te ibas a quedar sin maestra, porque el diablo no desperdiciaría tan buena ocasión de darte por el gusto. Sí, bobiña, sí. Pues ¿quién si no Pepa es la que anda pregonando por todas partes que Otero y tú tenéis que casaros, que gracias a ella has atrapado esta "comenencia" y que ya te estás haciendo el equipo para la boda, que será allá entre Navidad y los Santos Inocentes? Ayer mismo, sin ir más lejos, la tuviste aquí al lado, en casa de Marcelina, de palique por más de tres horas, escogiendo puntillas para un faldón, digo, para un traje de boda...

—Bueno, pues si tal dijo, déle memorias, que yo lo único que le sé decir es que a palabras necias oídos sordos. Y quede usted con Dios...

—Que El te acompañe, Sabel. Y yo también te digo que al freir será el reir y dime con quien andas y te diré quien eres. No es por tí, Oteriño, ya lo sabes. Pero oye, no te vayas, que tengo que decirte.

—Déjeme, déjeme, ya sabe que a mí no me gustan los chismes.

—Si no son chismes, es una cosa que te gustará saber. Luis se marchó a Madrid hace dos días.

—Buen viaje—rezongó Otero.

—¿Curado del todo?—preguntó Sabela sin poder disimular su interés.

—Hola, hola, nena ¡Cómo te interesas por su salud! Haces bien, porque no sabes tú lo que te hubiera caído encima si Luis no llega a curar del todo. Pregúntaselo a D. Ruperto el forense. Como que ya estabas citada para

declarar ante el juez en la causa que empezaron a formar a Rodrigón...

—¿Yo citada? ¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—¡Ay, hijiña!, tú sabrás. Pero el juez estaba en que tú citaste a Luis aquella noche para que fuera a hablar contigo a la puerta de tu casa, y en vez de ir tú, fué Rodrigón con una estaca a partirle la cabeza...

—¿Que fuí yo...? ¡Arrenegado sea!

—Y gracias a que Luis se opuso a que siguiera la causa, negándose a declarar nada, ni aun el nombre del que le dió el palo con tanta suerte que no le faltó ni un tanto así para dejarlo en el sitio. ¿No lo quieres creer? Pregúntaselo al doctor Limón, que todavía esta tarde nos lo estuvo contando aquí en el estanco. ¡Vaya un rapaz más bueno que te es Luis! Mejor entraña no la hay en todo el mundo. Y no quiso hacer nada sólo por no comprometerte a tí. No quiso que se averiguase por qué no estabas en tu casa aquella noche, ni donde estaba Otero, ni nada, absolutamente nada. Y eso que no tenía ningún motivo para tanta generosidad. No pongas esa cara, Oteriño, no seas celoso, que ya todo se acabó. A enemigo que huye...

Los que huyeron a paso largo fueron Sabela y Otero, dejando plantada a la traviesa estanquera, que se apretaba los ijares, desternillándose de risa a la puerta de su tenducho, viéndoles correr como alma que lleva el diablo. Cruzando las tortuosas y costaneras callejas, iba Sabela loca de rabia y de vergüenza, como fiera herida, en demanda de su cubil. Seguíala Otero, atrafagado y tembloroso, sin osar despegar los labios ni atinar con una palabra de consuelo. Al llegar a la puerta de la casa de Sabela, se

detuvo ésta un instante para empujarla y refugiarse dentro, sin preocuparse de la solícita compañía del pollastre. Aprovechó Otero este momento para echarle los brazos a la cintura y penetrar, abrazado a ella, por el portal, murmurando a su oído:

—Sabela, Sabeliña, por Dios; párate un momento, un instante nada más; mira, ven, estate aquí conmigo, óyeme un rato. ¡Por favor! ¡No sabes cuánto te quiero!

Volvióse la moza, le miró sin percibir en la penumbra más que la vaga silueta encogida y temblorosa del macaco vicioso, presto a abalanzarse a ella como un animal rijoso, y alzando el brazo robusto, vigorizado por una fuerza descomunal, hija de la indignación y del odio sobrehumanos, descargó sobre su mejilla la más estupenda bofetada atizada por mano de mujer, exclamando:

—¡Cochino! ¡Mariquita! ¡Cobarde! Toma para que aprendas a ser más hombre con los hombres y no sólo con las mujeres.

Y atropelladamente, sin volver atrás la cabeza, lanzóse escalera arriba, saltando los escalones de dos en dos, acometida de una furia ascensional que daba vértigo.

XX

Las Mariñas, Diciembre de 19...

Sr. D. Luis Patiño de Ulloa.

Madrid.

Querido Luis: No me riñas por mi pereza en escribirte; soy un perezoso incorregible, bien lo sabes, y aunque no merezca perdón por haberte tenido tanto tiempo sin noticias de aquí, te diré lo del otro (ya no me acuerdo quien es "el otro", si Temistocles o Perico el de los palotes): pega, pero escucha. En rigor, ninguna novedad ha ocurrido desde que te fuiste, digna de especial mención. Digo, sí, algunas hay, frescas y gordas, que te iré diciendo conforme vayan saliendo del tintero. Para decírtelas precisamente me he decidido a escribirte hoy, sin duda tarde, pero sin daño, ya verás. Mi misión de corresponsal, atento a todo cuanto merezca la pena de ser consignado en este epistolario, destinado a la posteridad... de cualquier trapería de viejo, se ha venido estrellando ¡pobrecita! contra la monotonía que reina y gobierna despóticamente esta aburridísima ciudad,

emporio del fastidio, metrópoli del bostezo, sede primada del *dolce far niente.*

Hace tres meses, más bien más que menos, desde que te fuiste, y todo está igual, parece que fué ayer, etc. etc. Cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa, como rezaba el letrero pedagógico que tantas veces admiramos desde nuestros pupitres en la escuela de San Francisco. El Café de Madrid en su sitio, el Campo en su sitio, la Diana cazadora, que hace de Cibeles en el centro de nuestra plaza, en su sitio, el taller de Pepa en su sitio, Rodrigón... no, Rodrigón no está en el sitio en que debiera estar, en la cárcel, pero todo se andará... Tan sólo nuestro "Oso tierno", cada día más oso y menos tierno, ha cambiado de sitio; ha vuelto a Compostela, a cursar el último año de su brillante carrera, a cuyo término vislumbra, como tú mismo le pronosticaste en memorable ocasión, el bufete madrileño del personaje protector, el acta, la chistera de ocho reflejos, la irreprochable levita o el chaqué con trencilla, librea del diputado de la mayoría, la elocuencia de las votaciones nominales:—Otero, D. José, "sí"; la tertulia del jefe, los ojos tiernos de la niña casadera, hija del jefe, las primeras escaramuzas para tantear el terreno y sitiar la plaza, las oposiciones para el ingreso en el cuerpo colegiado de la yernocracia española, primera carrera del Estado, el viaje a Galicia acompañando al jefe para recibir los homenajes de los comités y las zalemas de los caciquillos, gobernadorcillos y jefes de kábila, el ingreso en la casta patricia en calidad de yernócrata, el Gobierno civil, la Dirección general, la Subsecretaría, la cartera ministerial, la luna... y el entierro con honores de capitán general con mando en

plaza. Pero... hay un pero, querido Luis, un pero gordo, cada vez más gordo, que va aumentando de volumen como una bola de nieve. El pero es Sabela. El tropezón puede malograr el brillante porvenir del pollo Otero, árbitro de las elegancias mariñanas; ha sido un tropezón padre, de fatales consecuencias, que empiezan a ser visibles, repartidas entre ambos; para ella la hinchazón, para él la descalabradura. Se dice que tendrá arreglo, como lo de caparrota, y en el zurcido parece que anda la mano de Pepa, la más hábil de nuestras zurcidoras, pero dudo mucho que la misma mano de que se sirvió el demonio para hacer la diablura que sabes, tenga eficacia para atraer las bendiciones de la Iglesia. A Sabela hace un siglo que no la veo; me dicen que no sale de su casa. Además, el taller de Pepa está en cuadro; como apenas hay trabajo, la ferrolana ha despedido a Emilia y a Rosa, quedándose con Anita, Rosario y Sabela, ésta nominalmente, pues disfruta de licencia reglamentaria por nueve meses, con derecho a prórroga. Pepa la protege dándole trabajo en casa y visitándola con sospechosa frecuencia. Todo se vuelven conciliábulos entre Pepa, su madre y la señora Andrea, que está la pobre que se puede ahogar con un cabello. Lo que de estas juntas de rabadanes habrá de salir, ya nos lo dirá la infeliz descarriada.

Se aproximan las Navidades y Año Nuevo. Esta vez te aseguro que será vida nueva. Decididamente me largo a la capital a acabar la carrera de comercio en aquella Escuela. Cada día que pasa me convenzo más de que las matemáticas, la contabilidad y la partida doble me tiran, ¡vaya si me tiran... a degüello! Seré perito mercantil y di-

bujante lo más mercantil posible. De otro modo, ¡adiós, mi dinero! Digo, el dinero de este santiño de mi tío el coadjutor de Santa María, que me sacó de pila y de la miseria al quedarme huérfano por partida doble también. El pobre está tan viejecito, tan consumido, que me da pena dejarle solo, pero la capital herculina está a un paso; iré y vendré casi todos los domingos y fiestas de guardar y con eso tendrás también tú noticias frescas.

Y ya que a la frescura hemos llegado, pongo punto por hoy, me quedo tan fresco después de haber desembuchado "currente calamo" cuanto tenía que referirte, y a mi fresquera del Café de Madrid me vuelvo a aguardar la hora del cotidiano palique con mi frescachona parrula, que... ¡Ya te diré otro día con cuánta frescura me ha participado que se va con viento fresco a... ¡Buenos Aires!

Un abrazo de tu invariable,

JUAN.

Del mismo al mismo.

Las Mariñas 1.º de Enero de 19...

Querido Luis: No os podréis quejar de mí, ¡oh Comendador! ni dejar de reconocer que soy todo un Mencheta en este negocio de la corresponsalía mariñana. Hará apenas quince días que te escribí y héteme de nuevo requiriendo la péñola para endilgarte estas cuatro letras, al recibo de las cuales espero te hallarás sin novedad en tu importante salud; la mía buena, a Dios gracias, para lo que gustes mandar, lo cual haré con mucho gusto y fina volun-

tad. Esto de las cuatro letras es pura metáfora, como la del testigo del cuento que no entendía el lenguaje metafórico de estrados y llamaba al pan pan y al vino vino, y aunque empezara por hablarte de Pepa, a quien vienen las susodichas letras como anillo al dedo, ya verás cómo van saliendo más de cuatro y más de ciento, unas después de otras, como en reata, hasta que aparezca la más negra, que siempre viene detrás.

Año nuevo, vida nueva. Comienzo por demostrarte, andando, la sinceridad de mis propósitos de enmienda. Pero en honor de la verdad y en homeuaje a la misma sinceridad que invoco, debo decir que las cosas se complican de tal manera que el mérito de esta nueva vida que ahora emprendo no me corresponde únicamente. Lisardo, en el mundo hay más. Se ha despertado de pronto en el país un afán de actividad y surgido un espíritu de empresa que asusta. En el Café de Madrid, en el Liceo entre un entrés y un elijan, y en el Circo entre un recodo y un pasabola, no se oye hablar más que de negocios: saltos de agua, molinos harineros, lanchas automóviles, serrerías mecánicas. destilerías de "resolio" y manufacturas de empanadas para la exportación. ¡El vértigo y su consorte! Y por otra parte, apenas hay altivo alcázar ni pajiza choza donde no se rellene precipitadamente algún enorme baúl-mundo, bien amarrado de cuerdas entretejidas y sólidamente anudadas, para resistir las andanzas de un viaje ultramarino. La juventud mariñana emigra a Buenos Aires. Pero no te alarmes, es la juventud artesana y algún verdadero señor, acaso algún señorito de medio pelo; los demás, los Romualdos, Oteros, Nachiños y Germanes, y desde luego el gran mo-

lusco Sindbad el marino, no quieren privar a la patria del concurso de sus brillantes inutilidades. Se quedan para casta de rábanos. Mas lo verdaderamente grave e inaudito es que la tarántula emigratoria ha picado también a la mejor mitad de la juventud mariñana, y allá te van rapazas y más rapazas camino de Buenos Aires, más algres y con más ilusiones que un gaitero mozo. Si esto sigue así, no sé cómo se las van a arreglar Romualdo y compañía para perpetuar la consabida casta de rábanos y demás crucíferas y cucurbitáceas. Y ahora, la gran novedad que te anuncié en mi anterior: hasta Emilia y Rosa, con sus respetables famiilas, emigran también. Se va, se va y me deja y ¡decía que me amaba! Estoy desolado... y satisfecho. Así como así, mis relaciones con Emilia, decentes y puras como hay, Dios, tú lo sabes, no podrían tener mejor término que éste, porque cualquier otra solución sería fatal para ella o para mí, puesto que nada buscaba yo por el camino de la Iglesia y menos por detrás de la iglesia. No podrán decir otro tanto Romualdo y Otero y los demás de su calaña. Creo que también emigra Rosarito, desengañada de sus amoríos con el bárbaro de Romualdo, pero tales cosas oí decir que... vale más non meneallo. El que anda que bebe los vientos es Nachiño, que va a sufrir no poco, de seguro, con el trasplante ultramarino de su Rosa. Le aconsejé que se dejase de suspiros y abandonase las actitudes trágicas, que no sientan bien en un cajista de imprenta, más obligado que nadie a cuidar de que todo esté en caja y a no salirse de sus casillas, pero fué tan ingrato que ni me rió el chiste ni agradeció el desinteresado consejo. ¡Hasta me despidió con cajas destempladas!

Como habrás observado, la noticia del viaje de Emilia no sólo no me quita el buen humor, sino que me lo aumenta. Ella también está satisfecha, porque es la muchacha más razonable y discreta que conozco. Estoy seguro que los aires de Buenos Aires serán para ella más que buenos: los mejores para su actividad, su gracia y su talento. Pierdo una novia, pero gano una amiga, que algún día agradecerá la noble y delicada conducta que con ella he tenido, respetándola como novio y no estorbando, a fuer de buen amigo, la realización de sus sueños de bienestar y probablemente de mayor ventura que la que yo pudiera depararle casándome con ella sin pensar más que en el contigo pan y cebolla.

Y ahora la más negra. Me refiero a la situación de la pobre Sabela. ¿Puedes figurarte nada más sombrío y desesperado? No hay quien la ignore en toda la ciudad. Es el tema de todas las conversaciones y comentarios. Verdad es que no hay otro que interese a las tertulias y corrillos en tanto grado como este en que anda en pleito la honra de una pobre muchacha y la supuesta caballerosidad de un gandul de levita... o de chaqué, que es la prenda en él característica. Puedes figurarte la animación que reina en el estanco, en el Café de Madrid y hasta a la puerta de la iglesia de Santa María, cuando se reúnen las beatas, a la salida de los villancicos, a comentar las ocurrencias del día. El mismo "huerto del francés" se ha contagiado de la pública maledicencia, viéndose a los misteriosos y lúgubres tertulianos de la botica muy preocupados por la sospecha, sugerida en el estanco y echada a volar en alas de la fantasía mariñana, de que en el antro farmacópelico en que

aquellos celebran sus truculentas tenidas, se han preparado ciertas píldoras y menjurjes, que la consabida mano diabólica de Pepa va administrando poco a poco, con pericia digna de mi señora Doña Claudia de Astudillo y Quiñones, a la coitada Sabela, de la que ella quisiera hacer otra Doña Esperanza de Torralva Meneses y Pacheco, para recreo y ornato de otra ciudad más propicia que la nuestra en lo de tolerar los manejos y negocios de esta tía fingida. Pero no te alarmes; son fantasías del estanco, adecuado lugar para que en él broten fuegos fátuos, como si fuera un trasunto de aquel donde todo es humo, "cinis", "nihil"... Pernas, que ha visitado a Sabela recientemente, me asegura que no hay una palabra de verdad en semejante historia. Según él, todo sigue su curso normal y solo le preocupa el estado moral de la infeliz rapaza, que, como puedes figurarte, es sencillamente desgarrador. ¡Pobre flor de la Mariña! ¡Pobre Sabela!

Adiós. Señores viajeros al tren y Juanito también. Salgo para la capital herculina, a lanzarme en el piélago de las ecuaciones y de los números primos. ¡Mayor primada que la de cambiar el lápiz comté por la pluma estilográfica, el difumino por el raspador, el cuaderno de dibujo por el libro de caja, los inolvidables paisajes mariñanes por los cuadros de género de la calle Real y las grises acuarelas de la Pescadería herculina! Pero *¡alea jacta est!* ¡Adiós Rubicón, digo Mandeo! A Roma por todo.

Un abrazo de

JUAN.

Del mismo al mismo.

Flavium Herculanum, Febrero de 19...

Caro Luis: Te digo caro porque me estás costando un ojo de la cara. Y no es retruécano. Me traes hecho un azacán, de la ceca a la meca, revolviendo Roma con Santiago para dar con esos antecedentes que deseas reunir con objeto de dilucidar por donde entraron los celtas en Galicia, si por la puerta o por la ventana. ¿Me quieres hacer el favor de decir lo que eso puede importarte? Toma lecciones de sabiduría de aquel famoso alcalde de esta ilustre capital, que interpelado sobre si fueron los fenicios o los romanos los que erigieron la Torre de Hércules, contestó con la más admirable ingenuidad: —Señor, fueron los canteros.— Pues si es cosa averiguada que los canteros construyeron la Torre de Hércules, ¿qué más da que sean de Lugo o de Pontevedra? Tan barrosos son los unos como los otros. Así, pues, conténtate con saber que los celtas entraron por donde les dió la real gana y arréglatelas con los libracos que te mandé, los cuales, unidos a los que fuí a buscar a tu casa de Bergondo, te deben de bastar para volverte más loco de lo que estás con tu celtismo trasnochado, y déjame de celtas, castros, túmulos y mámoas, con los cuales me hice un lío tal y tan obsesionado me tuvieron, que el otro día, en vez de estudiar con la atención y el placer que requiere tema tan ameno como el de demostrar que el logaritmo de la raiz de un número es igual al logaritmo de este número dividido por el índice de la raiz, me puse a iluminar la tabla de logaritmos, dibujando en el margen de las páginas una cantidad fabulosa de mámoas, túmulos y castros,

que están mismamente retratados del natural. Te ofrezco este ejemplar, único, de una tabla de logaritmos absolutamente céltica, aunque la firme Vázquez Queipo, de cuyo celtismo no tendrás, sin embargo, la menor duda.

Estuve, como te digo, en tu casa de Bergondo a saludar a tu madre y a tus hermanas y recoger los libros que me indicabas. Debo decirte, ante todo, que nunca sabré agradecer bastante la cariñosa acogida que me dispensaron ni olvidaré las gratas horas que allí pasé, no obstante carecer el campo de atractivos en esta época del año. Pero chico, yo no sé que encanto tiene tu casa de Bergondo, tan aldeana por fuera, tan hidalga y señoril por dentro. Se advierte en todos los detalles la mano diligente de tu hermana Elisa, tu Antígona admirable, cuya piedad filial y su afecto hacia tí tantas veces me has ponderado. Me hizo los honores del solariego caserón de los Patiño entroncados con los Ulloa, de manera tan graciosa y espontánea, como si fuéramos amigos de toda la vida, que aun antes de que tu madre me invitase a visitarlas con más frecuencia, ya había hecho yo el propósito de solicitarlo con todo empeño. Pero, cuidado, no vaya tu pensamiento más lejos de la realidad. Soy tu amigo leal, bien lo sabes, y te debo la verdad entera. Me gusta tu hermana Elisa, ¿cómo negarlo, si lo contrario sería confesar que soy ciego, sordo y tonto de nacimiento? Pero nunca me atreveré yo, pobre estudiantillo, sin más rentas que las misas de mi tío el coadjutor, ni más porvenir que el de pasarme la vida enjaulado en un escritorio, haciendo números y contando dinero ajeno, a poner mis ojos en dama tan cumplida y principal como la Señorita de Patiño y Ulloa, digna de ostentar cetro y corona. Vaya esto dicho

para tu tranquilidad y en descargo de mi conciencia. Por cierto que—y por esto debiera haber empezado, suplicándote perdones mi atolondramiento—, tu hermana Elisa me dijo que, sin ser alarmante ni mucho menos, la salud de vuestra madre le da un poco qué pensar, sobre todo de algún tiempo a esta parte, por habérsele recrudecido la flebitis y quejarse con frecuencia de fuertes dolores de cabeza. Como Elisa ha tomado sobre sí la responsabilidad de cuanto allí sucede, desea que tú estés al tanto de la situación y puedas decidir lo que más convenga al bien de todos. ¿Quieres que hable de esto a Limón y recabe de su franqueza, brutal a veces, una opinión y un consejo? Haré lo que dispongas.

Al regresar de Bergondo me detuve en nuestra inolvidable ciudad mariñana y caí—¿podrías dudarlo?—en el famoso estanco, ansioso de noticias que comunicarte. Tantas me dijeron que me empacharon y todavía me dura la indigestión. Del revoltillo de verdades y mentiras, de hechos reales y cosas inverosímiles con que durante dos horas no cesaron de atiborrarme, saqué en consecuencia que la ciudad está dividida en dos campos enemigos: los sabelistas y los oteristas, cuyos cuarteles generales se hallan en el estanco y en el "huerto del francés", respectivamente. Se hacen apuestas sobre si se casarán o no se casarán Otero y Sabela; si ésta saldrá con bien o saldrá como pueda de su apuro; si será chico o chica; si viene o no viene Fuco, y si Otero tomará las de Villadiego o aguantará impávido la tormenta, amparado por el brazo aristocrático de la ciudad, el cual por boca de uno de los más conspicuos tertulianos del huerto consabido, ha declarado que el asunto es cuestión

de clase y que sería insensato pretender que una calaverada sugerida por la alegría de un día de Caneiros, tuviese por sanción nada menos que truncar el porvenir de un mozo de las prendas de Otero, llamado a ser algún día una de las más legítimas glorias mariñanas en la corte de los Madriles. ¿Cómo había de tolerarse que por una chiquillada así, se creyese obligado un señorito de buena casa y de tan excelentes disposiciones para brillar en el mundo, a unir su suerte a la de una pobre costurerilla, sin más méritos que su cara bonita? Te advierto para tu gobierno que la persona que de esta manera se expresa es nada menos que el ínclito "Repolo", el hijo del matachín, el aristócrata del guano, cuyas ejecutorias están escritas con la sangre de los infinitos cerdos que degolló su padre. Algún día veremos su nombre en la Gaceta con el aditamento de marqués de La Cangrejera o Conde de Picachá, título de Castilla. Con dineros y caciques cuenta de sobra para que lo dudes.

Entre tanto, el pollo Otero sigue en Compostela, enzarzado con el Derecho procesal, que tanta utilidad habrá de acarrearle en su día, cuando logre el codiciado acceso al pingüe bufete del grande hombre público, sin haber parecido por las Mariñas ni un solo día durante las vacaciones de Navidad ni en las de Carnavales. Ten por seguro que el mozo hará carrera.

De Sabela no sé nada. No se la ve en ninguna parte. Voy creyendo que puede uno llegar a morirse de vergüenza.

Tuyo,

JUAN.

Telegrama.

Luis Patiño.

Atocha, 60

Madrid.

Mamá algo delicada desea verte. No te alarmes, pero ven en cuanto puedas.

ELISA.

XX

Llegó tarde. Su madre había muerto la noche anterior de embolía pulmonar, producida por la flebitis. En la estación del ferrocarril le esperaba Juanito que, al verle, se arrojó a su cuello sollozando. No cruzaron apenas palabra durante el largo trayecto hasta Bergondo. El silencio explicaba mejor que el más elocuente y bien meditado discurso cuanto Luis necesitaba saber para darse cuenta de la espantosa desdicha que venía a herir la cuerda más sensible de su alma. ¡Su madre! La imagen de aquella dulce y santa mujer, de mirada tierna y carácter blando, que le había llevado en su seno y de la que heredara el enorme caudal de bondad y delicadeza que formaba el fondo de su carácter, se alzaba en la mente de Luis como una aparición religiosa, aureolada por el martirio. Recordaba vagamente escenas de la niñez en las que veía a su madre, pasiva y resignada, inclinando la cabeza, joven aún y bella, ante los airados reproches de su marido, hombre violento y audaz, que se revolvía furioso contra cuanto le rodeaba, en su sombría desesperación al contemplar des-

vanecidos todos sus sueños de opulencia, aventados por el soplo de la ruina. Había el padre de Luis soñado con establecer una granja agrícola en aquel feracísimo valle de Bergondo, empleando en ello su propio capital y el de su esposa, enterrando allí el patrimonio de sus hijos y consagrando a la empresa todas sus energías. Fué empeño vano y desgraciado. La rutina, la sorda hostilidad campesina, la solapada envidia de la ciudad, las artes caciquiles, las mañas usurarias, las habilidades leguleyas, su propio carácter impetuoso e irreflexivo, más terco que firme, más brillante que sólido, se conjuraron para concitar sobre su cabeza toda la cólera del desastre. No sobrevivió a su ruina. En la infantil memoria de Luis quedó grabada aquella otra escena luctuosa del pobre entierro de su padre, cuyo féretro rodearon tan solo unos cuantos aldeanos compasivos, al ser conducido por senderos solitarios, bañados de sol, al humilde cementerio de la parroquia. Y luego, la vida estrecha, llena de privaciones, reducida a lo estrictamente necesario, entre aquellas altas paredes encaladas, dentro de aquel caserón de aspecto conventual y enormes salas, en cuyo ámbito sonaba lúgubre y medroso el eco de sus juegos y de sus infantiles carcajadas, en compañía de sus hermanas, las tres más jóvenes que él, que con sus vestiditos negros, su andar sigiloso y su aire triste, impregnaron de melancolía las primeras impresiones y recuerdos de su vida. Recorría luego mentalmente el largo calvario de mudo dolor, soportado sin proferir una queja, con leve sonrisa de resignación y de piedad, por aquella mujer de aspecto tan dulce y blando, que guardaba en el fondo de su alma un inagotable manantial de materno heroísmo. Ella salvó

del naufragio aquella casa y aquella hacienda, cuyo producto, unido al de algunas tierras más, desperdigadas por todo el valle, bastó por arte de milagro para subvenir apenas a la congrua sustentación de la familia y atender al porvenir de sus hijos, de quienes fué la primera, la mejor, la más culta y la más amante de las educadoras. Por fortuna, la feliz intervención de D. Martín el telegrafista, esposo de la sutil Doña Mariquita, vino a resolver en principio el arduo problema de la educación de Luis. El régimen severo de orden y economía, ayudado de los buenos consejos de D. Martín, dió tales frutos, que pudo Luis seguir holgadamente su carrera, sin que para ello sus hermanas se vieran privadas de las atenciones y comodidades que su edad, su educación, sus gustos y su sangre tenían derecho a exigir. Y ahora, cuando el porvenir de Luis se presentaba franco y risueño, y las rentas de las bien administradas heredades dejaban al cabo del año un sobrante de cierta cuantía que serviría de base para la modesta dote de sus hermanas, la muerte implacable venía a arrebatar a la heroica artífice de aquel milagro de austera e hidalga rehabilitación, el placer y la gloria de verla consolidada y de disfrutarla rodeada del amor, de la gratitud y de la veneración de sus hijos.

Bajo la impresión abrumadora de esta desgracia, tan honda, tan amarga y tan injusta, el espíritu de Luis, apenas convaleciente de recientes y brutales choques y sacudidas, se rindió exánime, agotado, como blando despojo de un naufragio, empujado a la deriva por la ciega corriente. Su ventura fué tener a su lado una hermana del temple de Elisa y un amigo del calibre cordial y mental de Juanito.

Sin desatender ni un momento los múltiples y dolorosos menesteres de la situación, los preparativos funerarios, las visitas de pésame, los mil detalles minuciosos y crueles que convierten en lenta y refinada tortura el dolor acerbo y aplastante causado por la muerte de un sér querido, cuidaron con todo esmero, solícitamente y con discreción exquisita, de evitar a Luis las ásperas emociones que tales sucesos tenían forzosamente que causarle. Y cuando los fríos despojos de la pobre madre se reunieron en la estrecha tumba del humilde cementerio parroquial con las cenizas de su marido, en perpetua comunión en el seno de la muerte, todas las atenciones se concentraron en Luis, cuyo estado de atonía y ensimismamiento les causaba honda preocupación y aguda pena.

Inicióse entonces un período de calma silenciosa e imponente como la que suele seguir a las grandes tempestades, cuando todas las fuerzas de la naturaleza, agotadas e inermes, caen en profundo sopor y sosiego. La proximidad, tímidamente anunciada, de la primavera, que tanteaba, con sus dedos de rosa, el paso a través de los espesos celajes invernales, descorriéndolos poco a poco, contribuía a hacer más eficaz la lenta reconstitución que se operaba en el revuelto cerebro de Luis, cuyas ideas y sensaciones iban aquietándose y posándose a compás de la suave y benigna renovación de la vida en torno suyo.

Siguiendo los severos consejos del doctor Limón, esmeráronse las tres hermanas en rodear constantemente a Luis de toda suerte de cuidados y en suscitar ante sus ojos toda clase de imágenes venturosas y alegres. Veíaseles con frecuencia trepar juntos al castro de Santa Marta, discurrir

por los senderos de Morujo y de Fiobre, o hundirse en las arenas de la playa del Pasaje, asistiendo gozosos al pausado despertar de la naturaleza entre graciosos desperezos de virgen acariciada por los primeros rayos de la aurora y saludada por los gorjeos de los pájaros madrugadores. Desaparecida la rigidez del invierno, más benigna resplandecía la primavera en su trono de gloria. Adornábanse los árboles con lozanos renuevos y tierno follaje, cubriéndose de rosada nieve los cerezos, alargaban los almendros sus ramas cubiertas por la mística escarcha de sus flores y la yerba surgía por ensalmo, salpicada de rocío, del seno jugoso de los campos, ataviados con la poesía de la esperanza.

Cuando la pompa del mundo exterior se impuso a la contemplación y al placer de los sentidos de Luis, arrancándole a sus abstracciones y desvaríos, no tardó en advertir que junto a él, bajo su inconsciente protección y con su tácita complicidad, había brotado un idilio, con lozanía y vigor de un himno al amor y a la vida. Juanito, obligado por sus tareas a residir en la capital herculina, venía a Bergondo todos los domingos. Cuando las combinaciones del almanaque escolar lo consentían, las visitas se repetían con cualquier plausible pretexto, y ya, al llegar las vacaciones de la Semana Santa, se convirtieron en diarias, sin más interrupción que la exigida por el regreso de Juanito, todas las noches, a su hogar en la ciudad mariñana.

En su deseo de mantener en constante actividad y esparcimiento los fatigados nervios de Luis y combatir en sus últimas trincheras la astenia y la melancolía, se propuso Elisa, en connivencia con Juanito y con el aplauso de sus

hermanas, no perder ni una sola de las ceremonias religiosas de Semana Santa, que por lo candorosas e impregnadas de pía sencillez e ingenuidad, no podían menos de evocar en la memoria de Luis inefables recuerdos de los venturosos días de la infancia. Dedicaron la tarde del Jueves Santo a la visita de los monumentos, recorriendo las iglesias de la ciudad brigantina, cuajadas de luz, que se filtraba tenue y mortecina por los altos ventanales lobulados, los ajimeces y rosetones de los ábsides e imafrontes, en cuya cima se erguía, austera y soberana, la cruz floreada, sostenida sobre los anchos lomos del jabalí, emblema de los Andrades. Formando graciosa comitiva, en dos grupos, las dos hermanas más jóvenes, Adela y Julia, en plena floración de sus quince y diez y siete abriles, finas, esbeltas como dos nardos, cogidas del brazo y abriendo la marcha, y detrás Elisa, de continente grave y reflexivo, con cierta majestad de azucena, entre Juanito y Luis, visitaron, uno por uno, los viejos y nobles templos románicos que se alzan en el casco de la ciudad, y las humildes capillas y santuarios de los alrededores, de cuyos techos pendían curiosos ex-votos, en su mayoría menudas fragatas y polacras de complicada jarcia y esbelta arboladura, nadando en el luminoso vacío. Contemplaron en el ruinoso templo abacial de San Francisco, en una capillita cercana al sepulcro monumental del gran Fernán Pérez "o Bóo", la Cena de los Apóstoles, modelo de imaginería infantil, teniendo ante sí cada santo comensal un cubilete de estaño y una rosca, devoto presente de alguna piadosa rosquillera del barrio, a excepción del Iscariote, a quien colgaran de una mano, echada a la espalda, un saquito lleno de *concheles* para mayor ignominia.

En Santa María, después de orar un momento ante el sagrario profusamente iluminado y surgiendo como un bloque de oro refulgente entre tiestos de flores y cirios revestidos de rizados adornos de papel de mil tonalidades y hechuras, detuviéronse a contemplar la adolorida efigie del Ecce-Homo, cuya túnica de terciopelo morado debía de constituir un martirio más para el Divino Jesús por el peso de los macizos bordados de realce, el descomunal tamaño de las borlas y la profusión de flecos, caireles y alamares de canutillo de oro con que le abrumara la devoción de los que tan costosa prenda confeccionaron. Mas donde su admiración llegó al colmo fué delante del grupo de la flagelación, conocido por el de "los Pepitos de Santa María", de inmarcesible renombre y popularidad entre la chiquillería brigantina, cuya piadosa indignación solía manifestarse airada y violenta ante el bárbaro espectáculo de los dos sayones, ataviados de rojas bragas y unos rodetes a manera de turbantes, azotando el acardenalado cuerpo del Señor, atado a la columna, con sendos zorros de cordelillo.

—¿Te acuerdas, Luis—dijo Juanito en voz baja—de aquella vez que, al salir de la escuela de San Francisco, vinimos aquí a ver a los "Pepitos" y tal ira te causó la escena que, sin pararte en barras, saltaste la verja, te encaramaste a las andas y arrancando el látigo de la mano de uno de ellos, te hartaste de zurrar a los dos "Pepitos", hasta que vino el sacristán y a poco estuvo que hiciese él de "Pepito" con nosotros?

El recuerdo causó a Luis íntimo regocijo, que se exteriorizó en una sonrisa expresiva y una cariñosa palmada en el hombro de Juanito.

De la iglesia de Santa María se trasladaron a la de Santiago, matriz de la ciudad. Al llegar a la plaza tropezaron con la comisión de la zona militar que hacía la visita de monumentos, en traje de gala, luciendo abundante colección de doradas estrellas, cruces, medallas, pasadores, plumas y colorines, que a la claridad de las luces del tabernáculo fulgían y chispeaban como espejuelos deslumbradores, ante cuyo poder se rendían, embelesadas, las niñas casaderas pertenecientes a la aristocracia mariñana. En el grupo bizarro vió Luis a Rodrigo, embutido en su uniforme y enarcado el ancho pecho, sobre el que lucía el emblema del valor militar reconocido.

—No cabe duda que es todo un valiente—dijo Luis a Juanito, sin apartar la mirada, despectiva y burlona, del galoneado barbarote.

—Ya, ya—contestó Juanito—, el rey de valor... de reemplazo. Pero te advierto que hay rumores de que no tardará en tomar la absoluta. El coronel de la zona dice que no está dispuesto a tolerar nuevas hazañas como la cometida contigo y con el hijo del cerero. Ya que la justicia es torpe, la milicia no quiere parecer necia, y hace bien.

Caminando hacia la iglesia de Santo Domingo, vieron pasar la procesión del Prendimiento, en la que se destacaban los pasos de Nuestro Señor en el huerto y Cristo con la cruz a cuestas, camino del Calvario. Sin pretender emular ni mucho menos la gloria de Salcillo, el artífice que reprodujo las sagradas escenas del huerto y de la vía-crucis, haciendo gala de una fantasía a prueba de anacronismos y extravagancias, cuidó sobre todo de prestarles color local y rodearlos de un ambiente de realidad y de vida. Las aceitu-

nas que pendían del olivo, sujetas por un hilito, y las margaritas que brotaban en torno al Divino Redentor en éxtasis, eran de una autenticidad pasmosa. Pero lo que más admiración causó a Luis fué la carátula de uno de los sayones que acompañaban a Jesús, justamente el que tiraba de la soga amarrada a Su divino cuello, mientras el otro tocaba la trompeta con ademán insolente.

—Mira, Luis, ese es el judío Fabas, ¿te acuerdas?—le preguntó Juanito.

—Ya lo creo—respondió Luis—como que el tal Fabas pertenece a la historia mariñana.

—¡Hombre! ¿qué me cuentas?

—Lo que oyes. Los principales actores del drama del Calvario se dispersaron por el mundo, huyendo siempre de sus propios remordimientos. Poncio Pilatos, llamado a Roma, vino a morir, pobre y abandonado, en Vienne, en las Galias; Ahasverus, portero del pretorio, al servicio de Pilatos, es el judío errante, que corrió el mundo entero sin hallar reposo en ninguna parte, hasta que el diablo se lo llevó sin saber cómo ni cuándo. Herodes Antipas, el asesino de San Juan Bautista, el que trató de loco al Nazareno, fué despojado de su reino y desterrado a las Galias, donde murió. Fíjate en la casualidad de que haya sido Francia el país en que hallaron refugio los primeros perseguidores del cristianismo. Y Francia era entonces el país céltico por excelencia. La mujer de Herodes, Herodías, la adúltera e incestuosa, la que sugirió a Salomé que pidiese a su padre la cabeza del Bautista, siguió a su marido al destierro y al quedarse viuda, vino a España, donde residió hasta su muerte. De las demás figuras secundarias, se sabe que

unas pasaron a Roma, otras a las Galias y algunas a España, especialmente a la provincias de Lusitania y Galicia, a donde vino Santiago el Mayor atraído por la circunstancia de hallarse residiendo aquí varios actores y testigos de la Pasión. En las Mariñas es frecuente hallar el tipo semítico bien caracterizado. Los suevos toleraron y hasta protegieron a los judíos, mientras los visigodos les perseguían y aniquilaban, y si el priscilianismo tuvo tantos adeptos en Galicia, se debió indudablemente a la influencia judaica. La tradición que hace del judío Fabas una personalidad mariñana no me parece por lo tanto descabellada.

—¡Qué ha de ser, hombre, si dejó simiente! En los archivos de tu casa debe de haber rastro de ello...

—¡Ya lo creo que lo hay!—exclamó Elisa dando un suspiro.

XXI

AQUELLA noche de Jueves Santo decidieron Luis y Juanito pasarla en la ciudad para ver los pasos nocturnos y asistir a la mañana siguiente a la ceremonia del Encuentro.

Huyendo del Café de Madrid y de las sociedades de recreo, refugiáronse en el estanco, donde hallaron al doctor Limón, que solía de vez en cuando utilizar la amena cháchara de la estanquera para alivio de la hipocondría. La noche era fresca, de novilunio, silenciosa y triste. La plaza estaba desierta. Los escasos transeuntes pasaban apresurados, con el cuello del abrigo levantado y frotándose las manos, impacientes por hallarse bien arropados dentro del lecho. Bostezaba la estanquera, habiendo agotado ya el comentario a la crónica del día, sin que el bueno de Limón se meneara de su asiento, satisfecho de poder explayarse a sus anchas, ante Luis y Juanito, haciendo gala de un volterianismo excitado por la pirosis, fatal consecuencia de la comida de vigilia.

—Paganismo, puro paganismo—decía el buen doctor

entre dos disimulados eructos—. Todas estas ceremonias plásticas, estas representaciones iconográficas del mito, que han sobrevivido a las demoliciones racionalistas, ¿qué son sino reproducción y trasunto de los misterios órficos, de las ceremonias de Eleusis, de los ritos cabíricos de Samotracia? ¿Acaso esta última fase del culto no se enlaza con el antropomorfismo griego, con el panteísmo bramánico y sus avatares, con el budismo y sus representaciones simbólicas de las fuerzas de la naturaleza, con el fetichismo fenicio y el magismo caldeo? No solò evoluciona el mito a través de los siglos, propagándose de mitología en mitología, y de religión en religión, transmitiéndose, de unas en otras, ceremonias y ritos, sino que reviste caracteres propios y permanentes cuando se circunscribe a una raza, a un país o a una región geográfica determinada.

—Vamos—indicó Juanito chanceándose—, según usted, la religión, como la moral, es cuestión de latitudes.

—Y tanto. Nosotros los situados debajo de los cuarenta y cinco grados de latitud norte sentimos la religión de muy distinta manera de los que viven más arriba de aquel paralelo. Mejor dicho: la religión es sentimiento de los climas fríos, la superstición lo es de los climas cálidos. El espiritualismo y el misticismo vienen del norte; el paganismo y el amor a la naturaleza vienen del sur. Ellos aman los símbolos, nosotros nos recreamos con imágenes y representaciones plásticas de nuestro credo. Ellos son pintores, nosotros escucltores; ellos ven, nosotros palpamos; ellos sueñan, nosotros gozamos carnalmente. Lo que es en ellos sentimiento, es en nosotros pasión, y de esta manera se explica que los países más fanáticos sean los menos religiosos.

y que cuando la religión se echa en brazos del arte, la Corte Celestial se convierte en el Olimpo de todos los dioses, y el Júpiter y la Minerva de Fidias, el Apolo del Belvedere y la Venus de Milo ocupen el lugar de Dios Padre, Cristo Jesús y la Virgen María.

—Es usted un jansenista al revés—dijo Luis, riéndose cordialmente de las exageraciones del doctor—, que no cree en la gracia teniéndola por arrobas. Para usted no hay más que concupiscencia. Busca usted contrastes donde no existen y supone que el misticismo y el amor a la naturaleza son antagónicos. Un latinista como usted, que ha bebido en Renan toda su irreligión, ¿no recuerda el sagrado himno "Cruz fidelis, inter omnes,—Arbor una nobilis"?

—Sí, sí—repuso apresuradamente el doctor—, y la estrofa aquella, "Arbor decora et fulgida,—Ornata regis purpura". Pero, querido, si eso es archipagano, si el árbol sagrado aparece en todas las teogonías y sistemas religiosos que ha habido desde que el mundo es mundo, consagrándose a cada divinidad el árbol correspondiente. Así, a Júpiter el roble, el olivo a Minerva, el laurel a Apolo, el mirto a Venus, el pino a Rea, el ciprés a Pluton, la vid a Baco, el cedro a las Euménides, o tomando las mismas divinidades forma y atributos de árboles, como las tres Hespérides del jardín del Atlas, Héspera convertida en álamo, Eritea en olmo y Eglé en sauce. Si antes, en los ritos turanios, el cedro blanco es el árbol que subyuga el poder divino del Maskin, y en el politeismo oriental existen leyendas en que los árboles hablan y a cuyo espíritu, que dan por cierto vive en ellos, le hacen toda clase de ofrendas, ¿qué novedad es esa del árbol de la redención cristiana? Lo que yo no

desconfío de ver antes de mucho es una escena de iconoclasmia como aquella que refiere Spencer de un rajah de Nepol, que al perder a su esposa favorita, de un ataque de viruelas, montó en cólera y maldijo a su reino, sus médicos y los mismos dioses de Nepol; ordenó azotar a los médicos y cortarles la nariz y la oreja derecha, y luego satisfizo su venganza contra los dioses, ¿sabéis cómo? A cañonazos. Hizo traer toda su artillería y enfilándola hacia el templo donde estaban reunidas las divinidades, mandó hacer fuego. Lo notable fué que, en el acto de disparar, muchos jefes y oficiales, sobrecogidos de pánico, apelaron al recurso de la fuga para no incurrir en la cólera divina, pero el degüello de varios artilleros contuvo la desbandada. En pocas horas de nutrido cañoneo no quedó ni rastro de las divinidades de Nepol.

—Pero aunque desnarigados y con una oreja de menos, médicos quedarían sin duda para hablar mal de los dioses.

—Eso es lo malo, que se van los dioses y se quedan los médicos, que son sus sacerdotes por la parte de asclepiades que les corresponde por herencia mitológica. Por mi parte no tengo inconveniente en reconocer que algún día será necesario hacer con ellos lo mismo que hizo el rajah de Nepol con sus deidades, pero eso no ocurrirá hasta que tenga positiva realidad en el mundo el sabio proverbio: "Medice, cura te ipsum!"

—Para entonces todos representaremos el "médico a palos" con la mayor propiedad.

—Y se acabará hasta esa superstición de la medicina, que es casi tan absurda como la superstición religiosa, puesto que ambas tienen el mismo origen.

Cansada y aburrida la estanquera les rogó que se fueran a seguir la plática fuera del estanco, paseando por los soportales, mientras ella cerraba su tienda, que ya era hora. No tardaron, en efecto, en sonar las once en el reloj de la vecina iglesia de Santo Domingo. Al incorporarse el doctor y ponerse el abrigo con la ayuda de Luis, de uno de los bolsillos de esta prenda cayó al suelo un objeto duro y metálico, a juzgar por el sonido que produjo. Inclinóse el iconoclasta galeno a recogerlo, pero ya se le había adelantado Juanito, el cual, al entregárselo haciendo una graciosa reverencia, le dijo en son de zumba:

—Ya veo, doctor, que es usted enemigo de toda clase de supersticiones. Guarde mejor su talismán, o por lo menos déjelo en casa cuando piense predicar contra el paganismo dominante de los cuarenta y cinco grados abajo de latitud norte.

—Vaya, vaya, doctor—añadió Luis, a su vez, jocosamente—, aplíquese el proverbio citado por usted, "medice, cura te ipsum".

El buen doctor, muy sofocado y corrido, se apresuró a guardar en el bolsillo una pulida herradura delatora de sus preocupaciones fetichistas y se alejó rezongando y mohino, como colegial sorprendido en un renuncio, gruñendo entre dientes:

—¡Esa maldita Gertrudis me pone en cada compromiso! ¡Por vida del chápiro!

Salieron todos del estanco, procurando Luis congraciarse con el inconsecuente doctor, echando a broma el pequeño descubrimiento que la casualidad le había deparado y que revelaba la doble personalidad del simpático filiatra, de es-

píritu tímido y creyente, con falso barniz de impiedad y volterianismo caedizo.

—Tiene usted muchísima razón, querido doctor; es cuestión de latitudes... y de raza. Nosotros somos, por la circunfusa hombres del mediodía, por la percepta hombres del norte, y de esta suerte no podemos sustraernos al doble influjo del celtismo ancestral, que constituye el sedimento de nuestra espiritualidad, y al del ambiente que nos infunde sentimientos paganos, renacentistas, concupiscentes, al hallarnos en contacto con la naturaleza exuberante que nos circunda. Por eso somos una raza sintética y equilibrada, tan distante del frío misticismo psicológico como del apasionado amor a los goces del cuerpo. Observe usted que en Galicia no hay fanatismo colectivo, y en materia religiosa profesamos un sincretismo práctico que tranquiliza nuestras conciencias y nos coloca lejos y por encima de toda controversia confesional.

—Luis—exclamó el doctor, estrechándole efusivamente la mano en ademán de despedida—, has puesto el dedo en la llaga. No te choque, pues, que yo lleve una herradura en el bolsillo cuando hay tantos que la llevan en el alma.

Al quedarse solos Luis y Juanito cambiaron una sonrisa y un gesto compasivo dedicado a la infantil manía volteriana del discreto nosófugo brigantino.

—Es el único hilo por el que le tiene el diablo sujeto—dijo Juanito riéndose cordialmente—. Y estos tironcitos que de cuando en cuando le da el demonio coinciden con el aumento de devoción de su ama de llaves, la varonil Gertrudis, que le tiene metido en un puño y que en días tan señalados como el de hoy, desatiende lamentablemente sus obligacio-

nes domésticas y atormenta el estómago de su amo con rigurosa vigilia, condimentada aprisa y corriendo. Es Gertrudis la que le obliga a llevar la herradura en el bolsillo, cuando no le mete papelitos de oraciones y aleluyas místicas, con el laudable propósito de exorcizarle y preservarle de pecado. Si fuéramos detrás de él y pudiéramos colarnos en su casa, presenciarías la escena que le prepara la gruñona sirviente al verle llegar tan tarde y tan macilento y alicaído. Lo menos que le dirá es que viene de correrla por ahí con alguna pelandusca, solo por dar gusto al demonio en un día como éste.

Continuaron paseando, resguardados del airecillo húmedo que soplaba en la noche lóbrega, al amparo de los soportales, enteramente desiertos. Al filo de la media noche creyeron percibir a lo lejos apagado rumor de voces y arrastre de pies, no tardando en divisar, al vago resplandor del único farol que había quedado encendido en el centro de la plaza, varios grupos informes, cuyas negras siluetas se recortaban sobre el fondo ceniciento de la noche húmeda, a manera de fantasmas encapuchados, marchando procesionalmente. Por encima de sus puntiagudas cabezas surgían confusas y hieráticas figuras, conducidas a hombros, balanceándose en la forma peculiar de las imágenes en procesión, y adelante, destacándose en avanzada, cuyos pasos guiaba la luz mortecina de un farolillo, tres sombras grotescas dejaban oir el lúgubre sonido de un pífano con sordina, acompañado de un tambor destemplado y un trombón que marcaba el ritmo de la salmodia con sus ronquidos.

—Acerquémonos—dijo Juanito tomando a Luis por el

brazo y conduciéndole al centro de la plaza, junto a la acera por la que desfilaba la extraña comitiva.

Era el paso llamado del "Encuentro". Una docena de encapuchados conducía a hombros las imágenes de San Juan, la Verónica y la Virgen de la Soledad, las cuales recorrían las calles hasta la madrugada en busca del Señor, desaparecido desde que Judas lo entregara, aquella misma tarde, a los sicarios de los escribas y sacerdotes, junto al huerto de los Olivos. Después de pasar la noche subiendo y bajando cuestas, enfoscándose en las tortuosas callejuelas silenciosas, al ritmo lento y monótono de la marcha lúgúbre entonada por aquella singular orquesta, y de descansar dónde, cómo y cuándo a los conductores les pluguiere, las sagradas imágenes debían separarse a la madrugada para penetrar en la plaza, viniendo de distintas direcciones, en el momento y sazón que indicase el predicador encargado del sermón en la ceremonia matinal del Encuentro.

Iban los encapuchados, al iniciar su litúrgico callejeo, muy graves y serios, cumpliendo su cometido con toda mesura y recogimiento. El pífano sonaba gangoso y opaco, acomodándose al apagado redoble del tambor mientras el trombón llevaba el compás con alternados bordonazos, rematando la estrofa con un prolongado mugido que evocaba el horrísono clamor de la trompeta del juicio final. Era aquel un canto homofónico, con inflexiones de salmo, que infundía religioso temor al espaciarse en el ámbito, recogido y tétrico, de las revueltas y angostas vías de la dormida ciudad, causando sobresalto y angustia a sus descuidados moradores, cuyo sueño interrumpía o poblaba de imágenes

dolorosas y lastimeras, forjadas al conjuro de aquel lamento penitencial, con resonancias de ultratumba.

Siguiéronles a distancia los dos amigos, recreándose en observar la perfecta adaptación del espectáculo a la decoración que le servía de apropiado marco. Parecía a Luis que si algún espíritu evocador del drama sombrío de la Pasión quisiera buscar fuera de Jerusalem un escenario para hacer desfilar a través del mismo la comitiva de los sicarios de los ancianos y sacerdotes, rabíes de luengas barbas y nariz ganchuda, que llevaron al Redentor de Herodes a Pilatos durante la noche de la Pascua del Cordero, ninguno podría superar en honda emotividad a aquel que tenía ante sus ojos. Creía recorrer con sus pies, tanto como con su imaginación, los Lugares santificados por la planta del Salvador en aquella noche que precedió al día de la Redención del mundo. La puerta de la Villa se le antojó la puerta del Carnero, la cuesta de la plaza el cerro de Bezetha, la casa del Conde la torre Antonia, la Rúa Nueva la calle de la Amargura. Jamás representación teatral del género de las que han hecho célebre la humilde villa bávara de Oberammergau, pudo disponer de más apropiado escenario al gusto medioeval, para producir la inefable sensación del misterio más sublime, desplegándose imponente sobre un fondo de severa majestad arqueológica, al que lo anacrónico del decorado prestaba mayor realce y grandiosidad. Pensando en esto, admiraba Luis la intuición artística que subsistía en el fondo del alma popular mariñana, a despecho de adulteraciones e influencias exóticas, que van borrando y fundiendo en un tono de vulgaridad uniforme, las líneas, el color y los detalles de palpitante originalidad,

como un cuadro antiguo deslustrado por la acción del tiempo.

Después de largos rodeos, subidas y bajadas, deteniéndose a veces a tomar respiro y marchando con menos recogimiento y seriedad conforme avanzaba el tiempo, volvió la comitiva a la plaza, deteniéndose en un extremo de ella, para conferenciar, formando corro, en medio del cual colocaron las imágenes, apoyadas las andas sobre las horquillas, mientras deliberaban los encapuchados y algunos noctámbulos más que se les habían unido con propósitos lo menos místicos posible. Al cabo de un rato, parecieron haber adoptado una decisión, pues rehecha la comitiva, si bien en completo desorden y a paso largo, volvió a subir la cuesta de la plaza, que Luis se antojaba el cerro de Bezeth, como quien va a tiro hecho. El pífano, el tambor y el trombón sonaron con furia, atacando las notas de la salmodia con aire de pasacalle.

—¡Vaya!—exclamó Juanito—, se acabó la religiosidad. Ahora es cuando procede aplicar a la música la letra que inventó la musa popular mariñana:

Como pasaremos la mañana,
—Con aguardiente y caña.
—Donde la iremos a buscar,
—A casa de la Catalana...

En lo alto de la plaza, el grupo se arremolinó a la puerta de una casa, que ostentaba en el quicio la rama de laurel simbólica. Unos golpes nada discretos, operaron el milagro de la caverna de Ali-Baba, desapareciendo en el interior, débilmente iluminado por un farol que abultaba las dimen-

siones de las pipas y corambres allí almacenados, hombres e imágenes, en sacrílega mescolanza.

—¡Oh, qué horror!—exclamó Luis llevándose las manos a la cabeza.

—No te espantes, hombres—dijo Juanito tranquilizándole—; acaso mañana por la mañana no pueda San Juan acudir al Encuentro porque sus conductores estarán durmiendo la mona en los bancos de Café de Madrd, mientras la imagen reposa del ajetreo nocturno, de pie y resignada, encima de la mesa de billar.



XXII

En aquella hermosa mañana de Abril, límpida y serena, descendía apresurado por la empinada cuesta de las Angustias, un mocetón garrido, de recia y musculosa armadura, vivo y decidido ademán, vocero de obstinadas energías. Por la expresión de su semblante lampiño, el brillo de sus claros ojos, de mirada infantil y el desenfado y soltura de sus movimientos, advertíase en el impetuoso caminante la alegría del retorno al hogar, por largo tiempo añorado en las ansias y zozobras de la lejana ausencia.

Todo en torno suyo resplandecía y vibraba con el gozo de vivir. La fecunda tierra mariñana, siempre verde y jugosa, mostraba su seno ubérrimo, que los rayos del sol primaveral acariciaban, envolviéndola en un nimbo de oro, como un maravilloso trasunto del mito fructidor de Dánae. El ondulante río, manso y bruñido, deslizábase, con el suave reptar de un anélido, por entre los juncos vivaces y aromáticos que emergían, como mullida felpa, del recamado tapiz, de perenne verdor, tendido sobre el amplio estero,

junto al que se yergue, fosca y señoril, la enriscada silueta de la noble ciudad brigantina.

Luego de cruzar el Puente Nuevo, con paso acelerado que excitaba la curiosidad de alcabaleros y paseantes, torció decidido hacia la izquierda, sin penetrar bajo el arco almenado que da acceso a la empinada cuesta de la calle de los Herreros, y se enfoscó en el barrio de la Ribera, que rodea, como un suburbio bullicioso y heteróclito, el viejo y arracimado caserío de la hidalga ciudad, soñolienta y abrumada bajo el peso de su leyenda de gloria milenaria.

A poco andar, hallóse enfrente de un alto caserón enjalbegado, cuya triple fila de balcones de madera, denegrida y apolillada, desaparecía bajo la más harapienta profusión de ropas tendidas y expuestas al claro sol matinal, que, por no ver tanta miseria, huía de soslayo, ocultándose tras los mohosos tejados de las casas circunvecinas. Sin titubear, empujó la media hoja que cerraba el paso al lóbrego portal, atropelló un cerdo que hozaba en un montón de berzas podridas, asustó a unas gallinas que disputaban al cerdo su pitanza, y haciendo prodigiosos equilibrios al salvar los derruídos peldaños de una escalera epilepsiforme, de un brinco se halló en lo más alto del hórrido edificio. Detúvose un instante sofocado, anhélito, menos por el esfuerzo de la larga caminata y de la temeraria ascensión que acababa de realizar, que por la emoción irrefrenable de que se sintió violentamente acometido. El ansia de llegar, de ver realizado un ensueño por largo tiempo acariciado, de tocar, de asir, de apoderarse y gozar definitivamente del bien que la penosa y dilatada ausencia había hecho más apetecible todavía, reteníale allí perplejo, incrédulo, temblando de pla-

cer y de miedo, como al despertar de un venturoso sueño. Al fin, cual si se lanzara al azar de un acto temerario, decidióse a llamar a una puerta mezquina, diseñada en el desconchado muro, conteniendo a duras penas el alborotado latir de su corazón que pugnaba por salírsele del pecho y filtrarse impaciente a través de aquella puerta, que surgía como el último obstáculo en su camino hacia la dicha, a punto de alcanzarla.

Al cabo de un minuto de espera, largo y torturador, se abrió la puerta y apareció en el dintel, restregándose las manos con el delantal que pendía de su cintura, una mujer más desaseada que vieja, las canosas greñas mal cubiertas por el pañuelo de cabeza y cuya fisonomía expresó en menos de lo que se dice, las más opuestas y revueltas sensaciones de espanto, alegría, dolor y recelo. Al cabo exclamó:

—¡Fuco querido!

—¡Madriña de mi alma!—gritó a su vez el mozo, precipitándose en los brazos de la anciana, que lloraba a moco y baba.

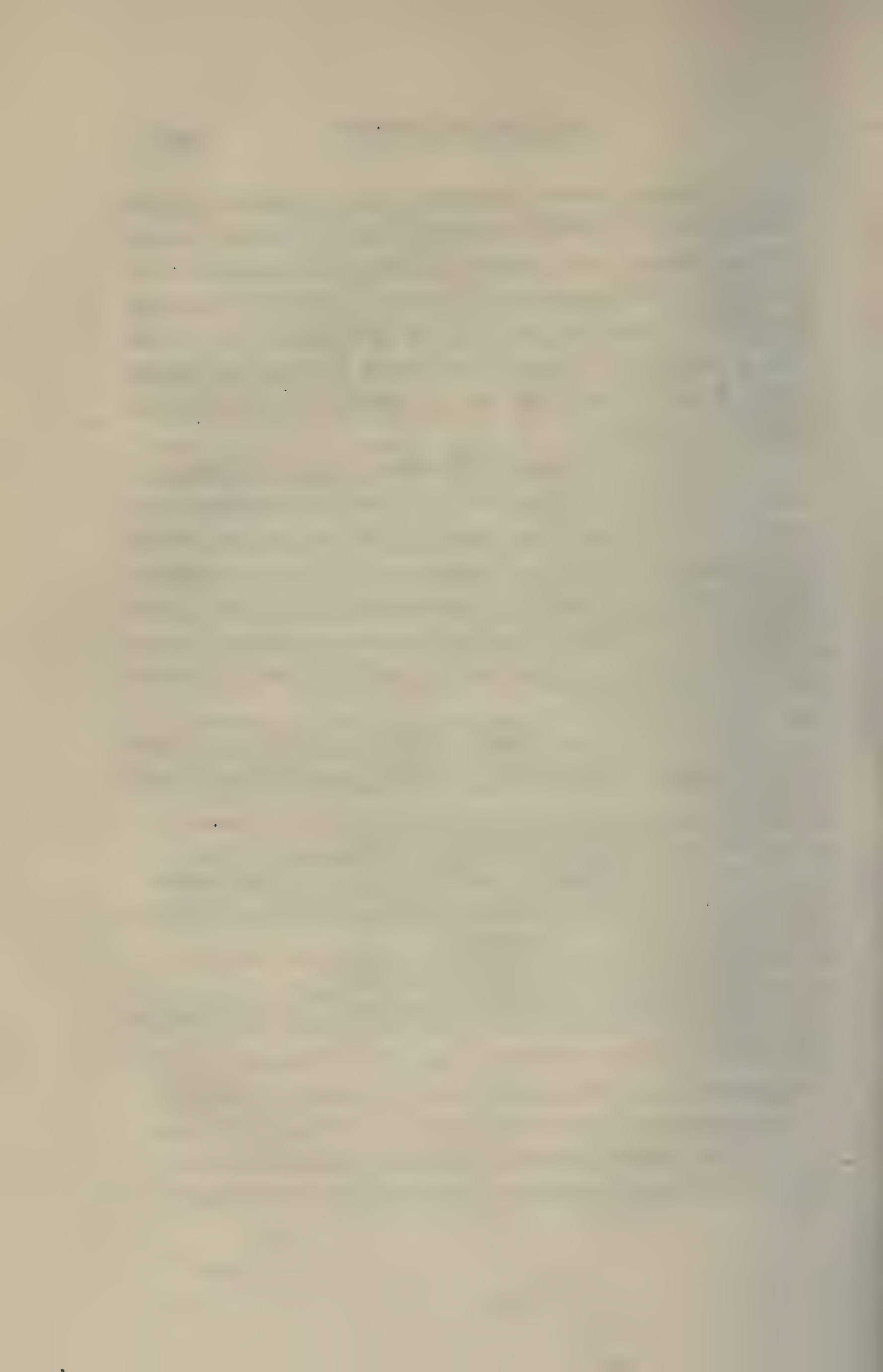
—¿Y... Sabela? ¿Dónde está Sabela?

Ante un leve gesto de vacilación de la anciana, experimentó el viajero un doloroso escalofrío de duda y de miedo.

—Ven, entra... Te contaré.

—¿Qué? ¿No está? ¿Se ha marchado?

—Sí, fuése a La Coruña. Pero entra, hom, entra. Ya te contaré.



XXIII

VOLVIAN los dos amigos, Luis y Juanito, a la ciudad, después de haber descansado de sus andanzas noctívagas del Jueves Santo, y deseosos de presenciar la procesión del Santo Entierro, cuando vieron pasar a su lado, caminando en la misma dirección, un mocetón gallardo y vigoroso, tallado en hércules, que, no obstante su aire preocupado, mostraba decisión y firmeza en su ademán y en su porte. Habiéndole reconocido Juanito, se puso a llamarle, haciendo aspavientos de alegría.

—Fuco, eh, muchacho, oye, ven acá.

Acercóse el fornido mariñán, que no obstante el aplomo adquirido en sus viajes ultramarinos, conservaba su aspecto receloso y ceñudo, accediendo de mala gana a la invitación.

—¿Pero qué? ¿no te acuerdas de mí ni de éste?—preguntó Juanito, señalando a Luis.

—De usted, sí, pero de este señor, no.

—Pues juntos anduvisteis en la escuela. Ya te acordarás de Luis Patiño, de Miodelo.

Al oir este nombre, sintió Fuco agolpársele la sangre a las sienes y estrechó la mano cordialmente abierta que Luis le tendía.

—¿Cuándo llegaste, Fuco?

—Llegué hace unos días.

—¿Vas a estar mucho por aquí?

—Pchs... ¡quién sabe! Todo depende...

Dirigiéndose a Luis, preguntó Fuco a su vez:

—¿No es usted el mismo al que le partieron la cabeza de un palo, ahí en la Ribera?

—Sí, yo soy—contestó Luis—. Pero ante todo tutéame como antiguos amigos que somos, recordando los tiempos en que jugábamos al marro y a los tres navíos detrás del atrio de Santa María.

—¡Claro!—añadió Juanito, interviniendo en el diálogo—. ¡Y las chapuzadas que nos dimos juntos en la Pontica y en la Cangrejera!

Fuco, un tanto cortado y receloso, guardó silencio.

—¿A dónde ibas ahora?—preguntóle Juanito—; porque si vas hacia el Campo, iremos juntos.

—Sí... no sé; iba primero a casa de... de mi madre, ya sabes, la señora Andrea.

—¿La madre de Sabela? ¡Vamos, hombre! ¡Ya lo creo que sí! ¡Pobre mujer! Oye, ¿y Sabela? ¿qué es de ella? Habla con toda confianza, que somos amigos, de verdad.

No se decidía Fuco a espontanearse, aunque no desconocía la sinceridad y buena intención con que Juanito le invitaba a ello. Caminaron en silencio largo trecho, y cuando se hallaron cerca de la casa de Sabela, dijo Fuco a Luis:

—¿No fué allí donde te hirieron a traición?

—Sí, creo que sí. Como supondrás, el que menos fe puede dar de esos detalles soy yo. Gracias que pueda contarlo.

—¿Y no sabes quién te hirió?

—No, pero lo sospecho.

—¿Ni quién acudió antes que nadie en tu auxilio y te curó la primera?

—Tampoco, y, lo que es peor, de eso sí que ni sospecha tengo. ¡Poco que me alegraría saberlo!

—Pues yo si lo sé. Conozco al traidor que te hirió por la espalda y a la persona compasiva que te recogió en sus brazos hasta que llegó el médico y te llevaron a casa de tu tía Doña Mariquita.

—Dime, dime por Dios el nombre de esa persona a la que debo acaso la vida. Este nombre ante todo, el otro importa menos.

—La persona que tuvo en su regazo tu cabeza rota y ensangrentada, que la lavó y acarició como una madre, fué la señora Andrea.

—¿La madre de Sabela?

—La misma.

—Corramos a verla, quiero besar sus manos, quiero decirle toda mi gratitud, quiero...

—Hoy no la podrás ver, no está aquí.

—¿Pues dónde está?

—Está en La Coruña.

—¿Y Sabela?

—También debe estar en La Coruña.

—¿Sabela en La Coruña?—exclamó Juanito—. ¿Y qué hace allí? ¿Dónde vive?

Permaneció Fuco en silencio durante largo rato, fluc-

tuando entre la necesidad creciente de desahogar su pecho angustiado y su natural taciturnidad y discreción. Al fin, como si leyese en el semblante de los dos amigos mudas y leales promesas de consuelo y auxilio, se decidió a hablar, haciéndolo con acento de honda amargura, que conmovió a sus oyentes.

—Ya sabéis lo que le pasa a Sabela; lo sabe todo el mundo. Pero lo que no sabíais es que Sabela está en La Coruña desde hace unos quince días, sin que su madre ni yo hayamos podido averiguar todavía dónde la tiene escondida la bribona que con sus trapicherías es la causante de todo, la que le aconsejó el viaje y la llevó allí, dejándola en una casa de la que salió hará cosa de tres o cuatro días para refugiarse en otra, con la que no hemos podido dar por más que hicimos.

—¿Pero ese viaje...?

—Verás. Hará como un mes o algo más, que la señora Andrea recibió una carta mía, escrita desde Inglaterra, anunciándole mi próxima llegada aquí. Sabela, al enterarse de esto, dijo a su madre que no aguardaría mi vuelta de ningún modo, que estaba determinada a cometer cualquier barbaridad antes que verme delante de ella. Por consejo de esa infame mujer, la ferrolana, consintió la señora Andrea que fuese Sabela a La Coruña a hospedarse en casa de una amiga de Pepa, modista como ella, que la tomaría a pupila, dándole lo comido por lo servido y atendiéndola en su estado. Fueron acompañándola hasta la capital Pepa y Rodrigón, dejándola instalada y al parecer contenta en casa de la modista coruñesa. De allí escribió Sabela dos veces, diciendo que se encontraba muy bien y encargando

sobre todo que no me dijesen, de ninguna manera, dónde paraba. Llegué yo, ví a la señora Andrea y... podéis figuraros lo que por mí pasó al enterarme de todo, todo lo ocurrido a Sabela, todo menos las señas de la casa donde vivía en La Coruña. Supliqué de rodillas a la señora Andrea, tan madre mía como de Sabela, que me diese las señas; le juré por cuanto puede jurar un hombre, que no le haría nada ni le diría la menor cosa que pudiese causar a Sabela el más pequeño disgusto. La convencí de que, en vez de un enemigo, debían de mirarme como a un hijo y a un hermano dispuesto a todo por salvar a Sabela, por ayudarla en su situación... No quería más que verla, verla y perdonarla... Con mis propias manos destrocé mi corazón, retorciéndolo como un trapo hasta escurrir la última ilusión, y hasta me sentía dispuesto a ir yo mismo a buscar al señorito ese, al canalla de Otero, traerle a la fuerza y obligarle a cumplir como un hombre honrado... Ya la señora Andrea se había dejado persuadir y se abandonaba, llorando en mis brazos, a mi protección, reconociendo mi derecho a velar, como hijo suyo, por la tranquilidad de ella y de Sabela, cuando un telegrama puesto en La Coruña por la modista, en cuya casa se hallaba Sabela, nos da la noticia terrible de que Sabela había desaparecido, sin dejar rastro, ignorando dónde podía encontrarse. Sin perder minuto tomamos el tren y nos plantamos en La Coruña la señora Andrea y yo. Corremos a casa de la modista y allí nos dijo ésta, entre lágrimas y suspiros, que el día anterior habían estado a ver a Sabela, Pepa y Rodrigón, y después de encerrarse largo rato los tres solos, se despidieron aquéllos, dejando a Sabela llorosa y muy agitada. Poco más

tarde apareció Sabela vestida para salir y dijo a la modista que se sentía mal de la cabeza y que iba a dar una vuelta para despejarse. Aunque le extrañó un poco la determinación de Sabela, más por el tono en que lo dijo que por otra cosa, no creyó deber oponerse a su deseo, convencida además de que, aunque lo intentara, nada conseguiría, dado su carácter decidido y terco. Se fué para no volver. Le aguardó hasta bien entrada la noche, y cuando se convenció de que algo raro y anormal significaba aquella desaparición, resolvió telegrafiar a la señora Andrea. Todas nuestras gestiones para hallar el paradero de Sabela han sido inútiles. Llevamos varios días revolviendo toda la ciudad, sin dejar apenas un rincón por escudriñar, sin haber dado con ella. Su madre queda allí, desesperada, aguardando mi vuelta. Yo vengo aquí a averiguar dónde está Sabela. Aquí hay personas que lo saben, y aquí lo sabré yo. ¡Vaya si lo sabré!

Calló Fuco y miró al cielo, apretando los puños con su gesto habitual de desesperación y desafío. Luis y Juanito se aproximaron a él y tomándole cada uno de un brazo, exclamaron a un tiempo:

—Cuenta con nosotros.

Mientras Fuco subía de dos en dos los escalones de su casa, para ejecutar sin duda algún encargo de la señora Andrea, Luis y Juanito permanecieron esperándole a la puerta.

—Me figuro—dijo Juanito—el plan de Fuco. Va a intentar arrancar a Pepa su secreto. No sacará nada en limpio de esa lagarta.

—¿Tú crees? Entonces Rodrigón...

—Ese es el camino, pero con maña. Por la tremenda

no conseguiríamos más que dar un espectáculo o algo peor.

—¿Tienes alguna idea?

—Aún no. Veremos qué piensa Fuco.

A poco rato bajó éste, mostrando en su ceño la mayor decisión y en sus ojos brillantes todas las ansias y torturas de su alma.

—Vamos a ver, Fuco—dijo Juanito—, puesto que sabes que estamos dispuestos a ayudarte en todo cuanto sea preciso, dinos qué piensas hacer. ¿Vas a ver a Pepa?

—A su casa voy.

—¿Y si no está?

—Volveré cuantas veces sea preciso. Aunque se esconda bajo tierra, o en el mismísimo infierno, la encontraré.

—¿Y si no te recibe?

—¡Ya lo creo que me recibirá! Sería capaz de pegar fuego a la casa.

—Y si, aunque te recibiera se negase a decir dónde está Sabela, ¿qué harías?

—Le retorcería el pescuezo hasta obligarla a soltar la verdad.

—¡Hum! Difícil lo veo. Hay que andar con mucho ojo con esa pájara. De otro modo todo se volverá dar coces contra el aguijón. Busquemos otro medio.

—Yo no conozco otro ni quiero conocerlo. Yo voy siempre por el camino derecho. O aplasto o me aplastan.

—¿Y si combináramos los dos procedimientos, la habilidad y la violencia?—dijo Luis, que había permanecido callado hasta entonces, dando vueltas en su magín a infinidad de proyectos—. Podemos ver desde luego qué dice Pepa. Después...

—Oye, Luis—interrumpió Juanito—, vamos a hacer una cosa. Tú y Fuco vais a ver a Pepa; yo os aguardo en el estanco. Conviene que ni Pepa ni Rodrigón me vean con vosotros por el momento. Creo que esto no contraría tu plan, ¿no es así?

—Me parece muy bien—dijo Luis, enlazando su brazo al de Fuco—. Mientras nosotros nos entendemos con la prójima, tú preparas la "trapela" en que haya de caer Rodrigón. Conformes: ¿qué te parece, Fuco?

—Por mí, andando.

Despidiéronse Luis y Fuco de Juanito, el cual echó a andar diligente en dirección al estanco de la plaza, frotándose las manos de gusto al pensar en la encerrona que iba a disponer para atrapar al bárbaro de Rodrigón y hacerle pagar de una vez las fechorías cometidas con Luis y Sabela. Marchando en sentido opuesto, no tardaron Luis y Fuco en hallarse a la puerta de la casa de la modista. Sin detenerse a llamar a la campanilla, subieron hasta el primer piso, donde tenía instalado el taller, cerrado a la sazón por la festividad del día. Asiendo Fuco la aldabilla, golpeó repetidamente la puerta. Al estrépito contestó desde dentro una irritada voz femenina.

—¡Jesús, qué bestia! ¿Quién llama de ese modo? ¡Ni que fuéramos sordas!

Antes de abrir, una mano descorrió la mirilla y preguntó colérica:

—¿Qué se le ofrece?

—Abra usted—gruñó Fuco—. Traigo un recado urgente.

—Pues lo siento mucho—contestó la misma voz a través de la mirilla, tras la que adivinó Luis la mirada cínica

de la ferrolana.—Vuelva más tarde, que ahora no puede ser.

—Abra usted, señora, abra usted que le tendrá más cuenta—gritó Fuco dando violentos empujones a la puerta.

—Déjeme en paz; si está borracho, vaya a dormir la mona.

Furioso el hércules mozo descargó tan tremendo puñetazo a la puerta, que a punto estuvo de hacer saltar la cerradura.

—O abre usted, o echo la puerta abajo.

A la voz de Pepa se unió la de su madre, lanzando los mayores denuestos e imprecaciones y alborotando el cotarro como dos rabaneras.

—Si no se va de ahí pido socorro a los vecinos.

—Pida usted lo que quiera; yo no me voy de aquí sin hablar con usted. Y cuanto mayor sea el escándalo, mejor. Así no quedará en todo el pueblo ni una sola persona que ignore lo que tengo qué decir a usted, porque me pondré a gritarlo a la puerta de la calle.

Entonces intervino Luis, con ánimo conciliador.

—Haga usted el favor de abrir, Pepa, que no venimos por mal. Hablando se entiende la gente.

La voz de Pepa se dulcificó, gazmoña y solapada, filtrándose a través de la mirilla con inflexiones felinas.

—Ah, ¿es usted, Luis? No sabía que estaba usted ahí. Si es así, pasen, pasen.

Se abrió la puerta, dando acceso a los dos visitantes, que fueron conducidos al comedor después de cruzar un lóbrego pasillo, por cuya angostura penetró la mole de Fuco tropezando con las paredes. Pepa, elegantemente ataviada de

negro para asistir a la procesión del Santo Entierro, les recibió sonriéndose irónicamente.

—Ya me dispensará usted—exclamó dirigiéndose a Luis—; si hubiese sabido que venía usted con éste, hubiera abierto en seguida. A mí lo que no me gusta son los malos modos.

—Bueno—rezongó Fuco—, dejémonos de pamplinas. Ya usted comprenderá a lo que vengo. ¿Dónde está Sabela?

—¡Ay, rapaz! Y yo qué sé. ¿Soy su madre, acaso? Ella lo sabrá.

—Ella no lo sabe, mala mujer; ella es la que me encargó que se lo pregunte a usted.

—¿Y usted quién es para preguntármelo? ¿Es usted acaso pariente de ella?

—Demasiado sabe usted quién soy y qué derecho tengo para preguntar. Conque, así, conteste, no me haga perder la paciencia.

—No es para tanto, hombre, no es para tanto—exclamó la modista haciendo una mueca a fuerza de querer disimular su enojo—. Y ahora que caigo, siéntense ustedes, con confianza, están ustedes en su casa...

Creyó Luis oportuno intervenir de nuevo diplomáticamente.

—Mire usted, Pepa, permítame aconsejarle que atienda al ruego de Fuco, mejor dicho, al ruego de la madre de Sabela, que es quien le envía.

—¡Pero si yo no sé nada! Yo no sé para qué me meten en líos. ¿Qué tengo yo qué ver con Sabela, ni qué me importa que esté en un sitio como en otro?

—¿Que no sabe usted nada? ¿Que no tiene usted que

ver con nada de esto, eh? ¡Ah! ¡grandísima pulga! Pues ¿quién si no usted tiene la culpa de todo? ¿Quién alcahuetó las relaciones de Sabela con ese señorito de miércoles? ¿Dónde pasó lo que pasó si no aquí mismo, en esta casa, con consentimiento de usted? ¿Creía usted que yo no sabía nada? Todo, todo se sabe, todo, y no me ponga usted en el caso de decir todo lo que sé, porque... iríamos muy lejos.

Pepa, cada vez más pálida, pero serena y muy dueña de sí, plegando los labios con una sonrisa forzada, repuso:

—No se sofoque usted, cálmese, que no está bien venir a insultar así en su casa a una pobre mujer indefensa. Dos hombres tan galanes como ustedes son mucho para mí, abofé. Ni yo fuí consentidora ni ese es el camino. Les han engañado al contarles esas cosas. Los dos se entendían antes de ahora; ya sabían ellos dónde les apretaba el zapato. Lo que hay es que abusaron de mi confianza y tomaron esta casa para hacer su capricho, cuando ninguna necesidad tenían de ello, pues portales y escaleras oscuras hay por ahí de sobra que les sirvieran para estar de palique, con toda tranquilidad, las horas muertas. Allá su madre que no supo tener cuenta de ella. Lo único que yo hice, portándome con ella como si fuera una hija mía, fué tratar de remediar el mal paso que dieron los dos porque les petó, pues son bastante grandecitos para mamarse el dedo. Y ahora ¡así me pagan! Bien merecido lo tengo por hacer favores! ¿Y es la señora Andrea la que le ha contado eso? Pues me gusta. Si ella no ha sabido guardar a su hija, ¿por qué pide cuentas a los demás, que ninguna obligación tenemos de hacerlo? ¡Sí que es agradecida!

Admiraba Luis la frescura de la prójima, que se había

puesto de pie, impaciente por dar término a la enojosa entrevista. Comprendiendo que por el camino de las amenazas y de las recriminaciones seguido por Fuco nada conseguirían, insistió en sus razonamientos conciliadores.

—Bueno, Pepa, bueno, pero no se trata de eso. Nada de altercados ni disgustos. A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. No veníamos a pedirle cuentas. De lo que se trata es únicamente de devolver una hija a su madre y para eso veníamos a solicitar su ayuda. No nos la niegue usted, ¿contamos con ella?

La astuta ferrolana, asiendo rápidamente el cable que le tendía Luis, contestó:

—¡Ya lo creo! Cuenten conmigo. ¡Haber empezado por ahí! Si no es más que eso, ¡vaya! Qué no haría yo por complacer a usted. Ya sabe que le aprecio de veras, Luis, aunque usted no lo crea.

—Estoy convencido de ello. y por eso no he titubeado un momento en dirigirme a usted.

—Ha hecho usted bien. No hay cosa que más me agrade que entenderme con la gente de buena educación. ¿Que dónde vive ahora Sabela? Déjeme que recuerde... A ver... ¿de dónde me escribió ella? Creo que tuve carta ayer. Aguarden un momento, voy a buscar la carta. Con permiso...

Desapareció un momento en la oscuridad del pasillo. Al quedarse solos hizo Luis una seña a Fuco invitándole a callarse y mostrar más calma; ya verían luego lo que habría de hacerse. Volvió la modista con un papel en la mano.

—Aquí están las señas. Van apuntadas en esa tarjeta. Pero conste que yo no la he ocultado nunca; la propia Sa-

bela es la que me ha suplicado que no dijese a nadie, y menos a usted, Fuco, dónde paraba. Pero ya estoy harta de líos. Búsquenla donde ahí se dice ,y déjenme en paz.

Tomó Luis la tarjeta y luego de examinarla, la entregó a Fuco, que se apresuró a guardarla en el bolsillo.

—No quiero pensar—dijo Luis, despidiéndose—que trate usted de engañarnos. Venimos de buena fe y no dudo de la suya. Por otra parte, sería precaución inútil, porque si Sabela no pareciese en toda la tarde de hoy, mañana por la mañana recibirá el juez una denuncia contra usted, por secuestro de una menor... Conque, buenas tardes, Pepa.

Mientras bajaban la escalera, despedidos con irónica cortesía por la taimada, decía ésta para sí:

—Buscarla, buscarla, pipiolos, trabajo os mando. ¡Como no busquéis...!

E hizo ademán de sacudir, moviendo la mano abierta y cortando el aire con ella.

Al llegar a la calle, dijo Luis a Fuco:

—Vamos al telégrafo a mandar un parte a la señora Andrea con estas señas. Tú debes tomar el tren de las nueve de la noche, porque no hay otro antes. Si es menester, te acompañaré a La Coruña. Entre tanto vamos a ver lo que hizo Juanito, que es posible haya conseguido de Rodrigón que le facilite la dirección de Sabela, y así sabremos si concuerda con la que nos ha dado Pepa. Por si ninguna fuere la verdadera, iremos a ver al juez, para tener dispuesta la denuncia. Sí, Fuco, de esta vez las pagan todas juntas. Veremos si hay justicia en La Mariña para salvarla.

—¿Para salvar a Sabela?

—No, a La Mariña, digo, eso es, a Sabela. Lo mismo

da. En mi pensamiento La Mariña y Sabela son la misma cosa.

—De salvarla, será solamente la vida, porque la honra...

—¡Es verdad, es verdad! Ya eso no tiene compostura. ¡Qué desdicha!

XXIV

En cuanto se apartó Juanito de sus amigos, emprendió el camino en derechura al estanco. Tenía la certidumbre de que la fértil imaginación de la estanquera le serviría para arbitrar un plan capaz de dar al traste con todas las maquinaciones ideadas por la modista ferrolana con el fin de ocultar el paradero de Sabela.

Comenzaba a afluir a la plaza el público de las grandes solemnidades, apresurándose a tomar posiciones para presenciar la manifestación religiosa que no tardaría en verificarse, tan pronto como hubiese terminado la espeluznante ceremonia del Desenclavo, seguida del terrorífico sermón de la Soledad, que en aquellos instantes debía estarse pronunciando en la vecina iglesia de Santo Domingo, con acompañamiento de llantos, gemidos y síncopes de las sensibles beatas y en medio del estupor de la gente aldeana, más ecuánime y de más sosegados nervios.

En dos palabras puso Juanito a la estanquera al corriente de la situación. Chispearon los vivos ojillos de la "confesora" con inusitada alegría, dichosa de poder saciar

su encono contra la perdularia modista, su feroz enemiga, y poniéndose de pie, dijo a Juanito:

—Tú déjame a mí. Esto corre de mi cuenta. Anda, vente conmigo.

—¿Qué va usted a hacer?

—No me preguntes, no digas nada. Tú verás. ¡Ay, lercha, lerchona! ¡de esta vez...!

Arrebujóse precipitadamente en su mantilla de color de ala de mosca y dejando el estanco al cuidado de sus dos hijas, que se sonreían cachazudamente al pensar qué extraordinaria ocurrencia habría brotado en la inagotable imaginación de su madre, hizo seña a Juanito de que la siguiera.

—Pero dígame a dónde vamos.

—Calla, bobo, tú déjate guiar. Vamos aquí al lado, ya verás.

Después de cruzar rápidamente la calle, detuviéronse ante el portal cavernoso de un caserón de vieja planta, cuya fachada, bárbaramente restaurada, aparecía cubierta de encristaladas galerías y balconcillos adornados de gruesas perillas de cuajado vidrio. Empujando la entornada cancela, penetró decidida la estanquera, como quien sabe a donde va. A su discreta llamada a la puerta de la escalera contestaron desde arriba, mientras tiraban del cordón del picaporte:

—¿Quién es?

—Le soy yo. ¿No está el coronel en casa? Aquí le traigo los puros escogidos que me encargó esta mañana.

—¡Ay, qué lástima! El señor acaba de salir para el cuartel, a reunirse con la comisión de la zona que va a asistir a la procesión.

—¿Entonces allí le encontraré?

—De seguro.

El cuartel estaba cerca. Al ordenanza que guardaba la puerta dijo la estanquera, después de saludarle confianzudamente:

—Anda, Ramonciño, avisa al coronel que aquí le traigo los puros que me encargó.

—No puede ser, señora Engracia, porque ahora mismo va a salir la comisión para el Consistorio a reunirse con el Ayuntamiento para ir a la procesión.

—Mira, bobiño, toma este puro y anda, entra y dí al coronel que tengo que decirle dos palabriñas nada más, que es un recado muy urgente que tengo que darle.

Ejecutó el ordenanza lo que se le pedía y volvió a poco para informarles que el coronel les aguardaba en su despacho.

Era el coronel jefe de la zona un buen señor excesivamente obeso y corto de cuello y de luces, que, además del asma, se había traído de Cuba los cascos reblandecidos, de tal suerte, que, al hablar, enarcando las cejas y resoplando como un fuelle roto, solía trabucar cuanto le entraba por los oídos, como si las ideas se le alborotasen dentro del caletre, sin dejar de mirar fieramente a todo el que se le ponía por delante, como haciéndole responsable de sus padecimientos, distracciones y chocheces. Su única preocupación era la moralidad de sus subalternos, y sabiéndolo, preparó su alegato la astuta estanquera con sutil habilidad de dueña dolorida.

—No le quiero incomodar—comenzó diciendo con entonación melosa y apesadumbrada, mientras depositaba so-

bre la mesa un mazo de puros que traía debajo del mantón—, pues ya veo que está usted de mucha prisa, pero le es una cosa muy grave y de mucha urgencia. Este chico, que es sobrino de D. Baltasar el coadjutor de Santa María, tiene una prima muy guapa, dicho sea sin ofender a nadie, que ha desaparecido de su casa y la tienen secuestrada en La Coruña el teniente D. Rodrigo y su moza Pepa la ferrolana, ya usted sabe quién es. La madre de la rapaza anda loca buscándola sin poder dar con ella, y antes de dar parte al Juzgado, creí que sería mejor que usted se enterase y tomase cartas en el asunto.

—Dice usted que D. Rodrigo, el coadjutor de la parroquia de Santa María tiene secuestrada a la prima del teniente... ¿Cómo se llama ese teniente?

—No, señor coronel, no es así. D. Rodrigo es el teniente que tiene secuestrada a la prima de este joven.

—¡Don Rodrigo, D. Rodrigo...! ¿Y quién es ese don Rodrigo, señora? Yo no sé de otro D. Rodrigo que el rey godo o aquel que murió en la horca con mucho orgullo...

—Pues éste no carece de méritos para subir a ella. Ya se acordará usted, pero no cae en la cuenta. Es ese que llaman Rodrigón, que es tan grande y tan bruto, con perdón sea dicho.

—Ah, sí, Cacho, el teniente Cacho, D. Rodrigo... Y su Florinda ¿quién es?

—Si no se llama Florinda, sino Sabela.

—Bueno, mujer, bueno. Es un decir. Florinda o la Cava, vulgo Sabela. Por ella se perdió España. ¿Cree usted que por esa Sabela se va a perder La Mariña?

—¡Ay, no lo sé! Lo único que le puedo decir es que

ese cacho de teniente y la bribona de su moza tienen escondida a la prima de éste en una casa de esas... vamos, usted ya me entiende, señor coronel, para dedicarla a...

—¿Cómo, señora? El teniente Cacho dedicado a la trata de blancas? ¿Y el honor militar, brrr...? De modo que el teniente ese dedica a su prima a...

—No es la prima del teniente, sino su moza, su...

—Ah, ya comprendo. La moza del teniente tiene secuestrada a la prima de este joven en casa de su tío el coadjutor de Santa María, que la quiere dedicar a...

—¡Jesús! ¡Ave María! Si el pobriño coadjutor de Santa María no tiene nada que ver con esto!

—¿Pues entonces para qué lo nombra usted, señora? Acabemos; decía usted que la madre de este joven andaba buscando a la prójima esa... del teniente Ca... ¡brrr! que la tiene secuestrada en casa de su prima...

—No, señor, no es nada de eso. La madre de la prima de este joven anda loca buscando a su hija, que ha sido secuestrada por la amiga o lo que sea del teniente Cacho y cuyo paradero se ignora.

—¿Se ignora el paradero del teniente Cacho? ¡Hombre! ¡Eso nos faltaba!

—Perdón, señor coronel, el paradero que se ignora es el de la chica secuestrada por el teniente y su moza, que es una bribona, y la madre de la chica anda loca buscándola...

—¿Y qué quiere usted que yo le haga, ¡brrr!, señora? Si está loca, que la encierren.

—Si no es que esté loca; es que el teniente...

—¿Es él quién se ha vuelto loco? A ver, cómo ha sido eso...

—No es tampoco el teniente el que está loco.

—Entonces soy yo a quien está usted volviendo loco, señora.

—Si no me deja explicarle.

—Pues explíquese de una vez, que tengo prisa, ¡brrr!

—Verá usted. El teniente Cacho, al que llaman Rodrigón por mal nombre, tiene una querida, que es Pepa la ferrolana, la modista, y esta modista se dedica, de acuerdo con el teniente Cacho, a mandar chicas a La Coruña a casas de mal vivir, y ahora acaba de hacer esto con la prima de este joven que es sobrino del coadjutor de Santa María, y la madre de la chica anda desalada buscándola por todas partes, sin saber dónde está, y además...

—Ya, ya comprendo. La madre de la chica querrá que el teniente Cacho se case con la chica para tapar algún desliz; la querida del teniente se opone, como es natural, a esta boda, y el coadjutor de Santa María me envía a este joven, que es su sobrino, para rogarme que yo intervenga y aconseje al teniente que se porte como un hombre de honor. Bien, bien, ¡brrr! Me parece bien. Yo hablaré al teniente. ¿Nada más, señora?

Próximo a agotársele la paciencia y comprendiendo que la disparatada manera que aquel buen señor tenía de entender las cosas iba a echarlo todo a perder, intervino Juanito, cortando por lo sano, y dijo al coronel:

—Mire, señor coronel, lo mejor será que usted llame al teniente Cacho y le diga que le traiga aquí la muchacha.

y aquí vendrá a recogerla el coadjutor de Santa María. ¿Le parece bien?

—Muy bien. Comprendido. La chica vendrá aquí, el coadjutor vendrá también, los reconciliará y los casará. Eso me gusta. No hay nada que me repugne más que un militar soltero y enredado por ahí con palomitas volátiles. Hablaré al teniente Cacho después de la procesión. ¿Está usted contenta, señora? Y usted, joven, ¿está satisfecho? Salude en mi nombre a su señor tío. Dígale que me alegro mucho de contribuir a una buena obra de alta moralidad. Se casarán, ¡vaya si los casaré! Con permiso de ustedes...

La estanquera y Juanito, atentamente despedidos por el chiflado coronel, quedaron mirándose el uno al otro sin saber si echarse a reir o si enfadarse por el aparente fracaso de la negociación emprendida por aquélla.

—¡Buena la ha hecho usted! ¡buena!—exclamó Juanito—. El exceso de imaginación suele traer estos resultados imprevistos. ¿Para qué diablos inventó usted aquella historia del tío, de la prima, de la moza, de la madre, del teniente, del coadjutor y de la mismísima porra que lo entienda? Con haber dicho clara y escuetamente que exigiera a Rodrigón que nos facilitase las señas de la casa donde se halla Sabela, estábamos del otro lado. Ahora ¿quién deshace este lío?

—¡Calla, bobiño! ¡Qué poco entiendes tú de estas cosas! Si yo no le cuento una historia así y no le llevo los puros por adelantado, me mandaba a hacer calcetas en cuanto abriese la boca. A este buen señor no se puede venir con historias sencillas y corrientes; hay que darle folletín, cuanto más complicado mejor, para que él se dé el gusto

de complicarlo mucho más aún. Ahora, con lío y todo, teniendo metida en aquella "chola", toda revirada y llena de viento, la idea de casar a Rodrigón con la moza secuestrada, ten por seguro que Sabela viene, ¡vaya si viene! Verás cómo la trae Rodrigón.

Volvieron al estanco, tras cuyo mostrador ocupó de nuevo la estanquera su puesto confesional, y dióse a aguardar Juanito la llegada de Luis y de Fuco, según lo convenido.

Después de la entrevista con la pájara ferrolana, cuya excesiva condescendencia de última hora causaba a Luis viva sospecha, dirigiéronse al telégrafo los dos amigos, con el fin de poner en práctica su propósito de informar rápidamente a la señora Andrea del resultado de las gestiones de Fuco. Puesto el telegrama y más tranquilo Fuco que confiado Luis, determinaron ir a reunirse con Juanito en el estanco y resolver en consejo lo que debería hacerse luego para ponerse a cubierto de las nuevas maquinaciones que no dejaría de urdir la arriscada modista. Si Luis, además de desconfiar de ella, hubiera cuidado de seguirle los pasos o permanecido en la oficina telegráfica unos minutos más, todas sus sospechas se habrían visto confirmadas, porque no bien los dos amigos doblaron la esquina, la astuta Pepa, que les había acechado, penetró a su vez en el menguado local, donde un aburrido empleado oía, como quien oye llover, el tic-tac del aparato Morse, mirando distraído la cinta azulada, que iba desenrollándose y cayendo en enmarañada madeja a los pies del operador.

Redactó Pepa a toda prisa un despacho y entregándoselo al empleado, le dijo:

—Ponga usted este telegrama urgente y cobre lo que sea.

Se sonrió el telegrafista, mientras percibía la tasa extraordinaria, y Pepa se alejó, después de cerciorrase de que Luis y Fuco se hallaban a gran distancia y bien ajenos a su maniobra.

Al llegar al estanco hallaron a Juanito reclinado en el quicio de la puerta con aire aburrido y displicente.

—¿Has averiguado algo?—le preguntó Luis.

—¡Quita, hombre! Esa bruja de ahí dentro lo echó a perder. ¿Y nosotros?

—Pchs... Venimos de telegrafiar a la señora Andrea, transmitiéndole las señas que nos facilitó Pepa de buen grado. Pero me temo que nos la haya jugado de puño. Después de esto no nos queda más que un recurso.

—¿Cuál?

—El juez.

—Hombre... no me parece mal—dijo Juanito—. Pero ¿tú le conoces?

—Yo no, en mi vida he hablado con él.

—Tiene fama de hombre recto. Tanto que, según me contó Domingo, el oficial del Registro, siempre asegura que su mayor placer sería meter en la cárcel a un escribano, comenzando por Rañeiro.

—Es un síntoma. Pero sería bueno hallar una persona que pudiera recomendar el asunto.

—Pues mira, ahí tienes a Limón, que podría servirte muy bien para el caso.

Venía el buen doctor muy alegre y satisfecho, como persona a quien acaban de hacer partícipe de una grata noticia.

—Hola, Luis, hola, Juanito; seguimos de fiesta, ¿eh?

Tanto da que sea sagrada como profana. El caso es divertirse. Hoy se acaban las vigilias y abstinencias rituales. Más vale así, porque lo que es yo, estoy de potaje hasta aquí.

—¿Es por eso por lo que está usted tan contento, doctor?—preguntóle Luís.

—¡Quiá! No es por eso, no—contestó Limón guiñando picarescamente un ojo y sonriéndose beatíficamente—. Es por otra cosa, por una aventurilla que me ha hecho muchísima gracia. Se la he jugado al mismo tiempo a los curas y a mi ama de llaves. Aquí donde me ves, vengo de correrme una juerguecita y de probar un riquísimo caldo de gallina, rociado con una copa de Jerez... ¿En dónde dirás?

—No adivino.

—Ni sería fácil. Pues... con las monjitas, chico, ¡ja! ¡ja! Con las reverendas Madres Agustinas, a las cuales he hecho pecar en un día como el de hoy, recetándoles caldito y Jerez y dándoles ejemplo yo mismo.

—¡Este doctor...!

—No, chico, no te alarmes, no me abrumes con tu anatema. Verás, fué la cosa más sencilla y la más graciosa del mundo. Con esto de la vigilia y del ayuno, andan las pobres monjitas que da pena verlas. No sé, pero creo que si yo no acudo a tiempo, las fiebres tifoideas acaban con el convento. ¡Los malditos berberechos o las infames ensaladas, sin duda! Ello es que, a mediados de la cuaresma, cayeron enfermas dos monjitas, una de ellas, por cierto, parienta mía lejana, Sor Corazón, en el siglo Paquita Correa, sobrina mía en segundo grado. Pernas, que es el médico de la comunidad, diagnosticó de colerina las primeras manifestaciones que pudo observar. ¡Sí, sí! buena colerina te

dé Dios! Eran unas tifoideas más grandes que el convento. A los pocos días cayeron otras dos monjitas y cátate que en menos de lo que se piensa, una verdadera epidemia tumba en la cama a media comunidad. ¡Las pobres! Asustado Pernas acude a mí. ¡Baños, chico, baños fríos, déjate de melisas y polígalas y lociones y compresas! Baños a todo pasto, metiéndolas en la bañera como su madre las parió! Pero ¡cualquiera hacía entrar una bañera en el convento! Y al capellán, que padece de hidrofobia congénita, ¡vete tú a convencerle de la necesidad de dar un baño cada tres o cuatro horas a sus monjitas! ¡Sí, sí! Allí no se conoce más agua que la de las pilas de agua bendita y la del río visto a través de las celosías. ¡Ni para lavarse les hace apenas falta! Pero me planté, y entraron, no una bañera, sino media docena que hice buscar por todo el pueblo, y con el agua entró el ácido fénico y la lechada de cal, y se rasparon paredes y techos, se arrancaron celosías cubiertas de telarañas, se abrieron ventanas y puertas cerradas con más lodo que piedra y entró el aire a raudales, como una tempestad, metiendo las narices por donde jamás le habían permitido hacerlo, y con el aire y la luz entró la verdadera gracia de Dios. Se acabó el olor de santidad, a menos que se confunda ahora con el del ácido fénico... Confieso que durante mi dictadura anduvo la clausura un poco relajada. Pero salvé a las monjitas, y todas las enfermas están en franca convalecencia, tanto que hoy, hoy precisamente, les he autorizado a tomar caldito de gallina, dándoles yo el debido ejemplo, con permiso del capellán, por supuesto. ¿Qué te creías? ¿Que iba yo a servir de piedra de escándalo entre las vírgenes del Señor? Anda, venme tú ahora con mon-

sergas sobre la disciplina eclesiástica, los votos y la clausura, después de haber entrado conmigo el diablo en el convento! ¿Eh? ¿Qué te parece, Luis?

—¡Pero este doctor! ¡Hasta las diabluras que comete son santas!

Sin dejar de celebrar regocijadamente la donosa aventura, puso Luis en autos al simpático doctor de lo que se tramaba en el caso de Fuco y Sabela, contando anticipadamente con su generosa ayuda, que nunca desmayaba en el ejercicio del bien.

—¿Quieres que vayamos a ver al juez? Pues andando, chico. Nada podría causarme mayor placer. ¡Mira tú que si lográsemos meter en cintura a esa bribona de Pepa y a ese virote de Rodrigón, después de la aventura de las monjitas, bien podría decir que no he perdido el día!

XXV

MIENTRAS en el despacho del Juzgado de primera instancia conferenciaban con el juez los cuatro interesados en el pleito del secuestro de Sabela, llevando la voz cantante el insigne filiatra doctor Limón, desfilaba por la plaza la procesión del Santo Entierro, con gran derroche de cera, inusitado acompañamiento de devotos y vistosa escolta de Guardia civil y Carabineros, que en traje de gala y con las armas a la funerala, rendían honores a la Sagrada Urna en que yacía el cuerpo del Redentor, y a la imagen de la Soledad, severamente ataviada de fúnebre manto, sin más adorno que el fino pañuelo de encaje estrechado entre las marfileñas manos, mientras la banda municipal entonaba, con su languidez característica, la marcha fúnebre de Chopin. Todo el mujerío aristocrático había concurrido a la solemne ceremonia llevando impreso en el rostro y en las ropas el sello del dolor, propio de las circunstancias. Salieron a relucir las viejas mantillas de blonda almagreña, conservadas como depósito familiar, y las largas levitas y sombreros de copa, de variados modelos

arqueológicos, que solo en transcendentales momentos de la vida era dable a los graves varones mariñanes exornarse con ellos.

Cuando la procesión se hubo recogido, dejando en pos de sí el silencio y la melancolía habituales, aumentados por el grave recogimiento adecuado a la solemnidad del día y que tan bien se acomodaba al carácter de la arcaica ciudad, disolvióse la comitiva cívico-militar que la había presidido, dirigiéndose al cuartel los oficiales y jefes de la zona para recibir la orden del coronel. Cambiados los saludos de despedida, al corresponderle el turno a Rodrigón, el coronel, clavándole la mirada de la manera peculiar con que solía hacerlo en momentos de activa y extravagante ideación, exclamó entre dos resoplidos asmáticos:

—Teniente Ca... ¡brrr! Cacho, quédese usted, tenemos que hablar.

La faz estúpida de Rodrigón pasó en un momento por todas las gradaciones de la vergüenza, del miedo, de la sospecha y de la resignación. Cuando se quedaron solos, el coronel tomó la palabra y le disparó a quemarropa esta rociada:

—¡Le he hecho quedarse, señor oficial, porque lo que tengo que decirle es muy grave ¡brrr!, muy grave, sí, señor. Sé que la da usted de jaque y ha herido por la espalda y a mansalva a más de uno... Sé que vive usted maritalmente con una mujer de conducta equívoca ¡brrr!, sí, señor, equívoca...

—Con permiso de usía...—se atrevió a balbucear Rodrigón.

—¿Cómo con mi permiso? ¡Está bueno eso! Usted sabe que, lejos de permitir a mis subordinados semejantes aten-

tados a la moral y a las buenas costumbres, no ceso de excitarles a que contraigan justas nupcias, eligiendo compañera entre las numerosas jóvenes, tan dignas como honradas, de esta población, a cuya prosperidad contribuye esta zona de reclutamiento y este regimiento de reserva que tengo la honra de mandar, empleando en la tarea todas las fuerzas a mi cargo ¡brr! ¡Tantas jóvenes decentes en disponibilidad y permitirse un oficial a mis órdenes extralimitarse en el sentido que indica el artículo 7.º de las Ordenanzas, aquel que enumera las obligaciones del capellán! Recuerde usted aquello: "Si averiguasen (los capellanes) precediendo un maduro examen, que alguna persona del regimiento vive escandalosamente o que introduce ¡fíjese usted!, que introduce ¡brr! mujeres livianas, públicamente o disfrazadas, etc., etc..." Esto está claro, ¿no es así? Pues aquí no hay más capellán que yo. ¿Eh? ¿Qué dice usted?

—No digo nada, mi coronel.

—Pues diga usted algo ¡brrr! que no voy a decirlo yo todo! Vamos a ver: esa chica que usted sustrajo fraudulentamente de casa de sus padres...

—Permítame usía, mi coronel, yo no sustraje ninguna chica...

—¡Silencio, señor oficial! Estoy hablando yo.

—¡Como usía dice que no va a decirlo todo!

—¿Cómo que no voy a decirlo? ¡Ya lo creo! Todo, absolutamente todo cuanto me dé la gana. ¿Cómo se entiende...? Esa desdichada joven que usted arrancó a la honestidad y a la virtud, pertenece a una dignísima familia, que solo aguarda a que usted le dé la reparación que le debe casándose con ella.

—Pero mi coronel...

—No hay pero que valga. A esa joven la reclama su señor tío, un virtuoso sacerdote de esta ciudad, el cual pasará por esta oficina a hacerse cargo de ella, y después se proveerá a lo que corresponda. Mañana por la mañana, a las diez en punto, ¿lo oye usted?, a las diez, me traerá usted esa joven, que yo me encargo de restituir a su hogar ultrajado. ¿Ha oído usted? Mañana, a las diez, sin falta. Puede usted retirarse.

—Pero mi coronel, permítame usía...

—¿Cómo? ¿Se atreve usted a replicarme? ¡Ah! ya comprendo. Trata usted de merecer un arresto que le impida momentáneamente cumplir con tan sagrada obligación, ganar tiempo para despistarnos a todos y eludir el compromiso. ¿Es que cree usted que soy tonto? Pues se equivoca usted ¡brrr! He dicho que se equivoca usted. Nada, nada. lo dicho, dicho y la jaca a la puerta. Mañana, a las diez en punto, se presentará usted aquí con la chica. Puede usted retirarse ¡brrr!

—Pero...

—¡Basta! He dicho que se retire usted. Hasta mañana, a las diez, con la chica ¡brrr!

Salió Rodrigón del cuartel todo azorado y confuso, sin atinar a darse cuenta de las pretensiones del coronel. ¿De qué chica se trataba? ¿Con quién quería que se casase? ¿A quién demonches tenía que presentar al coronel al siguiente día, a las diez de la mañana? ¿Sería Pepa? ¿Resultaría ahora que había él, sin sospecharlo, arrancado a la honestidad y a la virtud la inocente modista ferrolana? Si no era ella, ¿quién sería? Al cabo de discurrir se acordó de

Sabela. Indudablemente el coronel se refería a ella, solo que le habrían contado alguna historia tártara que el buen señor, con su imaginación rocambolesca, interpretara y aderezara a su modo, armando aquel galimatías. ¿Y quién habría ido con el chisme al coronel? Ignorando la presencia y hasta casi la existencia de Fuco, no halló en sus cavilaciones más que una sola persona a la que pudiera interesar el asunto: Luis. No podía ser otro más que él, ya que se le acusaba además de atacar a la gente por la espalda. Esperaba algún acto de venganza por parte de él, y lógico era que hubiese aprovechado esta ocasión para ponerle en evidencia ante su jefe. ¡Ah, el entrometido! ¡Lástima de linternazo malogrado! La próxima vez sería más seguro ¡ya lo creo!

Pensando en la manera de dar cumplimiento a la orden del coronel, para lo que era preciso hacer venir a Sabela a todo trance, encaminóse Rodrigón a casa de Pepa, cuyo consejo y concurso éranle absolutamente indispensables. Pero Pepa no estaba en casa. Su madre recibió a Rodrigón temblorosa y enjugándose los ojos con la punta del delantal.

—¡Ay, Dios mío!—gimoteaba la vieja—. ¡Envidiosos! ¡Hijos de mala madre! ¿Por qué se meten con nosotras, vamos a ver? ¿Qué necesidad tenemos de andar en Juzgados, con declaraciones y papel sellado como si fuéramos "ladras" o algo peor? ¡Bien se lo dije a Pepa! Mujer, no te metas, no te metas. Que ellos se las arreglen como puedan. ¿Te pidieron a tí permiso para hacer lo que hicieron? Pues ¡anda! y que se las compongan!

—Bueno, señora, pero todo eso ¿a cuento de qué viene?

—¡Ay! ¿no sabe? Pues que ha venido el alguacil del

Juzgado a decir a Pepa, de parte del juez, que hiciera el favor de llegarse allí un momentito. No sé para qué será, pero de seguro por cosa de Sabela. ¿No lo cree usted así? ¡Ay! mucho me temo que esto de Sabela nos va a traer más de un disgusto!

Rodrigón se quedó aún más lelo de lo que comúnmente solía. El, importunado por el fuero militar; ella, perseguida por la justicia ordinaria, y uno y otro a causa del mismo asunto de Sabela. En todo esto veía la mano de Luis. ¿Qué se proponía este mequetrefe? Preciso era poner coto, definitivamente, a tales manejos y acabar de una vez. En su criterio troglodítico, de antropoide agresivo, no cabía otra solución que la de la fuerza. El róten era su único argumento y la clave de todas sus decisiones.

Pepa llegó al cabo de media hora de espera. Venía muy sofocada, fiera y terrible la mirada, rojos e hinchados los ojos, revuelto el tocado y preso todo su cuerpo, esbelto todavía, de gran agitación. Al ver a su amante, se dirigió a él con el ademán y desgarro de una chula auténtica, no del quinto, sino de cualquiera de los otros reinos de Andalucía.

—Tú y nadie más que tú tiene la culpa de todo esto. Cuando un hombre se mete a hacer una hombrada, o la hace bien o si no más vale que se dedique a apretarse la cinta de las enaguas. Si no podías dejarle en el sitio, ¿para qué te metiste a zurrar a nadie? Ahora me echan a mí la culpa de todo. Y luego para que tú la dés de plancheta en el Café de Madrid y eches roncas y pregones, y todo el mundo se entere de que eres tan bravo que apaleas a la gente por la espalda y sales escapado como si vinieran dán-

dote de puntapiés en el trasero... ¡Sí que la has hecho como hay Dios! Todo, todo se sabe ya. El mismo juez me lo ha dicho, y ha añadido que si mañana por la mañana no he hecho venir a Sabela y no se la presento al mismo juez en persona, a tí y a mí nos zampa en la cárcel. ¿Qué tal, eh? Y ese métome en todo de Luis, tan campante y satisfecho...

El uniformado mastodonte no atinaba a coordinar sus ideas, harto revueltas y confusas, ni a balbucir una opinión. Por su angosto magín, donde apenas si el pensamiento podía hacer algo más que chisporrotear como un candil sin aceite, cruzaban en tropel las impresiones, cada vez más atropelladas y disformes, sin dar tregua ni vado a la reflexión ni al acuerdo.

—De modo—barbotó al fin, tras lenta elaboración cerebral—, que tú tienes que presentar a Sabela al juez y yo al coronel mañana por la mañana a la misma hora? ¿Cómo vamos a arreglar eso?

—Déjame de coroneles y paparruchas. Lo que tú vas a hacer es coger ahora mismo el tren, plantarte en La Coruña y traerte a Sabela. Llevarás una carta a donde yo te diga.

Mientras Pepa requería lo necesario y redactaba el escrito de que iba a ser portador Rodrigón, éste se encaminaba a su posada, sita a pocos pasos de allí, y después de trocar los marciales arreos por el traje de paisano, tomó su róten, se encasquetó el chambergo y volvió a casa de Pepa, donde ésta le esperaba con la carta en la mano y la cena servida en la mesa.

—Toma un bocado y sales escapado para la estación.

En lugar de ir en el coche vale más que vayas a pie; con eso nadie se enterará de tu viaje. Tienes tiempo sobrado para alcanzar el tren.

A los pocos minutos, la silueta elefantíaca de Rodrigón se deslizaba en la sombra, camino de la distante estación del ferrocarril. Del tosco y borroso bulto, que el amplio capote en que se había envuelto agigantaba desmesuradamente, tan solo emergían las anchas alas del sombrero y el grueso garrote con que golpeaba acompasadamente los salientes guijarros de la carretera, al marchar con paso rápido en la oscuridad de la noche sin luna. La soledad era completa. Del alto cielo, despejado y sereno, manaba tenue claridad estelar, que a ras de tierra se desleía en el espeso relente suspendido sobre el campo dormido como sutilísima colgadura que protegía su sueño. La carretera se desplegaba sinuosa entre tupidos bravádigos y sombríos y herméticos pinares, de cuyas ramas había colgado la niebla los extremos del húmedo dosel que envolvía la espesa mole del caminante como un inmenso sudario, sin principio ni fin. Ni el más pequeño ruído turbaba la augusta paz de la noche, saturada de humedad blanda y silenciosa, como el llanto inextinguible de la naturaleza, que escondía su faz entre cendales para dar rienda suelta a las lágrimas. Tan solo el medroso "queixume", el sofocado gemido de los pinos, hieráticos y foscos, entrecortaba aquel hondo sollozar que se alzaba al cielo impasible como un lamento deprecatorio, impregnado de infinita melancolía. Diríase que en aquella noche de Viernes Santo, noche de expiación y de dolor, todas las almas en pena, envueltas en sudarios impalpables, habíanse congregado en doliente rebaño, que marchaba delan-

te de Rodrigón, envolviéndole en la espesa polvareda de rocío que levantaban sus pasos de fantasma.

Por un momento experimentó el bravucón el escalofrío delator del miedo supersticioso e irreflexivo. Paróse a escuchar, como si adivinara en lontananza ruido de pasos sospechosos. No oyó más que la ruda pulsación de sus arterias dominando el lejano vagido del pinar quejumbroso. Sacudió la cabezota para espantar las zumbadoras ideas, con el mismo ademán de un perro que se sacude las carlancas, y requiriendo el garrote, lo agitó en el aire, haciendo molinete, tosió con fuerza, carraspeando, y gruñó:

—¡Rayo! ¡Quién pescara por aquí a ese bergante de Luis! ¡Lo que es esta vez!

El eco de la tos y del gruñido, molificado por el ambiente aguanoso y denso, no se esfumó tan por completo que no llegase, desvaído y a punto de morir, a los oídos de tres caminantes, que precedían un buen trecho al inoportuno desafiador de las sombras y que en aquel instante se hallaban en el punto más saliente de una de las amplias curvas de la carretera, desde el cual dominaban un buen trecho de ella.

—Juraría que es el bárbaro de Rodrigón que viene hacia aquí—dijo uno de ellos.

—¡Hombre! ¡Tendría que ver!—contestó otro.

—¡Mejor!—añadió el tercero—. Con eso las pagaría todas juntas.

Sin duda el demonio que todo lo añasca y hasta a sus mejores adeptos suele jugarles de cuando en cuando alguna partida serrana, sugirió a Rodrigón la idea de encender un cigarrillo para fortalecer sus bríos y distraer la murria.

Detúvose junto a la cuneta y al amparo del liso talud que, sin sospecha de Rodrigón, servía además de excelente reflector, hizo brillar la llama de una cerilla, que iluminó de lleno su rostro pomuloso, bañando sus facciones lobunas de claridad sangrienta, mientras chupaba con avidez el mal liado cigarrillo, húmedo al contacto de la atmósfera. Al sacar la caja de fósforos, sintió caer al suelo algo que llevaba en el mismo bolsillo. Se inclinó, y alumbrándose con la cerilla, reconoció el objeto caído: era la carta que Pepa le había entregado. La recogió, la guardó en el bolsillo del capote y reemprendió la marcha, desafiando a la oscuridad con el punto rojo del cigarrillo, tenazmente mantenido entre los labios y envolviéndose en la espesa humareda que despedían sus narices simiescas.

Toda esta escena fué perfectamente presenciada, hasta en sus menores detalles, por los tres curiosos caminantes, apostados en la improvisada atalaya. Uno de ellos exclamó en voz baja:

—Es preciso evitar que este individuo tome esta noche el tren para La Coruña.

—Y lo mejor sería apoderarnos del papel que dejó caer y recogió luego del suelo. Se me figura que debe importarnos mucho.

Replegándose a un costado del camino, ocultos por el ramaje espeso de un castañar nuevo que ofrecía seguro refugio y excelente lugar de emboscada, cuchichearon largo rato, mientras Rodrigón avanzaba desprevenido y petulante, delatando su paso por entre la neblina con el destello de su cigarro, como la luz del tope de un buque al pairo, y con el ruido metálico de la herrada contera del bastón al golpear acompasadamente los guijos del camino. Al llegar frente

al sitio en que se habían emboscado los tres misteriosos caminantes, uno de éstos, de un brinco, cayó sobre las espaldas de Rodrigón, y antes que pudiera hacer el menor movimiento, le sujetó sólidamente los brazos, impidiéndole por completo el uso de ellos. Otro, atacándole de frente, le arrebató el garrote, y el tercero, desabrochándole de un tirón el abrigo, permitió al que estaba detrás bajárselo a media espalda, reduciéndole así a la impotencia con el mínimo esfuerzo de su parte.

Rodrigón reconoció al punto al que le había desarmado, privándole del róten y al otro que después de desabrocharle el abrigo, se entretenía en registrarle los bolsillos, de uno de los cuales no tardó en extraer una carta, cuyo somero examen a la difusa claridad estelar debió de satisfacerle, por cuanto que se apresuró a apropiársela sin más requilorios. Forcejeaba brutalmente el mastodonte, apelando al recurso de los mulos resabiados, de repartir coces y mordiscos, sin dejar de intentar desasirse de los férreos brazos que sujetaban los suyos con tal vigor, que Rodrigón se perdía en conjeturas tratando de adivinar quién sería el poseedor de tales fuerzas, dignas de parangonarse con las que él mismo poseía. De su boca salían escupidas las más soeces interjecciones, mezcladas con blasfemias e insultos, dirigidos sobre todo a Luis, que era el que tenía delante y que, después de haberle desarmado, le contemplaba con irónica sonrisa, cuidando de librarse de los brutales puntapiés que le eran dirigidos con la aviesa intención que puede suponerse.

—¡Vaya, vaya!—decíale Luis con irónica flema—. Por fin tenemos al zorro en la trampa.

—Falta la raposa—añadió Juanito, acariciando la carta guardada en su bolsillo—. Pero ya caerá.

—¡Cochinos! ¡cobardes! Soltarme y veréis si todos vosotros juntos sois bastantes para mí.

—No se sofoque usted, denonado guerrero—contestó Luis, siempre zumbón y sin perder los estribos—. No se trata de hacerle daño. Nosotros no agredimos por la espalda a un hombre para descalabrarle y decir luego: ¡ahí queda eso! Nos contentamos con emplear los procedimientos que usted mismo practica, con el único objeto de evitar por el momento que siga usted haciendo de las suyas, contando, como siempre, con la noche y al amparo de la impunidad. Amigo mío, al que hierro mata...

Oyóse a lo lejos el silbato del tren que se aproximaba a la estación. Juanito, acercándose a Luis, le dijo al oído:

—Dejad todo de mi cuenta. Sujetadle ahí mientras yo tomo el tren a escape. Yo me encargo de traer a Sabela.

Mientras Juanito echaba a correr para atrapar el tren, que por suerte se detenía algunos minutos en la inmediata estación, Rodrigón, haciendo un esfuerzo desesperado, lograba desasirse de las garras de su aprehensor y abandonando el abrigo en manos de Fuco, que era el que hasta entonces le había tenido sujeto, intentó lanzarse en la misma dirección. Pero no contó con la habilidad de Luis, que cogiendo el garrote por la contera, le introdujo el cayado por entre las piernas con tal arte que la mole de Rodrigón se vino al suelo al perder el equilibrio, quedándose con una zanca en el aire, sujeta por el tobillo, merced a tan hábil estratagema. Acudió Fuco a sujetarle de nuevo, pero haciendo presa Rodrigón en la garganta de su terrible con-

tendiente, ambos rodaron por la carretera. Manteníase Luis perplejo y a distancia, sin atreverse a intervenir, retenido por un escrúpulo invencible que le reprochaba el hecho de ser dos contra uno, y en esta indecisión, apenas advirtió cómo en medio de la bárbara y silenciosa refriega de aquellos dos cuerpos vigorosos y atléticos, que se estrujaban alternativamente contra el suelo, al rodear golpeándose sin tregua, una mano se alzaba a la altura de la cabeza de Fuco, empuñando un objeto de brillo siniestro al ser agitado en la oscuridad. Precipitóse Luis y consiguió arrancar a viva fuerza, de entre los dedos tenazmente agarrotados de aquella mano traidora, una piña inglesa, de recios y mortíferos anillos, rematados en agudas puntas, digna de figurar en un museo criminológico.

—¡Ah, canalla!—gritó Luis iracundo—. Dale, Fuco, dale, sin reparo; es un asesino que todo se lo merece.

Como si el hercúleo fogonero no aguardase más que aquel permiso para abandonar la defensiva y desplegar sus extraordinarias facultades de luchador, se irguió de un salto e invitó a Rodrigón a hacer lo mismo.

—Vamos, ¡arriba! Nos entenderemos los dos cara a cara, de hombre a hombre.

No tan de prisa como él quisiera, renqueando y dolorido, se levantó Rodrigón, y en vez de dirigirse a Fuco, que le aguardaba en actitud de boxeo, se precipitó sobre Luis, descargándole un terrible puñetazo que le alcanzó la mandíbula izquierda. Más que el dolor físico, sintió Luis el ultraje, y furioso por la cobardía que le inspirara el bárbaro gesto de Rodrigón, al atacarle desprevenido, perdió la cabeza, y ciego de furor e indignación, sin reparar en lo

que hacía, levantó el garrote de su propio agresor y lo descargó con todas sus fuerzas sin saber dónde; solo el ruido sordo del garrotazo y el desplome de aquel corpachón, fulminado como un titán herido en la frente, hizo comprender a Luis la magnitud de su impensada hazaña. Serenado súbitamente, se arrodilló junto a él, y ayudado de Fuco, se puso a reconocerle, espantado ante la idea de un posible homicidio. La postura del caído y su inmovilidad autorizaban la conjetura de la muerte. Pero al acercarse, advirtió su agitada respiración y la ausencia de todo rastro sangriento. Se trataba de un desvanecimiento pasajero. El palo, atizado a bulto, no había alcanzado, por fortuna, la cabeza, sino el hombro, lastimándole sin duda la clavícula. En aquel momento oyóse el prolongado silbido del tren, que abandonaba la estación, emprendiendo la marcha hacia la capital herculina.

XXVI

El atroz calvario por el que tan penosamente venía ascendiendo la pobre Sabela, desde que se hizo pública su desdichada aventura, se complicaba en los últimos meses con graves trastornos y acentuadas manifestaciones de histerismo. Se pasaba las noches desvelada, llorando en silencio, y los días ensimismada, fija la vista por largo tiempo en el techo o en distintos puntos luminosos, alucinadores y obsesionantes. Había caído en un estado de marasmo y pasividad morbosa, de la que solo el miedo a Fuco, el pavor irrefrenable que le acometía al pensar que podía hallarse frente a él en cualquier momento, era capaz de arrancarle, precipitándola a las mayores extravagancias. El primer impulso que experimentaba era el de huir, ocultarse, desaparecer, encogiéndose y acurrucándose para pasar inadvertida. Esta sensación angustiosa, de miedo invencible, revestía en Sabela caracteres de aguda y dolorosa intensidad emotiva. Latíale el corazón tumultuosamente, cesando a ratos de contraerse para desfallecer con languidez hipnótica, pálido el semblante, embelle-

cido por la profunda lividez de las ojeras, en cuyo abismo ardían los ojos pardos, de dorados reflejos; los labios convulsos y un ligero temblor en las mejillas, cuyos hoyuelos ahondábanse con tendencia a la demacración; una constricción dolorosa en la garganta; rígidos los músculos, agitadas las manos, abriéndolas y cerrándolas alternativamente, ya dirigiéndolas hacia delante para apartar algún imaginario peligro, ya levantadas sobre la cabeza, amparándola contra invisibles golpes, y estallando al fin en sollozos desgarradores o en carcajadas histéricas que ponían espanto en cuantos las oían.

Prevalida de este terror, de esta dolorosa fobia, la astuta Pepa procuraba conservar el ascendiente adquirido sobre la infeliz mariñana, proponiéndose utilizarlo para el logro de sus infames proyectos. Al favorecer su traslado a La Coruña fué su propósito librarla del influjo de la señora Andrea, de la propia madre de Sabela, que tendía naturalmente a encubrir el pasado con sanos consejos de resignación y santas caricias maternales. Preveía además que Fuco, a pesar de todo y por encima de todo, impulsado por su inmenso cariño, era capaz de arrollar y despreciar prejuicios y olvidar afrentas, solo por salvar a Sabela y hacerla doblemente suya por el amor y la gratitud, y más que nada temía la influencia de Luis, convertido en paladín de la bella y desdichada mariñana, a la que acabaría por sustraer al influjo de su maestra y apartarla definitivamente de su lado. Por eso, descubierto por la señora Andrea el primer refugio de su hija, cuidó Pepa de informar a ésta de la llegada de Fuco y facilitarle un nuevo y más seguro asilo, en el que no pudieran hallarle su madre ni Fuco y del que

no debería salir hasta que, libre de su cuidado, resolviese Pepa su futuro destino.

No sospechaba Sabela, ni aun remotamente, qué destino era el que le reservaba su maestra y protectora. Tenía la convicción de que no cesaría de gestionar cerca de la madre de Otero que diese su consentimiento para que su hijo cumpliera con el más elemental de los deberes de hombre de honor y de conciencia, y abandonada a esta esperanza, que ningún indicio venía, sin embargo, a fortificar, pasaba los días y los meses en intermitentes crisis de histerismo agudo, que solo la inefable sensación de la maternidad que ungía sus entrañas como un bálsamo santificante y regenerador, bastaba a calmar, proporcionándole venturosos instantes de profunda paz y consuelo.

Desde que entrara en el nuevo asilo que la solícita protección de Pepa le había agenciado con tanta precipitación que no dió tiempo a Sabela de olfatear el sospechoso tufillo que despedían aquel portal lóbrego y las misteriosas alcobas que pudo entrever al cruzar apresurada el angosto pasillo que conducía a su habitación, no volvió a poner los pies en la calle la infortunada moza. Habíanle destinado una pequeña estancia, al final del corredor, frente a la cocina, con vistas al patio de vecindad que servía de medianil con los vecinos tugurios, atestado de destrozados cajones, desguazados barriles y cantidad innumerable de botellas vacías, denunciadoras de la inmediata taberna. La casa permanecía en el mayor silencio la mayor parte del día. Tan solo a la caída de la tarde vagos rumores de pasos y sofocadas risas turbaban el sombrío reposo de aquella mansión de recogimiento, extinguiéndose bruscamente tras

el breve chirrido de un cerrojo y el golpe seco de la puerta de alguna de aquellas habitaciones reservadas y tenebrosas. Estos rumores se acentuaban algún tanto, haciéndose más frecuentes, conforme avanzaba la noche, hasta que a las altas horas de la madrugada volvía el silencio a enseñorearse de la casa, vagamente interrumpido por el grave resuello o el bronco ronquido de unas fauces masculinas y tal cual suspiro o aguda carcajada de timbre femenino. Supuso Sabela, en su cándida ignorancia, que aquel albergue, en uno de cuyos rincones vivía ella acurrucada, sin atreverse a cruzar el dintel de su habitación, era un pacífico hostal, al que solía acogerse alguna honrada pareja de menestrales o de modestos transeuntes de escurrida bolsa, para descansar, con blando sueño, de los afanes del día, transcurrido en el taller o en la fábrica. Chocóle, sí, causándole no poca repugnancia, el fuerte olor a drogas y a substancias fenicadas que se respiraba en toda la casa, así como la sucia vitola de la vieja criada que la atendía, pero a pesar de esto, era tan imponente y austero el ambiente de aquella morada silenciosa, que jamás pudo Sabela echar a mala parte aquellos síntomas de encubrimiento y tercería. A fortalecerle en tan favorable juicio contribuía el venerable aspecto del ama de la casa, reverendísima dueña de luengas y repulgadas tocas, digna de parangonarse con Doña Rodríguez o la Madre Méndez, de celestinesca memoria.

Ejercía esta excelente persona el delicado oficio de partera y permanecía constantemente retirada en una salita, inmediata a la puerta de entrada, y que era al mismo tiempo comedor y taller de extrañas confecciones ortopédicas, en las que se esmeraban, con silenciosa asiduidad, dos sobri-

nas flacas, cuaresmales, solteronas y beatas, que a cada rato y sin venir a cuento, se santiguaban poniendo los ojos en blanco. En una atmósfera así de tranquilidad y pío recogimiento, la ingenuidad hialina de la triste cordera, momentáneamente descarriada, no podía vislumbrar el menor peligro.

Por otra parte, concentrada la atención de Sabela en el misterio inefable que se elaboraba en sus entrañas, comunicando a todo su sér desconocidas ansias de vivir, sintiéndose de improviso transfigurada por la acción santificante de la maternidad que le revelaba el luminoso secreto de la vida, huía de todo trato y comunicación, para no dar a sus pensamientos otro giro que el de gozarse en aquella nueva vida que palpitaba dentro de ella misma, ni a sus manos otro empleo que el de preparar, con amoroso recato, con un gozo íntimo lleno de infinita ternura, los ridículos trapitos, las minúsculas ropitas de la canastilla, en las que cada puntada representaba una lágrima o un beso. Embebecida en aquel dulce menester, al que consagraba todos sus sentidos con ingenuo sibaritismo, revivía las alegres horas de la niñez, contemplando enajenada los gorritos llenos de cintas y rizos, los jubones, los pañales, las mantillas y las fajas muñequiles, mientras corrían de sus ojos lágrimas silenciosas, hilo a hilo, tejiendo con ellas mil rosados ensueños mezclados con amargas quejas y pesares.

Tras breves días de obstinado retraimiento, encerrada en su cubil, presa de alucinaciones e histéricos temores, que se resolvían en violentas crisis de lágrimas, experimentó Sabela cierta sedación y manso deseo de familiarizarse con sus huéspedes, a lo que le incitaba la sucia criada gordin-

flona que la asistía y consolaba, acariciándola con toscos ademanes y lagoterias de veterana maritornes. Ella condujo a Sabela a la salita en que trabajaban las santiguadoras solteronas bajo la fosca vigilancia de la dueña, que en el instante en que la cuitada atravesaba el dintel, pasaba las cuentas de su enorme rosario entre los dedos juanetudos de sus manos huesudas y escamosas como patas de gallina. Penetró Sabela toda encogida en aquella estancia, en la que no había detalle que no inspirase profundo sentimiento de respetabilidad, juzgándose a sí misma indigna de alternar con personas de tan rígidas costumbres y severo aspecto como el que ofrecían la venerable tía y las acecinadas sobrinas, reunidas en torno a la mesa de costura. Recibiéronla con fría y despegada amabilidad, que en la respetable matrona revestía cierta solemnidad protectora y compasiva, viéndose Sabela obligada a bajar los ojos avergonzada ante el mudo reproche de aquellos otros inquisidores que la miraban de hito en hito, confundiéndola y anonadándola.

—Pase usted, hija mía, pase usted y siéntese aquí, a mi lado—exclamó la matrona con afectada condescendencia, indicándole una sillita baja cercana a la mesa.

—Julieta—añadió dirigiéndose a una de las sobrinas, de facciones cotorriles, con el corvo pico hundido en la labor—; córrete un poco y deja sitio a esta joven.

Hízolo así la interpelada, a tiempo que dirigía a Sabela una mirada de través con sus ojuelos redondos de ave de bajo vuelo, mientras la otra sobrina, de perfil simiesco, sonreía plácidamente a la recién llegada, distendiendo la boca con tal demasía que pudiera creerse que las comisuras

iban a juntarse en el cogote. Se acomodó Sabela en la sillita y prestó atención a la labor que traían entre manos los dos escuerzos con faldas. Daba la una, la llamada Julieta, enormes puntadas en un ancho cinturón de malla elástica, en tanto que la otra, la macaca, enrollaba cuidadosamente largas tiras de gasa para vendajes, rematando cada tarea con un suspirito y un garabato maquinal, que mejor que signo cristiano, parecía un papirotazo. La olímpica matrona seguía pasando las cuentas de su rosario entre los dedos regordetes como macillos de timbal y mascullando el rezo sin dejar por eso de hacer frecuentes apartes e interrupciones en tono doctoral y enfático.

—¡ Pobrecita, pobrecita !—exclamaba hincando en el rostro avergonzado de Sabela la mirada escudriñadora con tanta fuerza como si los ojos tuvieran uñas. Ya me contó Pepa. ¡ Esos hombres ! El mejor para ahorcarlo.

Volviéndose hacia la macaca, dijo después de una pausa y del pase de una cuenta del rosario:

—Tulita, hija mía, ¿ por qué no le das a esta joven parte de tu labor para que te ayude ?

—Enrollaremos vendas, si quiere, ¿ verdad, usté ?—contestó la mona Tulita sonriendo a Sabela del modo truculento que queda dicho.

Prestóse Sabela al entretenimiento que se le proponía, teniendo fuertemente y muy estirada la venda, mientras Tulita, después de humedecer los dedos en el borde del abismo bucal y formar el menudo pliegue que había de servir de eje y punto de partida a la labor, cogiendo el borde de la faja de tarlatana entre el índice y el pulgar de entrambas manos, le imprimía con la mano derecha un movi-

miento de rotación, apoyando la banda sobre el muslo y mantenía con la izquierda la necesaria tensión para el mayor ajuste y perfección de la obra.

Tímidamente y acompañando a las palabras de una porción de gestos que hacían temer que la mitad de la cabeza, perdido el equilibrio, se cayese hacia atrás al abrirse la enorme herida de la boca, preguntó Tulita a Sabela:

—¿Con que es usted de La Mariña?

—Sí, señora—contestó Sabela—, nacida en el Pasaje, pero criada en la ciudad.

—Son muy guapas las mariñanas.

Ruborizóse Sabela aceptando tácitamente el merecido elogio en nombre de sus compatriotas.

—Hay de todo, guapas y feas, como aquí.

—¡Ay, no! No tiene comparación, y si no a la vista está. ¿Verdad, Julieta?

La cotorra dijo que sí con el pico, sin pronunciar palabra. Tulita, más locuaz, prosiguió:

—¿Cuál es su gracia de usted?

Sabela, toda azorada, no supo qué contestar. Pase lo de bonita, en lo que estaban conformes todos los autores, pero eso de que ella misma manifestase qué gracia creía poseer, le parecía un poco fuerte.

—¡Ay, qué boba!—exclamó Tulita, haciéndose cargo de la ignorancia y candidez de Sabela. No me ha entendido. Yo le preguntaba cuál es su nombre.

—Me llamo Isabel, pero todos me dicen Sabela.

—¡Uy, qué bonito nombre! ¿verdad, Julieta?

De nuevo asintió la cotorra dando un picotazo en el aire, como si atrapase un mosquito.

—Ya veis si es inocente—manifestó la vieja, guardándose el rosario en la faltriquera, terminadas por el momento las oraciones. Aunque la pobre ha tenido un tropiezo, bien se ve que es una paloma. Pero ese mal aun tiene remedio, hija mía. Ya se lo dije a Pepa: si en vez de ser ahora, me la hubieras traído hace cinco o seis meses, todo se hubiera arreglado y nadie tendría qué decir, mientras que así, hay que aguardar al término natural. Cuando el caso llegue, todo se hará sin que se entere alma viviente.

—Es que yo quiero criarle...

—¿Estás loca, muchacha? Eso sería tanto como ir pregonando tu desgracia por todas partes.

—Su padre lo reconocerá.

—Pchsss... no te fíes, nena.

—Me ha dado palabra de casamiento.

—No te diré que no, pero del dicho al hecho...

—¿Entonces usted cree...?—preguntó angustiada la pobre Sabela, presa de mortal inquietud.

—Tú ponte en lo peor, hija mía, y así no te llevarás chasco. Los hombres, una vez satisfecho su gusto, pierden fácilmente la memoria. Mucho prometer hasta caer, después de caído nada de lo prometido. Siempre ha sido así y el mal no tiene remedio, a no ser que algún día se invente que sea el hombre el que se encuentre como tú te encuentras... Lo mejor de los dados es no jugarlos, pero como no es justo pasarse la vida sin jugar y divertirse, hay que aprender a hacerlo sin riesgo y ganando al juego lo más posible. Hay que cuidar de saber nadar y guardar la ropa... Suerte tienes, hija, en haber dado conmigo, que sé trocar el mal en bien, en salud la enfermedad y en pro-

vecho el gusto. Ya verás, Sabela, ya verás. Cuando eso llegue, Petronila la criada llevará lo que salga a las monjitas de la Maternidad y allí podrás verlo cuando quieras, sin que te estorbe ni te afrente.

—¡Nunca! ¡Oh! ¡eso nunca! ¡Mi hijo a la Inclusa! ¡Ca! No lo verán sus ojos, señora. ¡Mi hijo es mío, mío, mío!

Sabela se había alzado de su asiento y aparecía sublime, radiante el rostro de espiritual hermosura, en magnífica actitud de Ariadna desesperada. Julieta y Tulita mirábanla suspensas y espantadas, mostrando la una el pico colgante, enrojecido por la sorpresa, y la otra la sima abierta de par en par, sin que en sus entrañas resecas y estériles pudiese tener aquel acento de infinita ternura maternal el más ligero eco ni la más leve resonancia.

—Cálmate, mujer, cálmate—exclamó con pachorra la devota harpía—, si es por tu bien, solo por tu bien. ¡Por mi...! ¿A mí que me va ni me viene en eso? Pero figúrate que te quedas con el crío, sin padre, naturalmente, y tú sin marido por de contado, ¿qué haces después? ¿Dónde te metes que no te conozcan? ¿Tendrás valor para volver a tu casa, junto a tu madre, y vivir entre gentes que te señalarán con el dedo porque allí estará siempre a la vista la prueba de tu deshonra? En cambio aquí...

Hizo una pausa de calculado efecto oratorio, mientras sacaba de nuevo a luz el rosario, agitándolo en la mano con fervor catequista, y prosiguió con tonillo enfático:

—Esta casa, hija mía, tan honrada como la que más, ha cobijado a personas muy distinguidas y principales que no desdeñaron mis consejos ni desconfiaron de mi ciencia.

¡Cuántas lágrimas enjugadas! ¡Cuántas vergüenzas escondidas! ¡Cuántas honras amparadas por mis manos y por mis medios! Aquí, muchas que llegaron como tú, abandonadas y desesperadas, hallaron consuelo y arrimo, y más de una me debe la riqueza, la fama o la felicidad de que goza. Aquí se hicieron matrimonios, se arreglaron desavenencias amorosas, se curaron heridas de amor mal correspondido, con el bálsamo de un amor nuevo, aconsejado por mi experiencia y mi lealtad. Aquí, hija mía, en vez de la vergüenza y la deshonra, te aguardan el amor y la riqueza, y tonta, bien tonta serías si con esos ojos de diosa, esa cara de ángel y ese cuerpo de reina no aprovecharas mis lecciones y no te entregaras en cuerpo y alma a mi sabiduría.

Escuchaba la cuitada en silencio la elocuente homilía de la taimada matrona, cuyas palabras, empujadas por el sañudo mirar de sus ojos duros y crueles, penetraban en lo más recóndito del alma de Sabela, desgarrando y haciendo trizas cuanto de noble e ingenuo hallaban a su alcance. Las tentadoras imágenes que aquel lenguaje despertaba en su alma, propensa a la voluptuosidad y ávida de materiales deleites, traíanle a la memoria vagos sueños de dicha entrevista en momentos de orgullo y vanagloria, cuando al contemplarse hermosa y sentirse adulada por todos cuantos la proclamaron la bella mariñana, la reina de Las Mariñas, creía firmemente estar llamada a vivir y gozar entre sedas, flores, músicas y alegrías sin fin. Mas al bajar los ojos y advertir la redondez de su vientre, sagrada cúpula del templo de la vida, y sentir en sus entrañas el dulce peso y los primeros latidos de aquel pedazo de su propio sér, hijo del

dolor, fatal estigma que la encadenaba a un porvenir lleno de humillaciones y vergüenza y al que jamás, jamás renunciaría si para ello fuese menester renunciar a la gloria santificante de la maternidad... cerró los ojos, agitó las manos en el vacío y se desplomó presa de un ataque violentísimo de histerismo agudo.

XXVII

os trastornos nerviosos de Sabela se acentuaron de tal modo que la matrona juzgó indispensable la asistencia facultativa. Mas como ello significaba un dispendio, para el cual no estaba autorizada por Pepa, apresuróse a comunicárselo, advirtiéndole la urgencia y la gravedad del caso. Entre tanto se arriesgó a llamar a un médico de confianza para que practicase un detenido reconocimiento.

Vino el médico, un pollanco recién salido del cascarón universitario, y costó Dios y ayuda vencer la repugnancia de Sabela para dejarse reconocer por aquel barbilindo. Pudo lograrlo al fin y tras una brega dilatada y penosa, de la que salió sudoroso y perplejo, encerróse con la partera y le manifestó sus temores de un alumbramiento prematuro y la posibilidad de accesos eclámpsicos. Alarmóse la vieja y volvió à escribir a Pepa, declinando toda responsabilidad y excitándola a prevenir a la madre de Sabela, dada la gravedad del caso y la inminencia que todos los síntomas hacían prever.

Ocurría esto el Viernes Santo. La solemnidad del día, que aun a los caracteres más díscolos y a las gentes de cáscara amarga impone comedimiento y respeto, aumentaba la habitual austeridad de la morada de Sabela, haciéndola todavía más tétrica y misteriosa. Julieta y Tulita, dando tregua a sus labores ortopédicas, movíanse silenciosas y compungidas, santiguándose a cada paso, sin despegar los labios, como si positivamente les afectase de un modo particular e íntimo el duelo universal de la grey cristiana. La devota matrona, sentada ante la mesa que le servía para todos cuantos usos pueden atribuirse a un mueble de esta clase, daba vueltas y más vueltas al rosario entre sus dedos toscos y cabezudos, murmurando letanías sin fin. Sabela, después de pasar en la cama la mayor parte del día, se levantó al anochecer, ávida de expansión y consuelo para su alma torturada y sus nervios atirantados y a flor de piel. Con mucha timidez se acercó a la salita y pidió permiso para entrar, mas al hacerlo, advirtió que la vieja tenía visita y dió un paso atrás para volverse a su cuarto.

—Pasa, Isabel, hija mía, pasa, no tengas reparo—exclamó la matrona, dulcificando en lo posible su voz bronca y autoritaria. Justamente pensaba llamarte, para que vinieras a pasar un rato en nuestra compañía. Esta señora es amiga íntima de Pepa y viene a hacerte una visita de parte de ella.

Animada por la invitación y el tono en que se le hacía, penetró Sabela en la salita, que se hallaba envuelta en la penumbra acomodada al carácter de la dueña, de la casa, de la hora y de las circunstancias. Adivinó, más bien que vió, inventariándolos en su imaginación, que por primera vez

se fijaba en estos detalles, los diversos objetos que en la pieza había, distribuídos en orden sabiamente calculado para producir la severa impresión del conjunto. Veía la enorme cómoda de caoba, hidrópica, como un atributo profesional y típico de su dueña, con los floreros dentro de fanales y una gran estampa religiosa, acaso la de San Ramón, en medio, alumbrada por una mortecina mariposa. En el centro, la mesa, cuadrada, maciza, destinada a los diversos usos domésticos y científicos, profanos y esotéricos de aquella mansión heteróclita, siendo a un mismo tiempo mueble de laboratorio, de templo, de taller, refectorio y cátedra, y en una de cuyas cabeceras se alzaba el sitial de la matrona, sede de su autoridad y trípode de su sabiduría. Y en derredor, las sillitas de costura de Julieta y Tulita, y otras mayores, de paja ordinaria, una de las cuales se hallaba a la sazón ocupada por una mujer, que a juzgar por su aspecto, parecía joven y elegante, si bien sus facciones permanecían en la sombra por encontrarse la silla puesta de espaldas al balcón de entornadas persianas, por cuya abertura se filtraba la tenue claridad del crepúsculo.

—Esta señora y yo—prosiguió la vieja en cuanto Sabela hubo tomado asiento en una silla semiescondida junto a la cómoda panzuda—nos ocupamos justamente de tí. Le he contado lo que te pasa y le ha interesado vivamente tu situación. Es tan generosa y compasiva que me ha ofrecido protegerte. ¡Ya ves qué suerte, chica! Ha venido a visitarte por encargo de Pepa, que tanto se interesa por tí.

Miró Sabela de reojo a la aludida en términos tan encomiásticos, y aunque su atavío y porte señoril predispo-

nían en su favor, experimentó un vago e instintivo recelo, como si presintiese un peligro desconocido.

Se levantó la mujer, luciendo un esbelto talle, adornado de sobrias galas mundanas, de corte exótico, y acercándose a Sabela le acarició la cabeza y las mejillas, obligándola a alzar los ojos hacia ella, mientras le decía con marcado acento gringo y ceceo ultramarino:

—Linda es la mosita, ¿sabe? Lo que es allá en Buenos Aires va a armar una revolusión en cuanto llegue.

—¡Ya lo creo!—añadió la matrona—. Y boba será si no lo aprovecha. Mira, Isabel, hija mía: esta señora promete llevarte a Buenos Aires en cuanto salgas de tu cuidado, te pagará el viaje y te comprará unos trajes preciosos para que los luzcas allá. Y hasta puede ser que tropieces con algún criollo de mucha plata... Tonta serías si desperdiciaras la ocasión!

—¡Qué esperansa! No será tan tilinga, ¿verdá, ché?

Entraron calladamente, colándose como dos sombras, Julieta y Tulita, las cuales formaron corro, con la lujosa gringa, en torno de Sabela, que permanecía muda y encogida en su rincón, donde la tenía acorralada aquel grupo de harpías, proveedoras del infierno. Esmerábanse las tres en acariciar y engatusar a Sabela, moviendo Julieta el pico cotorril e inclinando la cabeza como si pretendiera que le rascaran el piojillo, y abriendo Tulita de par en par la enorme compuerta de sus fauces como si fuera a tragarla, en tanto que la elegante trapichera seguía alisando con sus manos llenas de sortijas de relumbrón la hermosa cabellera leonada de la pobre mariñana y derrochando todo el caudal empalagoso de sus zalamerías y lisonjas, canturreadas

en jerga ultramarina, de italiano sonsonete, entreverado de expresiones criollas. La matrona, desde su sede, no cesaba de amonestarla en tono sibilino y autoritario, ponderando la riqueza y hermosura de la metrópoli porteña, que, por supuesto, jamás había visitado, y la fortuna que se le deparaba a Sabela al colocarla bajo la protección de aquella dama, tan generosa y distinguida, que desde aquel instante la consideraba como si fuese su propia hija.

Enternecida la traficanta ultramarina, estampó un beso en la frente de Sabela y dijo, acometida de súbita inspiración:

—¿Me la deja usted para que venga a dar una vuelta conmigo? Le haría mucho bien.

Condescendió la guardiana, y Sabela, pasiva, sin voluntad, se dejó conducir a su habitación por Julieta y Tulita, quienes, mostrando una solicitud chocante por lo inusitada, ayudáronle a acicalarse, añadiendo de su cosecha algunos perifollos para que no desdijese su atavío del señoril y elegante de su protectora.

—Cuidado, no me la entretenga mucho tiempo—dijo la matrona al verlas salir.

—No me diga nada, ahorita no más estamos de vuelta.

Emprendieron la caminata hacia las calles céntricas de la ciudad, llenas de paseantes aburridos, que discurrían indolentes por el arroyo como gentes indecisas que ignoran en absoluto el valor del tiempo. Metiéndose por un callejón inmediato a una ancha y lujosa avenida, dieron de bruces en la puerta de una casuca, de un solo piso, alta y angosta como una garita. Cruzaron el portal, más oscuro de día que de noche, y adelantándose la gringa, empujó una puerta

que se abría en el fondo e hizo seña a Sabela para que entrase delante de ella, después de lo cual cerró la puerta, dejando dentro a la cuitada mariñana. El primer movimiento de Sabela fué correr hacia el sitio por donde había desaparecido su acompañante, temerosa de hallarse encerrada, pero al hacer girar el pestillo, vió que la puerta se abría sin dificultad alguna, con lo que se tranquilizó completamente. La estancia era lóbrega, baja de techo, encalada y sin otro menaje que un sofá de madera curvada y asiento de rejilla, con sus correspondientes mecedoras y varias sillas formando juego. Sobre el sofá, un espejo, en parte desazogado y lleno de verdín, se burlaba de cuantos tenían la candidez de mirarse en él, caricaturizándolos con el mayor desenfado, y entre las dos mecedoras estiraba su pie trifurcado un velador cubierto con un tapete, y encima, por todo adorno y atributo, una baraja.

Dejóse caer Sabela en el sofá y cerró los ojos para concentrar su pensamiento y rumiar a solas el veneno que las palabras de la gringa, coreadas por los mimos de las dos espátulas y autorizadas con el grave e irresistible comentario de la vieja matrona, habían vertido en su alma. La idea de emigrar a Buenos Aires no había cruzado nunca por su imaginación. Sabía que jamás su madre habría de consentírselo, y ella carecía de medios para realizar el viaje por su cuenta y riesgo. En la grandiosa capital del Plata, que a Sabela se le antojaba una sucursal del paraíso o una nueva jauja en la que los árboles dan botitas, pantalones y levitas, contaba ella con algunas relaciones y amistades. Recordaba el reciente viaje de Emilia y Rosa con sus familias, y el de otras amigas que se habían aventurado a

cruzar el Océano, arrastradas por la noble ambición de un bienestar material que La Mariña no podía ofrecerles. Mas, parangonando su situación con la de ellas, pronto echó de ver la enorme diferencia que había entre el viaje realizado por sus amigas, a la luz del día, acompañadas de sus familias, dueñas de sus actos y rodeadas de la consideración y el respeto de todos, y el que se le proponía a ella en condiciones de ignominiosa esclavitud, más bien sospechadas que entrevistas. Y así, rodando su pensamiento, vino a parar, como siempre, en lo que formaba la clave de su actual existencia, la razón soberana y determinante de todo cuanto había en ella de voluntad y de sentimiento, la nueva vida que latía impaciente en sus entrañas. Aquel era el obstáculo, el nudo gordiano, fatal e implacable, que en su mano estaba cortar o desatar. ¿Aceptaría las pérfidas indicaciones de la matrona y abandonaría el fruto vergonzoso de un instante de extravío, como quien se amputa un miembro podrido para seguir viviendo y gozando? Horrorizóse a la sola idea de que, en un momento de debilidad, fuese capaz de acción tan vil, que su instinto rechazaba con vigorosa espontaneidad, sobreponiéndose a toda consideración y razonamiento egoísta. La maternidad era en Sabela un sentimiento fundamental, tan arraigado en su corazón, que comprendía ella misma que sólo con la vida podría arrancársele del pecho.

Abrióse la puerta para dar paso a la elegante corredora que llegaba acompañada de una viejecita muy arrugada y muy limpia y dos muchachas jóvenes, airosas, vestidas con trajes que, no obstante su corte atildado y señoril, despedían cierto tufillo de librea.

—Aquí le presento a dos de mis protegidas—exclamó la gringa ceceosa, haciendo avanzar a las dos jóvenes hastal el medio de la estancia.—Estas saldrán para Buenos Aires en el próximo vapor, acompañadas de mi tía, que es esta señora—añadió señalando a la aseada viejecita—. Mírelas usted qué lindas son, mejorando lo presente, como dicen por aquí. Esta se llama Estela y esta otra Delmira. ¿Lindos nombres, verdad?

Al mirar a la llamada Delmira, quedóse Sabela como quien ve visiones. Se restregó los ojos, creyéndose víctima de repentina alucinación, y cuando sus labios se movieron para pronunciar el nombre de Rosarito, su compañera en el taller de Pepa, una imperceptible seña de la joven, que se había sentado junto a ella en el sofá, la hizo enmudecer, paralizada de sorpresa.

Parecióle, no obstante, a la sagaz corredora que la actitud de espanto en que permanecía Sabela exigía una explicación, por lo que se apresuró a preguntarle bruscamente:

—¿Se conocían ustedes?

—Pchss... sí, de vista—contestó la seudo Delmira con afectada displicencia—. Somos del mismo pueblo...

—¡Cuánto me alegro! Con eso, cuando se reunan ustedes en Buenos Aires estrecharán sus amistades como excelentes compañeras.

Sabela no daba crédito a sus ojos. Muchos meses hacía que no había vuelto a ver a Rosarito, desde que dejara de asistir al taller obligada por su estado y la vergüenza a encerrarse en su casa; y solo recordaba confusamente cómo Pepa le había anunciado en cierta ocasión que Emilia y

Rosa se habían embarcado para Buenos Aires con sus familias y que Rosarito no tardaría en ir a reunírseles. Amontonábanse en su garganta, pugnando por salir, mil preguntas que naturalmente surgían en su memoria, sin atreverse a proferirlas, recordando la señal de discreción que su antigua compañera le había hecho. Entre tanto la viejecita había tomado una silla y acercándose al velador, cogió la baraja y se puso a hacer solitarios. La joven Estela, que probablemente se llamaría Ambrosia, o Cándida, o Felipa y que era una belleza bastota y lugareña, tirando al monte, se había dejado caer en una mecedora y puesto a columpiarse con tal ímpetu que amenazaba dar una vuelta de campana. Viéndolas así acomodadas dijo la trapichera:

—Esperadme un momentito aquí, que ahora vuelvo. No tardaré. Entretenedme a esa joven... Por cierto que no recuerdo cómo se llama usted.

—Isabel, señora.

—No está mal, pero habrá que cambiarlo más adelante. ¿No le gustaría llamarse Florinda, o Alicia, o Fanny?

Sabela respondió vivamente, sin titubear:

—No, señora, a mí no me gusta más nombre que el mío.

Sin prestar mayor atención al tono con que Sabela se había expresado y que revelaba profunda indignación y rebeldía, la gringa sonrió, segura de su poder, y haciendo un guiño zalamero, salió cerrando tras de sí la puerta.

Acercóse entonces Rosarito a Sabela, hasta juntar con la de ésta su cara pecosa, de facciones redondeadas y graciosas, y con una vivacidad que solo la emoción podía despertar en su carácter pánfilo e inerte, cuchicheó rápidamente, atropellándose a cada rato en su patético discurso, de-

jando caer en el oído atento de Sabela estas amargas palabras:

—Sabeliña, por Dios, no digas a nadie que me has visto. A nadie, por favor. Que mi madre no lo sepa nunca. Ella cree que estoy ya camino de Buenos Aires, con unas amigas que se fueron para allá hace un mes o cosa así. Yo escribí desde aquí a mi madre diciéndole que había perdido el vapor en que se fueron Emilia y Rosa; pero que salía en el siguiente... ¡La pobre! ¡Qué engañada está! Todo, todo lo armó aquella bribona de Pepa, que Dios confunda. Por culpa de ella estoy donde me ves y como me ves. Sabeliña, no vengas, sálvate tú; yo ya me las arreglaré; en cuanto llegue a Buenos Aires... ¡el humo! ¡Ya lo creo!

Sabela insinuó bajito una pregunta.

—¿Y Romualdo?

—Un sinvergüenza, un canalla, como el "oso tierno" que es otro que tal baila. Sabeliña, por Dios, créeme a mí. No hagas caso de estas lagartonas. Tú no necesitas seguir esta vida; tú tienes a tu madre sola, soliña, que se moriría si tú la abandonaras, y tienes a Fuco, que te perdonará, estoy segura, Pepa misma lo tiene dicho cien veces... Ella es la que te empujó a tí, como me empujó a mí... A tí te salva eso que llevas ahí dentro, porque en ese estado no te sacarán de aquí, y con tu hijo no puedes ir a ninguna parte... a menos que te lo arrebaten. ¡Tú no lo consentirás! A mí me ha perdido el no tenerlo, porque me confié como una boba, viendo que no tenía consecuencias... ¡A cualquiera hora me habría yo dejado atrapar si llego a tener un hijo! Pero ahora me tienen cogida y no me sueltan ¡ca! ni me soltarán. ¡Pero en Buenos Aires...!

Intrigada la viejecita con el largo y misterioso aparte, intervino secamente:

—Vaya, vaya, Delmirita, menos secreteos.

Apartóse un poco Rosarito, muy sofocada y conteniendo a duras penas las lágrimas que se agolpaban bajo los párpados hinchados y temblorosos, mas reteniéndola Sabela junto a sí, le preguntó de nuevo en voz baja:

—¿Por qué te llaman Delmira? ¿A qué viene eso de cambiar de nombre?

—¡Qué quieres! Esa bestia que tienes ahí enfrente y que ya corrió las siete partidas, dice que es el hierro de la ganadería...

No pudiendo resistir más, se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar en silencio.

XXVIII

En aquel momento volvía la corredora, acompañada de un sujeto alto, vestido con presunción, de tipo aristocrático, al que las nacientes canas en barba y pelo daban mayor realce, prestándole extraordinario parecido a la varonil figura de D. Carlos de Borbón, el Pretendiente a la Corona de España, tal como debió de ser en su edad heroica durante la última guerra carlista. Frunció el ceño la gringa al observar en el alterado semblante de la seudo Delmira las huellas del llanto, y, sin darse por enterada, dirigiéndose a Sabela, la presentó al recién venido.

—¿Le he exagerado a usted? Por algo la llaman la reina de La Mariña.

—En efecto, es una reina que merece un trono más alto—contestó la contrafigura del Pretendiente.

—De su cuenta corre no más. Y de la de usted también, señor. Bien podrá usted hacer de ella la reina de su chacra...

—No tiene más que decir una palabrita y trato hecho.

Mirábalos Sabela, enfurruñada, sin atreverse a despegar los labios para no echarlo todo a rodar. Más que nada conteníanla las suplicantes ojeadas de Rosarito, que le inspiraban disimulo y prudencia.

Sentóse el galán junto a Sabela y trató de cogerle una mano. Sabela la retiró vivamente, sin mirarle siquiera.

—Es arisca la chica—exclamó lanzando una sonora carcajada, mal avenida con su porte correcto y aristocrático.

—Hay que excusarla—advirtió la corredora, con marcada ironía—. La pobrecilla no anda bien de salud. Cuestión de días, según parece. Después ya será otra, ¿no es así, mi vida?

Terco el prócer de guardarropía, insistió en sus confianzudas maneras y agasajos, tratando de pasar el brazo alrededor de la disforme cintura de Sabela. Irguióse ésta, con repentino ademán de desatada ira, perdida la paciencia, rebosándole la indignación por ojos y boca, y balbuciendo de cólera, gritó:

—¡Basta! Déjenme salir ahora mismo. ¿Qué se creían ustedes? Se figuran que soy de la pasta de la pobre Rosarito, a la que tienen ustedes aquí engañada y más presa que si estuviera en la misma cárcel? ¡Ca! ¡Eso, nunca! Paso, paso a los dos: a mí y a lo que llevo dentro de mí. El me proteje contra ustedes, él me salva, él me da fuerzas para todo y contra todos. ¡Paso he dicho! Pronto, abrir esa puerta o grito...

Estaba magnífica, soberbia, admirablemente hermosa. La exaltación que se había apoderado de ella prestaba a su demacrado rostro, de líneas purísimas que el dolor divinizaba, una expreción tal de heroísmo y majestad que nadie,

ni aun la descocada corredora, osó oponerse a su deseo. Avanzó resuelta hasta la puerta, alzó el pestillo y al volverse a mirar por última vez a Rosarito para decirle adiós, le abandonaron las fuerzas, se apoyó en el dintel y hubiera caído al suelo de no acudir a sostenerla el desdeñado galán, que debajo de su bellaquería parecía cobijar sentimientos de compasión y nobleza.

Depositaron el desmayado cuerpo de Sabela en el sofá, sosteniendo Rosarito en su regazo la hermosa cabeza de su infortunada amiga, cuyos destrenzados cabellos aureolaban su semblante exangüe y contraído por un dolor infinito, en tanto que la viejecita procuraba afanosa hacerla volver en sí empleando todos los recursos de la medicina casera. Pero ni las aspersiones de agua fresca, ni las unciones con saliva sobre los párpados haciendo la señal de la cruz, ni las fricciones sobre el corazón con la media del pie izquierdo, para lo cual hubo que descalzar a la desdichada Sabela y descubrir más de un secreto de su cuerpo hechicero a las atónitas miradas de los circunstantes, produjeron el menor efecto, ni acreditaron la virtud curativa que les atribuía la supersticiosa viejecita.

—Esto se pone mal—exclamó preocupado el falso Pretendiente—; a mi ver, habrá que avisar corriendo a un médico.

—Si usted fuese tan amable...—contestó la corredora un tanto asustada.

Mientras el espontáneo mensajero corría en busca del facultativo más cercano, la infatigable viejecita no cesaba de aplicar a la infeliz desmayada cuantos remedios le sugería su terapéutica casera, ya introduciéndole granos de

sal entre los dedos de los pies, ya dándole a oler vinagre a falta de cosa mejor, ya continuando acertadamente el método de fricciones precordiales, que al fin alcanzaron el éxito apetecido. Poco a poco reapareció la perdida sensibilidad, comenzó a circular de nuevo la sangre paralizada, tiñendo de leve rubor las pálidas mejillas y los descoloridos labios de la infeliz, alzóse el pecho en amplia inspiración y abriéronse los grandes ojos, angustiados e interrogadores, mirando a los que la rodeaban con infantil asombro. Sonreíale la viejecita al verla resucitada, y decía moviendo la cabeza con profunda expresión de pena:

—No me extraña, no me extraña. Mientras secreteaba con Delmirita echaba yo las cartas pensando en ella y le salían la sota de espadas al derecho junto a la sota de copas y el cinco de bastos al revés con el tres de espadas, montando al as de espaldas al revés y cerca del nueve de bastos... ¡No te quiero decir...! ¡Pobrecilla, pobrecilla! Llanto y catástrofe, acción vergonzosa, preñado mortal, deshonor... ¡Virgen Santa!

Al cabo de un rato llegó el médico, el cual, enterado del síncope y tras breve y somero reconocimiento, opinó que la enferma debía ser trasladada en el acto a su domicilio o a otro lugar donde pudiera ser atendida con el cuidado que requería su estado alarmante. Y al enterarse de que ninguna persona de su familia se hallaba presente y que estaba albergada en lugar tan poco recomendable como el que le fué indicado, tomó un aire severo y manifestó que lo único que en este caso había que hacer era llevarla al Hospital de Caridad, del cual haría venir una camilla.

El miedo a posibles complicaciones y sobre todo lo poco

limpio de su conciencia, fueron causa de que la astuta traficanta, imitando el gesto de Pilatos, aceptara con agrado la indicación del médico, el cual no tardó en cumplir su promesa.

Era tal el estado de abatimiento y atonía de la pobre Sabela, que no formuló la menor protesta ni tuvo el más leve gesto de disgusto al sentirse levantada en vilo por los enfermeros y ser depositada en la tensa lona destinada a recoger las piltrafas que la miseria y el dolor arrojaban al arroyo para que la caridad se encargase de barrerlas. Antes de cubrirla con el pringoso hule, tendido sobre el caballete de la camilla, precipitóse Rosarito a besarla, bañándole el rostro de lágrimas, como si la imagen de Sabela tendida en la litera para ser conducida al hospital, fuese un funesto presagio que le anticipara la visión de su propio destino. Alzaron por fin la camilla, sujetándola con los tirantes, pendientes de los hombros, y despedida por los sollozos de Rosarito, la muda compasión de la viejecita y la indiferencia de los demás, comenzó la lúgubre caminata a través de las calles de la ciudad, todavía llenas de gente, que se descubría respetuosa al paso de aquel misterioso dolor solitario y anónimo.

En las inmediaciones del Hospital de Caridad tuvieron que detenerse los camilleros para dejar paso a la procesión de la Soledad, llamada de los "Caladiños". En el silencio augusto de la noche hermética, en cuyo ámbito palpitaba el misterio, desfilaba por las calles de la ciudad herculina el imponente cortejo de devotos que acompañaba a la acongojada imagen de la Virgen, enlutada y traspasada de dolor, en su peregrinación muda y sombría a través de

aquellos lugares de ordinario risueños y pletóricos de actividad y alegría. Nada más grandioso y tétrico que aquel silencioso desfile de sombras, entre dos larguísimas hileras de cirios oscilantes, cuyo rojizo resplandor teñía de sangre los muros de las viviendas, como si aguardasen la visita del ángel exterminador mensajero de la muerte, de la redención y de la penitencia. En medio del silencioso torbellino, cuyo paso medroso y reptante producía la sensación de una corriente subterránea, la sagrada imagen de la Madre de Dios aparecía inundada de dulce resplandor seráfico, reflejándose en su divino rostro la infinita piedad y tristeza que el autor sublime del "Stabat Mater" expresó en aquellas estrofas inmortales:

Cujus animam gementen,
Contristatam el dolentem,
Pertransivit glaudius.
... ...
Quis est homo qui non flerit,
Matrem Christi si viderit
In tanto supplicio?

Varias compasivas mujeres rodearon curiosas la camilla, intentando levantar un extremo de la cortina que cubría aquel drama de humildad y miseria. Reproducíase, en lo humano, la escena de la calle de la Amargura, cuando las mujeres que seguían al Redentor, cargado con la Cruz, oyeron de los divinos labios del Maestro:

—¡Hijas de Jerusalem, no lloréis por mí, antes llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque vendrán días en que dirán: bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar...!

Una más curiosa o atrevida preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Algún herido?

—No, es una chica que está a punto de dar a luz. Ha tenido un síncope, y parece que la cosa es de cuidado.

—¡Pobrecilla! ¿Y por qué la llevan al Hospital? ¿Es que no es de aquí?

—Parece que no. Creo que estaba en una casa de esas...

—¡Jesús! ¡Ave María Purísima! ¡Tener hijas para eso...!

La curiosidad despertada por la aglomeración de aquellas piadosas e indiscretas mujerucas y el leve murmullo y tole-tole que iba extendiéndose a lo largo de las filas de mirones, apostados para ver pasar la procesión, prendieron en un grupo del que formaban parte dos enlutados escuerzos, bajo cuyos velillos beatíficos entreveíanse las facciones cotorriles de Julieta y el perfil simiesco de Tulita, que con otras amigas de su pelaje apretujábanse contra una esquina, procurando esquivar los estrujones y sobos de la multitud.

—¿No oyes, Julieta?—exclamó en voz baja su hermana. Dicen que en esa camilla va una joven que está próxima a dar a luz. ¿Si será Sabela?

—Quien sabe, Tulita. Habrá que prevenir a la tía.

—Justamente al salir nosotras de casa llegó un telegrama de Pepa. La tía parecía muy preocupada. ¿Qué le diría Pepa?

—No sé, chica. No es pequeño el compromiso en que nos ha metido esa enredadora ferrolana.

—¿Vamos a ver quién va en la camilla?

—Vamos.

Acercáronse las acecinadas solteronas al lugar en que se había detenido el doliente grupo de los camilleros y la enferma, y con mucho disimulo, por oponerse los conductores a que se violase el secreto de aquella tribulación, amparada por la caridad pública, metió Julieta el pico cotorril por la abertura de las cortinas. Un agudo grito de sorpresa, lanzado por la infeliz yacente, le hizo retroceder, al mismo tiempo que, advertido de la maniobra uno de los enfermeros, dió un empujón a las curiosas, exclamando:

—¡Demonio de brujas! ¡Que en todo han de querer meter las narices! Largo, fuera de aquí.

Mientras se alejaban muy sofocadas y corridas, preguntó Tulita:

—¿Es ella? ¿La viste bien?

—Sí, sí, ella es.

—Pues vamos a casa a prevenir a la tía.

Emprendieron la vuelta a su casa, como dos brujas convocadas al aquelarre, no faltándoles más que la escoba para completar el grotesco y apropiado símil. Al llegar a ella, oyeron desde el portal, voces agrias, mezcladas con llanto y suspiros, amenazas y súplicas, que procedían de la salita de la matrona, cuya voz áspera y campanuda sonaba lúgubre, como el eco de un esquilón hendido y destemplado.

—¡Yo quiero mi hija! Devuélvame usted mi hija, mi Sabela, la hija de mis entrañas! Está aquí, sí, señora, aquí, escondida, encerrada por esa bribona de costurera ferrolana. Lo sé, lo sé por este telegrama que me ha puesto Fuco, mi hijo, mi otro hijo querido, que esta noche vendrá a buscarnos para volvernos los tres juntos a La Mariña.

—Le he dicho a usted que ya no está aquí. Se fué esta

tarde, no sé adónde, ni me importa. ¡Vaya! ¡Pues no faltaba más! Esta es una casa decente y respetable, señora. Aquí no se encierra ni se oculta a nadie. ¿Qué se ha creído usted? Si su hija le ha salido ligera de cascos, átela usted corto y en paz.

—Ya estoy cansada de que me traigan y me lleven de Herodes a Pilatos, de una a otra casa, sin encontrar nunca a mi hija. Lo mismo fué en la otra... Cuando yo llego, ya me han quitado de en medio a mi hija, para que yo no la vea y la recoja y me la lleve, como es mi derecho, porque soy su madre que la ha parido y criado con todo el regalo del mundo. Pero esta vez no me voy sin ella; no salgo de aquí sin verla y hablarla, porque está aquí, sí, señora, aquí y aquí, no lo niegue usted.

—¡Cuando le digo a usted que no está! ¿Quiere usted registrar la casa? Aunque esta proposición me ofende y me llega al alma como una injuria, como una falta al respeto que se merece esta honradísima casa, ¡vamos! no tengo inconveniente en que usted la recorra toda y examine una por una las habitaciones para que se convenza de que no está, que se ha marchado con una amiga de Pepa y seguramente no volverá más aquí. Y aunque volviera, no quiero más líos. Mire usted, lo mejor es que se lleve usted ahora mismo la ropa y todo lo que le pertenece. Y que no vuelva a poner los pies en esta casa decentísima, tan honrada como la que más. Pero... ahora que me acuerdo, ¿quién va a pagarme el hospedaje de su hija? Porque supongo que no se figurará usted que iba yo a tenerla aquí de balde...

La honrada ropavejera mariñana miró a su interlocutora, asombrada de su cinismo. En un tris estuvo que le

contestara un exabrupto, diciéndole que le pagara quien la había llevado allí, de escondite y contra su voluntad, pero atenta a su necesidad vehementísima de recuperar a su hija a costa de cuantos sacrificios se le exigieran, repuso:

—No pase cuidado por eso. Todo le será pagado, hasta el último céntimo, pero ha de ser con la condición de que esté mi hija delante. Si no, no.

En aquel momento hicieron irrupción en la sala Julieta y Tulita.

—Tía, tía, la hemos visto, la hemos visto—chilló Tulita.

—¿A quién habéis visto?

—A Isabel.

—¿A que Isabel? ¿La Mariñana? Esta señora es su madre. Me alegro que la hayáis visto. ¿Ve usted, señora, cómo yo le decía la verdad al asegurarle que no estaba en esta casa? A ver, niñas, decidme, ¿dónde la vísteis?

La presencia de la madre de Sabela constituía un obstáculo invencible para que la macaca diera rienda suelta a su locuacidad, a riesgo de herir cruelmente los sentimientos más delicados e íntimos de aquella pobre mujer desconsolada, y sobre todo temía que su tía no agradeciese su franqueza. Para salvarla del aprieto intervino la cotorra hábilmente:

—La vimos en la calle, pero no pudimos hablarla. Había mucha gente por medio.

La señora Andrea seguía ansiosa aquella conversación, poniendo en sus miradas, que iban de una a otra de las interlocutoras, las angustias todas de su alma torturada.

—Diga, diga, por favor, ¿dónde la ha visto usted? Sea

donde sea, yo iré a buscarla hasta que dé con ella. Pero diga...

Julieta y Tulita miraban a la matrona sin apartar los ojos de su semblante sibilino, aguardando una indicación para hablar y contar cuanto sabían. Pero la astuta vieja, convertida en esfinge, permanecía impasible, dando vueltas a su rosario, mostrando, al parecer, la más olímpica indiferencia por aquel dolor maternal, que ningún eco podía despertar en sus celestinescas entrañas. Al cabo de un momento dijo:

—Oye, Julieta, acompaña a esta señora al cuarto de Isabel para que recoja toda su ropa y la prepare para llevársela. Tulita, tú quédate.

Mientras la señora Andrea y Julieta desaparecían por el pasillo adelante, Tulita relató sucintamente a su tía el encuentro de la camilla en que iba Sabela, conducida al Hospital. Santiguóse la tarasca, todo espantada y temerosa, y sacando de la faltriquera un arrugado papel azul, rompió en denuestos e imprecaciones contra la modista ferrolana.

—¡Y este demonio de mujer me encarga que, venga quien venga, no consienta que se vea con Sabela y que diga a todo el mundo que ya no está aquí! ¡Y ahora resulta que está en el Hospital! Vaya una manera que ha tenido la gringa para deshacerse de ella y zafarse del compromiso. ¡Ah la muy pécora! Basta de tapujos y compromisos. Lo que es a mí no me coge en otra. ¡El demonio de la ferrolana! Y no digo su amigota esa, la guachinanga que vino a buscar a Isabel de parte de Pepa, qué manera de sacudirse las pulgas. ¡Pues lo que es por mí...!

Volvieron a poco rato la señora Andrea y Julieta, tra-

yendo el hatillo en que aparecían confundidas y revueltas las pobres galas de la infeliz mariñana y las ropitas de la criatura que llevaba en sus entrañas.

—Bueno, vamos a ver—gruñó la tarasca, sin prestar atención al desconsuelo de la pobre madre—; mire usted si está todo bien y hagamos cuentas. Me debe seis días de pensión, una visita de médico, mi asistencia facultativa y los gastos... Total, doce duros.

—¡Doce duros!—exclamó la ropavejera aterrorizada por la cuantía fabulosa de la cifra. ¡Doce duros por haberla tenido secuestrada seis días!

—Pues si usted no paga no sabrá dónde está su hija.

—¡Ah! eso quiere decir que usted lo sabe. ¡Por fin! Tome, tome todo lo que quiera... Ahí va eso— Diga, diga... Mi hija Sabela, ¿dónde está?

Contó la vieja harpía reposadamente el dinero, guardólo con toda cachaza en la honda sima de su faltriquera, y contestó con acento sombrío:

—Pues su hija está... en el Hospital.

Recibió la pobre madre el golpazo afrentoso en pleno rostro, como una pella de fango que le cubriera los ojos. Quedóse inmóvil, con los labios apretados, llorando sin lágrimas, sufriendo horriblemente, sin darse cuenta de ello, en un estado angustioso de paresia, de imbecilidad, de inconsciencia absoluta. Era la encarnación del dolor maternal, de la soledad y del abandono, como si habiendo llegado a lo alto del Calvario hubiese visto alzada allí la cruz de ignominia de la que pendía su hija, y solo tuviese fuerzas para caer abrazada a sus pies, transida de dolor y de amargura, en la

actitud misma que describe el sagrado himno del poeta franciscano:

Stabat Mater Dolorosa
Juxta crucem lacrymosa,
Dum pendebat filius...!

XXIX

BRINCABA Juanito dentro del vagón del ferrocarril, impaciente por llegar, dando saltos como codorniz enjaulada y echando pestes y reniegos contra el maquinista, los empleados de las estaciones y todo el servicio ferroviario, que con tanta flema e indiferencia permitían al convoy burlarse de su ansiedad e impaciencia, con resoplidos y carraspeos de animal asmático y cansino. Acometido de insufrible comezón dinámica, no cesaba de recorrer el angosto y por fortuna vacío departamento, asomándose alternativamente a una y otra ventanilla para escudriñar, en la lobreguez de la noche, el tenebroso horizonte, acuciado del deseo de ver brillar en lontananza las plateadas luces de los muelles herculinos.

Apenas hubo puesto el pie en el vagón, alcanzado en marcha, sacó la carta sustraída al gaznápiro de Rodrigón y la leyó con el afán del mensajero de un indulto de pena capital. La misiva era breve. Limitábase a autorizar al portador para hacerse cargo de Sabela, pagar los gastos de su estancia en casa de la comadrona y traérsela consigo a La

Mariña. Enterarse de esto y dar una zapateta de alegría, todo fué uno. Por las ventanillas abiertas a pesar de lo desapacible de la noche, adivinaba Juanito los lugares conocidos y familiares que el tren iba dejando atrás, en su marcha fatigosa y aperreada, con estrépito de hierros viejos, como si fuera soltando por el camino cuantos tornillos sujetaban su armazón desvencijada. Al cruzar frente a Guísamo, lanzó un potente "aturuxo", con la inaudita pretensión de que su eco repercutiese en Bergondo, como el beso de la dolora; en Abegondo alborotó el andén, protestando contra la inconsiderada detención de un minuto, voceada por el empleado; en Cambre pidió el libro de reclamaciones para consignar su profunda indignación por el vergonzoso incumplimento de los cuadros de marcha, y en el Burgo echó pie a tierra con el propósito de demostrar a la Compañía que, si se atrevía a apostar con él, era muy capaz de llegar antes que el tren a la capital herculina, caballero en un borrico de alquiler de los que solía haber en los alrededores de la estación. Por fortuna para la Compañía no se halló ningún burro a mano y Juanito tuvo que desistir de su gallardo desafío.

Por fin paró el tren bajo la marquesina de la estación y los escasos viajeros que conducía apresuráronse a tomar asiento en los ómnibus cascabeleros que hacían el trayecto hasta el centro de la capital. Aguardó Juanito a ver cuál salía primero y de un brinco se acomodó en el estribo y luego en la rotonda del que antes arrancó del patio de la estación, seguido de maleteros, chiquillos y perros ladrando a todo ladrar. Al llegar a la Rúa Nueva, echó a andar a toda prisa hacia la ciudad vieja, donde se hallaba la casa

de la comadrona. Cerca de la plaza de María Pita tropezó con unos camaradas que inútilmente pretendieron detenerle; soltóles un bufido y siguió corriendo. Unas viejas, por entre las cuales pasó veloz, arrollando a una de ellas, hiciéronle la cruz y le llenaron de improperios, tomándole por el mismo Judas, buscando un árbol para ahorcarse; gritóle el sereno para que se detuviera, creyéndole un criminal huído, salieron dos guardias en su persecución, seguidos de varios transeuntes trasnochadores, y ya le iban a los alcances y se preparaban a caer sobre él y darle acaso una paliza preliminar del interrogatorio de oficio, cuando al doblar una esquina surgió una figura elegante y airosa, que aguantó el encontronazo abriendo los brazos y exclamando:

—¡Juanito! ¿Qué es esto? ¿Qué te pasa?

—¡Condrio! ¡Otero! ¿Tú por aquí?

Aproximáronse los perseguidores, más humanizados ante el abrazo fraternal de los dos amigos y la distinguida traza del pollo elegante, y explicado sucintamente el motivo de tan insólita premura, que tanta alarma causara a la celosa autoridad nocturna, presentó ésta sus excusas y se disolvió la reunión sin más consecuencias.

—Pero cuenta, cuenta—dijo Otero, tomándole del brazo—, ¿qué prisa es esa? ¿Adónde ibas así, desbocado y fuera de tino?

Quedóse mirándole Juanito un tanto perplejo, como si no diese crédito a sus ojos.

—¿Y tú? ¿Qué haces en la capital? Yo te creía en Compostela.

—He venido a pasar las vacaciones de Semana Santa.

No he ido a La Mariña porque... Ya te lo figuras. Por ahora no me conviene aparecer por allá abajo.

—Bien, Otero, entendámonos. ¿Tú no sabías que Sabela está aquí?

—¿Cómo? ¿Es posible? Te juro que no. ¡Cómo iba yo a saber...!

—Creí que Pepa te tendría al corriente...

—No, Juanito, te aseguro que no. Ninguna relación conservo con Pepa, ni he vuelto a saber nada de Sabela desde que salí de La Mariña para Compostela. Maldito lo que yo le importo a la ferrolana. No es ese el camino que ella lleva. Pica más alto y... más lejos. En las agencias de vapores para Buenos Aires pueden informarte.

—Pues chico, yo creía... Estaba convencido de que Pepa gestionaba con verdadero interés que tu madre consintiera en tu boda con Sabela y que al fin tú te decidirías a cumplir como se debe.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué cosas dices! ¡Que yo debo cumplir...! Vamos, hombre, se necesita estar loco. En mi vida se me ha ocurrido semejante cosa... Ni a Pepa tampoco, eso tenlo por seguro. Si Sabela está aquí será porque se prepara a empaquetarla para Buenos Aires. Eso indica que... Oye, ¿ha salido Sabela de su cuidado?

—Creo que no.

—¡Pues es lástima!

Experimentaba Juanito vivísimos deseos de abofetear a aquel danzante, cuyo cínico desenfado y bellaquería causábanle náuseas. Conteniéndose, y como si obedeciera a una inspiración momentánea, le preguntó:

—¿Tú quieres ver a Sabela?

—Hombre... yo... Ningún interés tengo en ello, francamente.

—Pues bien, Otero, óyeme. Ya que no tengas el valor de tus actos ni seas capaz de portarte como lo haría un hombre de honor en este caso, a lo menos me ayudarás a realizar una buena obra. Vamos a librar a Sabela de las garras de la ferrolana y a devolverla a su madre. Es todo lo que de tí exijo.

—¡Tanto como exigir...!

—Llámale como quieras, exigencia, favor, súplica... El caso es que me ayudes. No es ya cuestión de reparaciones, ni de cariño, ni de conveniencias. Es caridad pura y simple. Es evitar un crimen. Es cumplir un deber elemental de hombre honrado. Te advierto que la justicia ha tomado cartas en el asunto. Si no quieres que además de la mancha que has echado sobre tu reputación, aparezcas complicado en una causa de secuestro y corrupción de menores, ayúdame, Otero, por tu bien te lo digo.

Protestó el pollo, con grandes aspavientos, de sus buenas intenciones y deseos de ser útil a Sabela en todo lo que no fuera reparaciones casamenteras, rechazando al mismo tiempo lo que pudiera haber en ello de imposición y amenaza, y accedió a lo que de él se exigía.

—Pues aunque tú no lo creas, si se hilara delgado en tu caso y se definiera el estupro como se debe, créeme que el Código penal te cogía de medio a medio.

—¡Bah! No será tanto.

—Fíate en tus padrinos y no corras. Me parece que en La Mariña hay un juez que no mira con indiferencia estas cosas.

—Pues que mire lo que quiera. ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Por de pronto venir conmigo.

A pocos pasos de allí estaba la casa de la comadrona. Empujaron la puerta, habitualmente entornada para favorecer la clandestinidad y el tapujo, y subieron al piso en que la vieja matrona tenía instalada su industria sospechosa. Llamó Juanito discretamente, y conducidos por la maritornes que acudió a abrir, penetraron en la salita donde dormitaba la sibila, con su inseparable rosario entre los dedos. Sin más ceremonia alargóle Juanito la carta de Pepa.

—¡Ah! ¿Viene usted por la chica? ¡Caramba! Cuánto lo siento. No está aquí.

—¿Que no está aquí? A ver, a ver. ¡Ojo conmigo! No estoy para bromas. O me entrega usted la chica en el acto o salgo a buscar la policía. Le advierto para su gobierno que en el Juzgado de La Mariña hay presentada una denuncia por secuestro. Con que ya lo sabe...

Se sonrió la tarasca con menosprecio, segura de la impunidad, y gruñó:

—No se moleste, caballerito. ¡Lástima de tiempo perdido! La chica no está secuestrada ni mucho menos. ¡Como que está en poder de su madre!

—¿De su madre?

—Como usted lo oye. Su madre y ella deben estar juntas en este momento, digo, si es que le han consentido quedarse en el Hospital.

—¡En el Hospital! ¿Pero qué dice usted, señora? ¿Quién está en el Hospital?

—¿Quién ha de ser sino la chica, la Mariñana? En el Hospital de Caridad la tienen ustedes desde esta tarde. ¡Pobre chica! ¿Es amiga de ustedes? Vaya, vaya, no es extraño siendo tan guapa. Ahora arréglenselas como puedan si quieren verla. Por esta noche lo creo difícil.

¡Sabela en el Hospital! La sola idea de que la flor de La Mariña, la perla brigantina, yacía en el humilde camastro que la caridad pública ofrece de limosna a la escoria de la humanidad, a los tristes náufragos del dolor y de la miseria, que abandonados de todos, sin afecciones ni amistades, hallan su postrer refugio en el frío regazo de la beneficencia oficial, le crispaba los nervios y le enrojecía el semblante como una afrenta familiar, como un insulto lanzado al rostro de todo un pueblo, cuya plástica representación y ornato era la infeliz mariñana. Salió de la casa como una tromba, arrastrando en pos de sí al pollo Otero, que se sentía a su vez conturbado y lleno de emoción e interés por la suerte de su víctima, cuyas tristes andanzas desconocía completamente.

Llegados al Hospital, fuéles negada la entrada, como era lógico, dado lo intempestivo de la hora. A las insistentes preguntas de Juanito solo pudieron contestar los enfermeros de guardia que la pobre moza presentaba síntomas alarmantes de parto prematuro, pero que merced a los cuidados que se le habían prestado al ingresar en el establecimiento, los dolores habían cedido y el peligro quedaba por el momento descartado. En todo caso, en la visita de la mañana siguiente, el médico de la sala haría su diagnóstico con toda precisión y entonces podrían obtener los informes que deseaban. En cuanto a la señora Andrea no pudieron

suministrarles noticia alguna, si bien no titubearon en asegurarles que no estaba allí.

Era cerca de la media noche y por eso juzgó Juanito inconveniente buscar a la madre de Sabela en su hospedaje, al que sin duda se habría retirado por no consentir el reglamento que permaneciese en el Hospital al lado de su hija. Aplazando, pues, para el siguiente día sus gestiones, y hallándose desvelado y nervioso, en vez de recogerse a la casa de huéspedes en que tenía su alojamiento estudiantil, fuése con Otero a pasear al Relleno, cuyas amplias avenidas solitarias y umbrosas ofrecíanle ancho campo para dar rienda suelta a sus pensamientos y cavilaciones.

Emparejados los dos amigos, comenzaron a pasear en silencio, con ademán reposado y calmoso, por la avenida central del frondoso parque. La noche era clara, fresca, limpia y serena. Soplaba suave el nordeste, acariciando las copas de los árboles con morosa delectación, y difundiendo el blando efluvio aromático que despedían los tiernos renuevos primaverales. Más allá del paseo, a través de los troncos pulidos y rectos, divisábase el mar tranquilo y durmiente, cuya sosegada respiración percibíase por el acompasado balanceo de las embarcaciones amarradas a los muelles. En el fondo de la bahía las luces blancas de los trasatlánticos fondeados semejaban estrellas desprendidas de la alta bóveda, transparente y lúcida, y la mole del castillo de San Antón, envuelta en la bruma, causaba la impresión de la silueta de un enorme buque fantasma embarrancado entre los peñascos de la costa.

—Otero—exclamó bruscamente Juanito, deteniendo sus pasos para dar mayor solemnidad a sus palabras—. Tengo

la evidencia de que Sabela se muere. Me lo dice el corazón, y me lo asegura mi propio razonamiento. Nuestra hermosa mariñana está fatalmente condenada a morir. Y no puede ser de otro modo. ¿Concibes tú a Sabela deshonrada y viva? ¡Sabela madre de un hijo bastardo, sin padre que le reconozca y le dé su apellido, vegetando tristemente en un rincón de La Mariña, roída de vergüenza, de dolor y de remordimiento! ¡Sabela sin reir, sin cantar, sin alborotar ruidosamente, sin llenar con el eco de sus carcajadas alegres y bulliciosas el ámbito sepulcral de la ciudad moribunda, sobre cuya sepultura ha brotado esta flor, la más hermosa del vergel mariñán, que perfumaba con su fragancia de vida y de amor la última página de la historia de La Mariña! ¡No puede ser, no puede ser!

Otero escuchábale en silencio, con la cabeza humillada bajo el peso de un vago malestar, precursor del remordimiento. Reprochábase su frivolidad, su falta de sentido moral, su depravada educación, que le condujera a cometer una profanación villana y soez, cuya transcendencia y simbolismo percibía con toda claridad y precisión a través de las veladas y amargas alusiones que encerraban las palabras de su amigo. Por un capricho de imaginación vínole a la memoria el recuerdo de cierta novela humorística de Mark-Twain, que el snobismo estudiantil había popularizado en algún cenáculo literario de Compostela, y por cuyas páginas, chocarreras y espolvoreadas de sal gruesa, se paseaba la sucia figura de un cerdo hozando en el trébol simbólico de un blasón señorial, pisoteándolo con sus inmundas pezuñas. Así había procedido él con Sabela. Llevado de un estúpido afán tenoriesco y liviano, incapaz de ternura y co-

medimiento y amparado de la impunidad legal y el encanallamiento de las costumbres que perpetúan las viejas mañas picarescas, corregidas y aumentadas, de que adolece el carácter latino, no supo respetar aquella flor de hermosura y juventud, y en cuanto su apetito, ayudado por innoble tercería, le deparó la ocasión, arrancóla de su tallo y se la plantó en el ojal, como emblema de su fácil victoria. No cohonestaba su villana acción un amor apasionado, ni siquiera un frecuente y afectuoso trato que al cabo pudiese justificar la tentación y explicar la caída; su conducta con Sabela era un flagrante caso de alevosía, un bárbaro atentado, ejecutado en condiciones de difícil si no imposible defensa, sin preocuparse de otra cosa que de coger la flor y adornarse con ella. Pero al mismo tiempo otras voces interiores, eco sin duda de egoístas reflexiones familiares, de graves consejos de sesudos varones y de las enseñanzas objetivas de camaradas y amigos de tan ancha conciencia y tan positivo sentido de la vida como el que el propio Otero poseía, levantábanse orgullosas para rebatir aquellos escrúpulos sentimentales, pretendiendo convencerle de que entre el delito cometido y la reparación exigida quedaba ancho margen para otras soluciones...

Juanito continuó:

—Ha sido una espantosa fatalidad, por no decir otra cosa, la que te empujó a hacer lo que hiciste. De no haberte interpuesto en el camino de Sabela, su destino la hubiera conducido a casarse con Fuco o... quién sabe si con Luis. La primera solución, la más humana, la más lógica, la más conveniente para Sabela, habríale proporcionado un tranquilo y modesto bienestar, prosaico, sí, pero acomodado

a su condición y a las circunstancias de su vida humilde, desarrollada en un ambiente de modestia, placidez y reposo, con segura promesa de que esa unión no dejaría de producir nuevas flores, bellas y fragantes como su madre, que perpetuaran la fama de hermosura del jardín brigantino. La otra solución, revolucionaria, más artística y transcendental, acaso sería también más efímera, y sacrificaría la personalidad de Sabela en aras de un altísimo ideal, lleno de poesía y adoración hacia la santidad del pasado, que perdura sobre las ruinas gloriosas, amontonadas por la tradición y la leyenda. Pero ¡ahora! Profanado lo más puro de nuestros recuerdos, lo más grato de nuestras ilusiones, lo más bello y peregrino de nuestros emblemas y de nuestros símbolos, ¿qué nos queda? El estigma, la vulgaridad de un episodio sin transcendencia social, una mariposa sin alas, una flor tronchada y cubierta de lodo, que la prosaica escoba de la caridad oficial barre indiferente, sin curarse de que esta reliquia de un ideal marchito y pisoteado, vaya a parar al surco en que se pudren ensueños, aspiraciones, ideas y sentimientos, mezclados con el fango de una cultura bárbara, adocenada, de aluvión, que aspira a raerlo todo y cubrir el solar de nuestras glorias venerandas con la sal amarga de la vulgaridad y de la ramplonería.

Calló Juanito, y por la imaginación de Otero cruzó de nuevo el recuerdo del grotesco relato porcuno de Mark-Twain, asociándolo al del símbolo heráldico que los Andrades prodigaron en los monumentos de que dotó su munificencia a la hidalga ciudad brigantina, estampando en ellos el sello de su gloria. El fiero jabalí, que sostenía sobre sus lomos la cruz floreada, místico emblema medioeval

de la fe dominando y sometiendo a la naturaleza rústica y bravía, convertíase en un cerdo vulgar, que soportaba indiferente el peso de la idea religiosa, viniendo a ser para él abrumadora carga lo que fuera en mejores y más gloriosos tiempos timbre de honor y de esperanza. El jabalí, degenerado, torpe y voraz, ávido de bazofia, había arrojado la cruz y se paseaba muy orondo y rollizo por las hidalgas callejuelas brigantinas, transformado en pacífico cerdo, dispuesto a renovar, solo o en piara, la puerca aventura de que fué víctima el Señor Don Quijote, a su regreso de la noble Barcelona, a costa de cuantos ilusos caballeros se atreviesen a romper lanzas por la virtud y hermosura de la Dulcinea mariñana, trastrocada, por arte de zafio y sanchopancesco encantamiento, en sucia labradora, oliendo a ajos y a ensalada fiambre y trasnochada...

XXX

YACÍA en su cama del Hospital la infeliz Sabela, angustiada y silenciosa, empapadas las sienes de sudor frío y cadavérico, reprimiendo heroicamente los ayes y sollozos que le arrancaban los dolores terribles que padecía. A su lado, junto a la cabecera del lecho, su madre, la pobre señora Andrea, imagen viva de la desolación, ocultaba su rostro demacrado por tantas y tan crueles tribulaciones y amarguras. Una hermana de la Caridad iba y venía solícita y ligera, disponiendo encima de la mesa, pinzas, sondas, tijeras...

En la inmediata sala de guardia hallábanse reunidos Juanito, Otero, Luis y Fuco, estos últimos recién llegados en el primer tren de la mañana. Olvidados o aplazados agravios y diferencias ante el terrible drama que se desarrollaba a pocos pasos de allí, los cuatro jóvenes permanecían mudos y abismados en sus cavilaciones y temores, sin atreverse a romper el lúgubre silencio que gravitaba sobre ellos como una losa funeraria, entenebreciendo sus ideas y tensando sus nervios hasta el paroxismo de la impacien-

cia. Menos impresionable o más ajeno a aquel dolor colectivo, que hería de diversos modos y desigual intensidad a los allí reunidos, rompió Juanito el silencio para preguntar a Luis:

—¿De modo que lo de Rodrigón...?

—Fué más el susto que otra cosa. Un desmayo pasajero, que le sirvió de calmante y de freno a sus ímpetus. Lo empaquetamos en el coche de la estación que pasó poco después por el lugar de la pendencia y... a su casa. Hoy, antes de venir, me he enterado de que está bien de salud.

—¿Y Pepa?

—Por Limón he sabido que era cosa resuelta su destierro... voluntario. El juez le aconsejó esta solución si no quiere verse envuelta en un proceso. A Rodrigón le obligan a pedir la absoluta. Por ese lado nuestra victoria es completa. ¡Quiera Dios que podamos decir aquí lo mismo!

Entró un enfermero; en su aspecto displicente creyeron todos leer la presencia del peligro.

—¿Qué? ¿Cómo sigue?

—¡Mal, mal! La cosa se presenta difícil. Habrá que operar... Se ha presentado el tetanismo... la versión va a ser casi imposible... En fin, veremos...

Quedáronse consternados. En los ojos de todos brillaban las lágrimas, pugnando por romper los diques con que un resto de energía y fortaleza varonil pretendía contener su explosión consoladora. Un lejano grito, prolongado y sutil, como un agudo alfilerazo, les hizo estremecerse y precipitarse a la puerta de la estancia, con manifiesta intención de acudir al lugar de donde partiera si las conveniencias no lo impidieran.

—¡Esto es atroz!—clamó Luis.

Otero, vivamente impresionado, sin poder contenerse por más tiempo, rompió al fin en sollozos.

—¡Soy un miserable! ¡Lo reconozco!—exclamaba con acento de profunda sinceridad!—¡Que se salve, Dios mío, que se salve, y cumpliré con ella como un hombre honrado! ¡No quiero llevar sobre mí toda la vida el dolor y el remordimiento de su muerte!

Acercóse a él Fuco, rojo de emoción, tembloroso, arrasados los ojos de lágrimas y tendiéndole las dos manazas encallecidas y llenas de costurones, barbotó enternecido:

—¡Gracias! ¡gracias!

Transcurrieron lentos y torturadores los minutos. En el ánimo de aquellos hombres, jóvenes y fuertes, la sensación lancinante y abrumadora de la espera debía asemejarse a la que experimenta un reo en capilla. De la calle subían rumores matinales de la vida atrafagada de la capital; ruído de carros, de zuecos, de voces, de risas y conversaciones en alta voz, formando confusa algarabía, monótona y continua, como la del mar al abatir sus ímpetus en las arenas del Orzán. Un vivo estrépito de campanas, difundiendo su gangoso tañido con aire de fiesta, dominó por largo rato los ruidos callejeros. Recordó entonces Luis que era Sábado Santo, y que aquellas campanas tocaban a gloria. ¡A gloria! El doloroso contraste entre los cánticos de resurrección y aleluya en que prorrumpían las campanas, haciendo coro a los himnos triunfales entonados en el templo, y la escena de tortura y desolación que adivinaba y presentía realizándose en la sala vecina, causóle un angustioso sobresalto e hizo brotar en su mente la plegaria, llena

de unción y de esperanza, recordando las ansiosas palabras de ruego y humilde reproche de las hermanas de Lázaro:

—"¡Ecce quem amas infirmatur!"

Volvió a entrar el practicante, con el ceño fruncido y rehuyendo las miradas de los cuatro amigos, clavadas en su rostro con verdadera saña inquisitiva:

—¿Qué? ¿Hay novedad?

—Sí. La extracción se ha realizado con relativa fortuna. Pero...

—¿La criatura?—preguntó Otero con ansiedad.

—¡Oh! Esa... figúrese usted! El forceps no es seguramente un balón de oxígeno.

Refugióse Otero en un rincón para ocultar su emoción profunda y sincera.

—¿Y la enferma?—preguntó Luis.

—Muy mediana. El alumbramiento ha sido sumamente laborioso. Existían adherencias tan fuertes que han exigido infinidad de maniobras. Y la hemorragia ha sido brutal... En fin, la cosa es grave, aunque la ergotina hace milagros. Y dispensen que no les dé más detalles; eso corresponde al médico.

Llegó a poco éste, un hombre áspero, espinígero, con unas cejas como bigotes y con más bigotes que un tártaro. Teníasele por el primer tocólogo de la ciudad, un verdadero "minister naturœ", enemigo acérrimo de la anatomía patológica, que denominaba la ciencia de la muerte. Creía en Dios, en su santa esposa la naturaleza y en la santísima hija de ambos, la salud, que no puede nacer sino del maridaje del cielo y de la tierra. Era un creyente, en suma, que abandonaba al demonio todas las habilidades del laboratorio.

—¿Mi opinión? ¿Mi pronóstico?—exclamaba mientras hacía sus abluciones y cambiaba la blusa por los arreos civiles. Que se ponga a bien con Dios ante todo y luego dejemos obrar a la naturaleza. Yo, señores, una vez que haya puesto en relación a estas dos potestades, me lavo las manos (y acompañaba la acción al discurso) y dejo el asunto encomendado a su sabiduría y omnipotencia. Se ha hecho cuanto se podía hacer. Tenemos a los dos contrincantes frente a frente. La enfermedad despliega todas sus fuerzas para vencer y destruir el organismo; éste resiste y busca en una reacción, todo lo vigorosa posible, la manera de aislar, eliminar o desintegrar la materia de que se encuentra infectado... Nosotros nos aplicamos, como buenos soldados de fila, a utilizar los modificadores terapéuticos del terreno... Dios pronuncia la última sentencia en apelación... No hay que desdeñar este trámite supremo cuando la vida está en peligro. Dios se reserva siempre la gracia de indulto... Señores, muy buenos días nos dé Dios.

Se alejó, después de saludar con la mayor urbanidad a los cuatro amigos, que permanecieron petrificados bajo la impresión de lo irreparable.

No siendo posible visitar a la enferma, por prohibición terminante del médico, que ordenara se le evitase todo motivo de emoción y sobresalto, los cuatro amigos decidieron abandonar el Hospital, no sin dejar encargado se avisase discretamente a la señora Andrea de su presencia, así como de su ferviente deseo de asistir, si fuera posible, a cualquier acto religioso que se dispusiese en vista de la gravedad de Sabela y de su propósito de tener noticias frecuentes de la marcha de su enfermedad.

Salieron del Hospital, mudos y apesadumbrados, y después de vagar un rato por las calles de la ciudad vieja, llegaron al Campo de la Estrada, en el cual varias compañías de soldados de infantería hacían el ejercicio. Abundaban los curiosos y desocupados por ser día de fiesta y lucir espléndido el sol en el límpido horizonte que cobija a la bella "Nautilia", recreándose en provocar radiosas explosiones de luz dorada al quebrar sus rayos en las encristaladas galerías que decoran la ciudad, convirtiéndola en un colosal espejuelo de navegantes. Siguiendo el paseo al borde de la mar, próximos a la batería, encaminaron sus pasos en dirección a la Torre de Hércules, por la ruta del cementerio. Marchaban inconscientes, sin propósito fijo, impulsados por oculto poder de gravitación hacia aquel lugar de eterno reposo. Cerca de él tropezaron con la escasa comitiva de un entierro humilde y sin pompa. Cuatro gañanes conducían a hombros un féretro blanco, en medio de un triste grupo de muchachas abatidas y llorosas. Eran las obrerillas de un taller que acompañaban a la última morada a una compañera suya, muerta en flor, como un capullo tronchado por el vendaval y asaeteado por el cierzo. Unidos al cortejo, penetraron con él los cuatro amigos en el cementerio. El aspecto alegre de aquel paraje de fúnebre descanso, con sus callejuelas enarenadas y rectas, sus panteones y túmulos rodeados de jardinillos, sus flores y sus pájaros que piaban revoloteando en torno a los sauces y cipreses, alejaba toda idea de melancolía y tribulación. Mejor que la mansión de la muerte, postrer refugio del dolor en brazos de la eternidad, aquel flamante cementerio semejaba la "maquette", el modelo en miniatura de un proyecto de artística urba-

nización civil, en el que la monotonía de las líneas regulares del trazado apareciese disimulada y embellecida por la vegetación exuberante que rodeaba las minúsculas viviendas de aquella ciudad-jardín. Este armonioso conjunto de luz y sombras, de flores y lápidas, de rosales y cipreses, de alegría y tristeza, de vida y muerte, surgiendo esplendoroso bajo la caricia de un sol abrileño y arrullado por la bronca canturria del mar, no evocaba ideas de contraste ni de duda, sino de fe y adoración del misterio renovador de la vida, brotando de la muerte. Luis recordaba las palabras del poeta en el Cementerio de Pisa:

—¡Estos cadáveres huelen a rosas!

Y mientras la voz del sacerdote se elevaba plañidera, encomendando a la Divina Misericordia el alma cándida de la doncella, del malogrado "encantiño", cuyos restos acababan de ser descendidos a la fosa abierta en la fresca yerba, matizada de margaritas, del seno de la naturaleza rediviva brotaba un cántico de resurrección y esperanza, respondiendo al terrible "De profundis" con un gozoso y vivificante ¡Aleluya!

Salieron del cementerio mezclados de nuevo con las humildes gentes que formaran el acompañamiento y que, una vez rendido el tributo de la última despedida a la pobre niña que quedaba para siempre dormida en el regazo de la tierra, cubierta de flores, volvían a la vida, a la lucha diaria, al rudo e incesante laborar de la existencia, tejida de ensueños y dolores, de risas y de lágrimas. Se detuvo Luis un momento, cara al Océano, abarcando de una ojeada la inmensidad del horizonte, límpido y sereno, sin una nube que

empañase su pureza, y señalando la fina arista de cristal que marcaba el límite del mar y el cielo, exclamó:

—He ahí el camino de la vida, de donde arranca la escala de Jacob, que nos invita a subir, subir siempre, huyendo de los dolores y desengaños terrestres, para confundirnos en la esencia del ideal, en el seno de la eternidad. No muere todo. No hay desesperación que baste a anegar de amargura nuestros sentimientos y mellar nuestra voluntad. Vivimos porque amamos. Y es nuestro amor inmortal, amor el más grande, el más fecundo, el más poderoso porque es impersonal, porque conserva y reproduce la vida sin descanso, porque estimula en nosotros la inextinguible sed de lo perfecto, porque nos hace dueños absolutos de nuestros destinos más allá de este mundo. Amor al sagrado rincón en que se meció nuestra cuna. Amor al aire embalsamado que hinchó nuestros pulmones en su primera inspiración. Amor al murmullo del río cuyo eco arrulló nuestros sueños en la niñez. Amor al sonido de la campana de la iglesia en que ungieron nuestra frente con el agua del bautismo. Amor al rumor del viento que oreó los árboles de nuestro huerto, azotó las paredes de nuestra casa y huroneó por el hueco de la chimenea campesina, con voz que resuena todavía en nuestros oídos con acento familiar, como la voz de nuestros padres, como el acento de nuestros hermanos, como el eco de las risas, de los juegos y de las fiestas en la compañía de nuestros camaradas de la infancia con quienes nos hemos criado. ¿Qué importa el fracaso de un día ante la victoria de la eternidad? El porvenir es nuestro. Laboremos.

XXXI

Sabela ha muerto. Su cabeza adorable, de una palidez de cera, como si toda la sangre de su cuerpo se hubiese escapado por la horrible herida de sus entrañas, reposaba sobre la opulenta maraña de sus cabellos destrenzados y esparcidos con trágico abandono. Los rasgos de su fisonomía distendíanse ya, adquiriendo estatuaria rigidez y ofreciendo singular expresión reveladora de la infinita amargura en que zozobrara su espíritu, dejando en pos de sí, al romper sus carnales ligaduras, el triste perfume de las ilusiones marchitas y de las flores muertas.

Rodeaban el lecho mortuorio los cuatro amigos, hermanados en el dolor, en tanto que la pobre madre, exánime, agotadas las lágrimas, los sollozos y las caricias, prodigadas obstinadamente al rostro de su hija, todavía tibio y blando, encogíase, hecha un ovillo, en la postrera contorsión del condenado a la tortura. Inclinábanse las cabezas con res-

petuosa veneración ante aquel cuadro de inmensa desolación y amargura. Para cada uno de los cuatro amigos presentaba esta espantosa solución del problema de una vida, en la que influyeran de distinto modo, un matiz peculiar, acomodado a las impresiones y sentimientos que la atroz e irreparable realidad despertaba en su ánimo. Lloraba Juanito mentalmente, rebelándose contra el implacable destino de aquella moza gallarda, de salud florida y cristalina risa, llena de gorjeos y seducciones, arrebatada en capullo, cuando apenas comenzara a vivir, perfumando con todos los aromas de la campiña mariñana, concentrados en su cuerpo mórbido y saludable, el ambiente mohoso y sepulcral de la vieja urbe brigantina. Su pesar, hondo y sincero, revestía un carácter más desinteresado e impersonal que el de sus amigos, hallándose la raiz de este sentimiento más bien en la zona cerebral en que reside el sentimiento estético, apacible y sereno, que en los abismos pasionales en que el amor desesperado se retuerce, ruge y maldice. En Otero, el dolor punzante y atenazador, adquiría las proporciones torturadoras del remordimiento. Sentíase moralmente responsable de aquella catástrofe, provocada estúpidamente, sin medir las consecuencias, como un niño imprudente y travieso que, por encender un cigarrillo y darla de hombre, hubiese prendido fuego a una ciudad. Para Fuco, el desdichado fin del único amor de su vida, significaba la total destrucción, el aniquilamiento de cuanto en él vivía y palpitaba al calor de las más risueñas ilusiones y esperanzas. Viéndole erguido, envarado, inmóvil, sin proferir una queja, secos los ojos, perdida la mirada en las revueltas ropas del lecho en que yacía Sabela, podía creerse que el hielo de

la muerte habíale sobrecogido a él también y que bastaría un ligero ademán para que su cuerpo hercúleo se desplomase rígido, como un cadáver conservado entre las nieves polares.

Los sentimientos que experimentaba Luis no eran tan fáciles de analizar y definir. Si la palabra torbellino tiene alguna acepción gráfica en el mundo de las ideas, no podría aplicarse con mayor exactitud que en este caso para determinar un estado de conciencia. A lo que dentro de su cabeza sentía, bien pudiera llamársele con frase de Víctor Hugo, "una tempestad bajo un cráneo". Debatíanse allí las ideas más desemejantes y contrapuestas, danzando en derredor de fantasmas de "guignol", que no cesaban de darse de testerazos y calabazadas. En aquel singular ajetreo cerebral, originado por la diversa y fugaz intensidad de las excitaciones imaginativas, aparecían y desaparecían con rapidez cinematográfica, recuerdos, ilusiones, esperanzas, deseos y aspiraciones débilmente formuladas e imprecisas, integrándose y desintegrándose como la nebulosa en el caos, en plena gestación espiritual y afectiva. En aquel maremagnum ideológico, en que zozobraban las imágenes apenas nacidas, tan solo persistía una luz que iluminaba la escena con difusa claridad matutina. Dióse entonces cuenta Luis de que en su cerebro nacía un mundo nuevo, de las ruinas del antiguo. Era un nuevo amor incorpóreo, desprovisto de todo ropaje fetichista, y emancipado de todo símbolo. Muerta Sabela, en quien encarnara su ideal, rindiéndole culto religioso, dúlico, como a la diosa Razón de sus elucubraciones humanitarias, hallóse como el caminante, que después de haber reposado,

en brazos de un amor efímero, de las fatigas de su iniciada peregrinación, desvanecida la quimera al despertar de su sueño de una noche febril, cogiese de nuevo su cayado y echase a andar más animoso en pos de la luz, que iluminaba más amplios y grandiosos horizontes. Y volviéndose hacia la madre de Sabela, exclamó con acento profético:

—Consuélese usted, señora. Sabela vivirá en nuestro corazón y renacerá de sus cenizas el día de la suprema justicia en la tierra. Reinará después de morir.

Había que pensar en dar paz a los restos. Mientras su madre y otras piadosas mujeres vestían a Sabela con sus galas para los desposorios con la muerte, los cuatro amigos dedicáronse a preparar el entierro y a buscar flores con que llenar y cubrir el féretro. Hicieron traer a montones heliotropos y rosas, cortáronles los tallos y sobre aquel lecho fragante quedó depositado el cuerpo de Sabela, más esbelto, más delicado y más grácil que cuando lo animaba la vida. Su rostro había adquirido una expresión de paz infinita; los párpados, caídos sin esfuerzo, prestábanle serena majestad de sueño inocente; los labios, ligeramente entreabiertos, parecían sonreir a una lejana aparición consoladora, que mostrara a su alma cándida el camino de la suprema dicha, y de la euritmia de sus líneas estatuarias emanaba un aroma de placidez y de calma seráficas.

Cuando cerraron el féretro, un estremecimiento dolorosísimo conmovió a los cuatro amigos. Parecíales que Sabela se había muerto por segunda vez. Luego, la condujeron al cementerio, por sí mismos, sin permitir que nadie les reemplazase en tan piadoso menester. Y cuando la estrecha

caja mortuoria desapareció en la fosa, que abría sus fauces tenebrosas con la avidez de un monstruo legendario, ávido de carne fresca y joven, sintió Luis algo así como la impresión angustiosa de la viudez precoz, tras fugaces nupcias con el ideal.



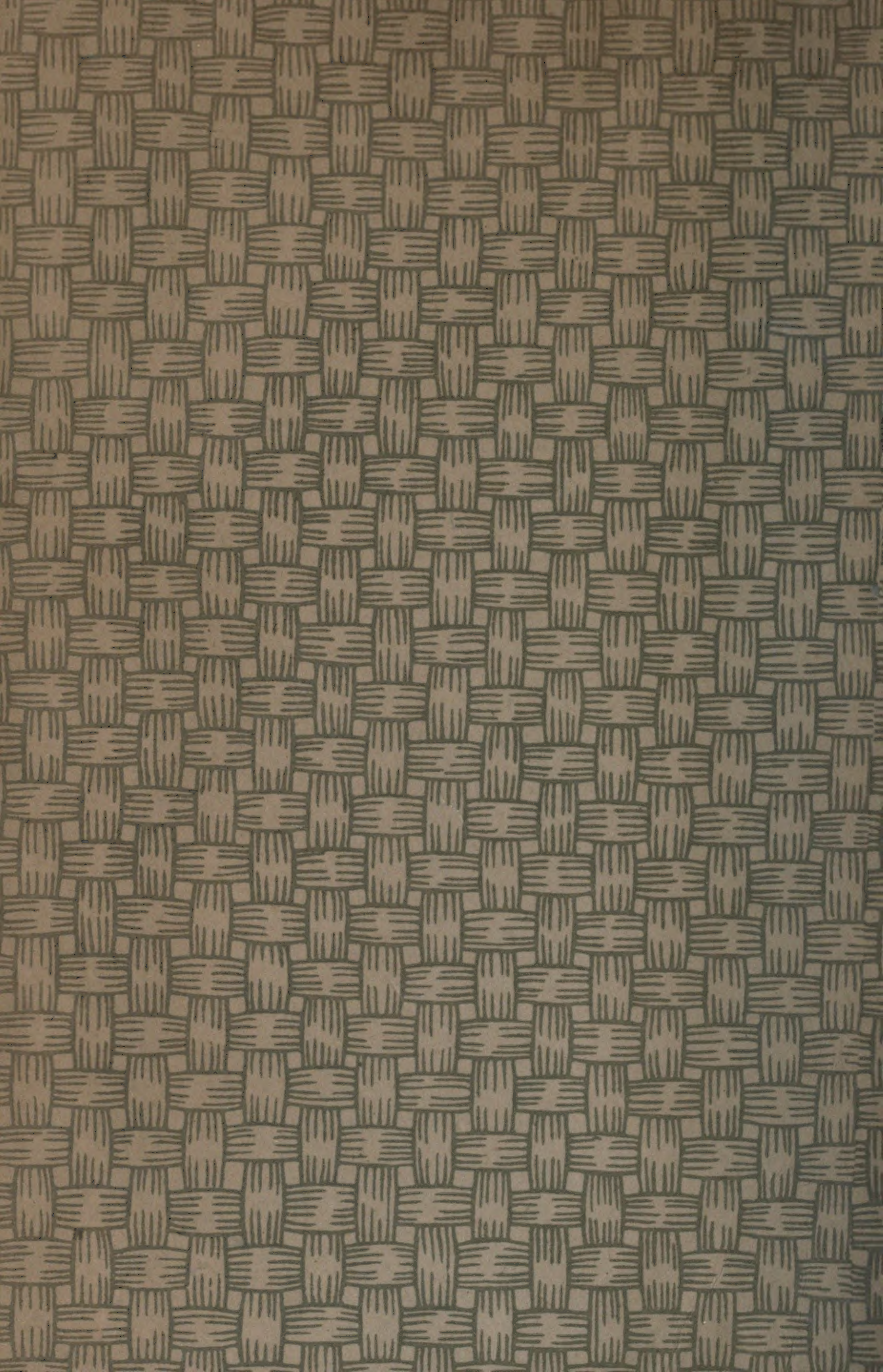
ESTA NOVELA TERMINÓ DE IMPRIMIRSE

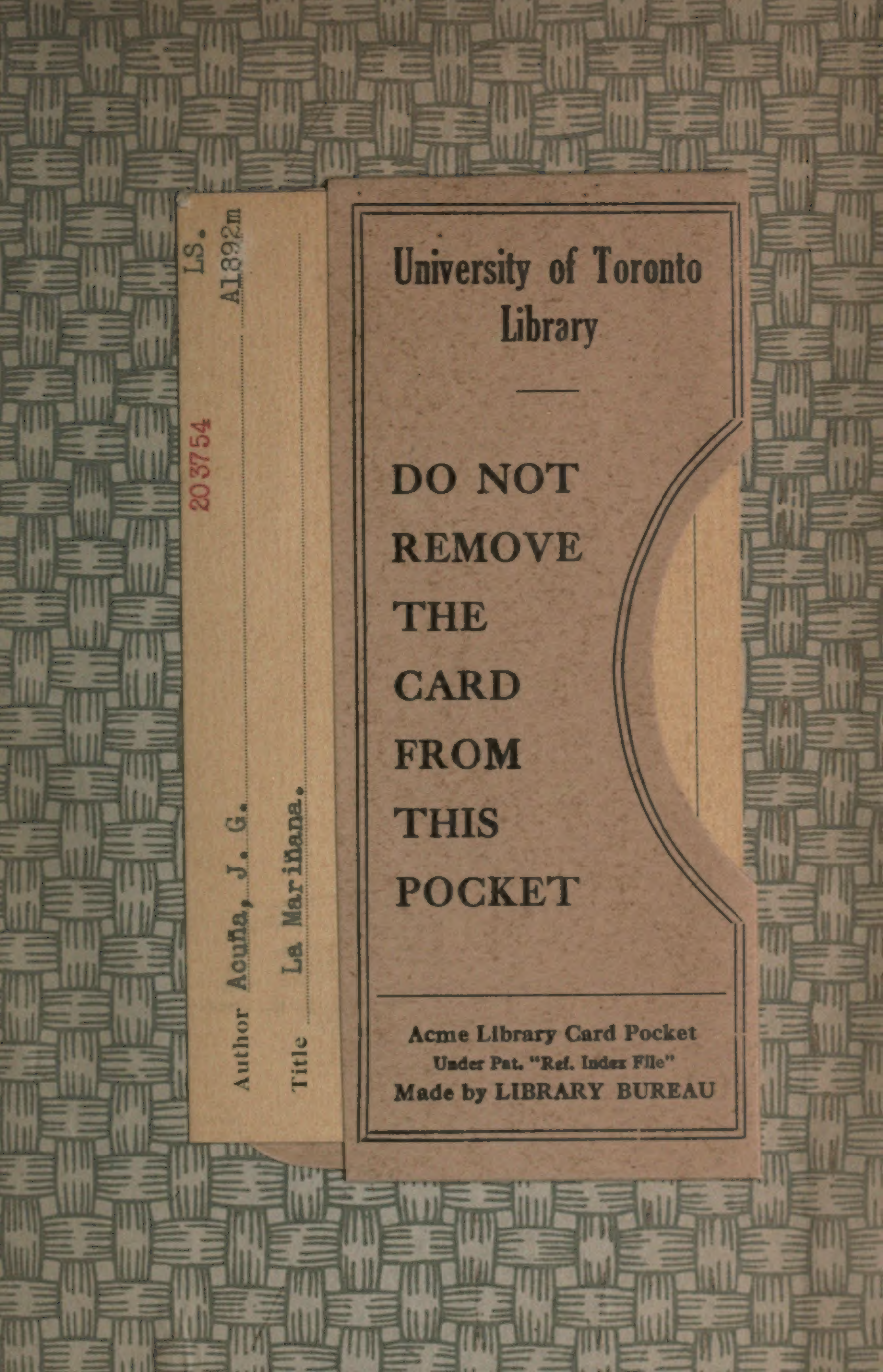
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE

EL NOROESTE

REAL, 26 - LA CORUÑA - GALERA, 21

EL DIA 1.º DE NOVIEMBRE DE 1923




LS.
A1892m
203754
Author Acuña, J. G.
Title La Mariñana.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

